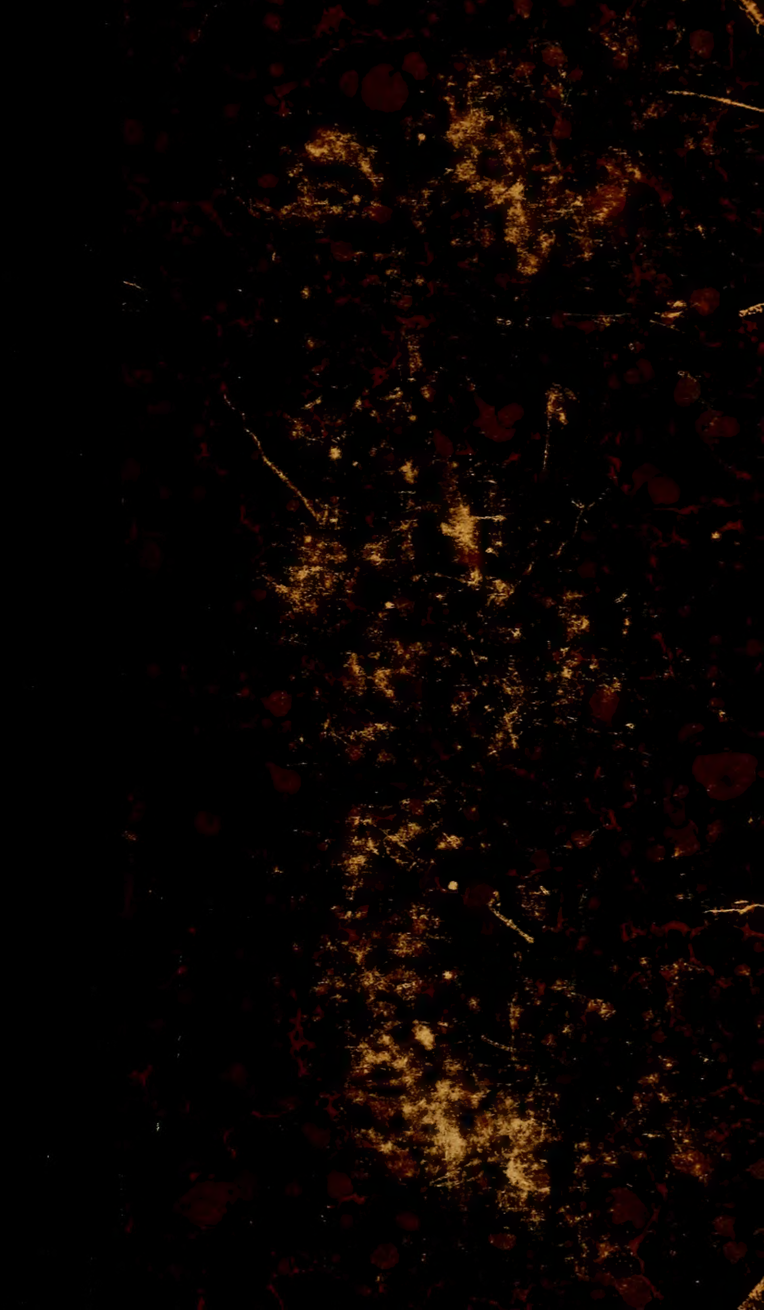
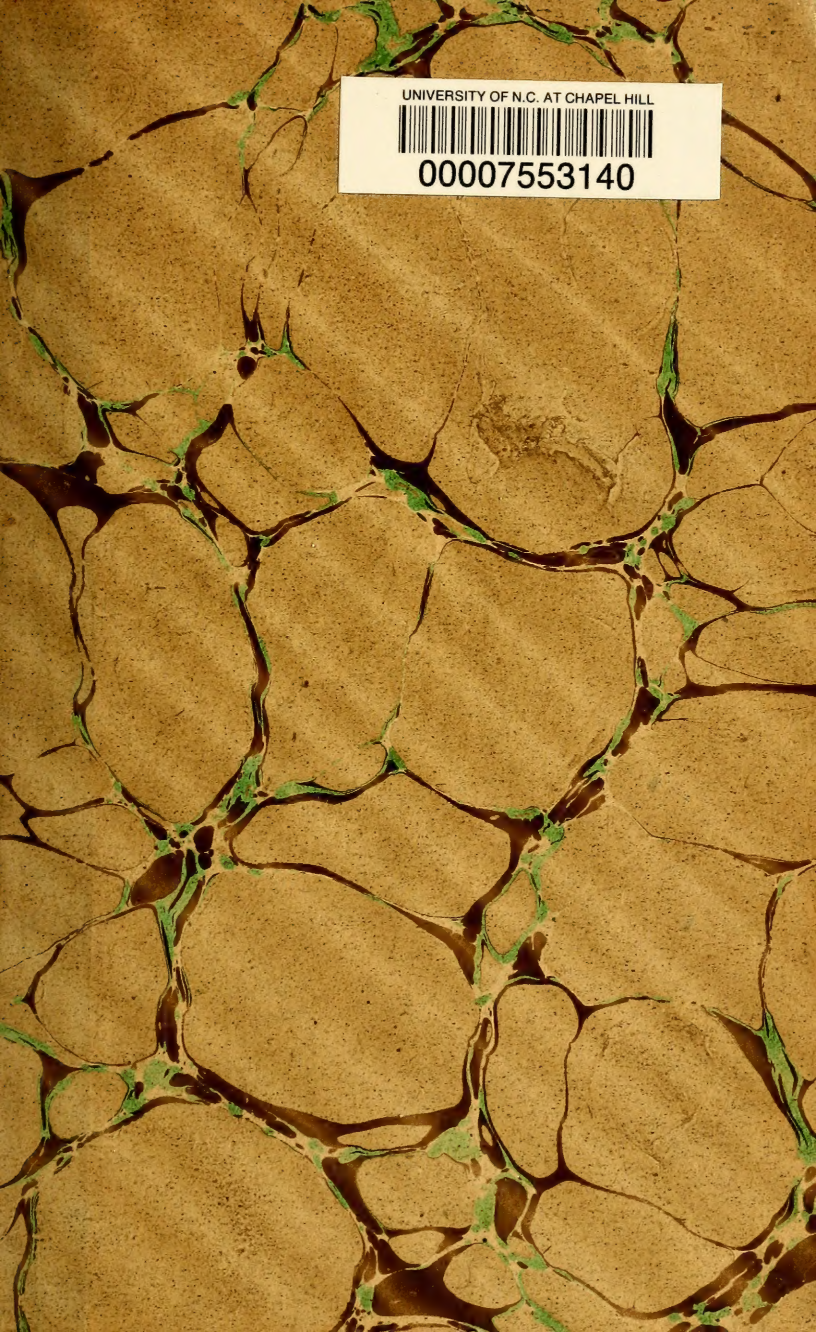





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00007553140



E. WILDE

# VIAJES Y OBSERVACIONES

## CARTAS A "LA PRENSA"

É

INÉDITAS



TOMO I



BUENOS AIRES
Imprenta de MARTÍN BIEDMA, Bolívar 535
1892

El material de estos volúmenes, se compone de correspondencias escritas para LA PRENSA, por el distinguido literato argentino Dr. Eduardo Wilde, durante su último viaje á Europa. Las que no alcanzaron á aparecer en este diario, que fueron igualmente interesantes, ven hoy por primera vez la luz pública.

LA PRENSA resolvió obsequiar á su ilustrado Corresponsal con una edición especial de sus cartas literarias,—y esto explica la publicación de este libro.

---

# CARTAS DEL DOCTOR WILDE

## LA PARTIDA—DURANTE EL VIAJE—EL MAREO

Hágame usted el favor de buscar un título conveniente á esta comunicación y las que le sigan, distinto de la palabra consagrada «correspondencia» por esta sencillísima razón: no es correspondencia; como no lo son tampoco las cartas del extranjero que usted publica, cosa que le tomará á usted de nuevo mientras no se la explique, bastándome para ello recordarle que usted jamás contesta las mencionadas cartas, lo que prueba que no hay tal correspondencia.

Un título bueno, que incite á leer lo que vaya debajo, aunque no sea del todo apropiado.

No sé si usted sabe que yo me embarqué en Buenos Aires hace algún tiempo—no creo que eso le importe ni que interese a los lectores de LA PRENSA, pero como todo viajero debe figurar á cada momen-

to en sus cartas, cuando las escribe para un diario, tengo yo también que comenzar por el principio, á fin de que mi amor propio quede satisfecho y corra por todos los ámbitos de la tierra la noticia de que en efecto me embarqué, con lo cual las gentes tendrán á lo menos la presunción de que mi prosa sobre diversos países y costumbres, no ha sido escrita en la misma ciudad de Buenos Aires y sin moverme de mi cuarto, como algunos relatos de viajes que yo he leido.

No se asuste mi estimado Director; no voy á contar cómo era el buque, en qué dia y á que hora llegué á Montevideo; si esa ciudad es bonita ó fea, cuándo salimos de su rada y cuánto tardamos hasta Rio Janeiro, ni cosas por el estilo. Guárdeme la Divina Providencia y será esa una de las obras más atinadas que ella haga, de entrar en descripciones de villas, ciudades ó pueblejos: 1° porque todas esas descripciones están llenas de mentiras; 2° porque ya otros las han hecho y 3° porque no quiero, que es la principal razón. El que quiera saber cómo son los paises que voy á recorrer, que venga á verlos, incomodándose como es debido, mareándose, llenándose de tierra, asoleándose y renegando contra la hora desventurada en que se le ocurrió salir de su casa. Es incalculable la cantidad de tontos que hay en el mundo, á juzgar por los que yo he en-

contrado en el camino y entre cuyo número me cuento; viajeros como yo por gusto y sin maldita la razón que los obligue á viajar, en vez de estarse metidos en su cuarto, en su tierra, tranquilos y descansados.

Cuando oiga usted decir que los viajes son tan buenos, no crea una palabra, á menos que usted sea dueño de algún hotel, de algún buque, ferrocarril ó almacén de maletas y necesarios con navajas de barba para los que no se afeitan y cepillos empedernidos que no salen de su estuche á dos tirones. Tanto vale decir que es bueno sufrir que á uno lo estrujen, lo alcen, lo bajen, lo acomoden, lo apuren y lo reglamenten.

Comience usted, mi amigo, si quiere convencerse de la verdad de mi juicio, por recordar que apénas anuncia usted su intención de viajar, divide á sus relaciones en dos bandos, uno de ellos que aprueba el viaje y otro que lo condena, llegando con tal motivo, á hacerlo tema de conversación, punto del cual no se sale usted sin dejar un buen pedazo de la piel. Por fin los bandos se uniforman y declaran indispensable el viaje proyectado respondiendo á esta idea—cuanto menos bulto, más claridad—y desgraciado de usted si no se vá pronto ó resuelve quedarse, por que entonces verá pintada en el rostro aun de sus mejores amigos, la desazón que les causa su demora ó su cambio de idea.

¿Cómo?—no se vá? y para qué dijo que se iba?—pues hombre, vaya una ocurrencia.

Así, el que anuncia un viaje tiene que irse, pues los que se han hecho á la idea de que uno se vaya, son capaces de armarse para echarlo á palos de su tierra.

A estos infelices les sucede lo que á los enfermos graves que duran mucho tiempo; si no se mueren causan un serio disgusto á los amigos, á los relacionados y á una parte de la familia, pues era ya cosa recibida que el enfermo se moría y todos se hallaban ya resignados á soportar tan irrreparable desgracia. Los empresarios de pompas fúnebres, los vendedores de cajones de difunto, los dueños de caballerizas y los tenderos de «La Cruz»», especialidad en géneros de luto, se ven afectados en sus intereses y tienen razón de irritarse contra el enfermo que no se ha muerto y lo mismo les sucede á los herederos, salvo error ú omisión, pero lo que difícilmente se comprende, si no se escudriña bien cuanto hay de insólito, de complicado y de misterioso en la composición de los sentimientos humanos, es el furor de los amigos, por el chasco que reciben, ellos que ya se habían compuesto una cara dolorida, para la circunstancia y habían mandado limpiar sus levitas cruzadas de paño negro.

Las impresiones de la despedida al emprender un

viaje por mar, se han modificado mucho en los paises en que es necesario ir á tomar el gran buque á los quintos infiernos, como sucede en Buenos Aires, gracias á las incomodidades que los acompañantes y el acompañado experimentan en la travesía;—la lucha entre el corazón y el estómago se establece y el último vence. Mejor, así se diluye el sentimiento y los viajeros ahogan sus lágrimas para agitar sus pañuelos saludando á los parientes que vuelven á tierra.

¡Solo en el buque!—Fenómeno curioso! la sensación que invade á cada viajero es la del abandono al entrar en su camarote aun cuando sepa que va á tener por amigos á las pocas horas á los quinientos ó mil pasajeros que se hallan á bordo.

La casa flotante, desconocida, llena de olores extraños, el movimiento de bagages, la confusión de voces, los pedazos de frases que uno oye á los que se despiden de prisa y encargan algo á sus acompañantes, el afán de cada uno por acomodar sus maletas, la imposibilidad de ocuparse metódicamente de cosa alguna, el ansia porque todo concluya y comience á caminar el buque, la distracción con que uno contesta á los que le hablan, la falta de coordinación de las ideas, cierto malestar intranquilo que se sufre por no saber lo que uno ha olvidado, pero calculando que es mucho y lo más importante; el espectáculo que ofrecen todos los que se embarcan

medio atontados y egoistamente ocupados de sí mismos, sin miramiento para los otros y sin la cortesía y buena educación de tierra, los gritos de las criaturas que protestan contra la estrechez y los de las gallinas, patos y gansos izados en proporciones colosales para ser devorados á bordo; la mezcla de visiones, ruidos y olores—todo el conjunto en fin, de escenas nuevas produce esa sensación de soledad, de abandono, de angustia y de temor que es necesario experimentar para conocer.

Allá á lo lejos se ve los buques á vapor ó de vela pequeños que se llevan á tierra á los amigos mientras uno va temeroso á reconocer el *ojo de buey* de su camarote que miró como una amenaza al acercarse al jigantesco navío, ojo de buey que no se por qué se llama así siendo una simple ventana que dá al río ó al mar, destinada á meter la luz y la fotografía del horizonte y de las olas á la celda pequeña del pasajero mareado que en la travesía pierde desde el deseo de la propia conservación, hasta el pudor y la dignidad, cuando el buque se mueve mucho, cabeceando ó rolando sobre la onda.

Llega la hora de comer (todos quieren comer haciéndose los guapos) se sientan á la mesa guardando un aflijente aplomo, la conversación se anima entre los habituados, una que otra palabra sale también de los labios de los novicios, pero poco á poco una

seriedad náutica va extendiéndose sobre los rostros, el bullicio se apaga, solo continúa el ruido de los platos y cada uno de los comensales, comienza á ver entre nubes y celajes á sus compañeros; ve subir y bajar al de enfrente, ponerse pálido al del lado, levantarse al de más allá y salir tambaleando como un cadáver ambulante, en busca del aire de cubierta, para librarse de lo que no se librará en todo el viaje, de su estómago, de su cabeza, de esa enfermedad infinita que se llama mareo, género morboso que absorbe, oprime, remueve y lascera como todas las dolencias juntas, como todos los pesares, como la suprema fórmula de todas las ansiedades humanas.

La conciencia de la personalidad se pierde, la vista se oscurece, los ojos miran al infinito mil vaguedades sin forma y á cada hundimiento, levantamiento ó inclinación de la casa flotante, siente uno que el universo se confunde, las estrellas bambolean, el firmamento se viene abajo y cae como una mole para aniquilar las percepciones del viajero miserable que haría de buena gana un contrato para que el diablo se llevara su alma con tal que el buque se fuera á fondo en el abismo.

Y luego vienen los consoladores de á bordo, los que no se marean, con sus consejos irritantes, con sus ofertas de comida, con su presencia satisfecha

que parece una burla, con su pié marino, odioso para el que no puede moverse, en tanto que sobre cubierta aumenta el tendal de enfermos olvidados de sí mismos, maldiciendo la hora en que nacieron y esperando en vano un momento de quietud, por misericordia, una cesación del vaivén eterno que el barco ejecuta sin piedad, sin conmiseración, sin tregua ni reposo, como un enemigo sarcástico y cruel que se complace en el tormento de sus víctimas.

Con qué placer renunciaría uno á su estómago, á su cabeza, á su existencia misma, á su presente y á su porvenir en aquel mar de sufrimientos en que se ahogan hasta los recuerdos más queridos y las más tiernas ilusiones.

Todo parece cambiado, cada cosa tiene gusto á otra desagradable; las sensaciones están como forradas en algodón, uno tiene el alma colchada, obtusa, negra, oscura; el pobre cuerpo está demás; los brazos incomodan, las piernas deberían estar en otra parte, la nuca atormenta, no tiene uno frente y la lengua es un trapo espeso, pastoso, impropio para la articulación. Si alguien viniera y recogiéndolo á uno con una pala lo echara al mar, haría una obra buena que el mareado agradecería y encontraría natural. El horizonte sube y baja, se ladea y simula buscar un acomodo que no encuentra y el golpe de las olas, metódicamente desordenado, sobre los flan-

cos de la insoportable embarcación, marca los compases del sufrimiento más intenso, minuto inacabable, que parece una agonía sin principio ni fin, en medio de un baile de todas las cosas, atolondrada y tontamente ejecutado, dentro de una atmósfera de embriaguez envenenada.

---

## ABORDO—EN ALTA MAR—DURANTE LA TEMPESTAD

—

Los personajes del buque desfilan como los del teatro, metamorfoseados: los que vinieron con sombrero alto y levita, tienen ahora gorro y saco. Jamás he visto mayor colección de gorros, con orejas y sin orejas, negros, blancos, grises, azules, con vicera ó sin ella! Las mujeres, retiro la palabra, las señoras casadas y las niñas solteras, han cambiado esos increibles aparatos que se plantan en la cabeza, por casquetes y otros adornos que les sientan generalmente mal, contra su opinión! En un abrir y cerrar de ojos todas las personas que uno ha conocido en tierra ó ha visto y tenido como sujetos cuerdos, aparecen con un traje que jamás usaron y que les dá el aspecto más extraño, un poco grotesco y ridículo.

Esta trivialidad de vestirse especialmente para estar en un buque, no se explica ni se entiende, pero es una necesidad. No le creen á uno que se ha embarcado, si no lleva la librea de abordo y lo raro

del caso es que todos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, creen que están adorables con su nuevo traje.

Pero el primer día no tiene uno tiempo de fijarse en estas menudencias; apenas si se dá cuenta de cuántos conocidos hacen el viaje. El camarote atrae; la cama, á pesar de su estrechez y de sus almohadas cilíndricas, no sé porqué! y duras como almas de jueces, convida al reposo y uno se acuesta en ella con el cuerpo molido, el alma molida y la cabeza en torbellino á rumiar sus recuerdos, á dejar pasar como visiones las escenas de los últimos momentos, las despedidas, los llantos, los apretones de manos mecánicos, los sentimientos sinceros, el panorama de la dársena, el pasaje de los coches que lo trajeron á ella, algún accidente insignificante que se ha grabado en la memoria porque le ha dado la gana, tal como la capa de goma del cochero con un ojal roto, ó un vendedor de lámparas que se encontró al paso, y sobre todo, sobre todo, bien sobre todo, á masticar con una especie de tristeza apurada, la incertidumbre del porvenir oscuro, vacilante, medio amenazador por lo desconocido y presentando como hechos hostiles todos los que van á ocurrir en las ciudades y comarcas á las que uno se dirije y en las que las jentes extrañas que será forzoso tratar, se perfilan con una silueta enemiga, interesada, agresiva contra el extrangero sin defensa.

Una impresión de la mente humana innata en ella, nos hace perder el aplomo entre extraños y calcularles sobre nosotros mayores derechos que los que tenemos sobre ellos. Así, la ignorancia de las costumbres nos hace suponer que toda exijencia es lejítima y toda resistencia de nuestra parte un atentado; ese falso concepto es la base de la esplotación universal del indíjena sobre el viajero, á menos que el último sea un cumplido caballero de industria.

Todas estas ideas, cálculos, juicios, recuerdos é indiferencias, bullen en la cabeza sobre el cilindro duro que está debajo, martirizándole á uno la oreja, mientras el camarote siguiendo las oscilaciones del buque, cabecea ó rola al rededor de un eje desconocido. La onda amarga, nombre poético de esos seres fujitivos y desagradables que se llaman olas, ha comenzado á golpear los flancos del barco, produciendo un ruido de flajelación con trapo mojado, ruido isócrono que incita al sueño pero que no deja dormir.

Las visiones, los recuerdos y las inferencias continúan pasando á compás de las olas bulliciosas; la monotonía del movimiento y de los tonos líquidos, solo se altera por alguna voz que llega de los que aun no se han acostado ó por algún estremecimiento causado por cadenas que se arrastran ó por la salida del hélice en una inmersión desatinada de la proa

que ha metido demasiado las narices en el océano.

Los pasos cadenciosos de los guardianes sobre cubierta, traen la noticia de que alguien vigila sufriendo las ráfagas de viento, en el silencio de la noche, mirando el horizonte oscuro ó contemplando las estrellas del firmamento que caminan pestañeando su luz al menudeo, con la imperturbabilidad de los astros lejanos á quienes no les ha llegado aún la noticia de que uno se ha embarcado y que está bien y debidamente estivado, junto con sus recuerdos, en una célula flotante y sobre una cama con costillas.

La noche va haciendo su camino arrullada por las olas; cada uno en su camarote pasa revista á sus impresiones, las cuenta, las clasifica y elije, como tema de sus meditaciones náuticas, las más importantes ó las que más le muerden el corazón, regularmente las reminiscencias tiernas, las amistades masculinas ó femeninas que deja, las esperanzas, las desolaciones y las dudas melancólicas que le aprietan las hojas del alma, como si fueran papeles puestos sobre una mesa, para que no se vuelen, bajo la presión de un objeto pesado.

Y haciendo coro á esta falanje de imájenes, se hacen sentir inquietantes las pulsaciones de la máquina, corazón del trasatlántico, que durante cientos de horas, canta constantemente su romanza monó-

tona, pom, pom, pom, pom, con sonidos de aire metálico, inspirando lástima, estremeciendo, deleitando y afligiendo á los que á través del ruido cadencioso, ven el trabajo titánico de los foguistas, metidos en el infierno, acarreando carbón, arrojándolo con las palas en las bocas de las hogueras insacables, hambrientas; y todo para que cada émbolo entre y salga como un loco envuelto en aceite, en el cuerpo de bomba, y haga disparar desatinado un juego completo de manubrios que como músculos jigantescos y lucientes, dan vueltas vertijinosas, recibiendo por dósis homeopáticas, la extremaunción que una mecha embebida les suministra al paso, para traducirse al exterior, en un aleteo formidable de los hélices.

No sé si se duerme ó se está despierto en las noches de á bordo; la vijilia parece un entresueño y el sueño una inconciencia durante la cual se percibe por fajas y á retazos los acontecimientos cerebrales. Lo cierto es que á la hora en que uno se cree despierto lo primero que oye es el rumor del sístole y diástole de la máquina; única noticia con que uno cuenta por el momento para saber que no está en su casa. Luego el viajero, si es avisado, se incorpora y ve por la ventana el mar, igual exactamente al que dejó la víspera en el mismo sitio, salvo una que otra variación de color que depende del cielo, de la profundidad del agua ó de lo que Dios quiera.

Todas cuantas descripciones he oído ó he leído, del mar, son mentira.

El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas ó colosales, azul, plomizo, celeste, parduzco, verde claro ú oscuro, con ó sin espuma, el mar según mi experiencia es una grande extensión de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variación y de toda monotonía y por la falta absoluta de pescados.

¡Que barbaridad! van á decir los lectores de LA PRENSA, pero yo los pondría en mi caso y les preguntaría su opinión, después de veinte dias de navegación en que ni por asomo hubieran visto alma viviente en tres mil leguas de agua, alma de pescado, se entiende.

Los que cuentan sus viajes, dicen:

« El buque es seguido constantemente por innumerables tiburones »—mentira—no he visto un solo tiburón y si no contara con más que mi viaje para conocer á esos caballeros, no sabría de ellos una palabra.

« Se ve á los léjos las columnas de agua que arrojan las ballenas y muchas veces acompañan ellas por leguas y leguas á las embarcaciones» mentira—no hay tales ballenas; estos estimables cetáceos se han hecho notables por su ausencia, durante nuestra travesía.

« Enjambres de toninas y mil variedades de pescado acuden al costado del navío »—mentira,—no hay tales enjambres ni tales toninas, ni más variedad de peces que los que uno se imagina, recordando los libros de historia natural en que estudió.

Un pasajero dijo que había visto un tiburón, ó una ballena y todos lo tomaron por loco.

A mí me pareció rídiculo estar en el mar, hacer una travesía de veinte dias, detenerme en los puertos, recorrer las bahías y no ver un solo pescado, pero ni uno solo, apelo al testimonio de los pasajeros todos cuya nómina pueden ustedes ver en la agencia de mensagerías marítimas calle Reconquista. Digo, pues, que me pareció ridículo vivir un mes casi en el mar sin ver pescados y no queriendo tener que contar tan extraordinario é increible acontecimiento, allá á la altura del día número 19, de navegación pedí una caja de sardinas, llamé á todos los pasajeros, procedimos á abrirla con toda solemnidad y fueron esas excelentes y populares conservas, los únicos pescados que vimos en el océano Atlántico.

En cambio el mar inmenso, infinito, asombraba y entristecía con su inacabable extensión—el mar siniestro durante la noche, alegre y chispeante en las horas del día, luminoso y fresco á la madrugada. amontonaba sus olas al rededor del buque, dejándose hender por la quilla en el rumbo elejido hacia el

horizonte que hilvanado al cielo y haciendo causa común con él, no daba señas de concluirse jamás.

De tiempo en tiempo una onda mal humorada se quebraba en los flancos y salpicaba con su cabellera desmenuzada la base de los mástiles, roseando la cara de los paseantes de cubierta, algunos de los cuales llegaron á probarla, encontrándola salada, lo que no es raro. Pero si lo es que á la Divina Providencia se le haya ocurrido disolver tanta sal en uno solo de los elementos de la naturaleza y se le haya olvidado enteramente echar un poco siquiera en ciertos comestibles, que bien lo han menester, tales como los huevos, por ejemplo, á los cuales yo á ser Dios, les habría puesto una buena cantidad, con gran solaz y contentamiento de los hombres afectos á comerlos fritos, escalfados ó pasados por agua.

De más está el decir que con tal comportamiento habría quizá podido dejar potables las aguas de algunos mares, vista la enorme cifra de huevos que hoy consume la humanidad.

Algún defensor de estas irregularidades ó extravagancias de la naturaleza, podría tal vez objetar que la sal en los huevos sería perjudicial á los futuros pollos, pero esa objeción se contesta con estas observación admitida por todas las academias del mundo: que á los pollos, para comerlos, también hay que echarles sal.

Creo que los lectores de LA PRENSA no tomarán á mal esta pequeña disidencia entre el autor de los mundos y yo, viviendo en un país demócrata que consagra la libertad de conciencia, el voto popular y otras yerbas. Debo confesar, sin embargo y por vía de disculpa, que á nadie se le puede juzgar por un detalle y que si el Creador del universo fué poco previsor al hacer la distribución del cloruro de sodio y cometió otros errores, tales como no ponernos uno ó dos ojos en la nuca que tan útiles nos serían, y hacer llover en el mar, lo que es realmente una tontera, en cambio ha hecho otras cosas que son muy agradables y muy buenas; la religión por ejemplo y las ostras frescas.

Bien visto, embarcarse es una temeridad, pero una vez á bordo nadie piensa en el peligro que corre, quizá porque ese peligro es de cada momento, de cada segundo. El buque puede hundirse por mil causas, incendiarse, perder sus velas ó su máquina. El comandante, jefe absoluto, puede volverse loco, el piloto equivocarse y estrellarnos contra las rocas, la tripulación rebelarse y emprenderla con los pasajeros. No sé como uno no se muere de miedo al calcular que si cae al mar es irremediablemente perdido, ya sea porque se ahogue, pues de nada le serviría nadar aunque pudiera una, dos ó más leguas, que no son distancias apreciables en la inmensa ex-

tensión, ya porque se lo coman los voraces carnívoros que habitan, según dicen, el líquido elemento, caso en el cual seguro está cualquiera de pasar un mal rato, visto que ni la esperanza le quedaría de ser conservado como no sé que santo en el vientre de una ballena, pues por los tiempos que corren las ballenas parece que se han hecho calvinistas, luteranas ó simplemente libre-pensadoras y no prestan el menor concurso á la confección de milagros.

Ya me veía yo á brazo partido con un cetáceo colosal por esas olas de Dios cuando me imaginaba que caía en el mar.

Una noche sobre todo ¡qué espanto!

El viento había comenzado á soplar fuertemente desde por la tarde. «Ha refrescado un poco» dijo el comandante. ¡Maldito vocabulario de estos marinos! llaman refrescar un poco cuando el buque anda dando tumbos, sacudido por las olas y los pasajeros como pelotas, de banda á banda, renegando contra los fenicios que inventaron la navegación y contra Fultón que aplicó el vapor á la tortura del mareo.

Durante las primeras horas de la noche continuó *refrescando* y á eso de las doce el refrescamiento llegó á tal grado que no había á bordo cosa con cosa. Bien acuñado par varias pilas de almohadas, tramitaba yo el escaso pedacito de sueño que las circunstancias me permitían, cuando llegaron á mis

oídos los clamores de los pasajeros, los llantos de las criaturas y los juramentos de los marineros.

El buque estaba domando un caballo salvaje—el mar hecho una furia lo alzaba en la montaña de sus olas y lo hundía repentinamente en el abismo. El cielo estaba negro, como una casa mortuoria, el huracán silbaba en las cuerdas, la armazón del casco crugía y se quejaba como un agonizante martirizado.

Las aguas trepaban sobre cubierta y se estrellaban en las ventanas circulares de los catamarotes que con sus gruesos vidrios, sus formidables cerrojos, apenas resistían al empuje desenfrenado de las ondas. Un combate desesperado se empeñó entre el barco y el mar; la punta de los mástiles parecía á veces prepararse á ensartar las masas líquidas que atropellaban el barco; mil trombas juntas semejaban haberse dado cita para destrozarlo; el hélice giraba en el vacío fuera del terreno de su trabajo, modulando tonos ásperos y huecos; los fuegos de las hornallas amenazaban apagarse; las olas convertidas en arietes atronaban con sus golpes furibundos y trepando sobre la borda, parecían asomarse á mirar por todos los resquicios si quedaba aún alguien vivo en los compartimentos.

Los animales en sus jaulas lanzaban gritos afligentes anunciando el fin de sus días. El terror estaba pintado en todos los semblantes; el comandante y

los oficiales permanecían mudos y sordos ante las preguntas de los pasajeros.

La bodega estaba casi llena de agua, las bombas de vapor y de mano hacían un trabajo estéril; la tormenta había venido de sorpresa y no dió tiempo á cerrar las bocas de carga; el agua entraba hasta por los ventiladores de las máquinas; dos ó tres hombres habían sido barridos á la mar. Todo rugía, golpeaba, crugía, silbaba, tronaba en tanto que el barco bailaba una danza espantosa en medio de la triste y repentina tragedia. Ni un átomo de luz en el horizonte, ni un segundo de reposo en el mar que parecía recibir refuerzos por momentos, al mismo tiempo que cada soplo nuevo del huracán anunciaba que el grueso de la tormenta venía en marcha.

Ni una chispa luminosa en el firmamento, ni el pretesto de una esperanza en el alma.

Contra la borda los marineros se afanaban en preparar los botes y aparatos de salvavida, en medio de la borrasca que los entorpecía y los cegaba; las oscuridad era intensa, las linternas á pesar de sus reflectores, no alcanzaban á disiparla, sus rayos penetraban apenas algunos centímetros, disolviéndose en seguida en su compacta espesura; la noche densa se los tragaba sin dejar ni una linea. Todo se hundía, vacilaba, claudicaba en un ambiente helado, negro y fantástico. Los preparativos, los ruidos,

los sacudimientos, los esfuerzos de la máquina y la lucha del pobre timón estropeado, los gemidos de los cables y el aleteo de los girones de velas; todo en fin aterrorizaba en aquel lamentable escenario.

Las horas pasaban en mortal zozobra y todo continuaba golpeando, tronando, silbando, crugiendo, roncando, rugiendo como mil fieras enjauladas y celosas.

Todo estaba roto, descompuesto, inobediente, comenzando por el timón y concluyendo por la brújula.

A alguien se le ocurrió rezar y á la luz de una lámpara ahorcada como un ajusticiado y columpiándose en extensas oscilaciones, se arrodillaron los pasajeros y encomendaron su alma á Dios.

Al levantarse, un terrible estallido semejante á la explosión de una granada colosal los dejó estáticos, un grito de expanto se oyó en seguida, las mujeres comenzaron á llorar abrazadas de sus hijos, hermanos y parientes.

La lámpara dió su último columpio y haciéndose pedazos en su caida dejó de alumbrar el recinto; todo quedó en tinieblas.

## A BORDO—EN ALTA MAR

El comandate Mr. de Montemar un agradable caballero instruido, que conoce los mares como la palma de sus manos porque ha viajado por todo el mundo, hombre sereno y contenido, bajó al recinto donde estaban reunidos lòs pasajeros. Su aparición nos alarmó aun más; se le notaba conmovido y á pesar de sus esfuerzos, la inquietud estaba pintada en su rostro. Con voz un tanto temblorosa nos dijo: «es necesario que cada uno tome en su camarote los objetos de más valor ó que quiera conservar y los asegure contra su cuerpo, bien atados; vamos á embarcarnos en los botes porque el Orenoque está en peligro». Nadie puede imaginarse el efecto de semejante noticia. Los pasajeros obedecieron la indicación silenciosamente, el recinto quedó desierto; afuera el rumor de la tempestad continuaba, uniéndosele el ruido de los preparativos para echar los botes al agua. Pronto todo estuvo listo, fuimos llamados á la borda para pasar á los botes como

pudiéramos. Las pequeñas embarcaciones subían y bajaban al costado del buque golpeando sus flancos y tironeando las amarras; era imposible trasbordarse sin riesgo de la vida. Los marineros comenzaron á tirar á los botes los pasajeros como si fueran objetos; primero las mujeres, después los niños que eran barajados por sus madres. En los momentos de grande peligro una especie de inconciencia estoica se apodera de uno, de lo que resulta un semi-aplomo salvador con que nos dota la Divina Providencia, que para algo ha de servir. Cada padre, madre, marido, hermano ó pariente veía pasar volando á su hijo, su mujer, su hermana ó su amigo, del buque al bote, arrojado por un marino y recibido por otro, sin aparente conmoción. Los ojos estaban secos, el pecho oprimido los semblantes pálidos, la sangre parecía haberse retirado de los capilares para buscar refugio en el interior de las entrañas. Una orquesta de rumores sordos, de golpes y de estremecimientos acompañaba las angustias extremas en el confin de la vida. La trajedia era interesante, cada uno habíase convertido en el espectador de su propio desastre y del de sus compañeros. La imaginación que siempre está fotografiando, aun en la cabeza del que sube al cadalso, recogía las escenas fantásticas de ese embarque temerario en el que se veía á los que ya estaban en los botes

tan pronto á la altura de los mástiles como al nivel de la quilla del navío.

Cuando me tocó mi turno quise pasar aprovechando un momento en que el bote se ponía cerca de la borda, no acerté hacerlo, mi pié encontró el vacío y luego sentí una presión espantosa en la rodilla que había sido tomada entre las dos embarcaciones, después como entre sueños sentí el ruido de un cuerpo que caía en el agua, mis ojos no vieron más que sombras, me helaba, me moría.... me ahogaba. Un terrible campanilleo resonó por fin; era el llamado á tomar el té ejecutado por el mozo del comedor que es un campanero más diestro que Cuasimodo.

¡Cómo! me dije ¿también dan té en el otro mundo? pues no podía comprender que las escenas tan vivas de la tormenta no fueran reales.

La máquina seguía con su monótono compás, cantando por lo bajo su ópera eterna y anunciando que no había cesado de andar en toda la noche. Una brisa ligera entraba por la ventana, el mar continuaba cosido al horizonte, ningún buque estaba á la vista y un mundo de almohadas comenzó á llover de mi camarote.

Al fin y al cabo había visto una tempestad siquiera en sueños, para que la uniformidad del viaje,con menos accidentes que haya habido, fuera destruida.

Al pasar por Rio Janeiro el comandante y un grupo de pasajeros del que yo formaba parte bajó á tierra, admiró la bahía, criticó el exceso de promontorios que impiden á la brisa del mar barrer la atmósfera de la ciudad y sanearla, caminó por la calle de Oubidor que parece un pasadizo, pues tiene dos metros de ancho: subió á Tiyuca, que ofrece los puntos de vista más deliciosos que sea posible soñar, se bañó y almorzó en medio de peñas, á la vista del mar y entre árboles colosales, todo junto, y pasó por fin por Botafogo, previa visita al jardin botánico cuyas palmeras van justamente desde el suelo hasta el cielo ó un poco más arriba.

Los mencionados pasajeros recogieron la noticia respecto á la tentativa contra D. Pedro y la llevaron al buque en el que ya se hallaban varios brasileros, entre ellos un senador del Imperio, autor de la historia del Brasil, obra notabilísima; de la historia literaria de Portugal, y de muchos otros trabajos importantes relativos á la política de las repúblicas sud-americanas. El se nador me prestó parte de sus obras que yo leí con sumo gusto; en cambio, ejercitando una venganza inmerecida le hice leer mi discurso sobre el matrimonio civil.

Iba también otro caballero del Brasil con su familia, personas muy distinguidas; el tenía el título del barón pero no lo ponía en sus tarjetas, era republi-

cano. Sus hijos é hijas eran muy bien educadas é inteligentes y añadían á sus adornos la ventaja de ser hábiles dibujantes y caricaturistas, calidad de que no abusaban y que solo les servía para hacerse agradables.

Con motivo de la noticia del dia se habló de la política brasilera y quedó sancionado con la fuerza de ley y resuelto sin apelación entre los pasajeros.

1.° Que D. Pedro II era muy querido.

2.° Que mientras él viva no habrá ningún trastorno.

3.° Que después se producirá un conflicto.

4.° Que el partido republicano era muy vivaz y crecía por horas.

5.° Que el Brasil se dividiría en tres ó cuatro Estados confederados ó no confederados.

Habiendo resuelto la cuestión política de América en la cabeza del Brasil, la congregación pasó á ocuparse de problemas sociales comenzando por la importancia de la mujer y su papel en la sociedad humana. Se principió por Eva, una inculta paisana víctima de sus instintos y cuyo primer acto fué perjudicar á su marido, haciéndolo echar de su empleo en el Paraiso, un empleo cómodo, en que nada tenía que hacer, como si fuera jefe de sección de un ministerio digamos; luego se habló de la mujer judía, de la griega, de la romana y por fin de la porteña, nativa de Buenos Aires, hija de familia acomodada,

lanzando uno de los concurrentes esta terrible afirmación que cayó como una bomba sobre el patriotismo de algunos exaltados.

«La niñas de las familias acomodadas de Buenos Aires son completamente inútiles, no saben sino tocar el piano y vestirse y no reciben una educación adecuada para dirigir su casa».

—Es necesario, replicó uno de los concurrentes, ser un desalmado y no tener un átomo de patriotismo para hablar en esos términos de la mujer argentina, de la sublime mujer argentina, si señor, de la heroina de nuestras guerras, que rompía su camisa, perdónenme los ingleses el empleo de esa palabra americana y poco honesta, para preparar vendas é hilas destinadas á curar las heridas que nuestros padres recibían en los campos de batalla, combatiendo por la independencia de la patria, si señor, de la patria. Yo conozco muchachas semaneras que se turnan en los quehaceres de la casa, que llevan las cuentas, que cocinan y que lavan, que no se han puesto jamás una gorra ni un vestido de la Carrau ni de la Vignau etc. etc. etc.

Había precisamente en el circuito dos señoras jóvenes casadas, vestidas desde la cabeza hasta los piés por la Carraü, quienes declararon, á pesar de su patriotismo, que jamás habían roto nada para vendas, que no sabían lavar, y que si sus maridos ó

padres deseaban comer algun plato especial, ellas procederian como intentaba hacerlo Dora, la preciosa Dora de una novela de Dickens segun resulta de este dialago.

*El novio*—Dime Dora cómo harás después que nos casemos si yo te pido para almorzar unas chuletas, pues una señora casada debe entender de cocina!

—*Dora* Nada más sencillo; llamaría al cocinero y le diría: Señor cocinero, mi marido quiere almorzar hoy unas chuletas.

Una declaración tan autorizada heló la fibra patriotica del furioso interlocutor y desde ese día no se habló más de la mujer argentina, ni de lavar, ni de planchar y mucho menos de cocina y de modas.

En San Vicente tuvimos una feria de vanidades, los caballeros rumbosos echaron monedas de oro al mar cuando los veían las señoras para que los negros horribles que viven de esas limosnas las sacaran del fondo.

Próximos á Burdeos el comandante nos anunció que entre las curiosidades que veríamos podía citar la colección de momias sobre las cuales una mujer gorda, la encargada nos haría invariablemente esta retaila. «Vean ustedes, caballeros y señoras, esta es la momia de un sacerdote que murió

como un santo, la expresión de su cara lo dice; estas otras tres son las de una familia envenenada por hongos; esta otra es la de un niño que fué enterrado vivo; vean la contracción de las manos; aquí está un fraile que conserva sus hábitos, ustedes pueden distinguir la piel del vientre, que está como un tambor, de los vestidos que flotan», y así por el estílo.

La entrada por el Gironde á Burdeos es encantadora; en las márgenes se ve los castillos y los viñedos que sirven de pretesto á los mercaderes de Buenos Aires para vender carísimo un vino detestable. Los castillos y los viñedos parecían recibirnos como á personas á quienes veían por primera vez.

Entre la hora de la llegada del vapor á Burdeos y la salida del primer tren para Paris hay apenas tres ó cuatro horas: nosotros las aprovechamos en recorrer la ciudad que ustedes conocen ya por las infinitas descripciones que han leido; pero lo que seguramente no saben es que los caballos usan sombrero, como lo oyen, un buen sombrero de paja nuevo con ribetes y cinta roja, muy gracioso y que les sienta admirablemente. Uno no se imajina como puede acomodarse un sombrero en la cabeza de un caballo; pues se acomoda y muy bien, gracias á dos aberturas laterales practicadas en la base de la copa por las que pasan las orejas. Un caballo adornado

así, de lo menos que tiene es de ridículo, es más bien elegante y cosa rara, hasta las frisones más desairados, saben llevar con gracia su sombrero. Cualquier día hemos de ver que alguna modista haga sombreros con orejas para señoras, que se llamarán *sombreros ecuestres á la Bordalesa.*

La torre de las momias fué visitada. Una señora gorda que llevaba una vela en la mano iba delante de nosotros para mostrarnos el camino. Llegados al sitio que ocupaban las momias, la señora gorda, profirió su informe en estos términos: «Vean ustedes, caballeros y señoras, esta es la momia de un sacerdote que murió como un santo, la expresión de su cara lo dice; estas otras tres son las de una familia envenenada por hongos.... »

Una carcajada general interrumpió el relato: la señora gorda se quedó atónita con la vela en la mano, y las momias con su boca destruida y sus dientes al aire parecian estarse riendo también como si recordaran el anuncio del comandante.

De la Torre de las momias fuimos á parar á Paris, atravesando con una rapidez vertijiosa una de las campiñas más pobladas y cultivadas del mundo en que los paisajes más pintorescos é imprevistos se presentaban á nuestros ojos; los carruajes del tren iban dejando arriba, abajo y á los lados, casas, aldeas, valles, colinas, túneles, rios, fábricas, semen-

teras, molinos, ganados y cuanto Dios crió, en fantástico panorama. La comida fué servida en el mismo tren, cuya rapidez á nadie inquietó, ni siquiera al caldo que se estuvo muy quieto en los platos, como si estuviera en una casa particular asegurada contra temblores.

Qué cosas tiene la civilización! los sufrimientos y el encanto de los viajes á lomo de caballo han sido destruidos por el vértigo del ferro-carril, y así vamos viviendo, como viajamos, acercándonos al fin de la jornada sin darnos cuenta del tiempo que pasa ni del camino andado.

---

## ENTRE PARIS Y BRUSELAS

Estamos en París hace varios dias; muchas de mis lecturas en veinte años de sentido común que me asigno, han versado sobre Paris; tengo la cabeza sobrecargada de Paris. Desde Victor Hugo hasta Zola todos han hablado y escrito algo de París; yo he leído todo eso y mucho más, incluyendo la colosal obra de Maxime Ducamp, que precisamente por ser muy útil ninguno de nuestros ediles consulta.

Tenía antojo de conocer Nuestra Señora; pensaba encontrar visibles las inscripciones de que habla Victor Hugo, reconocer los escondrijos del abate Frollo, los caños de plomo que se doblaron cuando cayó sobre ellos al arrojarse de la torre, y la campana en que Cuasimodo ejercitaba sus potencias seráficas y musicales. Un melancólico recuerdo me había quedado de la pobre Esmeralda, tan simpática y tan linda, tan humana, hasta en esto de inspirar amores imposibles á un sér sin compañero como Cuasimodo: ¡cuántos Cuasimodos hay en el mundo!

El Sena en mi mente era el río de los suicidios; ¿quién no se suicida en el Sena en los romances?

La Morgue estaba destinada á recibir el cuerpo desconocido de los caballeros amorosos muertos en duelo por una noble y trivial causa.

El bosque de Boulogne representaba el sitio de los idilios y de las citas con damas jóvenes y bellísimas de la alta sociedad.

Las tiendas estaban cuajadas de modistas pobres, lindas, modestas é inspiradoras de amores platónicos á artesanos generosos y buenos como ánjeles, á pesar de las persecuciones de banqueros judíos.

En los hospitales se hallaban Rosa y Blanca, sin el incomparable Dagoberto y la increible jorobada.

Cada clérigo que pasaba era un Rodín que iba en prosecución de alguna intriga tenebrosa; y cada señora gorda una madama de Saint Dizier.

Adrianas de Cardoville había por millares y príncipes Djalmas como estrellas en el cielo.

Además Versailles, Fontainebleau, Vincennes, La Valliere, Diana de Poitiers, el duque de Buckingham, los tres Mosqueteros, Luis Cualquiera, María Antonieta, Angel Pitou, la Lechuza, el Maestro de Escuela, los Cuarenta y Cinco, Chicot, Robespierre, Dantón, Saint Just, Napoleón, Thiers, Claudio Bernard, Dupuitren, Pipe en Bois, Bambocha y la Convención, eran sitios, escenas y personajes que habían

tomado en mi cabeza una forma real de actualidad y en presencia de los cuales esperaba hallarme de un momento á otro.

En vez de este conjunto poético, terrible, tierno, romántico, sangriento y cómico que sintetizaba mis recuerdos, me encontré con una estación de ferrocarril colosal y fría, que no existió en el siglo de Luis XIV, con cocheros reglamentados que hacían practicar un trote de alquiler á caballos contemporáneos, sobre un pavimento de madera sonoro y con el gran hotel encargado de hacer perder todas sus ilusiones al más soñador de los viajeros.

El París actual no es el París de la leyenda; es un París municipal en el que la alegría anda con hociquera, en que el deleite es convencional, el goce un contrato, la satisfacción una esperanza y el ruido una ocupación.

He pasado una revista por todo lo que la crónica señala como notable; el sedimiento de mi corta estadía es una sensación de tristeza. París me ha parecido una ciudad aturdida que no se dá cuenta de lo que está pasando en el mundo.

No puedo juzgar ni sus órganos, ni las intimidades de su vida; necesito para ello vivir aquí un tiempo y darme cuenta de todo. No puedo ni siquiera intentar un bosquejo.

París se llama á sí mismo el cerebro del mundo;

falta saber cómo anda ese cerebro; yo no me atrevo por el momento á hacer su fisiología. Fáltame compararlo y no podré establecer con acierto comparación alguna mientras no haya visitado toda la Europa.

Así, mi estimado Director, usted deberá esperar para conocer mis juicios sobre París, á que me halle en aptitud de emitirlos.

Con tal motivo, le anuncio que me voy á Bruselas. Tomo el tren, ya estoy en viaje, á mi lado hay un pasajero dormido real ó ficticiamente, este pasajero por suerte se baja en la tercera estación, me siento con más libertad para mirar el camino, los paisajes son espléndidos, á lo largo de la vía se ve millares de establecimientos manufactureros, de poblaciones y de sementeras; ya estoy en Bruselas y lo que para usted constituye la ocupación de un minuto empleado en leer estas líneas, si las lee, para mí representa un viaje de algunas horas.

Hay quien llama á Bruselas el pequeño París; esto y decir que es una ciudad bonita, va todo junto. Llama mucho la atención el parque Leopoldo, formado en medio de la ciudad. Allí se reune la población á oir música y á gozar del fresco á la sombra de árboles colosales y limpios y al rededor de lagos llenos de pescados rojos. Los niños de ambos sexos juegan á todo lo que se les antoja, aparentemente

sin que nadie los cuide; no se preocupan de los transeuntes quienes á veces reciben un buen pelotazo; hacen casitas y jardines con la arena sin ser molestados, pues parece que todos respetan ese entretenimiento infantil y primitivo. Los paseantes á veces tienen que andar saltando sobre los niños.

Yo no extrañaría si oyera á un parisiense esta frase: «me voy á Bruselas á ver niños». En efecto, en París hay pocos niños con relación á la población, y estos no tienen en general esas mejillas rellenas y coloradas de sus contemporáneos belgas ni esas pantorrillas duras como piedra. Una escena me dió tristeza en París: fuimos al Bosque con Penard, el ameno francés que ustedes conocen, á caballo en unos caballos de pruebista heredados, de un circo fallido, por nuestra caballeriza. Llegamos cerca del borde del lago y en un espacio próximo vímos dos hermanas de caridad rodeadas de un centenar de niñas; eran probablemente las pupilas de algún Sagrado Corazón cualquiera. Las niñas jugaban seria y tristemente; con sus pequeñas manos flacas removían la tierra ó plantaban en ella gajos de árboles y sus caras pálidas y macilentas no revelaban ninguna alegría; algunas llevaban botellas de vino, probablemente por órden del médico. En Bélgica los niños no necesitan médico, como seguramente sucederá en la campaña de Francia.

A poca distancia del centro comienza un bosque grandísimo y admirablemente cuidado; es el paseo de la gente que puede ir en carruaje ó en tramway; es una maravilla; puede uno andar en él todo el dia sin pasar por el mismo sitio dos veces; como continuación de éste se halla otro aun más extenso, cuyos árboles unidos en sus copas forman calles en las que el sol no penetra; allá la cuestión no es de cuadras sino de leguas ¡si habrá aire puro en Bruselas! En el centro del paseo hay un lago inmenso en el que nosotros remamos recordando las escursiones del Tigre.

El jardin botánico, situado en el corazón de la ciudad, es otro paseo espléndido, siempre concurrido; en él se hallan notables ejemplares de plantas raras. Esta profusión de paseos muestra la preocupacion del Gobierno por la salud del pueblo.

Hay dos museos, uno de pintura solamente, otro de pintura, escultura é historia natural. El primero contiene los cuadros de un pintor medio loco llamado Wiertz. Puedo mencionar el cuadro de un colérico encajonado vivo; dá miedo; la Curiosa, una mujer que se asoma á la puerta, cuadro pintado en la pared en un rincón del salón, admirable por su verdad; Botón de rosa, que representa una muchacha bonita ofreciendo una rosa á un individuo invisible; El Perro en su nicho; Wiertz lo pintó para

asustar á los que lo incomodaban, y lo consiguió. El gran museo contiene una colección importante en que figuran los cuadros de célebres maestros; por cierto hay Rubens por docenas como en todos los museos é iglesias de la Europa.

Las iglesias tienen el mismo carácter que las antiguas de Francia y de Alemania, son de piedra, de una arquitectura elegante y encierran muchas riquezas en ornamentos, joyas y cuadros.

Los teatros son pequeños, inferiores á los nuestros, oscuros y mal cuidados; no cae en esta calificación, según dicen, el principal; no lo he visto porque no funcionaba.

Nadie puede comprender porqué valen tanto los encajes hasta no ver como son tejidos. Una mujer necesita una semana para hacer un centímetro cuadrado y no lo consigue aún si no es hábil. En Bruselas y sus alrededores hay numerosos talleres donde se fabrica cuanto encaje se requiere para satisfacer la vanidad femenina. Ninguna señora que viene á esta ciudad entra en el goce y uso de su razón hasta no haber recorrido todas las casas de encajes y comprado cuantos ha podido; después de esta operación mercantil, ya es otra cosa; todas son capaces hasta de ir á Waterloo.

El Congreso es un palacio muy cómodo y muy lindo; las dos cámaras funcionan en recinto separa-

do; las salas de las comisiones son espaciosas y se hallan provistas de cuanto pueden necesitar los representantes, para el desempeño de su cometido. El mapa de Bélgica es lo primero que se ve en cada pieza.

El Congreso tiene una biblioteca minuciosamente cuidada, en la que es fácil encontrar y tomar cualquier libro, gracias á la disposición de los estantes, de hierro y vidrio dispuestos por hileras en medio del vasto salón.

Pero lo que es una verdadera maravilla, capaz de sostener la comparación con todos los edificios de la tierra, incluyendo los palacios de los Faraones, el templo de Salomón y todas las construcciones modernas, es el palacio de Justicia, por cuyo modelo quería yo que se hiciera el nuestro. Basta decir que allí funcionan todos los jueces y corporaciones jurídicas de la capital, sin excepción alguna. No intento describirlo, no podría hacerlo, solo puedo decir que es admirable, grandioso, imponente. Se levanta sobre una eminencia del terreno, dominando con soberbia la ciudad. Tiene 103 metros de altura; para llegar á la última parte accesible de su construcción se necesita subir quinientos treinta escalones. De allí se divisa un espléndido panorama, pues la vista abarca muchas leguas.

Los salones son regios; los vestíbulos, las escaleras,

las galerías, todo rico, noble, sério y sorprendente. Los belgas están muy orgullosos de este monumento y con razón. A pesar de su magnitud, lujo y esmerada ejecución ha costado menos que la gran ópera de París.

El extranjero debe también visitar en Bruselas, el monumento levantado á la memoria de Leopoldo I y el palacio del rey en un sitio llamado Lacquen, un hermosísimo parque.

En el camino á este paraje se encuentra el cementerio en que á par de otros ilustres muertos se halla enterrada la Malibran, tan admirada por el mundo, tan elogiada por Alfredo de Musset. Dentro de una especie de capilla se ve una preciosa estátua que representa una mujer jóven y bella; es la efigie de la célebre cantatriz. En la base de la estátua hay unos versos escritos por Lamartine; en ellos dice el poeta que el genio, la belleza y el amor, están ahí en la Malibran; que la tierra debe llorarla y que el cielo debe recibirla tres veces.

No respondo de la exactitud de mi copia, pero si aseguro que los versos son tan tontos como la leyenda mencionada. Francamente la divina cantatriz merecía otro epitafio más digno de su talento; este por ejemplo «La Malibran».

Pobre Avellaneda! al contemplar con aquella emoción que uno experimenta en presencia de una reli-

quia recomendada al sentimiento por el renombre ó por algún recuerdo tierno, dulce ó doloroso, la tumba de la grande artista, se agolparon en mi memoria las reminicencias de las mil conversaciones con que Avellaneda me deleitaba; casi oía su voz, casi lo veía realmente, paseándose en su biblioteca, con un libro de Musset en la mano y repitiendo con el tono y pronunciación que le era peculiar: la Malipran! Oh! la Malipran!

Pobre Avellaneda, su alma poética y sublime se arrullaba con el sonido que tenía para él esa palabra tan intensa, tan comprensiva, tan fecunda en emociones estéticas!

A mí, en ese tiempo, no se me importaba nada de la Malibran ni de Alfredo de Musset; yo era un estudiante carnicero de anfiteatro que hacía gala de materialismo.

¿Quién me había de decir que un cementerio de Bruselas, habían de retoñar en mí sentimientos de los cuales jamás tuve clara visión?

Mientras espiaba por los espacios abiertos de las molduras de la puerta de hierro la melancólica estátua de la Malibran, sublime en su silencio de mármol, me pareció ver surgir de los muros la figura del ático orador.

Jamás me he dado yo una cuenta exacta de la diferencia entre mi fantasía y la realidad de las cosas.

Así muchas veces un recuerdo ha tomado tan intensamente cuerpo ante mis ojos que la actualidad de mis sensaciones positivas, ha desaparecido para trasportarme á sitios y escenas que se quedaron muy atrás en la corriente de mi vida. Pero nada les importa á ustedes esto!

El rey de Bélgica es muy querido; hace por su pueblo cuanto un buen monarca puede hacer, y el pueblo á su vez, no pierde ocasión de manifestar á su rey su afecto y su respeto.

La política de Béljica está pues dominada por ese hecho fundamental. Hay partidos en lucha, movimiento de ideas y un poco de contajio de las perturbaciones que experimentan los vecinos, pero todo ello no es inquietante por el momento porque no pasa del estado teórico. Los belgas son juiciosos, trabajadores, buenos y prácticos hasta en el ensanche que dan á sus aspiraciones. Se distraen, se divierten y se ocupan. Inventan mil cosas para que el tiempo pase modelándoles una vida uniforme y agradable. Entre estas invenciones figuran las férias donde se ve las cosas y las representaciones más incompatibles y curiosas.

Hemos visitado una exposición de perros interesantísima. Nadie no viéndola es capaz de imaginarse cuán variada es la casta de estos simpáticos animales. La reina asistió á la inauguración que fué

el día de nuestra visita y se condujo tan atentamente con cada uno de los representantes de la raza canina, que muchos de los concurrentes se habrían cambiado voluntariamente por cualquiera de los favoritos de las jaulas. ¡Qué gritería infernal, qué ladridos tan desentonados y antimusicales! Cada propietario de un galgo ó de un lanudo cualquiera, se detenía para halagarlo, y consolarle de su prisión momentánea. La aristocracia perruna era sobre todo halagada. Había jaulas rejias, eran magníficas habitaciones donde los perros distinguidos dormían sobre almohadas de raso y de terciopelo, ó tomaban su leche en tazas de porcelana. Algunos eran muy simpáticos, tenían una cara inteligente y una voz agradable; varios se parecían á personas de mi relación á tal grado que á saber yo ladrar habría entablado conversación con ellos.

---

## VISITA A WATERLOO

Waterloo está á menos de dos horas de Bruselas, haciendo el viaje en coche. Ningún extrangero que llega á la capital belga deja de ir á Waterloo; si el extrangero es un inglés, va inmediatamente aunque se esté muriendo.

La curiosidad por ver el campo de batalla, no es un defecto, es una institución lejislada, reglamentada, prevista y sujeta á impuestos perfectamente establecidos por la costumbre.

Así, al pié del monumento que consiste en un monte artificial, hecho con tierra en cuya cima hay un león en su pedestal, existe un hotel expresamente para servir á los curiosos, y al rededor del hotel, funcionan pequeñas industrias, cuyos dependientes viajeros (comis voyageurs) rodean á los recien llegados, ofreciéndoles bastones, flores, reliquias y otras yerbas.

El cuidador del monumento recibe un tanto para el león y los explicadores de la batalla tienen tambien su estipendio de costumbre. Nuestro profesor

era digno del nombre que le doy. Antes de comenzar su narración miraba la cara del que le parece más importante en la comitiva y, según el resultado de su examen, los actos heróicos de la batalla pertenecían á los franceses ó á los ingleses. A nosotros nos tocó una batalla enteramente inglesa en que Wellington era un héroe y Napoleón un pobre diablo. No vimos el árbol en cuyo tronco se apoyó Wellington, porque según el profesor, un inglés lo compró y se lo llevó á Inglaterra. En un pequeño museo dependiente del hotel hay en venta libros, fotografías, balas, espuelas, sables, sillas de montar y hasta cráneos de soldados muertos en Waterloo; todo ello es referente á la batalla.

Los restos de armas, los huesos y demás objetos, han sido, según dicen los propietarios, encontrados en el campo. Según esto el número de lanzas, carabinas, espuelas, machetes y pistolas que hubo en Waterloo era infinito, pues cada tantas semanas el museo se vacía y se llena de nuevo, gracias á la credulidad de los viajeros. Un cráneo con el frontal agujereado, es, se dice, de un valiente soldado francés, bello como un ánjel, jóven y enamorado, quien según deduzco, tenía la inmensa ventaja de poseer una notable colección de cabezas, pues su cráneo perforado por la bala enemiga, ha sido vendido ya más de cien veces y figura en di-

versos museos particulares del extranjero. Si el mozo tenía tantos corazones como cabezas, el número de sus novias debió haber sido considerable.

Al acercarse el viajero al campo de batalla experimenta una sensación compleja, mezcla de curiosidad y de tristeza. El pueblito que se atraviesa para llegar al campo es solitario y silencioso: algunos de sus sitios y de sus edificios son mencionados por la historia y parecen estar allí como testigos mudos de una gran catástrofe!

Por más indiferente que uno sea respecto á los acontecimientos históricos lejanos, la caída de un hombre grande, admirado y temido, interesa y conmueve.

Yo tengo respecto de Napoleón I, la idea inglesa y no puedo prescindir al recordar su figura, de traer á mi memoria los hechos que empañan su gloria, las crueldades, los asesinatos de prisioneros, las matanzas inútiles, la despoblación de la Francia para satisfacer una ambición vanidosa y casi demente, la perturbación de toda la Europa durante tantos años y los sacrificios horrendos impuestos por el sólo á una gran parte de la humanidad.

No creo que ha sido el capitán más valiente, ni el general más táctico. Antes para mí está en la historia la colosal figura de Aníbal y como representante del valor temerario, un soldado oscuro

y vulgar que llevó á cabo en un rincón de la América, en la ciudad de La Paz de Bolivia, el acto de la mayor audacia, sangre fría y valor que consignan las crónicas de la guerra. Me refiero á la toma de la Paz por Melgarejo, hecho extraordinario cuyo relato le hace á uno dudar de si Melgarejo era un hombre ó una máquina inconciente.

Además, no tengo gran estimación por el valor físico: sé que un hombre cuando quiere *decididamente* hacer una cosa, no deja de hacerla por razones de miedo.

No creo tampoco loable poner mucho empeño en tener entre las altas cualidades, una que jamás el hombre llega á poseer en grado supremo, siendo en eso infinitamente inferior á muchos animales. El capitan más valiente no lo es tanto como un gallo, un perro, un toro, un tigre, un león, y es mil veces menos arriesgado, estoico y pertinaz que millones de insectos á los cuales se puede mutilar, destrozar y matar sin obligarlos á soltar su presa.

Napoleón, pues, ni guerrero alguno, me inspira admiración por su valor físico. Con todo ello no dejó de reconocer en él la encarnación de una de las altas personalidades dirigentes en el mundo.

La Europa entera, más que la Europa, la humanidad se sintió aliviada con la caida de Napoleón; por eso Waterloo figura entre las batallas que han

resuelto una cuestión humana en la cual la población de toda la tierra estaba interesada; por eso todas las naciones actuales se creen partícipes en la victoria de Wellington y miran al campo de Waterloo como la escena en que sus hijos lucharon por su propia patria.

Waterloo será por siglos la batalla clásica, la gran batalla, y la narración de los desastres y trajedias que ocurrieron en el campo memorable, será leida con emoción por mil generaciones.

Waterloo! resonará como un suspiro de alivio en los oidos de la Francia dolorida, que hace ochenta años veía diezmar su población y mandaba lo más jóven y selecto de ella á sepultar su hosamenta en campos desconocidos y lejanos!

Waterloo! repetirán la Inglaterra, la Rusia, la Alemania, la Europa entera y Waterloo querrá decir, la libertad, el descanso, la paz y el trabajo.

Pasarán los cientos de los años y Waterloo seguirá siendo un sentimiento, sin llegar en muchos siglos á tomar la forma fría de un episodio histórico narrado entre leyendas antiguas.

—

Cerca del campo de batalla, hay una iglesia, insignificante por sí misma, cuidada por un viejo mal humorado que repite maquinalmente á los viajeros el mismo cuento, sin variar ni el tono de su voz.

Según este viejo y las inscripciones y bustos que se ve en el recinto pequeño, frío y triste de la iglesia, allí se hallan depositados los restos de muchos oficiales y jefes ingleses que cayeron con heroismo en el campo de batalla.

Yo, como soy curioso, mientras la comitiva se entretenía en copiar los epitafios, dí vuelta por tras del altar, entré en una sacristía que parecía tumba, encontré una escalera, subí hasta un cuarto alto donde funcionaba melancólicamente un relój que con su péndola parecía decir en cada oscilación Water-loo! Water-loo! Water-loo! Puse el dedo en la varilla, el relój se paró: era el fin de la batalla: todo quedó en silencio. En los ángulos del cuarto había muchas imágenes descalabradas de santos y vírgenes fuera de uso; atriles, candeleros y otros aparatos usados en las ceremonias religiosas. Todo tenía tal aire de vejez, de tristeza y de abandono que impresionaba. Los santos descoyuntados habían estado seguramente en la batalla de Waterloo. Un Cristo, sobre todo, colgado solamente de una mano al brazo de una cruz decrépita, parecía haber tomado una parte activa en el sangriento combate!

Sobre una especie de mostrador, al lado de un misal fósil, se hallaba un tintero de plomo en cuya tinta tomaba tranquilamente su baño una pluma de ave; saqué la pluma, sacudí el exceso de tinta que

la empapaba, le miré los puntos y en el márgen del misal, escribí una fecha—manía de viajero—pero la fecha no era la de ese dia!

---

Nota de *La Prensa*.—El episodio á que se refiere el Dr. Wilde en la página 48, y que creemos oportuno recordar, es el siguiente:

Después de la revolución de 28 de Octubre de 1864, que dió por resultado le caida del general José María de Achá y el advenimiento al poder del general Mariano Melgarejo, la ciudad de La Paz levantóse en armas proclamando la presidencia provisoria del general M. Isidoro Belzu. Atacada la ciudad por las fuerzas *melgarejistas* hízose una heróica resistencia logrando deshacer por completo las tropas que la atacaban.

En esta situación, viéndose Melgarejo definitivamente perdido, se dirigió á un pequeño grupo de coraceros, último resto de su ejército y dijo: O me seguís, coraceros, ó me destapo los sesos!.... Entusiasmados estos por la actitud de su jefe, se aprestan á seguirle; Melgarejo hinca sus espuelas en los hijares del soberbio bruto que montaba, salva de un salto una barricada seguido de sus pocos soldados, llega á la plaza, penetra á palacio, sin encontrar más resistencia que la del comandante Machicado, que cae muerto de un balazo, en las escaleras, disparado por el entonces sargento Carrazco, hoy general, entra en el salón donde Belzu festejaba su triunfo bebiendo cerveza con sus parciales, y en medio de ellos, le dispara un tiro de revólver que lo deja sin vida.

En medio de la estupefacción general, Melgarejo se dirige á los cortesanos de Belzu y les dice: ¡Viva Melgarejo! Todos á una voz cohibidos por el miedo al ver palpitante aún el cuerpo de su jefe le responden: ¡Que viva!.... y Mariano Melgarejo, que sale á los balcones á proclamar á las tropas de Belzu, es reconocido vencedor en medio de sus propios enemigos.

## BRUJAS—AMBERES—OSTENDE

Brujas, como se llama en España, ó Bruges, como le dicen los belgas, es una ciudad que se ha quedado en la Edad Media: hasta sus habitantes vivos y contemporáneos de los del siglo 19, año de 1889, parecen estar pensando en la próxima cruzada.

No es viejo precisamente lo que hay en Brujas, es vetusto, pulverulento, con una vejez de polilla; hasta el cielo parece roído; las torres de las iglesias y aun las casas están carcomidas; la madera ha sido cortada en el Paraíso terrenal y el agua estancada en su canal es la que cayó en el diluvio!

La sensación de antigüedad que se experimenta al entrar en Brujas le hace á uno pensar tales rarezas y se tiene esa sensación quizá porque las descripciones de la ciudad predisponen el ánimo del lector.

En efecto las crónicas cuentan que Brujas, conocida hoy por sus encajes, fué un emporio de comercio y hasta un puerto concurrido por los buques de todas las naciones, allá en tiempos remotos; y la

guía dice que Brujas conocida por tal y cual causa, conserva hoy en parte el aspecto que tenía en la Edad Media. La verdad es que parece un pueblo remendado en donde hay calles y tiendas como las de cualquier ciudad moderna al lado de otras idénticas á las de los tiempos en que se quemaba á sus tocayas.

Las mujeres usan capa, una capa negra, larga hasta los talones, que les dá un aspecto entre grotesco y fúnebre; tienen un modo de andar clandestino, caminan pegándose á las paredes y cualquiera diría que van á denunciar un hereje al Santo Oficio.

En una iglesia antiquísima, con olor á momia, ví la tumba y mausoleo de Cárlos el Temerario y María de Borbon y en otros sepulcros las imájenes acostadas de varios obispos gordos. Pregunté la causa de esa posición y de esa gordura episcopal y contestaron que así correspondía á la escultura del renacimiento, lo que trasmito á usted á los efectos consiguientes. En la capilla de Sainte Sang, la más antigua de Brujas, existe una reliquia preciosa en una caja ó casa de metal con incrustaciones de piedras; la reliquia consiste en unas cuantas gotas de sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Esta sangre fué recogida por no sé que Santa y regalada por un barón ilustre, santo tambien, á la

ciudad de Brujas, donde se erijió la capilla que lleva su nombre. Antes, hace unos cuantos cientos de años, en determinadas épocas, la sangre hervía, lo que era señal de algún milagro en preparación; despues dejó de hervir sin que nadie atinara con la causa, pero pasados unos cuantos años volvió á hervir.

Ahora no hierve. Los brujos, llamaremos así á los habitantes de Brujas, no pierden sin embargo la esperanza de verla hervir como en sus buenos tiempos porque la sangre no se ha secado.

He pedido que me avisen al primer hervor para acudir á ver tamaña maravilla.

Este milagro revela dos cosas: las singulares condiciones higrométricas de la mencionada sangre y la cantidad de tontos con que cuenta el mundo!

Hay un hospital en Brujas y en el hospital un museo de pintura en un cuarto redondo de cinco metros de largo por cuatro y medio de ancho; los cuadros son muy célebres á lo menos por tales los tienen en Brujas; á mí me parecieron horribles, pero quizá es porque no soy pintor; en algunos no se distingue nada, están negros, pero eso es diçen un mérito y prueba la antigüedad. Verdad es que en varios museos de nota he visto iguales adefesios, tenidos por grandes obras en las cuales encuentran los visitantes tema para exageradas ponderaciones, mientras yo tengo para mí como

verdad averiguada, que no puede ser bello lo que no causa el menor agrado. La rutina es una ley humana, las opiniones convencionales adoptadas como quien compra ropa hecha son las de la mayoría y debe aceptarlas so pena de pasar por original. Si de mí dependiera, echaría al fuego las tres cuartas partes de los cuadros del mejor de los museos y le haría un servicio. La manía de admirar las cosas simplemente porque son viejas es causa de un verdadero estravío en el gusto. Felizmente el defecto se ha de corregir por el esceso. Dentro de poco no habrá galpón tan grande como para contener los objetos de museo, tal es el número de mamarrachos recolectados por los especialistas.

El hospital de Brujas es notabilísimo; es el único hospital sin enfermos que yo he visto. Unas cuantas hermanas de caridad circulando por los corredores y uno que otro muchacho *calvo* sentado en los patios constituian toda la población visible de aquel recinto. Así yo al dejar mi óbolo, pude con verdad decirle al portero—«Tome mi doctor, para las ánimas del purgatorio».

Si bien no hay enfermos en ese hospital extraordinario, en cambio hay un patio de una sublime y melancólica belleza. Con sus grandes árboles, descuidado y sombrío parece la huerta de un conven-

to abandonado. Tristísimo, silencioso, muerto, se presta á que la imaginación del visitante vea paseándose por entre los arbustos y á la sombra de sus plantas seculares, las monjas ó los frailes de la Edad Media, locos de puro místicos y diabólicos de puro fanáticos. Mientras oía el ruido del viento en las hojas y ponía con mi mente lechuzas y buhos en las ramas secas, llegó á despertarme de mi ensueño una música de campanas rara y armoniosa; era la sonata entonada por el campanario de un edificio no lejano, antes de dar las horas que avisan á la ciudad muerta ó dormida el pasaje del tiempo siempre igual, monótono y eterno para ella.

—

Amberes es el contraste de Brujas por su movimiento y su comercio. En su puerto descargan muchos de los buques venidos de nuestra tierra y el argentino que pasea por los muelles, reconoce como compatriotas y mira casi diré con cariño, á los cueros salados extendidos en los galpones, donde un enjambre de mujeres los remueve, los limpia y los acomoda.

La Catedral es preciosa; tiene como casi todas las iglesias de cierta importancia de Bélgica, cuadros de Rubens é imágenes y esculturas artísticas; entre estas obras figura la pintura de un bajo relieve que causa una completa ilusión de volúmenes salientes.

La iglesia de San Jacques encierra los restos de Rubens y de sus dos mujeres, la una rubia, la otra de pelo negro —Este diablo de Rubens no tenía mal gusto; sus dos mujeres son muy buenas mozas y una de ellas, no recuerdo bien si la rubia ó la morena, era de una paciencia á toda prueba, como lo muestran algunos cuadros del célebre pintor en los que ha retratado á la mujer muerta en presencia de la viva sin reclamo, según parece, de ésta. En la especie de capilla donde se halla la tumba, Rubens está entre sus dos mujeres, si hemos de creer en las inscripciones de las lápidas. En el otro mundo no hay celos!

El jardin zoológico se halla bastante bien dotado —su colección de monos en muy variada, tiene leones, tigres, hipopótamos, girafas, cocodrilos y otros personajes distinguidos de la fauna cosmopolita.

—

Nunca había estado yo en un pueblo de baños y no tenía más idea de ellos que la resultante de algunas narraciones y de la lectura de viajes y romances. Ostende me era bastante conocido de nombre sobre todo por la celebridad de sus ostras. Un pueblo de baños es un sitio delicioso con tal que uno deje sus preocupaciones en otra parte. Ostende tiene una de las mejores playas del mundo, segun dicen.

En un extremo de la ciudad y rodeándola en la cuarta parte más ó menos de su circuito, se ha construido un veredón con piso de mosaico grande, perfectamente unido. Este veredón tiene como treinta metros de ancho y limita por uno de sus bordes con una série de casas y hoteles alegres y elegantes y por el otro con la playa, de dimensiones variables según se acerca ó se retira el mar. Este caballero á su vez en Ostende se ha tomado la libertad de ser grís, con sus reflejos de cimento portland. Nunca está tranquilo, siempre está rugiendo, bramando y amenazando; pero los bañistas lo tratan como las mujeres á sus maridos, sabiendo que sus cóleras no se traducen en hechos.

A lo largo de la ribera hay una série de casillas como tiendas de campaña sobre ruedas. Cuando el bañista hace seña, la casilla tirada por un solo caballo pero del tamaño y fuerza de un frisón, entra en el mar. En los días lindos el espectáculo de los bañistas es animado y precioso, un poco ridículo si se le mira desapasionadamente.

Al lado de una criatura bellísima y cuyas formas denunciadas traidoramente por su ropa empapada hacen recordar... ¡quién no tiene algunas formas que recordar!... pues no quiero salir con comparaciones de la Vénus de Milo, de la Vénus Afrodisiaca,

de Galatea, de la Casta Susana y otras matronas de museo cuyo cuerpo de mármol y senos duros, están ahi tantalizando á los guardianes... hacen recordar decía, el primero ó el segundo ó el vigésimo amor, pues han de saber ustedes que, no la mujer, sino nuestro amor, es quien posee las bellas formas y yo podría presentar como prueba la confidencia de un ciego, realmente ciego de ojos, á consecuencia de una enfermedad poco poética, la viruela, enamorado de una maestra de escuela, fea como doce mil legiones de demonios, flaca como una ristra de zarzaparrilla, vizca como un ángulo y ladeada como la torre de Pisa.

Y era de ver el entusiasmo del ciego—¡qué espalda, doctor, me decía... cuando yo paso la mano sobre ella!... en fin la confidencia era al médico y yo no debo revelarla á causa del secreto profesional. Solo puedo decir que pasar la mano por los lomos (la espalda, según el ciego) y á lo largo del espinazo de la maestra, debía ser lo mismo que pasarla por el *divortia aquarum* de los montes Urales.

En que estábamos?—ah! al lado de una criatura bellísima y con formas tales que denunciadas por su ropa mojada, le hacen á uno recordar, todo cuanto de sensual ha experimentado en la vida, se vé un viejo imposible de flaco ó una vieja improbable de

gorda, vestidos ambos como muñecas de juguetería alemana, sin que falten ni los anteojos. La vieja muy ocupada en no ahogarse, como si ello importara algo á la humanidad, y el viejo haciéndose la ilusión de resistir á las olas!

Las olas, caprichosas como cabezas de novias mimosas, las olas de mar que antes no conocí y por cuya fuerza jamás hasta entonces me había dejado levantar; las ondas providenciales cuyo empuje comienza por el fondo y hace trepar al nadador en su lomo encrespado en vez de mecharlo en la masa de sus aguas como un pedazo de jamón en una pierna de carnero!

En Ostende, hay un kursal, un casino y varios sitios de recreo, entre ellos la playa que en las horas vecinas á las del baño semeja el campamento de un ejército formidable visitado por toda la población de una ciudad. Los niños por enjambres juegan con la arena, los hombres pasean, dibujan ó toman vistas fotográficas, las mujeres tejen, pintan ó conversan en rueda con sus acompañantes; hasta las más feas de las jóvenes coquetean un poco, en contraposición de las ya más maduras quienes lo hacen desenfrenadamente.

En el kursal, espléndido edificio con colosales salones de baile y juego con teatro, jardines y otros sitios de recreo, encuentra el viajero diversiones atrac-

tivas, decentes y animadas, á las que puede asistir con toda comodidad y sabiendo que nadie se preocupará de él sino para agradarlo con tal de no salír de las reglas sociales y de los hábitos de la gente culta, admitida la expansión propia de los pueblos de baños.

---

## EL RHIN—COLONIA—BERLIN.

Nadie puede imaginarse un camino más lleno de accidentes agradables, que el de Bruselas á Colonia, en su primera sección. El tren rapidísimo entra á cada momento en algún túnel y sale de él para pasar veinte veces el mismo río, costear parques y aldeas, atravesar bosques ó colgarse á las faldas de las colinas, produciéndole á uno el mismo efecto de cerrar y abrir los ojos, corriendo por ciudades, montes y valles, tal es la prontitud del contraste entre la luz de los paisajes y la repentina oscuridad de los socabones.

Pasada esta impresión le resta otra no menos agradable al viajero: la vista del Rhin á cuyas orillas está situado la ciudad de Colonia, del Rhin tan cantado por los poetas y con razón. Del otro lado, enfrente á la Colonia se ha formado una ciudad más nueva, ligada hoy á la vieja por varios puentes uno de los cuales es una obra notable de elegancia y solidez; los trenes pasan por él sin extremecerlo y los buques no muy altos

caben debajo de sus arcos. El espectáculo que ofrece el Rhin de noche visto del puente, es fantástico: el reflejo de la luna ó de las estrellas en sus aguas se une el de las luces de mil embarcaciones á vapor ó vela allí ancladas ó en movimiento. A los lados se ve las fábricas y talleres de la ciudad nueva y los edificios enormes y silenciosos de la vieja cuyo punto saliente es la grande y célebre catedral.

No sé si ustedes saben que los planos de la cadral de Colonia fueron hechos por el diablo; así lo cuentan por lo menos todos los guías y lo creen hasta los sacerdotes de Alemania. Los cristianos tienen la costumbre de hacerlo pasar por tonto al diablo y si realmente la historia de este monumento guardado con tanto cuidado en los archivos episcopales, es verdadera, el diablo ha hecho un mal negocio, pues la catedral vale mucho más que las dos almas que se llevó.

Un obispo muy rico, se propuso hacer una iglesia sin igual y pidió los planos al más célebre de los arquitectos de la tierra, dándole un año para ejecutarlos. El arquitecto, abandonando todo trabajo, se consagró á la obra encomendada y consumió una gran cantidad de pergamino en puros proyectos, sin conseguir uno siquiera mediano. Lo particular era que apenas se dormía soñaba con famosas

catedrales cuyos planos tenía en la mano, pero apenas se despertaba, planos y catedrales desaparecían de su memoria.

El obispo por su lado no se descuidaba; había hecho acopiar materiales y ya tenía todo pronto para comenzar la obra. Cuando solo faltaban tres días para el vencimiento del plazo, el arquitecto medio loco se salió al campo donde lo tomó una tormenta horrorosa; llovían rayos y centellas. Una de estas partió el tronco grueso de un árbol de cuyo centro salió un caballero vestido de colorado.

Este se acercó al arquitecto y lo saludó como al autor de la catedral con cierta ironía. El arquitecto se fastidió: el caballero insistió en sus cortesías. Por fin entraron en conversación y tras de muchas peripecias, resultó al último que el caballero daría los planos, firmando el arquitecto el compromiso de dar su alma al diablo el cual se llevaría también la de la primera persona que entrará á la catedral.

El arquitecto recibió los planos, los mostró al obispo quien quedó admirado y la catedral comenzó á levantarse con una rapidez asombrosa, pero no estaba contento; no es cómodo dar su alma al diablo cuando uno la tiene muy católica. Andaba pues por esta causa buscando el medio de faltar á su compromiso ayudado por su confesor y por el obispo quienes le aseguraban que engañar al diablo no era

mala acción. El diablo desconfiado tomaba sus medidas para no ser estafado; hizo que los planos se perdieran sin estar la obra concluida y ni por eso perdonó al arquitecto muerto en pecado, ni dejó de llevarse la otra alma, pues con anuencia del obispo y clero conocedores de las condiciones del contrato, una mujer notoriamente condenada fué obligada á penetrar en la catedral medio concluida y marcharse en seguida al infierno. Los planos no parecieron hasta muchisimos años después; el diablo los había roto y había mandado los pedazos á diversas partes.

Hace apenas ocho años, que la catedral ha sido terminada, inaugurándose con gran pompa. La cristiandad debe pues á los buenos oficios de Satanás y á sus vastos conocimientos matemáticos, uno de los más notables monumentos consagrados al culto. Es de piedra como se sabe, sus bóvedas, sus cúpulas, sus columnas y sus torres son atrevidas y elegantes; el estilo de su arquitectura es puro: todo el edificio es grandioso. Encierra mausoleos preciosos y cuadros notables.

Allí están en una urna de oro, plata y piedras preciosas los restos de los tres reyes magos que fueron á adorar á nuestro señor Jesucristo. Respecto de la autenticidad de esos restos no puede haber la menor duda pues se tiene los certificados de defunción de los tres reyes, expedidos

por el oficial del rejistro civil de sus respectivas ciudades.

Están también en una reliquia especial tres de las espinas de la corona del Salvador del mundo; son buenas espinas, yo las he visto y se conservan en perfecto estado á pesar de sus mil ochocientos ochenta y nueve años.

Colonia es muy rica en reliquias. En otra de sus iglesias, Santa Ursula, se hallan depositados los huesos de esta Santa, y de once mil vírgenes más bárbaramente sacrificadas en compañía de la señora Ursula, por los hunos.

Estas once mil vírgenes en su peregrinación á Roma compusieron el cortejo de Santa Ursula, vírgen también, pero en vísperas de dejar de serlo por consejo de un angel.

Dicha peregrinación fué notable.

Una verdadera flota compuesta de once buques condujo á las doncellas á razón de mil cabezas por buque y cuentan los pilotos que no sabían como entenderse con tanta vírgen á bordo.

Colonia tiene como todas las ciudades antiguas calles angostas y torcidas. El gobierno de la villa ha comprendido que la hermosa catedral no lucía lo bastante por no podérsela contemplar de cierta distancia y ha mandado demoler algunas casas vecinas, con lo cual el edificio no ahoga las calles

como sucede en Buenos Aires con los bancos Hipotecario y de la Provincia.

Lo principal del municipio está encerrado por las fortificaciones antiguas y modernas que dan á los alrededores un aspecto nuevo y variado, principalmente á lo largo de Rhin.

No sé si ustedes creen aun, como yo cuando chico, que el agua de Colonia era el agua natural de una ciudad fantástica; si aun lo creen salgan de su error. El agua de Colonia es fabricada con todos los miramientos debidos á la química en un establecimiento especial y se vende casi tan cara como en Namhuel Huapí.

Hay en las plazas y otros sitios numerosas estátuas de hombres vivos y muertos, guerreros y artistas, filósofos oradores y estadistas. La ciudad es animada, circulan por sus calles muchos militares; tiene teatros, paseos, jardin botánico y una pequeña colección zoolójica.

—

Tenía yo mucho deseo de conocer la capital políticamente antagonista y vencedora de Paris,

Berlin es una ciudad nueva relativamente. Como casi todas las grandes capitales de Europa, esta atravesada por un río canalizado proporcionando á los habitantes las comodidades de un transporte en pequeños barcos barato y fácil. Si nosotros hi-

ciéramos alguno de los canales proyectados al rededor de Buenos Aires, procederíamos con tino.

Dentro de pocos años á uno y otro lado del canal florecerían nuestras industrias y la capital de la República Argentina tendría las ventajas de Lóndres. Paris, Berlín, Colonia, San Petersburgo y otras.

Sus calles son anchas y aereadas; solo en la parte antigua hay algunas angostas. Su sistema de cloacas y provisión de agua es muy bueno; hay mucha limpieza, en la ciudad.

Las grandes avenidas, entre las que figura en primera línea, Unter den Linden, es decir, Bajo los Tilos, nombre poético enteramente en armonía con la belleza de la calle, tienen fajas especiales y diferentes, para el tránsito de carros, tramvays, carruajes, caballos montados y gente de á pié. Eso se llama entender los usos de una vía pública y consultar las necesidades de la poblacion.

La faja destinada á los jinetes, está flanqueada de árboles. San Petersburgo es aun más notable bajo el punto de vista de la disposición de sus calles: la Perspectiva Nevsky, por ejemplo, tiene á más de sus anchas veredas, una faja central para tramways, á los lados de ésta, dos fajas para los transeuntes de á pié, en seguida, de un lado y otro, una para carruajes.

La dirección de los vehículos está marcada; así

por la misma calle suben y bajan, pero separados por la faja de los tramways y de los transeuntes, evitando así todo peligro de choques.

Numerosos hoteles, casas de comercio, bancos, teatros, talleres, manufacturas, residencias particulares y palacios espléndidos dan á la ciudad un aspecto grandioso. Sus plazas ostentan estátuas colosales de la más bella escultura, algunas demasiado al natural como las de la plaza vecina al museo, en las cuales se ha suprimido por inútil la hoja de parra del traje usado por nuestro padre Adan. La más noble de las estátuas es sin duda la de Federico el grande, no desconociendo el mérito de las otras de sabios, guerreros y magistrados.

Enclavado en la ciudad hay un parque muy grande, llamado Thiergarten, jardin de animales, perfectamente cuidado; conserva en algunas de sus secciones el aspecto de bosque silvestre; tiene lagos en que se patina en invierno y sitios preciosos de recreo en toda estación. Y no es este el único bosque de Berlín; hay otro un poco más lejos, muy grande y muy bien conservado.

Los museos de la capital de Alemania son numerosos y muy ricos. El museo etnográfico ocupa un edificio inmenso y contiene ejemplares de vestidos, armas; útiles, muebles, embarcaciones, imágenes y cuanto Dios crió, pertenecientes á todos los pue-

blos de la tierra en sus diversas épocas. Ofusca visitarlo; uno se apercibe allí de cuanto ignora.

Junto á éste se encuentra el museo de Artes é Industrias, ocupando otro edificio monumental. Joyas, porcelanas, muebles, tejidos, grabados, cristales y tallados de bajo relieves, son los objetos que lo llenan y cuya comparación enseña los progresos de las artes industriales.

Otro museo que ningún viajero debe dejar de visitar es el de armas, en el cual se puede ver desde los cañones primitivos hasta las ametralladoras más nuevas; allí figuran las armaduras, los vestidos, las lanzas, los sables, puñales y espadas de todos los tiempos. Inspeccionando los fusiles, se puede seguir paso á paso los progresos de la fabricación, desde el más rudimentario después de la invención de la pólvora, hasta el actualmente usado por los alemanes; la variedad infinita en las formas y mecanismo muestra adelantos y retrocesos en la construcción. Los trajes de diversas épocas ofrecen un espectáculo curioso. No es menos digna de estudio la sección de los planos de fortificaciones y de batallas, hechos en relieve, aun cuando su importancia no sea trascendental por cuanto los planos de las fortalezas actuales no están representados allí.

Difícil es concebir un edificio más apropiado á su objeto que el inmenso palacio del museo real de

Berlín. Al considerar las riquezas allí encerradas y mirar el recinto, no se sabe qué admirar más; cada sala está decorada como corresponde á los objetos que contiene. Así, las momias, los mausoleos, las cariátides, en fin, todo lo egipcio está en un edificio egipcio, copiado fielmente y en cuyas paredes se ha pintado escenas de la vida, habitaciones, jardines, templos y figuras egipcias. En el salón de objetos griegos reproducidos, todo es griego; los frescos de los muros representan la vida griega y los principales monumentos históricos.

Estas pinturas son hechas por verdaderos maestros.

El palacio del museo es de una belleza y de un valor inestimables, los pisos de los salones y vestíbulos son de granito bruñido, las columnas de alabastro, de mármol ó de jaspe, los muros pintados con preciosos cuadros. Hay una escalera que llama la atención por lo grandiosa; lleva del museo de escultura al de pintura y es tanta la belleza del recinto que le hace olvidar al visitante las curiosidades y riquezas que ha visto en la planta baja.

En la sección de esculturas, son dignos de mención los restos de estátuas de Pérgamo instalados en un vestíbulo á la entrada y en un salón cuyas paredes ostentan los cuadros de los monumentos más renombrados, tales como el Jimnasio, Acropolis

y otros. Es notable por su belleza el resto de un busto de mujer; no existe sino el cuello y la parte inferior de la cara hasta la mitad de la nariz; la boca está entreabierta; es colosal pero preciosa.

En otras salas se encuentran los originales de muchas estátuas griegas; citaré la de una sirviente sentada en la tumba de alguien, muy afligida y muy linda y la de un Antinoo precioso. Luego vienen las reproducciones de las estátuas célebres, cuyos originales están en otros museos. Los muros contienen grandes cuadros de pintores de nota, representando los monumentos antiguos de la Grecia.

En la sala romana están las estátuas colosales y horribles de César, de Augusto, de Trajano, Vespasiano, Tito, Acriano, Marco Aurelio y demás emperadores romanos.

Hay una mujer rezando, bellísima, y la estátua de Lucilia que no le va en zaga; tres Apolos, dos Zeus en otra pieza y más notable que todo, á mi manera de ver, un Juan Bautista de Miguel Angel. El Juan Bautista es un muchacho hermosísimo á quien da gana de hablar con cariño. Esta estátua ha costado al museo 125,000 francos; dicen que fué adquirida en Piza. Por este dato podrá calcularse cuanto gasta el museo para aumentar su colección y los enormes recursos de su presupuesto.

Las estátuas de Agripina, Augusto, Menandro y

Demóstenes, todas del Vaticano; Cleomenes de París, Aristóteles, de Madrid, y un Antinioo del Capitolio de Roma; el Hércules Farnesio y los gladiadores, de los que tantas reproducciones en bronce hay en Buenos Aires, hacen parte de la colección.

La sala del renacimiento italiano, contiene muchos muñecos muy feos, ejecutados sobre temas religiosos y el busto del famoso Papa Alejandro VI, que en paz descanse. En la egipcia, están las figuras colosales de Ramses II de Asertesen I: las dos, datan de dos mil cien (2100) años antes de Cristo. Allí se encuentra la piedra de los sacrificios, paralepípedo, como de medio metro cuadrado de base, en que ponían su cabeza las víctimas designadas por la estupidez humana; adornan también este salón, la puerta de una pirámide, un tronco de columna que formaba la parte baja de una estátua jigantesca y un pedazo del monumento que el rey de Asiria hizo construir en conmemoración de la destrucción de Menfis y de su victoria sobre los reyes de Etiopía y de Egipto, hechos que ustedes recordarán por ser muy recientes.

El pedazo de piedra lleva el grabado en relieve de la efigie del monarca vencedor semejante á un pollo vestido, á cuyos piés se hallan arrodillados un rey de madera y un príncipe parecido á esas figuras que pintan los muchachos en la pared, con un

solo ojo redondo y un pico por nariz. Dicen que los caracteres de la inscripción, del tronco de la columna mencionada, son las letras más antiguas que existen en el mundo. Yo no le creo á nadie que entienda semejantes inscripciones; como no se les contradice los sabios inventan también á su gusto. Lo que la inscripción en relieve representa es una piedra con viruela y quien diga lo contrario no sabe las enfermedades de las piedras antiguas.

El museo de cuadros está dividido en dos partes: en una figura los de las escuelas italiana, española y francesa: en la otra los de la alemania y holandesa.

En la primera llamaron mi atención los siguientes:

Un Cristo de Leonardo de Vinci.

Júpiter y la señorita Io, de Correggio; el más galante de los dioses está disfrazado de oso; Io, una bonita muchacha se halla desnuda como vino al mundo y está sentada sobre una piedra. El oso, cuya cara apenas se percibe en la sombra, tiene abrazada á la jóven por la cintura; las dos caras y las dos bocas están juntas; Júpiter encuentra sin duda muy sabrosos los labios de Io; en efecto, la niña tiene una boca encantadora.

Cerca de este cuadro hay otro del mismo Correggio, sobre idéntico tema; el amigo señor Correggio á juzgar por sus obras era muy afecto á los besos en la sombra; este representa á Leda y el Cisne; es cuadro muy

conocido aunque incompletamente porque las reproducciones suprimen las compañeras de baño de la preciosa é intemperante Leda; las compañeras son varias niñas desnudas, muy lindas y ya familiarizadas con los procedimientos de los cisnes, pues poco caso hacen de los procedimientos de Leda y Compañía.

Cinco cuadros de Rafael, originales por supuesto; todo cuanto el museo contiene es auténtico y no admite pieza sobre la cual haya la menor duda. Estos cuadros tienen por tema á María y el niño con sus variantes, Jerónimo Francisco y San Juan. Estuve gran tiempo mirándolos, ellos constituyen una inmensa fortuna y francamente no me produjeron grande impresión. Yo, en lugar de Rafael, le habría puesto más cejas á la vírgen, pues las que tiene son indijentes. Hemos admitido muy á la ligera la perfección de los cuadros de los maestros antiguos; muchos están llenos de defectos; y nadie se atreve á señalarlos de miedo á las ideas recibidas. A mí no me importa nada en materia de impresiones la opinión de los otros. Todos los críticos juntos de la tierra no le pondrán cejas á una vírgen de Rafael si no las tiene, ni disminuirán el volúmen del brazo de gladiador de la famosa y robusta vírgen de la silla, cuyo orijinal no he visto aún, pero cuyas reproducciones por millares la presentan con el mis-

mo defecto que ha de estar en el orijinal, pues no es dable que todos los copistas se hayan equivocado en el mismo punto.

Un Juan Bautista de Creuz, admirable.

Lavinia, la hija del Tiziano, autor del cuadro y de la hija.

Un San Antonio y el niño de Miguel Angel, se dejan mirar con agrado un minuto. El Amor vencido, del mismo y Jesu-Cristo bajado de la cruz, espléndidos.

La Mater dolorosa de Guido Reni, una verdadera mater y realmente dolorosa.

Varios cuadros de Velasquez, entre ellos el retrato de un capitán gordo llamado Alejandro del Borro, lleno de verdad y que impresiona.

En el departamento de las escuelas alemana y holandesa noté particularmente:

El retrato de un rey, Felipe II creo, con una boca y una mandíbula inferior improbables, en forma de hocico. Es lástima que algunos de los grandes representantes de la humanidad segun la historia, se alejen tanto en su figura de las reglas de estética.

Un San Sebastian muy bueno.

Cristo curando á un enfermo, excelente en su papel de médico homeópata.

Una Andromeda, espléndida; que lo detiene á uno un buen rato.

El retrato de un municipal, de Durer; ha costado 437,500 francos (no Durer ni el municipal sinó el cuadro). Como sentirá nuestro Presidente del Concejo Deliberante Sr. Cranwell, que no viva en nuestra época el Maestro Durer! Ya tendríamos un Durer en la Sala del Concejo.

De Rembrandt, pintor bastante pretencioso que mandaba la luz á sus cuadros, de lado, José acusado por madama Putifar ante su marido, por tonto, porque al fin y al cabo esa arriesgada señora no carecía de atractivos. Una casta Susana y varios viejos; no causa la menor impresión, quizá debido á la calidad evanjélica de esa distinguida y modesta matrona. La esposa de Rembrandt, bastante buena moza; se sospecha que el retratista la ha mejorado. Una mujer, no la lejítima, con unos ojos como hay pocos en Europa y muchos en América.

La bruja de Harlem por Frans Hals, una vieja odiosa con una lechuza en el hombro: la vieja se parece á la lechuza y causa espanto; es la representación de la maldad; y por fin una mujer desnuda, estudio de Rubens.

En una hermosa rotonda se hallan expuestos gobelinos antiquísimos que quitan el deseo de poseer tejidos análogos; cuantos uno pueda adquirir no se acercarán á estos.

En la portada del museo hay dos estátuas de hierro muy buenas, la una representa una amazona luchando con un tigre; la otra un jinete combatiendo con un león.

Al pié de la escalinata se halla una fuente de de ocho metros de diámetro hecha en granito de una sola pieza. Fué necesario construir wagones especiales para trasportarla.

—

Próximo al museo real, casi ligado á él está el edificio llamado galería nacional, no inferior en belleza á muchos de los notables de Berlín; contiene esculturas y cuadros numerosos ya. Uno representa á Huss, delante de la hoguera; el pueblo parece serle favorable así como el monarca que asiste á la ejecución, á caballo, acompañado de un obispo también á caballo, el Infame; en la cara de este se pinta la cólera, la estupidez y la crueldad. Hay un cuadro de la Magdalena muy lindo y una Bacante que no le va en zaga. La Lectura de un testamento recién abierto, es una pintura preciosa por la diversa expresión de las caras de los concurrentes, perfectamente interpretada por el autor. El Carnaval en Venecia, en casa de un magnate; Jesu-Cristo sanando un enfermo y el Médico examinando á un niño, son tres cuadros notables; el segundo es de Max; el tercero admirable á mi entender, es de

Mackart; jamás pintor alguno representará mejor el sufrimiento de una criatura. No hay en él sino tres personajes; el médico, el niño y la madre que lo tiene en las faldas; la cara de esta es una interrogación ansiosa; al niño solo le falta quejarse; la actitud del médico y su fisonomía son por sí solas una fórmula y una elejía. Los médicos aprenden en el ejercicio de su profesión á hablar con su simple actitud sin decir nada y diciéndolo todo; el del cuadro parece estar diciéndole á la madre. «El caso no es muy sencillo pero la ciencia tiene muchos recursos; pobre niño, si usted lo hubiera traído antes!.... tal vez no hay que perder la esperanza, pero no es bueno tampoco hacerse muchas ilusiones....¿Ha dormido anoche?....toma algún alimento?—Eso no está muy bien.... quizá se mejore, porque.... usted sabe, la naturaleza en esta edad»—En fin, remeda la situación tan común en la vida profesional de un médico á quien sus sentimientos y sus incertidumbres impiden arriesgarse á pronunciar una sentencia y el cuidado de su reputación á dejar grandes esperanzas. En lenguaje de estudiantes, esto se llama reservarse salidas.

UN CUADRO—EL ACUARIO—UNIVERSIDAD—HOSPITAL —PALACIOS DE BERLIN Y POTSDAM—ESTADO SOCIAL DE ALEMANIA—NUESTRO PAIS Y SU DIPLOMATICO Sr. CALVO.

Todavía más sobre pinturas en Berlin. Acababa de abrirse una exposición de cuadros cuando nosotros llegamos; era la correspondiente á este año, pues Berlin como París tiene su salón. No me detendré en detalles, solo diré que había cuadros preciosos de todo género y de toda clase de pinturas; pero no quiero dejar de mencionar uno en realidad sorprendente.

Era un cuadrito de dos cuartas de largo por cuarta y media de ancho representando una vieja en el momento de poner lacre á una carta *cargada* como dicen, para su hijo, su nieto ó su sobrino; más bien para su nieto. Lo admirable en esta pintura es la sensación de volúmen y de vida que produce; la verdadera realidad no es más patente que la del cuadro; se acerca uno hasta casi tocarlo y ve la carne de la vieja, su cuello arrugado, el hueco entre las dos clavículas, sus manos temblonas, su ropa con los doble-

ces de los géneros usados. En la carta ha puesto la vieja tres ó cuatro parches de lacre como para garantir mejor el contenido; se siente el olor del lacre caliente, se ve la vela encendida y uno tiene tentación de soplar y apagarla á ver qué dice la vieja; estoy seguro de que en la oscuridad esa vela pintada alumbraría. A los ojos humanos les es imposible abandonar la ilusión de que son víctimas mientras miran esta obra de arte. No se puede dar mayor exactitud de detalles; el pincel ha ejecutado un robo de las superficies á los volúmenes y de lo estático á lo vivo en movimiento. No veré nada mejor hecho en la vida.

Al contemplar en su increible sencillez el poder del arte, tentaciones nos vienen de adoptar sus creaciones como obras sobrenaturales.

El cuadrito de la vieja había sido vendido en mil marcos apenas abierto el salón. Hice gestión para que el comprador me lo cediera, sin conseguirlo y hube de contentarme con quedarme un rato mirando á la viejita y esperando que acabara de poner lacre á su sobre, tentado á cada minuto, en virtud de la intensa alucinación, de ofrecerme para llevarle su carta al correo.

—

Otro de los establecimientos que un viajero no debe dejar de visitar es el acuario de Berlín. He

visto el de la Exposición de París; debo suponer que los expositores y las comisiones se han esmerado en hacer las cosas del mejor modo posible; pues bien, el acuario de la Exposición es indigente al lado del de Berlín.

Después de una hora de examen acerca de las costumbres de los habitantes del mar, sale uno de tal manera penetrado del espectáculo que le parece haber vivido un mes en su fondo.

Inútil es intentar una descripción; hay cosas que es necesario ver y no hace poco todo predecesor en un viaje cuando apunta á los futuros viajeros los objetos sobre los cuales han de poner su atención.

En el acuario como habitantes exóticos figuran otros animales no marinos; entre ellos un mono sin cola, con la cara y orejas sin pelo y con todo el aspecto de un hombre viejo como hay muchos. Si este mono me hubiera dirigido la palabra no me habría sorprendido. Por más religioso que uno sea, y yo lo soy en extremo, no puede dejar de impresionarse en presencia de ciertos hechos destinados á darle la razón á Darwin.

—

La Universidad de Berlín es más célebre por sus profesores que por su edificio; así debe ser. El establecimiento es grande, serio apropiado á su objeto, pero nada más.

Saben todos en Buenos Aires, es decir, todos aquellos á quienes les interesa saberlo, cual es la organización de las universidades alemanas; no me toca pues explicarla: debo recordar sin embargo que á esa organización se debe el predominio científico de los alemanes, sus grandes adelantos y la fecunda producción de hombres distinguidos y de sabios.

En todo hay una incubación y la ciencia necesita también sus incubadoras y su atmósfera propicia; los sabios no brotan espontáneamente; siempre son precedidos por generaciones de más á más adelantadas que hacen posible la aparición en época dada de la entidad que encarna en sí como una fórmula, todas las ideas acumuladas en los grupos estudiosos, en las familias científicas, en cuyo seno ha de nacer el hombre de genio, el representante de la raza, el dirigente, la personalidad representante.

Es rama universitaria la de los estudios médicos y en estos como en muchos otros, los alemanes van muy adelante.

Hay entre ellos no solo teóricos sinó clínicos y operadores de nota.

En una de mis visitas á los hospitales, tuve la suerte de conocer al distinguido profesor Hanna, cirujano, director del hospital municipal de Friederichshine y de serle presentado precisamente cuando su obligación lo llamaba al trabajo.

Varios pacientes ya preparados lo esperaban en las piezas contiguas de la sala de operaciones; el Dr. Hanna me preguntó si no me sería molesto acompañarlo.

Ustedes calculan mi respuesta si piensan en esa especie de nostalgia que un médico sufre cuando pasa algun tiempo sin ver enfermos.

Solamente los médicos son capaces de comprender hasta dónde llega esa nostalgia: vá hasta la aberración de los sentimientos; uno extraña el anfiteatro; los cadáveres no le parecen el resultado de un infortunio, sinó antiguos conocidos encontrados inopinadamente; los vé uno con gusto. Yo no sostendré que estas aberraciones son legítimas, pero si que son reales verdaderas y explicables. Quizá un cadáver, siendo en sí desagradable, le recuerda á uno tiempos muy felices y la imaginación de suyo poco lógica, transporta y junta impresiones hechas para estar separadas....en fin, así es, si quieren créanlo y sí no, no lo crean; no por eso ha de dejar de ser verdad!

A la sala de operaciones se entra por un pasadizo ancho flanqueado de piezas, laboratorios, cuartos de espera y otros en donde se coloca momentáneamente á los pacientes, mientras les llega el turno de ser operados.

Cuando entramos á la sala ya estaba el cliente en

la mesa, rodeado de médicos jóvenes á quienes el operador trataba como á estudiantes.

Dos juegos de asistentes de diversa clase son, parece, indispensables. El uno compuesto de varones tiene á su cargo el servicio de fuerza; trasportar el enfermo, mantenerlo en posición, mientras los médicos le dan cloroformo y demás. El otro compuesto de mujeres alcanza los instrumentos, los recoje, los lava en solución de bicloruro de mercurio, prepara el agua, las esponjas, los vendajes y todo lo del género que se necesita antes de la operación, durante ella y después de terminada.

La disposición de todos los aparatos es sumamente previsora; difícilmiente se le ocurrirá al cirujano pedir un objeto que no esté á la mano. Los muros están llenos de caños por los que circula agua fria y caliente trasportable por cañería también, á cualquier parte de la pieza, hasta sobre la mesa del operador. Los vendajes, esponjas, tiras aglutinantes, cuerdas, algodones antisépticos y medicamentos ocupan estantes bien dispuestos y colocados atinadamente.

Las séries de instrumentos y aparatos para cuanto puede necesitarse están á la mano. Todo está limpio y en orden. Las mujeres saben el nombre técnico de cuanto se les puede pedir y á veces ni necesitan indicación del operador al cual presen-

tan en el momento oportuno el instrumento apropiado, tal es la enseñanza resultante de la práctica. Nadie toca nada sin haberse lavado las manos antes en solución de bicloruro de mercurio; el uso del bicloruro ya no es un hábito sólo, es una institución, un fanatismo; todo sale de la solución ó ha estado en ella.

La mesa de trabajo tiene varias articulaciones dislocables fácilmente según la necesidad. Tras de cada operación se lava el piso, aun cuando apenas se haya derramado gotas de sangre ó de otro líquido.

Cuando el operador vá á su taller, asi le llamaremos, no sabe ni cuántos enfermos deberá operar ni cuáles serán las operaciones; el paciente viene ya de su sala con el diagnóstico del médico respectivo y la indicación del tratamiento quirúrgico; pero el médico operante no procede á ciegas; examina el caso y decide, casi siempre de acuerdo con su colega el remitente del enfermo.

Yo ví al Dr. Hanna operar en menos de una hora á dos individuos: el uno constituia un caso urgente el otro requería una operación llamada de complacencia, de aquellas que no se hace sino cuando hay completa seguridad de éxito, pues la vida del paciente no la exije. Ahora, para tener esa seguridad en los casos como el que ví, se necesita ser un médico en toda regla.

Imajínense ustedes un mocetón como de 25 años, cuyas piernas se hallaban desviadas para afuera á partir de la rodilla, desviación producida por la clase de trabajo del individuo; el mozo era panadero.

Cómo, por ser panadero, un hombre puede tener las piernas torcidas, es cosa esplicable si se recuerda que la masa se amalgama con los piés, punto desagradable para cuantos comen pan y más aun para los pobres diablos que lo amasan á espensas de la rectitud de sus canillas.

Los alemanes no pierden ocasión de hacer una broma á los franceses; así, el Dr. Hanna al mostrarme el caso me dijo: «este jóven tiene el mismo mal que la Francia, *la maladie de Boulanger*».

El mozo venía ya con la marca del sitio donde debía hacerse la operación; ésta consistía, como quien no dice nada, en romperle los huesos con un cortafierro y ponerle derechas las piernas; todo se hizo en un verbo.

Los médicos ayudantes colocaron una venda de cautchouc desde el pié hasta la ingle para dejar exangüe el miembro; luego un cilindro elástico en la parte inferior del muslo para impedir la vuelta de la sangre una vez retirada la venda. En seguida el operador practicó una incisión lateral externa cerca de la extremidad inferior del fémur, aplicó su

cortafierro y rompió el hueso á martillazos; lo mismo hizo en la parte interna; la pierna completamente suelta fué enderezada y puesta dentro de un vendaje enyesado. Otro tanto se verificó en el otro miembro.

Concluida la operación, el Dr. Hanna me mostró dos operados de dias antes, ya sanos y con sus piernás como las de Adónis.

La otra operación fué más grave.

Se trataba de un caso de oclusión intestinal. Preparado el enfermo, el operador abrió el vientre en el centro, tomando precauciones para preservar la cavidad peritoneal. Una vez acomodados los bordes de la abertura, comprendiendo el peritoneo, el cirujano metió el dedo, buscó el intestino comprometido y á la altura conveniente en el lado izquierdo, practicó otra abertura por la que sacó el intestino, cuya anza fué asegurada con mechas de linon cubiertas de iodoformo, suturas, etc; después se abrió el intestino y la operación quedó concluida, comenzando á salir los materiales disueltos después de varias inyecciones. El pobre enfermo había escapado á la muerte inminente; pero quedaba con la más molesta de las incomodidades para toda la vida.

La habilidad del Dr. Hanna y su seguridad operatoria son muy grandes; él es ademas un hombre muy sencillo y muy amable.

Otros casos más ví, operados en dias anteriores; eran: la extracción de la larinje por causa de un cáncer; el operado iba muy bien. La amputación del útero hecha por la vajina en dos enfermas; las dos se hallaban en vía de curación.

Concluida nuestra inspección de operados comenzó la visita á las salas y demás compartimentos del hospital. Este ocupa un gran parque y cada sala constituye un pabellón aislado; es en grande nuestro hospital de clínicas que fué hecho á semejanza de este y adaptado á la enseñanza cuando yo desempeñaba el puesto de Ministro de Instrucción Pública.

Durante mi visita al hospital municipal de Berlín tuve muchas ocasiones de recordar nuestro instituto clínico, notando con satisfacción que salvo pequeñas deficiencias, la comparación no nos arroja muy lejos de estos grandes establecimientos. Recordé tambien con grande contentamiento que casi todo lo hecho para cimentar sobre bases legales los estudios universitarios y principalmente los de las ciencias médicas, fué hecho en mi tiempo, y aunque mis colegas no se acuerden de eso, lo cual supone bien poco, nadie borrará la firma de los documentos propuestos y promulgados relativos al punto en cuestión.

En fin creo que le es permitido á uno venir á tener un movimiento de amor propio á mil leguas de su

tierra, y si no le es permitido ¡qué le vamos á hacer!

Las encargadas de la cocina en el hospital son mujeres y la cocinera mayor una muchacha jóven y todo lo bonita que le es permitido ser á una alemana relacionada con las ciencias médicas. Se cocina á vapor y cada pabellón tiene su servicio de carruaje manual para el transporte de la comida. El médico firma las dietas, sin leerlas como si fuera un Ministro de Estado.

—

Otro día nos tocó visitar palacios; vimos el de Charlotembourg, situado á pocas cuadras del centro de Berlin en un hermoso parque, en uno de cuyos extremos se construye actualmente una capilla en conmemoración creo, del emperador Guillermo I, cuyos restos están ahí. El infortunado heredero de éste habitó el castillo puede decirse hasta horas antes morir.

Los salones de la rejia morada son suntuosos y decorados diversamente, con lujo y con gusto. Algunos ostentan gobelinos riquísimos y antiguos, recuerdo entre otros los que representan escenas de Don Quijote con las leyendas correspondientes; son: el encuentro del Caballero Andante con Dulcinea del Toboso; Sancho en la Insula Barataria; La aventura de los batanes; El viaje en Clavileño

y por fin Don Quijote curado en Barcelona. Hay un gran salón revestido de platos de riquísima porcelana, otro cuyo techo es de espejos y en todos se encuentran muebles de valor histórico para el pueblo alemán ó la familia imperante. Pero lo realmente bello, es el mausoleo de la reina Luisa y de su padre. En el de la reina la escultura en mármol representa una mujer bellísima, acostada, cubierta por una tela fina debajo de la cual se diseñan las formas no de un cadáver, sinó de una jóven dorminada.

Nada de sensual hay sin embargo en medio de esa belleza fresca del cuerpo recien muerto y acomodado para guardar su postura por los siglos de los siglos. Rauch es el autor del monumento.

—

Casi todos los días el público es admitido á visitar el Palacio Real de Berlin; de este modo se le interesa en las cosas de los gobernantes y se hace al pueblo mirar como suyas las glorias de la patria cuyo recuerdo se aviva con los cuadros, las estátuas, las armas, las joyas y hasta los muebles de los soberanos.

El religioso respeto con que son conservados estos objetos, induce á creer en su valor; el pueblo concluye por mirarlos como reliquias y tributarles un culto del cual son beneficiarios los gobernantes con-

temporáneos. Así se funda ó se perpetúa una tradición; cada ciudadano se cree obligado á saber y relatar la historia de los personajes cuyos retratos armas ó trajes se hallan en exposición y á vincular esa historia con la de la nación, encarnando por fin en la familia reinante, toda la grandeza de aquella.

El cuidado y conservación de los objetos es, pues, un medio de gobierno muy empleado en las monarquías é inaplicable entre nosotros. Por eso nos falta ese respeto que aquí se tributa á la autoridad en la cual se acumula toda la veneración consagrada á los antecesores. Nosotros no tenemos antecesores y no podemos mantener la tradición en esa forma.

¿Resulta de ello un bien ó un mal? Ninguna respuesta categórica puede darse á esa pregunta si se la quiere contestar en absoluto. Resultará un mal si se exajera el respeto hasta convertirlo en ciega sumisión; resultará un bien cuando solo sirva para fomentar sentimientos de adhesión encerrados en sus justos límites.

Ocupa el palacio real uno de los sitios más centrales de Berlín; sus puertas y su patio dan acceso y pasaje al público. En el patio pueden maniobrar varios regimientos y en las habitaciones alojarse centenares de individuos. Puede subirse al primer alto

por una ancha y cómoda escalera ó por una pendiente sin gradas construida á propósito para permitir el ascenso en carruaje. Esta disposición ha sido adoptada para casos de enfermedad.

Llegado á los salones, el visitante es invitado por el intendente ó cuidadores á calzarse unos tremendos zapatos de fieltro, para no lastimar el parquet con los tacos y como circulan constantemente cientos de personas se ve un repetido acarreo de zapatos desde la salida á la entrada de los departamentos.

Parte del palacio está habitado por el emperador y su familia. Los salones que el público puede recorrer son los destinados á las recepciones y fiestas oficiales.

Cada salón tiene su nombre y su destino; se encuentra: la sala de los suizos, la cámara del rey, la sala de parada, la del grande elector con su retrato, la galería de los electores con los retratos de todos, la cámara de la corona, la sala dorada, la del águila roja, la de los caballeros dónde, figura el trono de plata macizo y una columna del mismo metal, la del águila negra y otras. La galería de retratos contiene los de muchos soberanos de Europa y de otros personajes.

Después la sala de la reina, una vieja capilla, la sala blanca donde tiene lugar la apertura del con-

greso, hermosísimo recinto perfectamente decorado.

Según recuerdo, de este salón se va á la capilla por una monumental escalera.

Nada tiene la capilla de particular, aunque todos la ponderan, á no ser sus mármoles de Carrara.

—

El palacio de Monbijou, situado en un jardín público, contiene un museo de objetos pertenecientes á los reyes y emperadores: se llama museo Hohenzollern. Allí, á más de los objetos de uso, joyas, vestidos, mantos, retratos, mausoleos y muebles, figura la mesa en que Napoleón III firmó la declaración de guerra á la Alemania, en mala hora para la Francia.

—

Nadie debe ir á Berlín sin asomarse á Potsdam á ver el parque y castillo de Sans-Souci y L'Orangerie.

Tienen estos parajes y edificios á más de su belleza natural el interés que les da cuanto recuerdo histórico conservan, interés por sí mísmo elevado y creciente para nosotros por las populares anécdotas y quizá leyendas referentes á Federico el Grande y á Voltaire su amigo, dos personajes que vivieron juntos algún tiempo criticándose mútuamente á más no poder, como dos buenos camaradas.

Debe visitarse el Castillo nuevo cuyos grandes

salones, gabinetes, dormitorios y galerías se hallan llenos de muebles, cuadros y otros objetos en el estado en que los dejaron al morir sus régios poseedores. Allí está la biblioteca y la mesa en que escribía Federico el Grande, muchos de sus manuscritos y el plano de Sans-Souci hecho de su mano, muy mal dibujado, sea dicho de paso. Llaman también la atención una mesa de nácar, una araña de cristal de roca que constó seis mil pesos, suma enorme para aquellos tiempos, y la flauta en que tocaba el ilustre guerrero. No sé si tocaba bien ó mal, la historia no lo dice y aun cuando lo dijera yo no lo creería pues los reyes tocan siempre admirablemente para sus biógrafos.

Me inclino á creer que tocaba mal por analogía con su talento como dibujante de planos, y porque en el cuadro que lo representa tocando, los personajes del auditorio parecen llenos de esa admiración oficial cuyo valor real conocemos.

Solicitan también la atención del visitante una mesa de lapislázuli con incrustaciones, un cuadro de la Vénus Citerea, bastante bueno y un número considerable de relojes como esos reguladores de las relojerías, regalados todos por la marquesa de Pom-

---

*Nota:* En uno de los salones hay un cuadro en que figura Federico el Grande tocando la flauta.

padour, quien á juzgarla por este detalle, debía tener muy serias preocupaciones respecto al pasaje del tiempo ó algún relojero acreditado entre sus amigos íntimos.

Cada uno tiene su modo de manifestar su aprecio ó su simpatía. Yo conocí en Buenos Aires una muchacha hija de un almacenero, enamorada de un mozo á quien manifestaba su amor, regalándole toda clase de quesos; el novio era amigo mío y me contó esa peculiaridad en el secreto de la confesión un dia en su cuarto, donde lo encontré literalmente rodeado de platos y canastas llenas de quesos; había de todas clases: holandeses, de bola, chester, pategras, cammamberg, correntino, gruyére y hasta quesillo fresco del país; era el dia de su santo.

Así no extraño que madama Pompadour expresara su admiración, su entusiasmo ó su amistad, atosigando al beneficiado con relojes.

El comedor particular del castillo es una pieza preciosa, allí comía el guerrero con sus íntimos. Hay además una sala curiosa; se llama la sala de las conchas. Sus muros están cubiertos en toda su altura de piedras cristalizadas, muchas de ellas valiosas, colocadas formando dibujos que representan flores con su color natural; de trozos de cristal de roca, discos de nácar, corales, ágatas transparentes, topacios y perlas no desprendidas aun de su

concha. Esta sala es inmensa, cuadrada, alta y sus adornos valen miles de libras. Siguen por su orden las salas de baile y conciertos haciendo juego en lo regias con las otras habitaciones, con sus muros revestidos de mármol, adornadas con numerosos cuadros y pavimentos de mosaico.

Dentro del palacio hay un teatro para el uso particular de su majestades. Muy bien involucrado está el teatrito, como diría Goyena, y esos señores y esas damas deben haber pasado en él buenos momentos.

Sobre los vidrios del armario que contiene en uno de sus estantes las obras de Machiavelo, se hallan pegadas muchas hojas manuscritas de Federico el Grande; esas páginas contienen probablemente una crítica y llevan el título de «Prólogo» lo que indicaría que eran destinadas á encabezar una traducción de esas obras.

No solo tocaba la flauta Federico el Grande y sostenía durante décadas de años guerras para defender ó engrandecer su patria, echando los cimientos de la actual poderosa Alemania; no solo hacía planos mal dibujados en contrapeso de buenos planos de batallas, que ganaba ó perdía, eso no importa, sino que se divertía también en caricaturar á su amigo Voltaire. Hay en prueba de ello una caricatura en su gabinete en la cual el mordáz filósofo está

perfectamente ridiculizado por su grande y buen amigo.

Cómo sufria todas estas burlas Voltaire tan poco paciente en general, sería cosa incomprensible á no saberse las revanchas del maligno literato.

El á su vez ridiculizaba al Gran Federico escribiendo que lo mataba de hambre y que no le hacía poner velas en los candeleros mientras las otras no se consumían totalmente. Pero Voltaire era muy mentiroso y muy mal amigo, con sus puntas de desagradecido, como suelen serlo algunos filósofos y literatos y aun los que no son ni lo uno ni lo otro.

De este palacio al de Sans-Souci hay una distancia relativamente corta: se puede ir por entre el bosque como hicimos nosotros. Entre los dos palacios hay un magnífico parque lleno de estátuas, de fuentes de juegos de agua y mil otras construcciones agradables. Recuerdo entre las estátuas la de Ariadna, situada en un paraje delicioso en el declive de una pequeña montaña y como perdida en el bosque. Representa á la bella Sra. doña Ariadna acostada en postura clásica. Al verla da ganas de decirle «Señora, levántese y venga con nosotros» pues parece mirar con envidia alejarse á los transeuntes, mientras ella se queda medio desnuda á pasar la noche en su lecho de piedra.

El palacio se levanta en una eminencia á la cual se

llega subiendo una anchísima escalinata de piedra con varias plataformas ó descansos.

El frontispicio está decorado en lo alto con grandes molduras representando hombres y mujeres. Los hombres parecen maridos aburridos y mal humorados; las mujeres muy contentas como si hubieran vaciado el porta-monedas de sus respectivos consortes y ya tuvieran su plata junta para comprarse gorras y vestidos ridículos, en París.

A la derecha se ve los sepulcros de los perros de Federico el Grande, cubiertos con lápidas llenas de inscripciones en las que se pondera los méritos y hazañas de cada lebrel. Pocos cristianos tienen epitafios más honrosos. Hay también, según dicen, por las vecindades, sepulcros de caballos, pero yo no los ví.

A juzgar al poderoso monarca por su conducta respecto á los perros y á los caballos, es de inferirse su mal trato á los hombres. No puede proceder de otro modo quien honra la virtud, la castidad, la nobleza y la fidelidad, calidades todas en que cualquier perro ó caballo es superior al más pintado de los varones ilustres cuyo nombre conserva ó no conserva la historia.

Cerca del palacio se halla un antiguo molino conservado cuidadosamente sin cambios ni refacciones. Federico el Grande no podía ver ni pintado al tal

molino, cuyo ruido no le permitía dormir, ni le dejaba un momento de sosiego.

Mil gestiones hizo ante el molinero para obligarlo á dejar su trabajo ó venderle el molino sin conseguir cosa alguna del testarudo industrial, hasta que un dia de mal humor lo mandó llamar y le notificó la orden de suspender la molienda si no queria ver destruido su establecimiento.

La respuesta del molinero ha pasado á la historia y hasta se ha hecho refrán «Todavía hay jueces en Berlin» respondió y el poderoso monarca hubo de tenérselo por dicho.

El interior del palacio está lleno como el anterior, de recuerdos históricos y los grandes salones decorados con cuadros, cortinas y estátuas de mérito.

Se ve las habitaciones del guerrero, su testamento en un armazón de cristales: las piezas de Voltaire, una de ellas llena de loros y de monos pintados en los muros, otra broma ú obsequio del amigo, respondiendo á la afición de Voltaire por esos animales; y por fin un autógrafo del filósofo en contestación á una carta de Federico, autógrafo que copié y transcribo en seguida como una prueba de que los dos pendencieros personajes no siempre estaban de reyerta y se tributaban en los ratos buenos, cada cumplimiento capaz de hacer ruborizar á un procurador de número.

El autógrafo dice así:

«Es un sabio y un héroe, cuya mano soberana me dá la inmortalidad. Vos me acordais grande hombre, tierras en vuestro dominio.»

Algo debe faltarle á mi copia, pues tal como la dejo transcrita no me parece digna del talento que la dictó. El texto del autógrafo figura según alguien dijo, en las obras de Voltaire, con todos los antecedentes. Los curiosos podrán procurarse esas obras y rectificar mi cita tomada con lápiz en una visita apurada.

—

L'Orangerie es un grande edificio de estilo diferente, italiano creo, moderno. La distribución interior es muy atinada. Adornan sus salones copias de cuadros de Rafael, obras de Wateau, esculturas del divino Thorvalsen y del célebre Rauch.

En la esplanada que se extiende delante del palacio se ve una reproducción del toro Farnesio y las estátuas de Ceres y Flora y en el jardin muchas otras á par de construcciones preciosas.

—

La Alemania en la actualidad es quizá la nación más robusta y emprendedora de la Europa, no digo la más robusta ni la más emprendedora aislando las dos calidades, sino la que en mayor grado posee la resultante del conjunto; está constituida por un pueblo en todo el vigor de su evolución.

Ya sabemos hasta dónde se encuentran impelidas la educación, la instrucción general y la ciencia en Alemania; no creo, pues, necesario hacer excursiones en ese terreno, pero si conceptúo oportuno observar que conjuntamente con ese desenvolvimiento moral se verifica otro físico de fuerza y de vigor material cuyas manifestaciones comienzan en los campos cultivados y van hasta las fábricas de armas de guerra.

Cada campesino parece un edificio de huesos y de carne, sólido, bien plantado, musculoso, robusto, con tamañas manos y gruesos tendones. Cada militar es un coloso; su caballo se aplasta bajo su peso, sus armas hacen ruidos de rieles removidos, su casco es una cúpula de iglesia rusa. Uno piensa instintivamente cómo quedaría si recibiera un mandoble de ese bárbaro.

Hay en todo sabor de fuerza. La fuerza es una institución ostensible aún á pesar de la cultura; los alemanes saben lo que pueden y no lo disimulan.

Todo es militar y está militarizado, ó disciplinado; hasta los ríos y los caminos cumplen en apariencia una consigna.

Y con todo esto, un grande amor del pueblo á sus soberanos. En cada casa hay un retrato de un Guillermo ó de un Federico; en cada almacén, tienda, mercería, oficina ó taller hay un busto del actual em-

perador, del rey Guillermo ó del recien muerto. Tales manifestaciones expontáneas, tengo la seguridad de ello, parecen significar la gratitud y el orgullo de cada alemán por el engrandecimiento de su patria.

El pueblo se interesa en todo cuanto afecta al ejército: lo mejor está en todas partes reservado para él. Los militares gozan de privilegios acordados por las costumbres. Hasta en las familias entre un oficial y un particular, se prefiere al primero. El uniforme es un pasaporte y un timbre de honor.

La predilección por cuanto á fuerza atañe es tal, que hasta los no militares buscan ocasiones de hacer algo con espadas ó pistolas.

Los estudiantes de la Universidad de Heildelberg, por ejemplo, están todos tajeados en la cara. Quien más cicatrices tiene, más popular es, porque muestra haber armado más grescas.

Cuando pasó últimamente el emperador por allí, una comisión de estudiantes fué á cumplimentarlo. Era de ver, dicen, no sé si es verdad, la composición del grupo. No había un solo estudiante ileso, físicamente se entiende; al que no le faltaba un dedo le habían cortado la nariz y el que tenía sus dos ojos por casualidad, andaba con media oreja de menos ó su cara parecía un mapa de cicatrices y araños.

Dicen también que esta conducta es muy bien recibida por el bello sexo de Heildelberg: una mu-

chacha heildelbergina prefiere tener medio marido como sobrante de un apuesto joven después de su pasaje por la Universidad, á un marido completo, almacenero y tranquilo.

El factor de la fuerza colectiva de la Alemania, aparte de lo muy conocido y ya muy dicho, es la conciencia de cada ciudadano acerca del poder nacional; cada alemán es la nación entera sintetizada.

Las ideas de los alemanes sobre las demás naciones son confusas: en general no las respetan.

Réstame hablar de la posición que la República Argentina ocupa en Alemania.

El valor de una nación ante las otras se mide por su importancia y hasta en las exterioridades del trato á sus ministros se deja traslucir el grado de consideración corriente para la nación que representan.

Pero á más de este elemento general hay otro de nó menor importancia para juzgar el punto y es el peso moral del representante, su entidad como hombre social y político, los quilates de su carácter, sus estudios y sus conocimientos.

Pues bien, á juzgarnos por nuestro representante, hacemos buena figura en Berlín. El señor Calvo no solo es un hombre culto y de sociedad, cuya casa constituye un pequeño centro para parte del cuerpo diplomático y muchas personas eminentes de la capital; cuya familia está, por su inteligencia y su hábito

de trato en el gran mundo, á la altura de su rango, sinó que ocupa un sitio preferente en el medio donde actúa por sus trabajos científicos y su indiscutible competencia en asuntos diplomáticos y de derecho internacional.

Hacerse un hombre siendo europeo y desenvolviéndose en este grande escenario, es cosa relativamente fácil para el que tiene talento y constancia en el estudio; pero abrirse paso entre un enjambre de sabios, hacer sonar su nombre en los gabinetes, ser citado en las conferencias y consultado en las cuestiones dudosas; introducir sus libros en las bibliotecas de los ministros y de los jurisconsultos y conseguir que se haga de ellos el catecismo indispensable para la materia dilucidada en su testo; ser halagado y elogiado por soberanos, autores y profesores; obtener todo esto en Europa, siendo americano, sud-americano, argentino, es en realidad, un mérito excepcional.

Á Calvo lo citan, suprimiéndole el nombre como se hace con los autores ya conocidos, entidades como las siguientes: Neumen, Blunskli, Heffter, Cushing, Geften y otros más. Lo citan en sus libros, lo comentan y señalan sus doctrinas. En todos los ministerios y cancillerías de la Europa figuran los libros de Calvo, no guardados en las bibliotecas, sino puestos en la mesa de trabajo para abrirlos á cada instante.

Con motivo de una nueva edición le llueven al autor los testimonios más elocuentes de aprecio por sus obras, no emanados de cualquiera, sinó de personajes que enseñan en las universidades ó figuran en la ciencia y la política como entidades indiscutibles. Un hecho reciente prueba sobradamente lo que afirmo. Al discutirse entre los Estados-Unidos y la Inglaterra la razón de la medida adoptada por la primera nación respecto al ministro inglés, apropósito de una carta escrita por éste, relacionada con asuntos electorales, la opinión del señor Calvo sobre puntos análogos fué citada por una de las partes y su valor no negado por la otra, haciéndose menciones honoríficas del autor. Todos los días ocurren hechos semejantes y con frecuencia nuestro ministro es consultado por sus colegas ú otros personajes políticos en casos de difícil inteligencia.

He querido hacer constar estos datos, hiriendo quizá la modestia del señor Calvo, porque pienso que todo argentino leerá con agrado esta noticia y se sentirá halagado al considerar el puesto distinguido que un compatriota ha sabido conquistarse en este viejo y egoista mundo.

Si algún viajero no ha sido objeto de sus deferencias siendo argentino, será por cierto no por omisión del señor Calvo.

Muchos de nuestros compatriotas tienen respecto

de los deberes de los agentes diplomáticos las ideas más equivocadas; hasta exijen que sean adivinos.

Hay sobre esto los cuentos más graciosos y más inverosímiles.

Llega por ejemplo á una capital europea enorme y populosa el señor don Juan de las Casas Blancas, estanciero de Mar Chiquita; se aloja en la fonda de la Mosca Dorada y se pone á esperar tranquilamente la visita del ministro plenipotenciario de la República Argentina, al cual no ha comunicado su feliz arribo ni le ha hecho saber que aun cuando no tiene el honor de conocerlo ni de ser conocido por él, está en su hotel pronto á recibir las atenciones debidas por todo agente diplomático á todo hijo de su país.

Naturalmente el ministro no vá y don Juan se descuelga á hablar pestes de la Legación.

Otro deja una tarjeta sin dirección y pretende la devolucion de su visita.

Algunos escriben al ministro como á su sirviente encargándole todo cuanto se les ocurre.

Hubo uno que sin conocer al ministro le escribió de Lóndres en estos términos: Muy señor mío: he dado orden para que me remitan mis cartas á esa legación; usted se servirá enviármelas apenas lleguen á sus manos...... »

El paciente ministro hizo los envios, pagando ex-

cesos de porte y sufriendo mil incomodidades, pues el mocito de la correspondencia recibía hasta carteles de remate, recortes de diario y tarjetas de anuncios.

Por fin se volvió á Buenos Aires, pero no sin comunicarlo al ministro en esta forma: «Muy señor mío: Al recibo de la presente, sírvase remitir mi correspondencia á Buenos Aires, debiendo advertirle que las últimas cartas de mis amigos me han llegado con atraso. . además necesito un juego de... que no exceda del precio de 300 francos...

¡Háse visto un tonto igual, dijo ya cansado nuestro diplomático y rompió la carta del patrón inopinado que le había salido.

Otro paisano llega á la legación y pregunta ¿Está Pepe?—Plait'il? responde el portero.

—Que pretil ni qué pretal; dígale á Pepe que ha estado á visitarlo el Ñato y si quiere verlo que lo busque!!

Trasmisión del portero al ministro.

«Un Monsieur qui avait l'air tres faché, est venu me dire qu'il fallait visiter le Chateau á cause des bouquets, á ce que j'ai compris».

La clase y número de exijencias de algunos es incalculable. Quieren que el ministro les haga rebajar los precios de los objetos que compran, les arregle las diferencia con el propietario de la casa y les busque pasajes en los buques.

Pero la pretensión más general es la de que el el ministro los visite apenas llegan, adivinando su llegada y por el hecho de ser compatriotas.

---

EN RUSIA—LA CAMPAÑA—VARSOVIA—EL IDIOMA—EL CALENDARIO—MOSCOW—LAS IGLESIAS—ALGO SOBRE EL CULTO.

La campaña de Rusia es, en la parte que he recorrido árida en general. En las vecindades de la frontera alemana el terreno es muy parecido al próximo de la Alemania. Se vé en los dos países grandes bosques de pinos y otros árboles; todo ello me ha parecido producto del trabajo y del cuidado, pues donde no hay árboles, la tierra muestra poca gana de dejarse invadir por la vejetación.

En la frontera rusa nos recibió un oficial muy cortés y muy atento; examinó nuestros pasaportes, apenas tocaron los bagajes y esto solo por la forma, de modo que las rijideces rusas tan comentadas son pura invención. El oficial hablaba francés perfectamente; nos llevó á su casa, nos hizo pasear por su jardin, en los pocos minutos de demora y nos mostró por fin las piezas en que tuvo lugar la conferencia entre el Czar y el emperador de Alemania, las camas en que durmieron y demás, por ende. Todo era muy sencillo y estaba dispuesto como para

simples mortales; nadie diría que allí probablemente se había debatido y talvez resuelto la suerte de una parte de la Europa.

De la frontera á Varsovia hay pocas horas; el tren rápido consume la distancia á toda prisa é introduce al viajero en una ciudad alegre, bonita, animada, comercial y llena de suntuosos edificios, grandes monumentos, estátuas, jardines y paseos.

Ya me parecía que debía caracterizar á las ciudades rusas, esta buena costumbre de dejar grandes espacios vacíos como almacenes de aire.

Salvo la parte muy antigua de la ciudad, en Varsovia hay amplitud de terreno para todo; las calles son anchas, las plazas numerosas y llenas de árboles; muchos sitios al menor pretesto se convierten en plazas, la converjencia de cinco calles por ejemplo ó la vecindad de un gran monumento dá motivo á un vacío, en realidad una plaza.

Esto no es casual, es intencionado y hecho expresamente para la salud del pueblo, que es digno de alguna consideración, el pobre, ya que paga los impuestos con los cuales la jente de pró vive folgándose, como se decía en tiempo de Don Quijote.

Nos alojamos en un hotel cuyas dimensiones confirma mi observación; no sé cuantas leguas tenía el tal hotel, uno se perdía en él; sus patios eran del tamaño de plazas y sus salones propios para museos;

en uno de ellos había como comprobante una exposición de cuadros. Este hotel debe haber sido antes convento donde se han alojado cinco mil frailes, iba á decir con sus familias, pero temo ser exajerado; hay galerías de bóveda sin fin, puertitas chicas como de celda, paredes gruesas y ventanas con honores de agujeros ó troneras; además corrales para criar aves y huertas para legumbres, notándose como corroboración el refectorio espacioso, actual comedor, cuyo recinto parecía estar diciendo: «aquí se ha consumido durante siglos cuanto comestible encerraban la huerta y el corral, sin contar con las limosnas de aves, frutas y bueyes mandados por la piedad cristiana para el convento.»

Varsovia construye actualmente obras de salubridad. Saludé á los gruesos caños de hierro, al pasar, como á antiguos conocidos y miré con simpatía casi con ternura los trabajos en zanja abierta, los aparatos de extracción de la tierra, baldes y sogas: uno quiere más á los hijos que mayores trabajos y sufrimientos le han costado; recordaba cuanta calumnia, injuria y denuesto había llovido sobre mí á propósito de las obras de salubridad de Buenos Aires, y pensaba con cierta satisfacción cuánto me agradecerían, pasando los años el no haberme arredrado ante nada y haber llevado á término mi propósito.

Vimos en nuestra rápida visita un parque esplén-

dido, un gran lago y dentro de él y á sus orillas, como las casas de Venecia, un palacio y un teatro al aire libre, imitando ruinas griegas ó romanas, ó de cualquier parte, y quizá de ninguna, en esto soy poco creyente.

La casa municipal y el gran teatro que están frente á frente en un inmenso boulevard (calle ancha) son dos bellas construcciones; hay iglesias dignas de ser visitadas; edificios públicos, casas señoriales antiguas, y mil curiosidades llenas de atractivos.

Nos mostraron la casa donde estuvieron encerrados los prisioneros de la última insurrección de Polonia y la plaza donde fueron ejecutados. La excapital parece conforme con su suerte; no hay tal tiranía rusa, á juzgar por la cara de los varsovianos y de las varsovianas sobre todo, tan bonitas, frescas y de color admirable, hablo de las jóvenes naturalmente, pues nunca se me ha ocurrido tomar las viejas por mujeres sino en cuanto hayan sido ó sean madres.

No sé si anda algun polaco por ahí; si anda, le pido disculpa por emitir con franqueza mi opinión. Muchos de esos principes polacos emigrados cuya vida se pasa llorando en el extranjero las desventuras de su patria, harían mejor en irse á ella á trabajar y á estar contentos como la jentes que yo he visto en Varsovia, gozando de la paz, debida á un gobierno fuerte, respetado y respetable, cosa mucho

mejor que consumirse en guerras civiles y disensiones de familia.

Las nacioncitas chiquitas y rabiositas, son incómodas y no tienen razón de ser en la organización de la sociedad humana actual, sino cuando desempeñan el papel de los huesos chicos en el cuerpo, como la Banda Oriental entre nosotros, la Bélgica, la Suiza, la Holanda y otras en Europa, naciones útiles en la gran estructura política como la rótula en el cuerpo del hombre ó el hueso hioídes donde la naturaleza lo puso. (Si sus lectores no saben donde está el hueso hioídes que lo busquen en su garganta ó en el diccionario).

Presenta en general el mismo aspecto el camino de Varsovia á Moscow que el ya descrito. El tren anda lentamente, parándose largo rato en las estaciones para recojer el combutible muy fácil de consumir, pues en esta parte de la vía, se usa leña para calentar las calderas. A los lados de los rieles se vé de trecho en trecho montones de durmientes dados de baja, destinados los pobres, después de haber servido con su cuerpo al ferro-carril á servirlo con su alma, quemados como brujas en las hornallas de las lomotoras.

Una de las cosas más incómodas durante el viaje es no poder leer los letreros de las estaciones, pues el ruso se escribe con un alfabeto especial, griego

dicen, en el cual figuran nuestras letras dadas vuelta y con sonido distinto y muchos caracteres que nosotros no conocemos—«Ya se sabe, dirá alguno de nuestros eruditos y viajeros; para qué nos viene á contar estas cosas!»—«Sí, señor, contesto, usted lo sabrá, pero no lo saben los cien mil lectores de La Prensa; tampoco escribo esto para los rusos que lo saben mejor que usted, ni para los filólogos».

Otra causa de trastorno es la de las fechas: El 31 de Agosto ruso, por ejemplo, es el 12 de Setiembre nuestro; estamos pues adelantados de doce días, y no es poco dado lo corto de la vida.

Estos rusos se imaginan que su calendario es mejor que el nuestro, so pretexto de ser el de ellos griego y el nuestro romano; en realidad los dos son malos y antojadizos, como hechos por el consorcio de sacerdotes y mandatarios; y si no, recuerden ustedes lo siguiente: todo cuanto dice el almanaque es inexacto; el año no tiene trescientos sesenta y cinco días porque la tierra no dá su vuelta completa al rededor del sol en ese tiempo; va siempre dejando unos picos con los cuales cada cuatro años se le da un dia de yapa al indigente mes de Febrero; los días no tienen veinticuatro horas, pues no hay dos días iguales ni para la misma latitud y nuestro globo solo cada eternidad vuelve á pasar por el mismo punto y aun eso está en duda. Añadan á esto que

la división en doce meses, unos de á treinta días, otros de á treinta y uno, de veintiocho y de veintinueve, no es equitativa ni cómoda. Teniendo, pues, en cuenta estas variaciones es inútil disputarse sobre si hacemos bien ó no en llamarle 12 de Setiembre al 31 de Agosto de los rusos. Los poseedores de letras de cambio tienen muy buen cuidado de ponerles las dos fechas.

Apenas encontré una librería francesa compré una una gramática rusa para aprender siquiera el abecedario y la pronunciación como pudiera. Nos imaginamos que el ruso es muy difícil; no hay tal cosa; es un idioma fácil para el oído y la lengua americana; podemos pronunciar sin esfuerzo todas las palabras.

A propósito, me acuerdo haber impedido tomar su taza de café á una rusita en una de las estaciones, tanto era lo que se reía por haber repetido yo en ruso una frase del sirviente: *si chas* dijo y *si chas* dije yo también; supongo haberlo dicho con mucha gracia á juzgar por el efecto producido; *si chas,* no se escribe así, pero así suena, quiere decir: ya voy, al instante, ó cosa por el estilo.

—

Moscow es una ciudad verde; todas las ciudades tienen su color; sus alrededores son verdes, las puertas de las casas están pintadas de verde y verde

también es la pintura de los techos; á mí me hizo el efecto de una enorme rana con torres doradas en el lomo. Se la vé admirablemente de la colina de los «Chingolos» creo que así se llama (nota: no sé como se dice chingolo en historia natural) como también de la torre de una de las iglesias del Kremlin, de la torre de Ivan el Terrible, así nombrado por serlo en efecto y tanto que en un momento de cólera mató á su hijo de un bastonazo en la frente.

Moscow, antes del incendio de 1812 era dicen, una ciudad característica, como no había otra; ahora también tiene su sello particular, no se parece á ninguna. No se la puede llamar bonita, ni fea, ni alegre, ni triste, ni monótona, ni variada. A cualquier afirmación de esas se puede contestar victoriosamente. Es *sui generis*, rara, tiene su olor propio, olor á cuero de Rusia ordinario; el viajero no se desprende de ese olor en muchas horas; no es precisamente desagradable, es pertinaz; no pasa uno cerca de un grupo de jente sin sentirlo; en las iglesias sobre todo es muy acentuado. Yo no he encontrado otra explicación á este fenomeno á no ser que el hecho de usar la casi totalidad de la población masculina, botas largas y hallarse por consiguiente, juntando todas las botas, una gran superficie de cuero en contacto con la atmósfera.

Así pues, Mocou es verde y tiene olor á cuero. Esto entendido, señalemos otra peculiaridad.

Hay en Moscow cuatrocientas iglesias entre chicas y grandes, es decir, más iglesias que en una nación entera. Y dada la costumbre moscovita de sacarse el sombrero al pasar por delante de cualquier iglesia, es de admirar como todos los habitantes de esta santa ciudad no están resfriados.

Ninguna ponderación dá una idea exacta de la realidad del hecho.

Quien camina por las calles no anda una cuadra sin hallar cuando menos una capilla. Los edificios se alternan de ese modo: un palacio, una iglesia; una carnicería, un templo; un almacen, una capilla: una barraca, un santuario; una caballeriza, otra iglesia; una cajonería de difuntos, una catedral; un hotel, tres iglesitas chicas y así en adelante.

Tal vez los moscovitas cuando cierran un negocio y tratan de abrir otro vacilan un tanto, pero concluyen por abrir una iglesia.

Hay iglesias hasta en los zaguanes; muchas de ellas están instaladas en cuartos redondos con puerta á la calle.

Los cocheros víctimas de esta proliferación de iglesias, han aprendido á persignarse con el sombrero y con las riendas; los caballos ya no hacen caso de estos movimientos.

En cada iglesia hay junto á la puerta una venta de velas de diversos calibres; el vendedor de ellas

tiene un empleo lucrativo, pues todo ruso medianamente devoto compra su vela, se persigna, se arrodilla, se levanta y por fin se acerca á un candelero con hijos á plantarla con el debido respeto en el candelerito más adecuado.

He dicho candelero con hijos y no me arrepiento, ustedes se harán una idea del padre de familia, imaginándose un palo forrado en plata, sosteniendo un disco horizontal, cubierto de mecheros chicos, medianos y grandes alrededor de uno central. La devoción del feligrés se mide por el volúmen de su vela.

Pero los moscovitas no se contentan con eso: una vela de veinticinco centímetros de largo es poco para una alma del purgatorio necesitada; era indispensable algo más y se inventó la vela contínua, como el papel de imprenta de los grandes diarios, ó sea una vela de cinco ó seis metros de largo, gruesa como el dedo meñique y doblaba sobre sí misma un sinnúmero de veces, hasta formar un pan de cuyo centro se levanta la punta condenada á ser encendida, como una cabeza de víbora.

Las velas arden todo el dia en las iglesias, produciendo los siguientes efectos:

1.° Una buena ganancia para el vendedor.

2.° La extracción de una ó más almas del purgatorio.

3.° El alivio de la conciencia del devoto,

4.° Un consumo notable de sebo y de cera.

5.° Una grande producción de negro de humo.

6.° Supresión de aire respirable.

7.° Ennegrecimiento de las paredes, pinturas, ornamentos, vidrios y altares.

Salvo los respetos debidos y á pesar de sus inmensas riquezas, por ese solo detalle, las iglesias de Moscow parecen cocinas. Todas las vírgenes están con ojeras, los santos tienen las manos sucias y los ángeles las alas negras.

Por tal razón, á más del sacristan y otros oficiantes, debía dotarse á cada iglesia de un deshollinador ó limpiador de chimeneas, con un buen sueldo.

Los templos, iglesias, capillas y santuarios de Moscow, forman un conjunto de una riqueza inestimable. Muchos de estos edificios son realmente hermosos; los hay antiquísimos y de una arquitectura original. Algunos han sido destruidos varias veces y reedificados en seguida con mayor lujo. Los muros y las columnas están cubiertas de pinturas ó mosaicos y figuran en los altares ó diseminados en el templo, cuadros de vírgenes ó santos vestidos con láminas de oro y plata y adornados con esmeraldas, rubíes, topacios, diamantes y perlas de los diversos tamaños, notándose solitarios, esmeraldas, rubíes y perlas que por sí solas constituirían una fortuna. De la pintura no se ve sino la cara y las manos.

En una iglesia he visto una Nuestra Señora de algo, de dos metros cuadrados de superficie escondida detras de un adoquinado de joyas; una sola botamanga tenía novecientos brillantes.

Y nótese que los rusos se ven reducidos á vestir superficies planas. ¡Cuál no sería la cargazón de piedras si hubieran de adornar imágenes de bulto!

Felizmente opone un serio obstáculo el precepto que dice: «No harás sobre tí mismo imágenes grabadas;» ó traduciéndolo mejor á mi entender «no representarás á la divinidad con tu propio cuerpo;» ley ó precepto que debe hallarse en el antiguo testamento ó en otra parte.

El clero ruso no cree violar la ley permitiendo la representacion de la corte celestial en figuras planas y aun llega en su tolerancia infinita, á permitir la ejecución de bajos relieves; pero imágenes de bulto..... jamásl

Gracias á esto las iglesias rusas no tienen vírgenes de Lujan, de cualquier tamaño, con todas las facturas de una rica y antigua joyeria.

Además de esto, sorprende la cantidad de oro y plata empleada en altares, púlpitos, sepulcros, arañas, candelabros y otros útiles y muebles. Aquí ya es necesario cambiar la medida y hablar de toneladas. Los anales de las iglesias rusas nos dan hasta el peso en kilógramos del oro empleado en dorar las cúpulas.

Para ver religión venir á Moscow!

No ha de haber más en Roma ni en parte alguna. A pesar de esto los rusos son tolerantes y respetan las religiones ajenas con tal de ser respetados en sus creencias.

En tiempos no remotos era severamente castigado, por ejemplo, el que pasando por la puerta santa del Kremlin no se sacaba el sombrero; ahora no hay castigo, pero no es bien visto quien comete esta irreverencia.

Tratando de templos y religión me parece oportuno hablar un poco acerca de las prácticas del culto en Rusia.

Ya he dicho que el calendario ruso no es el nuestro; los rusos tienen el calendario juliano ó griego y nosotros el gregoriano ó latino.

Hay además entre la iglesia católica y la greco-rusa varias diferencias; recuerdo dos en este momento.

La iglesia rusa no admite la supremacía del Papa; esa es la más grave.

Exige para el bautismo la inmersión completa del niño, salvo inminencia de enfermedad.

Hay también diferencias respecto á la Eucaristía, al Espíritu Santo y á la forma de administración de sacramentos; pero yo creo que los cleros de ambas religiones encontrarían acomodos para todo si el asunto de la supremacía del Papa fuera salvado: es

una simple opinión; no quiero provocar á los clericales.

En los oficios divinos el público es actor y espectador, canta y reza con el sacerdote y se persigna, se arrodilla y toca con la frente el suelo constantemente.

No se permite en las iglesias música instrumental; el rezo es un recitado cuando no un canto puro: todas las oraciones son dichas en ruso.

Como el público no tiene obligación de cantar, hay siempre coros organizados de cantores, estipendiados, supongo. Estos coros están en general bien compuestos y las voces, distribuidas como en las flautas de órgano. Las mujeres no figuran en ellos; las notas de soprano, están á cargo de varones de corta edad. Hay tiples, sopranos, medio-sopranos, tenores, barítonos y bajos. La voz de bajo es muy estimada: el que la tiene está habilitado para ser sacristán ó piloto de sacerdote y su acompañante inseparable, por la singularidad siguiente: el sacristan, le llamo así á falta de otro nombre, tiene él encargo de repetir un millón de veces en cada ceremonia, las palabras: «gospodi pomilui» (señor, concédenos tu gracia), con voz de bajo profundo, fuerte y de buen timbre. A cada *gospodi pomilui,* los feligreses deben quedar extasiados.

Se comprende cuán difícil es hallar voces con tales condiciones; sin embargo, las hallan.

Un sacristan ruso me ha dejado sus modulaciones en el oído, por siempre jamás amén.

¿Qué modo de cantar *gospodi pomilui!* Hacía vibrar toda la iglesia, con su tono metálico, atronador y grave al mismo tiempo. Si Dios no le oye, seguramente está muy lejos ó es sordo.

En Varsovia y en Moscow, he sido sorprendido por ese timbre especial de la voz de los coros. Admirable es cómo no teniendo maestro que marque la medida, cientos de personas canten á compás: no desafinen, ni desentonen. El canto es monótono, pero agradable; lo acompañan los rusos con mil ejercicios gimnásticos, persignándose, arrodillándose, besando el suelo levantando las manos al techo negro de la iglesia ahumada.

---

AUN MOSCOW—CAMPAÑA DE NAPOLEON—EL KREMLIN—LOS DEMAS BARRIOS—LAS CARRERAS—CIKAIA LA RUBIA.

Si alguien me preguntara porque he ido á Moscow, no le contestaría nada razonable, pero le daría uno de esos motivos humanos que no tienen réplica.

Fuí porque: así. Es necesario decir el *así* alzando los hombros, de otro modo no tiene gracia.

Se le instala á uno en la cabeza de repente un nombre, un pueblo, ó una persona, sin saberse por qué, y no tiene uno paz ni sosiego mientras no entabla con el objeto instalado relaciones próximas.

Moscow ocupaba un sitio preferente en mi pensamiento desde mi infancia. Después leí la campaña de Napoleón á Rusia y tuve más deseo de conocer Moscow: enseguida el romance de Tolstoi «La guerra y la Paz» y fué peor. En fin yo tenía que ir á Moscow.

La ciudad Santa (hay dos, Moscow y Roma) se presentaba en mi fantasía llena de misterios y de encantos. Había sido incendiada y reconstruida cien

veces; invadida y vuelta á incendiar; abandonada, saqueada y poblada y enriquecida de nuevo.

Estaba allí en el centro de la Rusia, á miles de lenguas de cualquier parte, elevando sus preces al Ser Supremo, de noche y de dia, con motivo ó sin él como si fuera la única ciudad en el mundo encargada de rezar por todas. Las cúpulas de sus iglesias deslumbraban al viajero aun no llegado, y reflejando el sol sobre las casas, envolvían la inmensa metrópoli en polvo de oro brillante y cristalino.

Desde la colina cercana Bonaparte señalaba á sus soldados extenuados por el hambre, el cansancio y las heridas, las inmensas riquezas de la mística ciudad, ofreciéndolas á su codicia, en tanto que las iglesias seculares, abandonadas por las imágenes milagrosas impotentes contra el invasor, esperaban con sus puertas abiertas á los nuevos huéspedes para ser profanadas, según el concepto ruso.

Allí ocurrieron las más lamentables tragedias en los momentos más angustiosos mientras cerca de un millón de hombres abandonaba en el espacio de pocas horas su hogar, dejando desiertas cien mil habitaciones para entregarlas luego á los furores del incendio.

Me imagino la noche tenebrosa en que una ciudad entera se desaloja emprendiendo la fuga cuanto hay capaz de moverse ó ser movido.

La despedida de la vivienda querida para no volver á verla jamás; el acarreo apresurado de los muebles, las joyas, los útiles de servicio; los conflictos para cargar con todo en vehículos escasos, bajo el temor de la confiscación; los gritos de los niños que no entienden la causa del trastorno; los lamentos de las bestias degolladas inopinadamente para no dejarlas al enemigo; los ladridos de los perros y la resistencia tenaz de los gatos á dejar la casa para seguir á los amos. La liquidacion de la fortuna en obsequio de la vida, practícada en un segundo, sin dar tiempo al cálculo ni al consuelo.

¡Ah Napoleón, jamás pueblo alguno te echó mayores maldiciones, que el pueblo de Moscow, mientras hacía el acto del más heróico fanatismo por la patria! ¡Con qué muda y terrible abnegación el miserable obrero, la noche que precedió á la llegada de los franceses, juntaba los pocos enseres de su vivienda que podía llevar consigo y abandonaba el resto de su pobreza, ignorando si sus harapos serían una defensa contra la interperie mientras buscaba un hogar lejos del suyo!

Parece que el incendio de Moscow no fué una decisión de los políticos ni de las autoridades directoras de la guerra, sino la emanación de un sentimiento inconsulto, general, nacido al mismo tiempo en el rancho del pobre y en el palacio del rico. Las imá-

genes de los templos habían sido en gran parte transportadas así como las joyas, ornamentos y los tesoros de los palacios. Moscow pudo defenderse de Napoleón, pero no quiso hacerlo: influía en esa resolución el terror supersticioso á los franceses á quienes el pueblo ruso consideraba como séres superiores, creyendo invencible á Napoleón.

La idea era persistente en las masas aunque no bastante imperativa para impedir que los soldados rusos se batieran en Smolenks y en Borodino, con tanto denuedo como los franceses y á tal punto que nadie sabe hasta ahora quienes ganaron la última batalla.

Los rusos pudieron rehacer su ejército destrozado en esos combates y concluir con los franceses más destrozados aun retirándoles todo recurso; pero prefirieron no sé si por instinto ó por habilidad de Koutousof encargar á la naturaleza esa tarea y contemplar impasibles la terrible crueldad del invierno y del hambre para con el temible invasor.

Los rusos no se atribuyen la victoria sobre el ejército francés, si bien saben que los hechos ocurridos en las vecindades de Moscow, fueron los preludios de la caida de Napoleón.

Ostentan, es cierto, los setecientos ú ochocientos cañones abandonados por el ejército francés, dentro la nieve que cubría la tierra, pero no ponen sobre ellos, este letrero: «Tomados á los franceses»

Han levantado un templo en recuerdo de las memorables jornadas, pero ese templo no se llama el templo de la victoria; se levantó en acción de gracias, al Dios de la Rusia, por la retirada de los franceses.

El conjunto de hechos y de expresiones referentes á estos episodios, es casi humilde. No se atribuye la liberación del territorio á acto humano, sino á intervención providencial.

Sin embargo, Koutousof tiene sus estátuas bien ganadas y nosotros sabemos cuánto el ilustre general tuvo que luchar para no derramar inútilmente sangre rusa y cuál era su confianza en la acción del tiempo.

Los franceses no han dejado en Rusia odios ni resistencias; un fatalismo supersticioso ha impedido la eclosión de esos sentimientos.

Los mismos extranjeros al acercarse á Moscow y recordar la campaña de Napoleón sienten su corazón apretado, pues de cada palmo de tierra la imaginación ve levantarse vestido con el uniforme harapiento, roido y miserable á un soldado francés, con el rostro comido por el hielo, indiferente á la muerte y olvidado de sus glorias pasadas ante la glacial presión del infortunio. El extranjero no piensa en el ejército vencedor ni en el vencido, sino en el soldado que se retira perdido, abandonado por sus

compañeros, pasando quizas sobre sus cadáveres y juntando los últimos restos de su fuerza para alcanzar la frontera y morir siquiera sobre la tierra de la patria. El viajero vé más aún, vé al ilustre Bonaparte huyendo á pierna tendida hacia París en tanto que sus heróicos compañeros van quedando como puntos negros sobre la nieve á lo largo de la ruta de Moscow.

Inútil me parece decir que lo más notable de Moscow es el Kremlin; no digo lo más importante, ni lo mejor, ni lo más bello, sino lo más notable por su carácter, por su originalidad y por su significado histórico. El Kremlin es actualmente un barrio de la ciudad; antes la constituía en su parte esencial; era una fortaleza dentro de la cual se encerraba todo y principalmente las iglesias. Ahora como antes, es, si se quiere, una fortaleza rodeada de altos muros con sus torres, puertas troneras y demás adminículos.

Dentro de ese recinto hay tres ó más iglesias muy visitadas, y digo ó más porque en Moscow no se puede uno descuidar sin que aparezca una iglesia donde menos se piensa; una está consagrada á los sepulcros de reyes, emperadores y personas de la familia reinante, otra á la coronación de los czares y otra á los matrimonios y bautismos.

Hay además palacios, arsenales y otras construc-

ciones, entre allas una torre famosa de la cual se vé toda la ciudad. Esta torre ha sido bastante descuidada; hay que subir con precaución y evitar todo contacto; los visitantes no son en general muy limpios; las gentes del pueblo llevan velas y lámparas para encenderlas allí. La construcción es antigua y tosca; ofrece como curiosidades las campanas numerosas y rícas, pues el oro y la plata han entrado en su composición; algunas son muy grandes.

Al pié de la torre, hay en exposición una campana enorme, la reina de las campanas.

Parece una casa. En uno de los incendios se cayó de la torre y se enterró al pié; la sacaron, la refundieron, añadiéndole aún metal y la subieron de nuevo; en otro incendio, creo, volvió á caerse y se enterró á tal hondura que hubieron de dejarla sepultada muchos años. Por fin, un ingeniero recibió el encargo de sacarla y lo hizo con éxito, pero la encontró rota. Así se halla expuesta sobre una base de mampostería, á cuyo pié está el pedazo correspondiente á la rotura del tamaño de una puerta mediana y del peso de muchas toneladas. Actualmente es una curiosidad y será supongo, por los siglos de los siglos, la más grande campana del mundo, pues la civilización actual no tiene ningún aliciente para fabrícar una mayor. Por ahí figura

también un cañón gigante, sobre el cual existen leyendas muy comentadas por las guías.

Mostrándonos una iglesia, el moscovita nuestro acompañante, nos dijo que Napoleón había puesto allí sus caballos, añadiendo con una ingenuidad primitiva; «no es bien hecho eso, verdad?» «En efecto, contestó un inglés, no habiendo en la iglesia pesebres, los caballos no estarían bien». Cara del guía: dos cuartas, ante una observación incontestable, pero completamente inadecuada á sus creencias.

El Kremlin es además depósito de trofeos tomados en la guerra, banderas, cetros de reyes y hasta tronos de los infelices despojados.

Otros barrios no menos curiosos de Moscow son el Kitai Gorod y el Gostuoi-Duor. El primero fué construido cuando el Kremlin no daba abasto; el segundo ó sea el Bazar es un enjambre de almacenes, pulperías, tiendas ó armazones de cualquier género, en fin, donde se vende algo; ocupa una gran extensión y presenta un espectáculo animadísimo; casi todo está en la calle ofreciéndose á un hormiguero de gente; hay allí, desde flechas para indios hasta mitras para obispos.

Nadie es capaz de imaginarse la novedad del espectáculo ni puede estar prevenido para evitarse sorpresas; parece que todos los objetos del mundo se

han dado allí cita. Al lado de una montura de señora se ve un loro, después un armario, luego espuelas, imágenes de santos, camas, pañuelos de la India, buñuelos fritos, polainas y zuecos, custodias, pianos, rejas de arado, cedazos, caretas de carnaval, baules, palomas, rasquetas y mil objetos que no fueron jamás hechos para estar juntos. Los precios de cada cosa oscilan entre el doble y la mitad de su valor, pues todo vendedor de aquel laberinto juzgaría indigno de su oficio no ofrecer al marchante la ocasión de regatear.

Las calles de Moscow son anchas en lo general; no todas están bien pavimentadas; las casas son bajas y espaciosas; la ciudad parece chata como Buenos Aires. Dicen que la anchura de las calles se debe á una medida de órden público para evitar la propagación de los incendios.

Hay museos muy ricos y establecimientos de educación notables, sobre todo hospicios de beneficencia numerosos y para todos los gustos. Los hospitales son bien atendidos. Los pobres no sufren tanto como en Lóndres ó París. El frío es intenso en invierno, pero la gente está preparada para resistirlo.

Los cocheros constituyen un gremio especialísimo; tienen todos un traje igual, compuesto de un batón colchado, dos botas enormes y un sombrero de copa muy ancho hacia arriba, de alas arqueadas y bajo;

semeja una flor de regadera. El vehículo más común es un cochecito muy chico, como para niños; su calidad más saliente es su falta de aseo, una suciedad crónica, fundamental, suciedad antigua que parece haber tenido su orígen en la época de la fundación de Moscow. Todos los caballos son rusos, no es extraño estando en Rusia, pero digo así dando á mis palabras el sentido que tienen entre nosotros; caballos rusos quiere decir caballos lindos, grandes, elegantes.

Hay algunos hoteles y cafés de lujo; en uno de ellos se toca durante la comida un órgano colosal de admirables voces.

Un establecimiento de imprenta, oficial creo, ocupa un gran edificio. Allí se imprime desde tiempo inmemorial la mayor parte de lo publicado en Moscow.

Los alrededores son hermosos y pintorescos. En un extremo de la ciudad hay un hipódromo excelente, grande como todo lo ruso, muy bien construido y muy cómodo. Los moscovitas son muy afectos á las carreras.

Vino á Moscow con nosotros un oficial de la guarnición de Varsovia, un joven hijo de familia noble. Hablaba el francés como el ruso; nos contó que iba á las carreras de obstáculos anunciadas para dentro de dos días; él montaría su caballo; los otros

corredores eran también oficiales nobles los más.

El caballo de nuestro conocido se llamaba Chaica, que quiere decir cigüeña ú otro pájaro canilludo de esos de laguna, con pico largo y aire melancólico. Item más, Chaica no era caballo sino yegua, una yegua de cabeza chica y descarnada, patas y manos finas como las de una dama distinguida, ojos vivos, delgada de cuerpo, esbelta y aire entre resuelto y modesto. Chaica era un animal simpático: así nos pareció á lo menos al verla aparecer en la pista yendo y viniendo, en esos preparativos interminables de las carreras, muy explicables para los entendidos é interesados, pero muy aburridos para el público.

La pobre Chaica tenía que saltar veintiseis obstáculos en tres vueltas del circo; era un exceso. Cada dia los aficionados á las carreras se hacen más salvages. Cuando pasamos por Bélgica hacía pocos días que dos oficiales de los más distinguidos se habían roto el pescuezo, quedando muertos en el hipódromo; sus cuerpos fueron levantados y las carreras continuaron ante los diez mil espectadores, como si nada hubiera sucedido.

Felizmente para la moral y la cultura, el gobierno belga ha prohibido las carreras ultra peligrosas. Entre tanto, en otros países se ensaya hacerlas todavía peores; en no sé dónde han imaginado sembrar de

coles la pista tras de cada obstáculo para que los caballos resbalen y echen al diablo á sus ginetes, yendo ellos mismos á parar al otro mundo ó al revés, ya que según el padre Astete no hay inmortalidad para los brutos.

Sin embargo, en ese caso, difícil le sería al Padre Eterno saber cuales eran los brutos, si los caballos, forzados á descuartizarse ó los hombres inventores de tales atrocidades.

La carrera de Moscow no era muy peligrosa; los obstáculos, si bien numerosos, no ofrecían nada de extraordinario, sin ser por eso un juguete.

De quince caballos apuntados, solo cinco se presentaron, siendo uno de ellos Chaica; los otros eran también animales de raza y dignos competidores. La carrera comenzó regular para Chaica y nuestro amigo, pero á la mitad un caballo negro pasó adelante. Antes de concluirse, cayó uno de los ginetes sin saberse porqué, en el espacio entre dos obstáculos. Chaica entró segunda después de haber saltado muy bien las veintiseis barreras.

Grandes aplausos en el palco. El caballo vencedor, según la costumbre rusa, debe ser paseado por su dueño á lo largo de la línea de espectadores. Así se hizo en todas las carreras.

Los dueños, con un aire modesto, sombrero en mano, para contestar los saludos y llevando á su

caballo de la brida, caminaron de ida y vuelta, por delante de los palcos.

No es muy bullicioso el entusiasmo ruso, pero es muy verdadero. Las niñas y señoras, no economizan sus aplausos.

En un palco junto al nuestro ocupado por damas, una de ellas, la más joven, mostraba tener sumo interés, no sé si por los caballos ó por los corredores; aplaudía á veces con vigor ó dejaba caer los brazos con desgano, según los accidentes de la carrera. Yo me entretuve en mirarla y veía las peripecias de la lucha, á través de las impresiones de la niña, como si las viera en un espejo.

No esperaba yo encontrar en el centro de la Rusia una criatura tan linda y tan graciosa. Para que nada le faltara, sus hermanas eran feas; hermanas digo refiriéndome á sus compañeras de palco por estas razones: por ser parecidas á ella como una caricatura á un retrato, por tener las orejas iguales (entre los hombres como entre los perros el parentesco se hace patente en las orejas) porque el timbre de su voz era semejate y en fin por la similitud de los trajes; las tres estaban vestidas de verde, pero el verde de la bonita era un verde.... ¿cómo diré? era el verde de ella; los colores cambian de color según la belleza de la mujer que los lleva.

Tenía un vestido alto, no muy alto sin embar-

go, pues dejaba ver bien el cuello y unos cuantos centímetros cuadrados del pecho; un pecho blanco, lleno, duro, con poros satinados como papel de tarjeta.

La angosta cinta de terciopelo verde que limitaba el corte del vestido en las peligrosas vecindades de su cuello, parecía tener miedo de tocarle la carne, y á cada respiración de la niña se levantaba en pequeñas ondas, dejando adivinar una cavidad llena de perfumes; sí, llena de perfumes, porque después, cuando la cinta bajaba, al aplicarse el género al busto de la jóven, un efluvio humano, femenino, de vitalidad abrigada, se escapaba del espacio entre el seno y la ropa, viniendo á marear á los vecinos del palco.

Pero nosotros no habíamos ido al hipódromo á mirar á la preciosa criolla sino á ver las carreras. No obstante ella parecía saber que gustaba, y una vez advertida por aquella facultad que tienen las mujeres de adivinar cuándo son admiradas, su amor propio se despertó halagado y ella se puso todavía más linda. Un hoyito no visible en un lado de su boca mientras estaba seria, se mostró muy acentuado desde que comenzó á sonreirse y como por encanto unos dientes chiquitos, brotando unidos de las duras encías, iguales, blancos, cubiertos de un brillo acuoso como si hubieran sido bañados en

leche, afiliados y nuevos, prontos á morder todas las frutas sabrosas de la tierra, se entregaron á la tarea de exhibirse al menor pretexto.

¡Qué capricho! Si yo fuera uno de esos dientes preferiría quedarme escondido dentro de su boca rogándole que se mantuviera bien cerrada, para no perturbar á los mortales.

Sus labios no eran precisamente unos labios clásicos; eran semi-aldeanos, pero refinados, algo gruesos, totalmente forrados en una hoja de rosa ténue, con humedad de rocío; bien cortados, eso sí, en curvas voluptuosas de sensualidad distinguida; no se comprende cómo puede haber tanta seducción en una línea curva, porque al fin y al cabo, la curva que marca el corte de la boca de un maestro de escuela y la de una boca femenina de cualquier mujer hermosa son, en cuanto á curvas, esencialmente iguales; ¿por qué no preferir la del maestro de escuela?

No quiero entrar á describir la nariz, las megillas, los ojos ni la frente de la famosa rubia moscovita, por que cada uno de ustedes ha de creer que describo las facciones de su novia, de su amada ó de su mujer, y aquí toco los límites de lo inverosímil. Les diré solamente que sobre unos ojos azules enormes, que tardaban un dia en abrirse para mostrar en el invernáculo de su pupila oscura un almácigo de ternuras,

se extendían gallardamente dos arcos poblados, largos y finos como base de una frente no muy alta, limpia, cubierta con piel suave, blanca, semi-sonrosada; una frente melancólica, no sé cómo puede haber frentes melancólicas, pero las hay, que hacía contraste con la boca alegre, risueña, un tanto burlona de la joven rusa, y que á partir de esa frente se extendía en matas rubias un trigal de cabellos de incomensurable abundancia donde podría perderse una manada de elefantes.

Además la muchacha se llamaba Cikaia.... Para tener la audacia de llamarse Cikaia se necesita ser realmente linda y Cikaia lo juro por esta cruz, lo era tan de veras, que su existencia en este mundo constituye un anacronismo, pues á tener buen gusto el Padre Eterno, la habría llevado al cielo en calidad de ama de llaves.

Un tonto, que á mí me pareció muy desagradable, un primo cualquiera, entró al palco de la joven y tuvo la osadía de tomarle la mano y besársela allí, delante de todos, á nuestras barbas, so pretexto de ser esa una costumbre rusa. Además el maldito no dejaba de llamarla Cikaia arriba y Cikaia abajo, como si ese nombre hubiera sido hecho para él solo.

Y la muy descocada de Cikaia, bañándolo con su mirada azul y sonriéndole con la mitad izquierda de su boca (un riconcito delicioso formado por los

extremos irritantes de sus labios) emitía á cada momento unas palabras silbadas que debían tener muchas eses ó querrían decir probablemente *sí* á todo cuanto el bandido proponía.

Concluidas las carreras, la misma Cikaia cometió todavía la torpeza de tomar el brazo del joven, apoyarse en él fuertemente, inclinar la cabeza sobre su hombro y ponerse á hablar al oido, siempre con un montón de eses y poniendo una cara de querubín que Dios confunda!

Mis compañeros de palco quedaron literalmente *tantalizados;* recomiendo el nuevo verbo á esos dos caballeros que están peleándose en Buenos Aires por saber si los sud-americanos tienen derecho de inventar palabras para enriquecer la lengua castellana.

Con la desastrosa retirada de Cikaia, no se habló más de Chaica, de oficiales rusos, de saltos, ni de carreras. Los cerebros habían quedado poblados de Cikaias rubias y ajenas; llamo la atención sobre esta última calidad.

¡Había habido también ternuras y bellezas en Moscow! exclamaré yo al recordar á Cikaia, imitando á una buena muchacha, no mal parecida, que viaja conmigo por la sencilla razón de ser mi mujer legítima, quien al oir cantar un gallo en Varsovia, exclamó con toda ingenuidad ¡había habido también gallos en Rusia!

---

No quiero abandonar á Moscow sin mencionar siquiera una galería de pinturas perteneciente á un particular; es un museo bastante rico, ocupa dos pisos de la estensa casa y está abierto gratuitamente al público todos los días; el dueño se dá el lujo de gastar sumas fabulosas en completar su galería de cuadros. Cuando la visitábamos faltaban allí los más célebres, por haber sido enviados á la Exposición de París, según nos digeron. Todas las escuelas se hallan representadas en la galería, encontrándose algunas obras de mérito. La más popular es la escena en que Iván el terrible, mata á su hijo; no sé si el cuadro es bien pintado, pero hace impresión. El viejo arrepentido de su acto de cólera, abraza llorando el cadáver de su víctima. La muerte ha sido tan rápida que la fisonomía del pobre joven no ha tenido tiempo de perder su expresión. Aflije ver los contrastes de la trajedia indudablemente bien traducida sobre el lienzo.

---

## DE MOSCOW A SAN PETERSBURGO—SUEÑOS Y VISIONES—LA CIUDAD FLAMANTE—IGLESIAS, CASAMIENTOS Y ESTATUAS—CASA DE PEDRO EL GRANDE.

De la ciudad santa á la capital rusa debe irse en wagon dormitorio, si se quiere ir en buenas condiciones y debe tomarse el tren de noche porque así se tiene dos ventajas: no ver los letreros ininteligibles de las estaciones y soñar durante el viaje.

¡Qué deleite dormir á razón de sesenta kilómetros por hora, interrumpiendo el sueño metódicamente, despachándolo por entregas, distribuidas en las estaciones de la vía, con derecho de suspender la edición; despertándose en cada parada, como los molineros cuando cesa de andar el molino, ó como los poseedores de relojes mete-bulla, norte-americanos, cuando el péndulo deja de entonar apuradamente su tictac.

Dormir soñando, adormecido á medias por el soplo ruidoso de la máquina y el fragor de los rieles, sorprendidos en su quietud por el brusco atropello de los wagones; dormir vareando las distancias como

si uno las recorriera en un desmayo atado al lomo de un caballo furioso; pasar la noche en ese estado de percepción oscura, no sabiendo quien es uno mismo y viendo desfilar los amigos de la patria lejana y los objetos confusos de los países recorridos, juntando tiempos separados y ajustando hechos sin posible ensambladura.

Las caras de las gentes aparecen y se borran risueñas, adustas, enojadas, indiferentes, sin saberse porqué. Unos dan vuelta la espalda y se van sin motivo, otros hablan, entran, salen, llevan y traen muebles, papeles, bastones, paraguas y el tren se detiene otra vez, la falange desaparece, se oye pasos y voces en el andén; algún pasajero que sube ó baja; uno se dá vuelta en su cama girando sobre su propio eje para no caerse, recoje la frazada roja, transparente é inútil para el abrigo y cuando vuelve el tren á extremecerse, antes de soltarse como un loco á través de esos campos de Dios, revolcándose en las cintas de hierro interminables, uno se acomoda para emitir otra serie de sueño hipotecario.

Y vuelven los personajes á pasar con la misma cara de antes, haciendo las mismas cosas sin motivo, sin razón y sin propósito, como fantasmas que son.

Si no fuera por los sueños mientras se duerme y por las fantasías del cerebro mientras cree estar

despierto ¡qué pronto se olvidaría uno de todos! La noticia de las personas queridas no basta para mantenerlas vivas en nuestra mente; es necesario evocarlas, verlas ó soñarlas.

La prueba fisiológica resulta de la observación siguiente: Hace diez años que usted no ha visto á un amigo suyo con quien mantiene correspondencia.

Las cartas lo instruyen á usted del estado de los negocios, de los asuntos de familia, de los chismes acreditados y de mil otros hechos importantes; le dejan ver también la decadencia de las afecciones en la disminución del texto y la conformidad con su ausencia, en la elección de las expresiones ya más frías y reglamentarias. Todo esto es noticia, noticia pura, incapaz de darle la sensación del amigo, y en prueba de ello cuando usted piensa en él, no lo ve á través de los datos trasmitidos en diez años, sino exactamente como lo dejó, de la misma edad con el mismo vestido y la misma fisonomía.

Por eso no son buenas las ausencias largas; uno conserva en la mente la última visión y mientras tanto los años han trabajado y el amigo que usted dejó joven, amable y feliz es ahora otro hombre casi un extraño. La primer entrevista de dos personas que no se han visto en mucho tiempo es siempre agresiva; las dos se encuentran chocantes y desagradables.

Donde se puede ver este fenómeno con vidrio de aumento es en un corral de gallos, pollos y gallinas. Si imitando á los muchachos, uno les pinta la cabeza con agua y carbón á dos pollos hermanos, antes muy amigos, y los pone en frente así pintados, los dos se acometen y el combate se empeña sembrando plumas inocentes en la arena.

Una vez encontré en la calle á un médico joven todavía y no mal parecido, con la fisonomía descompuesta y aire huraño.

—¿Qué hay le pregunté?—Ves aquella mujer me contestó—Si la veo, pero, no es una mujer; es una vieja gorda, le dije—Pues oye.... ¡fué mi novia hace ocho años y estoy espantado y temblando de miedo retrospectivo al pensar que si me hubiera casado, eso sería ahora mi mujer,.... y te digo: era bonita y yo la quería mucho, estuve loco por ella.... mira si me caso!

Ahí concluyó la conversación.

Pasó el recuerdo traido por no sé quien á mi cerebro en media Rusia, á las dos de la mañana, rodando en el wagón, abrigado por el calorífero en sustitución de cobijas; los pollos con la cabeza pintada y la novia del médico se fueron al horizonte léjano y otras visiones aparecieron, en tanto que el tren corría blasfemando rumores en el camino desierto.

Un caballo bayo de sobrepaso, flaco y apesadumbrado, en el cual vine de Humahuaca á Tucumán cuando me mandó mi padre al colegio del Uruguay, hizo de repente emerjencia en mi fantasia. Me ví en una posta abrazándole el pescuezo, con lástima al verlo cansado y en mi inexperiencia de la vida, llorando de pena por los sufrimientos irremediables del pobre animal; la distancia era larga, los caminos malos y para colmo de desventura, las mulas de los otros eran vigorosas y estóicas. En cambio yo no castigaba mi caballo nunca, limitándome á hacerle amonestaciones y razonando con él acerca de la necesidad de seguir á par de las mulas, por amor propio aunque más no fuera!

Otra parada, otro despertar, otra vez los extremecimientos del tren para marcar el compás de sus rumores, y otra somnolencia para tomar el hilo de las caprichosas fantasías.

Ahora no es el caballo sino la aparición de una criatura, jugando á las muñecas; es una hermanita que tuve allá en el amanecer de mi vida y que murió de fiebre tifoidea. Era muy blanca y muy viva, no bonita, pero sí graciosa; no la ví muerta, me acuerdo solo haber entrado el dia antes de la catástrofe en una sala grande sin muebles, haberme acercado á su cama y oyendo un extertor, haber pensado «está durmiendo». Le toqué la frente, con mi

mano fría hasta el puño, porque las mangas de mi único saquito eran cortas, todavía las veo; la frente quemaba. No sé qué mal estar indefinible experimenté; pero me distraje mirando una vírgen cataléptica de yeso que había en la rinconera; después me fuí á jugar melancólicamente y como quien desempeña una tarea. El único grande, inmenso, imborrable pesar que he tenido en mi vida, el solo realmente verdadero é inolvidable; el único para el cual no encuentro ni encontraré jamás consuelo, es no haber hecho cuanto se le antojaba á mi hermanita y no haberle dado todos mis juguetes, sin dejar uno, y toda la fruta y todo el pan que me daban á mí. Y si alguna vez aspiro á creer en la otra vida es por ver á mi hermanita y pedirle perdón de haberla contrariado en esta.

La sección de mis sentimientos relativos á esta criatura es realmente de una delicadeza morbosa; no puedo conformarme con su muerte, á pesar del tiempo trascurrido, más de treinta años, y no le perdonaré nunca á la Divina Providencia tan inútil crueldad, con la cual me dió, desde entonces, una triste idea de su justicia.

Todas las demás torpezas del destino me importan poco, no me hacen peso; tengo hombros para levantarlas y un idealismo fatalista y descreído para ponerlas á un lado . . . . pero la muerte de mi hermanita no; eso jamás.

Ya debemos estar cerca de San Petersburgo.

El día, un día blanco y ruso comienza á filtrar por los vidrios, colándose por los intersticios del tejido de las cortinas. Una madrugada alba y húmeda ilumina con su luz fría el cielo metálico de plata deslustrada, sin nubes ni espacios azules.

La yerba amarilla de los campos no quiere levantarse tan temprano, los árboles parecen caballeros de capa y espada que han pasado la noche al pié de la ventana de su amada cantándole serenatas, arrebozados en sus hojas ateridas.

Algunos semejan pájaros de laguna con la cabeza metida debajo del ala y el cuerpo oscilando sobre sus canillas infinítas mecido por las ráfagas del viento. No se vé todavía ningún *mujic* (paisano ruso) pero los mujic no tardarán en salir con unos sobretodos que les llegan hasta los talones y unas botas que les suben hasta las orejas, á cuidar sus reducidas tropas de caballos, vacas y ovejas familiares.

Ya van tomando aire de ciudad hasta los postes del telégrafo; ya se presentan más llenos de hilos y de letreros.

Petersburgo, anuncia por fin el guarda-tren y nosotros experimentamos esa sensación penosa propia de toda cosa que concluye, aunque sea una mortificación. Bautista, mi correo, baja del tren convertido en un

árbol de navidad; de cada músculo le cuelga una maleta, una caja ó un lío. El ómnibus de un hotel se apodera de nosotros y hacemos nuestra entrada triunfal en una de las más bonitas ciudades de la Europa, situada en la desembocadura del Neva sobre el mar, flanqueando el río de los dos lados, ostentando sus palacios, sus anchas avenidas, sus estátuas y monumentos; muy orgullosa de ser nueva, joven, recién extrenada, pues apenas data de 186 años la construcción de su primera casa; muy llena de jardines y de parques realzados por el contraste que ofrece el agua tranquila, poblada de buques á uno y otro lado de los puentes inmensos, elegantes y sólidos; cubierta por una bóveda celeste, limpia y fresca, en la cual pasea un sol pacífico y de buen humor, que no atormenta con rayos demasiado ardientes y dura justamente el tiempo necesario para hacer desear la llegada de la noche agradable, cuajada de estrellas en lo alto y de picos de gas ó de focos eléctricos en el suelo, á favor de cuya luz se ve el collar de plata que forma el río á la ciudad, adornado con los rubíes, zafiros y esmeraldas de las cien mil linternas de colores, trepadas en los palos de los buques.

Con todo esto un fresco razonable que no autoriza por cierto esos vestidos de pieles usados por los rusos, sin motivo, á lo menos en el mes de Setiem-

bre, época en que nosotros andábamos en cuerpo, quizá gastando el calor absorbido en los veranos de Buenos Aires. Un aire puro, blanco, ténue, que parece frotado hasta el bruñido por alguna mano celestial de una *mucama* rubia, enorme, acostumbrada á servir á los dioses. Un aire cristalino, si se me permite la expresión, recién nacido en el seno de una alba joven, bien provista de senos abundantes en fluído etéreo; aire que dá gana de beberlo, que refresca la boca al aspirarlo y va con su oxígeno comprimido á regenerar los glóbulos de la sangre; que oprime con su tensión suave los tejidos y baña el cuerpo con sus frescuras matinales recogidas en los remotos horizontes. Un aire alegre que convida á vivir y cuyo contacto deja la sensación de la limpieza, llevándose los efluvios de los cuerpos y esparciendo la vida sobre los rostros como si con sus alas livianas extendiera en ellos los colores perfumados de la juventud!

Si el aire de San Petersburgo no queda contento, que busque otro apologista.

La ciudad de San Petersburgo, fué fundada por Pedro el Grande, en un sitio endiablado, donde no había ni tierra, ni piedra ni madera, ni cosa alguna para edificar. Las inundaciones causadas por el Neva, ya por crecientes, ya por retención de sus aguas á su entrada al golfo cuando el mar las

rechazaba, acrecentaban enormemente las dificultades de la construcción. Pero todo el mundo sabe lo testarudo que era el amigo Pedro el Grande y no extrañará su insistencia. Durante muchos años tuvo un ejército de cuarenta mil peones metido en el barro, haciendo el suelo de la futura ciudad y no dejó llegar al sitio elegido, buque, carro, animal ó persona sin que fuera cargado con piedras, tierra, cal, madera, ladrillo ú otro material para la construcción. Catalina II, la gran emperatriz á quien ninguno de nosotros querría para esposa, continuó la obra, y después los gobernantes que le sucedieron la completaron. Así San Petersgo ha nacido entre las aguas, gracias á uno de aquellos esfuerzos colosales del hombre, sometido al más rudo y penoso trabajo durante largos años por una férrea tiranía.

Sus monumentos y sus edificios son admirables y sus riquezas incalculables. No intentaré por cierto describirlos, contentándome con mencionar algunos y apuntar ciertos detalles.

Va de suyo que una parte principal corresponde á las iglesias; los rusos, ya lo he dicho, son muy religiosos y es deber del viajero comenzar su inspección por los monumentos consagrados al culto.

Nuestra primera visita fué á la iglesia de San Isaac donde presenciamos un casamiento, cuyos trámites

encontrarán ustedes en lugar oportuno. Entretanto si quieren hacerse una idea de este magnífico templo, figúrense ustedes unas cuantas docenas de cilindeos de granito pulido de 18 metros más ó menos de largo, treinta ó más toneladas de bronce primorosamente labrado; tanto pórfiro como para cubrir una plaza; media montaña del mármol más rico y más variado en colores, perfectamente trabajado: dos mástiles gruesos de lapiz lázuli; diez ó doce árboles corpulentos de malaquita; un centenar de cuadros preciosos que parezcan pintados por célebres artistas y que sean sin embargo de mosaico; setecientos ú ochocientos metros cuadrados de láminas de oro; idem, idem de plata; treinta ó cuarenta barricas medianas llenas de perlas, esmeraldas, rubíes, brillantes, topacios y otras piedras preciosas, algunas de tamaño alarmante, una docena de puertas colosales compuestas de bajos relieves; muchos cuadros pintados con gusto exquisito, representando ángeles, santos, santas y vírgenes; personajes todos de la mejor belleza propia de su sexo; agreguen á esto imagenes, muebles y utensilios en cantidad variada, cuánto ornamento se les ocurra y por fin todos los materiales de construcción de uso común; añadan además un Espíritu Santo de plata de dimensiones mayores que las del cóndor más grande de los Andes, y con este acopio, tengan la

bondad de construir en su fantasía una buena iglesia, distribuyendo los objetos convenientemente, es decir, parando los grandes monolitos de granito, poniéndoles por base y chapitel los bronces labrados, cubriendo el piso de pórfiro, revistiendo los zócalos de mármol, adornando los altares con las columnas de lapiz lázuli, colocando los mosaicos en su sitio, recortando las láminas de oro y plata como para formar vestidos y coronas á los cuadros de santos, de tal manera que solo dejen ver de ellos las manos y la cara, á la usanza rusa; incrustando las piedras preciosas y las perlas en los arriba mencionados ropages metálicos, distribuyendo las pinturas, los útiles y los muebles, ajustando las puertas y por fin, suspendiendo en lo alto de la cúpula el Espíritu Santo de plata, y *fecho* lo enumerado, tendrán ustedes el facsímil de la Iglesia de San Isaac, cuyo edificio sin su contenido ha costado veinticinco millones de rublos, es decir, igual suma de nuestra moneda, si su depreciación no ha pasado aún de 200 por ciento.

Bernabé Lainez y su señora, que han viajado por toda la Europa y con quienes visitábamos esta iglesia, nos decían, que no habían visto una más rica, incluyendo los templos de Constantinopla. De San Isaac pasamos á visitar otra iglesia llamada Kasan, hecha á imagen de San Pedro de Roma.

Ocupa el centro de una sección de círculo formado por dos séries de columnas; es muy elegante, bonita, rica también, los pilares internos son de granito, tiene bellas imágenes, guarda trofeos y llaves de ciudades tomadas por los rusos, pero no es de de la importancia de San Isaac.

En Kasan presenciamos el casamiento mencionado ya. La parte femenina de nuestro grupo, curiosa por naturaleza, quiso ver la ceremonia y como lo que la mujer quiere, Dios lo quiere, nos quedamos una hora siguiendo la operación de unir en la tierra á un pobre hombre con una infeliz mujer, para determinar la eclosión de una suegra ó dos, suceso completamente artificial, como se ve, pues antes del matrimonio, hecho dependiente de la voluntad humana, no hay ni puede haber suegras, de lo cual se deduce lógicamente que una suegra no es un fenómeno natural. La ceremonia se hizo sin presencia de estos fenómenos, pues solo acompañaban á los novios dos pares de jóvenes, varones y mujeres, en calidad de padrinos y damas de honor.

Tuvo lugar en esta forma:

En frente de un altar, en cuyo fondo había una puerta de plata, se hallaban sentados en un banco los novios, contra la columnata opuesta de la nave; á una distancia como de treinta metros del altar; tenían delante un atril. En el momento dado, la

puerta de plata se abrió y dejó ver otro altar en el fondo y un sacerdote envuelto en un manto blanco, bordado de plata y oro, quien salió y se dirigió hacia los novios llevando un libro en la mano. La figura del sacerdote era la de «Jesús en el huerto»; casi todos los sacerdotes en Rusia se parecen á las imágenes de Cristo; hacen por imitarlas creo; llevan el pelo largo, la barba á lo nazareno y su vestido parece una túnica.

Los novios se pararon persignándose; nadie tiene idea de la cantidad de veces que un ruso se persigna en tiempo normal ¡cómo no será cuando se casa! así, sea entendido que durante la ceremonia el sacerdote, el sacristán, los novios y el público se han persignado constantemente, con el menor pretexto y aun sin él, por entregas de á tres veces.

El sacristán, un mocetón de sobre-todo largo y voz de bajo profundo, ha tendido un metro cuadrado de coco rosado en el suelo delante de los contrayentes y les ha puesto dos velas en las manos; el coco rosado es la imagen del camino agradable que van á recorrer al principio, según la señora de Lainez; las velas están adornadas con hilos de plata y oro y con un ramito de azahares atados con una cinta, por cuyo ojo han pasado los novios la mano.

El sacerdote reza á más no poder y el sacristán le contesta cantando estas dos palabras *Gospodi*

*pomilui*, repetidas cien veces. Los novios siguen persignándose en numerosas ediciones; detrás de ellos están los padrinos y las madrinas en traje de calle; los primeros tienen prendido á la levita un ramito de azahares con un botón de rosa.

La novia está un poco conmovida, sus ojos se humedecen de tiempo en tiempo; no es bonita, tiene un lunar prominente á un lado, debajo del labio inferior y la punta de la nariz levantada; no se ha limpiado las uñas, sus manos son ásperas y curtidas. El novio es un infeliz, chiquito, angostito, parece muy holgado en su ropa.

El sacerdote se va enfrente y trae dos anillos, los coloca en los dedos de los novios, estos los sacan y los cambian; el del futuro marido no le entra bien, pero no importa. Siguen los rezos del oficiante y un diluvio de cruces, pues todos se persignan desaforadamente. Un ayudante trae dos coronas en una bandeja cubierta con un paño bordado. El sacerdote toma estas coronas por una aza ó manija que tienen y las da á besar á los novios; en seguida las entrega á los padrinos para que las coloquen sobre la cabeza de sus ahijados; yo presiento un suceso cómico si le ponen la corona al novio; felizmente no se la ponen; las dos coronas son mantenidas por los padrinos sobre la cabeza de los ahijados sin tocarla; esto dura un largo tiempo y los actores dan muestras del mayor cansancio.

El mismo ayudante que trajo las coronas trae ahora una copa de plata con vino tinto; el sacerdote dá en ella á beber á los noviol por el mismo lado, varias veces y alternativamente; el vino se acaba. Las coronas siguen suspendidas sobre las cabezas, los padrinos cambian de brazo á cada instante. El sacerdote echa unas cuantas bendiciones á los novios y les dice probablemente que se den un beso; ellos abusan de la orden, pues se dan no uno sino tres, bien dados, en la boca y con la mayor minuciosidad. Todos vuelven á rezar un rato y á persignarse; en seguida el oficiante toma de la mano á los contrayentes y los hace dar tres vueltas al rededor del atril, seguidos por los padrinos y las terribles coronas. Hay una nueva emisión de rezos y de bendiciones. Por fin el sacerdote se va después de haber recobrado las coronas; los padrinos tienen el brazo derecho descoyuntado. Toda la compañía sigue al sacerdote hasta el altar de enfrente. El sacristán recoge su coco rosado y se lo guarda.

Delante del altar se reza, se bendice y persignan todos; el sacristán canta otro poco su *Gospodi pomilui;* el sacerdote entra al tras altar y cierra la puerta; entonces los recien casados se entregan sin el menor reparo á besar cuanto encuentran y cada uno lo que el otro ya ha besado. Luego bajan las

gradas y comienzan la felicitaciones; los padrinos dan la mano á la ahijada y besan en la boca al marido; las madrinas ó damas de honor dan la mano al marido y besan en la boca á la desposada. Yo mientras tanto calculo que un cambio en el método operatorio sería agradable á los actores; más gusto tendrían los padrinos de besar á la recién casada que al marido y éste á su vez hallaría más sabroso un beso á las damas de honor que á sus colosales amigos; pero la religión lo ha dispuesto de otro modo, así como ha dispuesto, por ejemplo, que en ciertos recintos de las iglesias no puedan entrar las mujeres y era de ver la curiosidad de la parte femenina de nuestro grupo al quedarse en la puerta del santuario, cuando nosotros munidos de nuestro título de hombres, entramos á él en busca de la explicación de tal medida, sin tener la suerte de encontrarla, pues en el santuario no había cosa alguna capaz de asustar á la más púdica doncella.

La ceremonia rusa rápidamente expuesta, y como describiría un sordo la ejecución de una ópera por una orquesta, es, lo infiero, la verificación exacta y completa de lo que mandan los ritos de esta iglesia para la consagración del matrimonio, y si ello es así, el tiempo empleado no es tan largo como el requerido por la iglesia romana para el mismo acto, pues no debemos calcular ese tiempo por nuestras prác-

ticas, recordando cuanto se ha simplificado felizmente este asunto entre nosotros.

Y digo felizmente, por cuanto á dos pobres diablos que van á casarse, sin sospechar su mal paso, justo es abreviarles el camino.

¡Pobre Avellaneda! siempre me viene algo suyo á la memoria.

Una vez cierta dama le contaba sus conflictos íntimos, pues Avellaneda aunque bastante juguetón, era hombre de consejo y hacía en varias familias el papel de mentor como lo hace en otras D. Bernardo de Irigoyen; le contaba, decía, sus aflicciones, acusando de calavera á su marido. Avellaneda, amigo de hacer bromas sobre el matrimonio, por toda respuesta á la consulta dijo á la dama: Mire señora, déjelo usted en paz, un *marito* no necesita ser *pueno*, bastante hace con ser *marito*.

No se me crea por estas referencias más partidario de los maridos que de las mujeres; lo soy á veces mucho más de estas infelices sometidas con frecuencia á las brutalidades de algún perverso torpe é inmoral.

Así, cada caso necesita su juicio aparte y cuando se vé perpetrarse un matrimonio, como el ruso *ut supra*, lo justo y equitativo es tener lástima á los dos cónyuges por los sinsabores en perspectiva.

La verdad es que el arreglo social respecto al ma-

trimonio es desatinado. Si por un lado el marido goza de mayores franquicias y puede transitar y comerciar libremente, publicar sus ideas sin censura prévia, como dice la Constitución, y entrar á donde le dá la gana, en cambio, este poder inmenso de la mujer para ponerlo en ridículo sin su culpa y de deshonrarlo según el sentir social, sin que el menguado pueda hacer cosa alguna por evitarlo, es un contrapeso á todas las ventajas masculinas del contrato y de los hábitos mundanos:

Hacia otro extremo de la ciudad, no sé á que rumbo ni á ustedes les importa saberlo, se encuentra una madriguera de iglesias de todos tamaños y hospicios y conventos y monasterios; entre ellos los siguientes.

Convento de Alejandro Newsky. Dejando un cementerio, sin cerco, ni pared, ni reja al rededor, se entra en un gran patio lleno de árboles, recinto triste encerrado entre edificios, de los cuales uno es un convento con pocos frailes y los demás iglesias y sus dependencias.

Ahí á la mano está la de San Alejandro Newsky; en Rusia los Santos tienen apellidos; así cuando á mí me canonicen y ello no dejará de suceder, quiero que me hagan santo ruso, San Eduardo Wilde, cuya falta se nota en el almanaque.

Ahí se vé la tumba del santo con el altar de pla-

ta y oro consagrado á su devoción y á más escudos armas y trofeos. La iglesia es solemne, triste, con poca luz; convida á la meditación y al despego de la vida.

Junto á ella hay otra, San Basilio, donde se vé una Nuestra Señora de Kasan, más rica que cualquier propietario de estancias de nuestra tierra. La imagen está llena de innumerables piedras precíosas incrustadas en la hoja de plata y oro modelada que le sirve de traje. A pesar de sus dos metros cuadrados de superficie, no se ve sitio donde tocar con la punta de una aguja sin tropezar con un brillante, esmeralda ó rubí. Hay también un altar de plata con adornos de oro. A esta iglesia sigue otra, y van tres; es chica, parece hija de la anterior; también la plata y el oro cubren altares, cuadros y tumbas; estas son el objeto de un culto especial, cada una tiene sus lámparas, sus velas y sus devotos. Algunos de estos monumentos se encuentran en sótanos abiertos. Reina en el recinto un silencio misterioso y lúgubre.

A cierta distancia, en un sitio llamado la Fortaleza, se presenta otra iglesia grande, muy linda, con una cúpula inmensa, cuyo diámetro medido á pasos en la proyección de su circunferencia por un servidor de ustedes, es como de veintiun metros. Contiene la tumba de la fundadora doña María Federowna, mujer de Pablo I, muerta en 1828.

Por ahí anda también un convento llamado de Smolinay, destinado á dar asilo á las señoras nobles destituidas de bienes de fortuna. Estas damas son muy bien atendidas, á juzgar por el tamaño y comodidades de la cocina, por las grandes y limpias celdas y por los armarios dispuestos en línea de batalla con su número de orden y con sus reparticiones adecuadas para los usos de sus aristocráticas y decrépitas usufructuarias. La nobleza rusa, como se vé, no deja los personajes de su gremio expuestos á los horrores de la miseria.

Ustedes pensarán que, por hoy á lo menos, hemos concluido con las iglesias; pues se equivocan. Ahora nos encontramos con una rodeada de cadenas sujetas á obúes y cañones; estas piezas fueron tomadas á los turcos y consagradas á Dios. Dentro de este templo se conserva la espada ensangrentada de Alejandro II, lápidas de piedra y varios trofeos y objetos pertenecientes á los emperadores. Todo lo de las familias reinantes lo guardan los rusos en los palacios ó en las iglesias, para que el pueblo rinda en los primeros culto á la fuerza y adore en los segundos las reliquias de los monarcas junto con las imágenes de los santos, por no ponerse á hacer divisiones en sus rezos, cánticos y plegarlas. Es un buen método.

Se muestra á los viajeros en la Fortaleza, la casa

pobre de Pedro el Grande cuidadosamente conservada; su barca, al parecer recien sacada del agua, á pesar de sus ciento ochenta años, y algunos de los útiles usados por su Majestad. Delante de la casa hay un bello parque cuyo principal adorno es la estátua de un naturalista; el pedestal ostenta bajos relieves de primorosa ejecución, representando escenas de las fábulas más conocidas; los cuadrúpedos, las aves y los peces tienen un aspecto muy inteligente; uno creería oirlos repetir la fábula del caso.

San Petersburgo está lleno de estátuas. De Catalina solamente hay una infinidad y de cada emperador tres ó cuatro en plazas, jardines y palacios.

La más celebrada en todos es la de Pedro el Grande; aparece montado en un brioso caballo, en una roca al borde de un precipicio; el caballo ha pisado una serpiente; yo encuentro improbable, dada la astucia atribuida á las serpientes, que una de ellas se deje sorprender en la forma adoptada por el escultor.

Delante de la iglesia de Kasan están las estátuas en bronce de los generales Barclay, Jolly y Koutousoff el vencedor de Napoleón en 1812, general tan discutido durante la guerra y cuyo tino, como ya lo he dicho ótra vez, dió tiempo á que el hambre, el frío, las enfermedades y las marchas destruyeran al ejército invasor.

Mientras miraba su estátua me acordaba de las palabras de Tolstoi.

Según él, Koutousoff reunía á sus generales en consejo de guerra, éstos discutían largamente los planes de batalla, Koutousoff se dormía y después se guardaba bien de ejecutar lo aconsejado, confiando en el triunfo con solo dejar pasar el tiempo. Así pudieron quedar en Rusia los cientos de cañones que hemos visto en Moscow y morir desesperados en la nieve millares de franceses.

En las inmediaciones de otra iglesia, de San Isaac se encuentra la estátua ecuestre de Nicolás I, en el género de la nuestra de San Martin, pero mucho más elegante, más airosa y mejor colocada.

El monumento se destaca resueltamente, teniendo por fondo el cielo y es realmente agradable contemplarla un buen rato.

AUN SAN PETERSBURGO—PALACIO DE INVIERNO—EL HERMITAGE—UNIVERSIDAD Y LICEOS—OTROS INSTITUTOS—OBSERVATORIO—HOSPITALES—EL HIPNOTISMO—TZARKOE-SELO.

Me es imposible describir, y sería pesado para el lector que lo hiciera, todos los monumentos, edificios é institutos de San Petersburgo; la descripcíón completa se encuentra en las guías, sobre todo en las inglesas. Básteme decir que esta preciosa ciudad tiene lo más propio para mostrar la mayor civilización y cultura. Sus bibliotecas son inmensas, sus museos riquísimos, sus institutos de enseñanza y beneficencia se hallan á la altura de los mejores; su organización interna es sorprendente.

Algo diré, sin embargo, de los palacios, museos y hospitales para no esterilizar del todo mis inspecciones.

El Palacio de invierno, usado ahora solo para las recepciones, es un grande y rico edificio abierto al público diariamente. Entre sus curiosidades figuran dos manos momificadas; una es la de San Jorge y la otra la mano izquierda de Santa María,

dicen de la Vírgen María, madre de Jesucristo; yo no creo esto porque no, y nada más.

Hay en un santuario, al cual no entran las mujeres, varios objetos auténticos: una biblia viejísima con tapas llenas de esmeraldas y rubíes; documentos de Jaques, emperador; un cuadro de la resurrección, de Rafael, y para colmo, un pedazo de la túnica de Jesucristo; tampoco creo! Un inmenso salón dorado sirve para la recepción de los embajadores. Se halla adornado con cuadros, uno de la Magdalena, muy lindo, y figuran colgados en sus muros los platos cincelados del coronamiento, y puestos en consolas ó mesas, vasos y copas de cristal de roca y bronce ú oro.

Se ve el gabinete y salita de confianza de Olga, hija de Nicolás I, muy bien adornados con cuadros, biombos, objetos de arte pequeños y un Cupido precíoso. El dormitorio de la niña es también digno de una ojeada.

Sigue á estas piezas el gabinete de Nicolás I; después se encuentra el dormitorio con sus útiles, como los dejó su dueño, sus tijeras, cortaplumas, reglas, compases y un corta-papel de madera con la figura de Leda y el Cisne.

En otros departamentos hay una sala pompeyana, otra de malaquita llamada así por sus adornos, y piezas particulares con biombos señalando nuevas

reparticiones. Sobre una mesa ví un pequeño guardajoyas que tenía este letrero, tierno para provenir de tan arriba: «Souvenir de la vieille maman.» Y en otra pieza el facsímil de gran tamaño en plata de la iglesia del coronamiento de Moscow. Un comedor en otra parte. Repetición de platos de oro colgados; estos son de Alejandro III. Una galería interminable con los retratos de los generales rusos, dejando sitio para otros; así se estimula á los militares.

La espléndida sala de San Jorge para la primera recepción á los nuevos embajadores; el piso de este salón es de parquet-mosáico; sus columnas son de mármol y bronce; sus seis arañas de cristal de roca; todo de un lujo increible.

Después viene otra galería de retratos tan numerosos que llenarían un museo, y un salón llamado pabellón blanco, un vestíbulo con piso de mosáico y un invernáculo ideal.

Visitamos también el departamento extenso de un príncipe, muerto en Niza; todo él es de un lujo asiático: las puertas sobre todo llaman la atención, cada una tiene una pintura en porcelana en forma de medallón de un trabajo y finura admirables.

Siguen otros salones y otras galerías de cuadros, entre los que ví uno representando á la casta Susana, digno del mayor elogio y por fin un jardín con

árboles corpulentos en un segundo piso. Es hasta donde se puede llevar la fantasía y el lujo!

—

Llámanle el Hermitage á un museo contíguo al Palacio de invierno. Es un edificio grandioso, noble y elevado. El pórtico es formado por diez cariátides colosales que sostienen el techo. Conduce á los altos una ancha escalera de mármol, cuyos muros de uno y otro lado del vestíbulo altísimo donde se halla, están revestidos de la misma piedra y de estuco. Lo primero que se ve es la sala egipcia con sus tumbas, obeliscos y esculturas de piedra. Después la sala romana, donde hay un Júpiter muy bien modelado entre muchas estátuas, vasos y tumbas con bajos relieves. La estátua de Augusto, una copa de jaspe, mil objetos, coronas, medallones, anillos y sellos. La decoración de las salas corresponde á su destino. Siendo imposible enumerar todo cuanto hay, solo mencionaré lo más agradable en mi opinión.

Una Venus, Caín y Abel, dos bustos de Voltaire y una estátua de mujer representando alguna diosa ó semidiosa; no tiene hoja de parra ni cinta que cubra sus formas; está desnuda totalmente y ofrece á la vista sus encantos como los hizo la naturaleza cuando quiso dotar con ellos á la mujer más hermosa.

Un grupo de dos niños angelicales; una mujer en camisa, de Canova.

Las galerías de pintura contienen cuadros de Van Dick, de Rubens, por montones. Rubens debe haber vivido mil años y poseido quinientas manos, tanto ha pintado. De Salvator Rosa, de Guido Reni, Dolci, Vacaro, Veronese.

Por la escuela española Velazquez, Cano, Rivera y Murillo. De este un fraile y un niño sobre un libro, muy bueno; un viejo enfermo y el mismo niño con unas palomas, obras conocidas.

Por la escuela italiana, cuadros de Leonardo de Vinci, de Luini, Correggio, Dominiquino y Ticiano. Del penúltimo una mujer con unos ojos divinos; del último una joven mirándose en un espejo sostenido por dos ángeles; este cuadro es de una belleza sorprendente.

Por otras escuelas: de Rembrandt, muchos; de Teniers, paisages y aldeanos; de Potters, animales; uno de los mejores el de un perro. De Wowerman, pintor holandés, una vieja admirable; de Deniers, dos retratos de una misma mujer, uno cuando era joven y otro cuando era vieja; los dos de mano maestra. De Mengs, tres mujeres, el amor y dos hombres.

Por la escuela flamenca: de Heistder, de Van-Wert, de Vander Helst; de Facs Le Duc, de G. Doue, vie-

jas y viejos muy bien pintados; de Ruisdael, paisajes; de Berchem, frutas, legumbres y animales.

Por la francesa: de Mignard, Lemoin, Garnet, Laucret, Poussin y otros.

Por la rusa: varias de un gusto especial; copio estos nombres: Mordvinof, Markoff, Bruloff, Riprinsky, Brani, Basin y Abraham Glas, del cual hay un cuadro de un viejo y un niño acostado sobre un manto rojo; la luz de esta composición es su mayor mérito. En la sala rusa hay estátuas muy buenas. Una de mármol representa una mujer enseñando á caminar á un niño: deliciosa. Está también la estátua en bronce de Ivan el Terrible; una representando á Mefistófeles; un Sócrates en mármol, de cuerpo entero, sentado, y otras más.

No hablaré de los salones de medallas, vasos de bronce. armas y joyas, porque sería nunca acabar.

En joyas sobre todo, cada palacio y museo contiene cantidades imponderables. Así, en el palacio de invierno se encuentra, por ejemplo, coronas, cetros de incalculable riqueza. Allí está desafiando á todos, y entre montones de brillantes, el célebre llamado Orlof, de historia legendaria, variada y contradictoria, siendo la más acreditada la que lo presenta figurando en calidad de ojo de un Dios chino ó indio, hasta que un francés se lo roba, con lo cual se corrobora el dicho italiano respecto á Napoleón: Tutti y francesí, non son ladri ma Buonaparte.

Digno de una visita es también el depósito de los carruajes reales antiguos y modernos y de los trineos de todas las épocas. Recorriendo ese museo uno adjudica á Catalina II el título de poseedora del más numeroso, variado, caprichoso y rico plantel de carruajes en su época. Allí están todos, desde los primitivos hasta los usados actualmente. Las telas más caras, los bordados más difíciles, los cristales más finos y las maderas más estimadas han sido los materiales empleados en esos verdaderos tronos rodantes. Algunos tiene escudos de piedras preciosas y brillantes en las manijas de las puertas. Las ruedas y las varas y lanzas son primorosamente doradas. Hay un carruaje semejante á un tramway, sin techo, pero lujosísimo, destinado al juego de carnaval; una buena parte de la corte femenina subía en él y paseaba por la ciudad.

Los coches y trineos descalabrados de Pedro el Grande hacen parte de la colección, así como el cupé en que iba Alejandro II cuando lo mataron con una bomba explosiva; la caja de este está casi completamente destrozada; la explosión debió ser formidable.

Los arneses y arreos, monturas y demás útiles se conservan en otra repartición. Al lado de estos vehículos y sus atavíos, hacen una triste figura los más lujosos carruajes usados por nuestros opulentos propietarios.

No debe ningún viajero dejar San Petersburgo sin visitar las curtidurías de pieles y el barrio donde se halla concentrada una gran parte del comercio de la capital. Este barrio es un laberinto como el bazar de Moscow; nada se buscará en él inútilmente. La tiendas, mercerías, almacenes y talleres ocupan un gran espacio; el edificio ó los edificios están construidos en forma de recoba y un mes entero no basta para recorrer sus numerosas casas de venta Uno de los ramos de comercio más favorecido es el de pieles para abrigo.

Por poco aficionado que uno sea, concluye por admirar la finura y la belleza de esos artículos y encontrar módico cualquier precio.

Las mujeres que apenas llegan á París se marean con las modas y se arruinan en vestidos y no pisan Bruselas sin enviciarse en encajes, no son capaces de ir á San Petersburgo sin extraviarse en un infierno de martas cibelinas, zorros plateados ó azules castores y armiños nombrándolos en francés para hacer más efecto: renard argenté, renard bleu, loutre et autres.

—

Tuve el placer de conocer al Sr. Vlangalí, Secretario adjunto del Ministro del Relaciones Exteriores, y conversar con él acerca de su país y del mio. El sabía muchas cosas de la República Argentina, pero yo sabía más de Rusia.

Hablamos de inmigración, de colonización, de instrucción pública y de literatura. Como yo soy muy averiguador y él es muy amable, me contó cuanto quise respecto á la organización de los establecimientos de enseñanza y otros institutos.

El extracto de lo hablado vá enseguida.

Hay numerosos liceos donde se preparan los jóvenes para los estudios universitarios.

La Universidad tiene cuatro facultades: jurisprudencia, ciencias físicas, historia y lenguas orientales. La academia de ciencias tiene tres direcciones: ciencias matemáticas, idioma ruso y literatura y filología é historia.

No hay facultad de teología; los clérigos son fabricados en institutos dirigidos por el Sínodo.

La enseñanza de la medicina se hace en una escuela dependiente.... adivinen de quién depende la escuela de medicina; en cien veces, á qué no aciertan?.... Del Ministerio de la Guerra!

Por qué del Ministerio de Guerra? pregunté al señor Vlangali. Hé aquí su contestación casi textual: «El más vasto empleo de médicos para el Gobierno está en el ejército; además los estudiantes de medicina son los más inquietos y emprendedores, por lo cual se ha creido conveniente tenerlos bajo una mano firme, tal como la del Ministro de la Guerra.» Ah! le contesté, me explico; pero el señor

secretario adjunto me permitirá observarle que tal vez sin querer, la administración rusa le ha hecho una picante burla á la medicina poniéndola bajo la misma dirección del ejército; las dos reparticiones han sido intencionalmente juntadas por la similitud de profesiones?

El señor Vlangali se dignó sonreirse.

Hay una academia de bellas artes; una riquísima biblioteca pública, á más de las particulares de cada establecimiento; un museo etnográfico, un museo asiático, un museo egipcio, un museo anatómico donde entre otras curiosidades se encuentra la cabeza de la condesa Hamilton, muy amada de Pedro el Grande (muy amada toda entera la señora Hamilton, no solamente su cabeza); un Museo de medallas y cuños; un Museo botánico y otro médico-quirúrgico.

—

A una buena distancia de la capital hállase el observatorio astronómico. A pesar de haberme ofrecido el señor Vlangali una carta para el director de ese establecimiento, no tuve ocasión de visitarlo, pero me informé de sus condiciones. Posee muy buenos telescopios, ocupa una situación muy adecuada; el astrónomo director es una notabilidad y las observaciones hechas allí prestan un importaute concurso á la ciencia.

—

Debo mencionar también un servicio especial de vigilancia establecido en San Petersburgo. En diversas partes de la ciudad se han construido miradores muy altos provistos de telégrafos, banderas, linternas de colores y teléfonos, con cuyos medios el vigía ó guardian permanente puede avisar á cualquier oficina del municipio lo que ocurre en la ciudad: las crecientes del río, los incendios, los cambios atmosféricos y hasta los accidentes en los ferro-earriles en cierto radio.

—

Con solo anunciar mi calidad de médico, todos los hospitales que quise visitar me fueron abiertos y los directores de ellos me suministraron cuantos datos les pedí, acompañándome en mi inspección. Para dar una idea de estos establecimientos, me bastará hablar de uno de ellos.

El hospital María fué fundado en 1842, con un capital propio, cuya renta basta para las atenciones del servicio. Es un grande establecimiento, algo antiguo, pero perfectamente atendido. Existen en él varios departamentos, siendo de notarse que para algunos servicios hay dos construcciones utilizadas unas en invierno y otras en verano. La salas son espaciosas y limpias; delante de ellas hay una ancha galería con piso de parquet. Las camas ocupan un espacio conveniente; los enfermos están desaho-

gados; las ropas son abundantes y se las cambia casi diariamente· La comida es buena y sana. El médico de cada sala prescribe la dieta por escrito en planillas especiales. Cada enfermo tiene su expediente aparte, en el que se hace constar los menores detalles del curso de su dolencia. Los detalles no solo consisten en la redacción de los datos; según los casos, se levanta gráficamente las variaciones de la temperatura y se marca en dibujos coloreados los progresos de la enfermedad ó su declinación; así por ejemplo, cuando se trata de un enfermo de neumonia, se dibuja á la entrada del paciente la parte afectada del pulmón, siguiéndose con nuevas líneas los ascensos ó descensos del mal. Copia de estas hojas se incluye en el expediente del enfermo. Además, en tarjetas de color diferente, según sea la enfermedad infecciosa ó no, contagiosa ó constitucional, se expide un certificado al enfermo. Basta el color de la tarjeta para dar la idea de la enfermedad y levantar las estadísticas, previniéndose en caso necesario respecto á ulteriores consecuencias. Con tan sencilla disposición se tiene también la noticia del estado higiénico del punto de donde proviene el enfermo para disposiciones del caso.

Una tarjeta amarilla corresponde á cirujía, una rosada á neumonia cruposa, una rosa intensa á tífus, una verde á enfermedades infecciosas y una

blanca á enfermedades varias. Pertenece al hospital una sección separada, instituida por Nicolás I en memoria de su hija Alejandrina, cuyo busto en mármol figura en la sección. Esta princesa, de no común belleza, murió muy joven, víctima de la tísis. La sección es, pues, destinada al tratamiento de las mujeres tísicas.

Un médico especialista tiene á su cargo este servicio y desempeña su tarea con minuciosa proligidad, no desdeñando la menor precaución. Cada enferma tiene sus útiles separados y vive, puede decirse, en un ambiente apropiado para la más rigorosa higiene; no sale de su cuerpo un átomo de materia sin caer en una solución de bicloruro de mercurio; los esputos son recogidos en vasos especiales que contienen esa solución; las ropas son también desinfectadas. Para evitar los descuidos ó las sofisticaciones de los asistentes, la solución está teñida de rojo; así no hay engaño posible y los enfermeros no pueden sustituir la solución con agua pura.

Una de las salas llamó mucho mi atención; la sala de afecciones nerviosas, en la cual los enfermos son tratados por el hipnotismo, sin tanta bulla como se hace en Francia al rededor de este medio terapéutico.

Ví tres enfermos curiosos y asistí á la aplicación del tratamiento impuesto.

Uno de ellos era un muchacho afectado de parálisis de los músculos abdominales y posteriores del tronco. Su situación era afligente; privado de la acción de órganos tan importantes, tenía que suplirla valiéndose de mil artificios y contorsiones. El médico le mandó acostarse en el suelo antes de hipnotizarlo y levantarse en seguida á fin de mostrarme su estado normal. El muchacho se arrodilló primero y, sirviéndose de la cabeza como de un contrapeso, pudo, después de mil movimientos combinados, extenderse en el suelo. Para levantarse verificó los siete trabajos de Hércules; dobló las piernas, se asió de ellas con las dos manos, volvió á poner en acción el peso de su cabeza y con la fuerza de sus brazos así auxiliada, consiguió dar á su tronco una actitud adecuada, sentándose en cuclillas; después enderezó las piernas levantando el tronco como un peso inerte, guardando el equilibrio con la cabeza. Total, diez minutos empleados en la operación de levantarse; una verdadera obra de arte no contando con los músculos del tronco.

Hipnotizado ya fué otra cosa. Despierto el enfermo no podía ejecutar otros movimientos que los descritos, ni pretender hacerlos sin sufrir violentos dolores; dormido desaparecía todo este aparato de síntomas. Para producirle el sueño hipnótico le bastaba al médico ponerle sus dos pulgares sobre

los globos de los ojos. A este acto seguían las órdenes fielmente cumplidas por el paciente. Acuéstese, decía el médico y el enfermo se acostaba como si estuviera sano. Levántese y se levantaba. No le duele nada, le decía cuando por la expresión de la cara manifestaba algún sufrimiento, y acto contínuo la expresión cambiaba; ya no le dolía nada. A pesar de todas mis lecturas y los varios casos de hipnotismo que conozco, este me sorprendió mucho.

El segundo enfermo era un joven robusto, afectaco de una mielitis con dolores atroces. Su enfermedad no le permitía más postura que la de pié, apoyado contra un mueble. Dormido por el médico, caminaba y se acostaba sin el menor dolor. Durante el sueño artificial de este enfermo, el médico me preguntó si quería sugerirle algo inmediatamente ó para cuando lo despertara. Contesté indicando sugerirle que me tomara el reloj una vez despierto. El médico lo despertó, y haciéndome señas de esperar, pasamos á ver el tercer enfermo. Era este un profesor de la Universidad, abogado, hombre muy instruido. Padecía también de una afección de la médula; no podía caminar y no sentía en la planta de los piés la resistencia del suelo. Una vez dormido, la sensibilidad aparecía. El médico le sugirió que no podía hablar y el abogado, tan hablador

como todos los de su profesión, hacía esfuerzos inútiles por articular una palabra. Después le sugirió que apenas despertara diera las gracias á su médico; así lo hizo inmediatamente, mostrando en su fisonomía la mayor afabilidad y dando al profesor fuertes apretones de mano.

Volvimos á la sala del segundo enfermo, aparentando observar otras cosas. Desde nuestra entrada el sugestionado clavó sus ojos en la cadena de mi reloj; era inútil que el médico le hablara, él no cambiaba la dirección de su mirada; por momentos parecía querer acercarse á mí, pero no se animaba; este manejo duró varios minutos, el enfermo estaba en una manifiesta ansiedad.

Al ver su vacilación, el médico dijo: cree cometer un robo. Casi al mismo tiempo decía yo: será contra sus costumbres. Y así era en efecto, pues interrogado por el médico, respondió que deseaba mucho ver mi reloj, pero no se atrevía; que probablemente yo tenía un reloj americano. Saqué yo entonces mi reloj y lo puse en sus manos. El lo tomó con notables muestras de satisfacción y lo tuvo un buen rato examinándolo.

Como se ve por estos casos, el hipnotismo es un nuevo y fecundo recurso terapéutico.

Dí las gracias al noble profesor, al director del hospital y sus colegas por su atención y prometí

volver al día siguiente para visitar la sección de cirujía, como lo hice.

Las salas de esta sección se hallan en las mismas condiciones de buena higiene de las de medicina. Fuí invitado á presenciar una operación en el local destinado á ese objeto. Un asistente me trajo un delantal; no se usa entrar sin ese vestido á la sala. Se trataba de hacer una resección del codo á un niño; el médico operador se expidió con prontitud ayudado por varios médicos jóvenes. Todas las precauciones empleadas en Berlín, son de aplicación diaria en San Petersburgo. Los instrumentos, aparatos y apósitos son minuciosamente desinfectados y el operador tiene á la mano cuanto necesita ó puede necesitar.

Ví otros casos operados en dias anteriores: uno de coxalgia, otro de tumor en el cuello, otro de resección de la mandíbula; todos en buenas condiciones.

Pasamos en seguida al depósito de cadáveres y luego al anfiteatro y laboratorio de exámenes microscópicos.

Había en el depósito seis cadáveres, muy serios y muy limpios; en una especie de camarín lateral se hallaba una camilla colocada en un ascensor, destinada á subirlos á la sala de autopsias. Pasé á esta sala y fuí cortesmente invitado á dar mi opinión so-

bre la causa de la muerte de una mujer, cuyo cuerpo estaba abierto, si la invitación no me molestaba. Examiné detenidamente los órganos y dí felizmente con la causa; estaba patente: era un escirro del hígado. Mi opinión fué confirmada por el jefe de la repartición que ya tenía bosquejado su boletín. Otro cadáver, de mujer también estaba en otra mesa; no ofrecía lesión alguna en ningun órgano, sino las muestras de una anemia profunda. El modo de abrir los cadáveres difiere un poco del nuestro, del mío á lo menos. Allí practican una sola incisión desde el cuello hasta el pubis; después disecan los músculos descubriendo las costillas que son cortadas en la forma usada por nosotros. La incisión así practicada hace más facil la costura de la piel y el acomodo del cadáver para la inhumación.

El laboratorio microscópico es muy bueno; me mostró el preparador un tumor con células llenas de gas, insistiendo sobre la rareza del fenómeno.

Anexo al laboratorio había un pequeño museo anátomo-patológico y en una pieza separada esperaban tranquilos el momento de prestar su concurso á la ciencia varios perros, gatos y conejos, con los cuales se hace la experimentación fisiológica y toxicológica.

La sección de baños es muy buena, aunque no lujosa. Al verla, me acordé de nuestros magníficos

establecimientos é hice la descripción de ellos á mis acompañantes.

Como éste y aún mejor provistos hay varios hospitales en la capital rusa. Digno es de mención el establecimiento de la Cruz Roja, dotado de cuanto puede necesitarse en casos repentinos de heridas, en incendios ú otros conflictos, siendo un buen plantel para el servicio del ejército en tiempo de guerra.

—

De los numerosos palacios ó locales cuya inspección es importante, situados en las cercanías de la capital, solo visitamos el palacio de Tzarkoe Seló, embellecido principalmente por Catalina II. Está en la aldea del mismo nombre, donde hay casas dispuestas para alojar á las familias de la corte durante el verano. La Gran Catalina prefería esta residencia y la había embellecido con cuanto puede soñar la fantasía. Sus salones son inmensos y de un lujo realmente maravilloso. El número de estátuas, cuadros y demás obras de arte es incalculable. Puede decirse que de todos los hombres célebres del mundo, guerreros, poetas ó artistas hay un busto ó una estatua. Sus columnas son del mas rico material; algunas de ellas tuvieron en otro tiempo un revestimiento en la base y chapitel de metal dorado; como se deteriorara, se trató de reparar el desgaste y los artistas llamados para el caso, no llegando á concertar las condiciones,

ofrecieron por los restos una suma fabulosa. Catalina contestó que aun no estaba en el caso de vender sus andrajos. Júzguese por esta anécdota del valor del palacio.

Admírase en él la distribución científica y sabia, su inmensa comodidad y su lujo. El salón llamado amarillo está cubierto de incrustaciones de ámbar, el blanco de plata, y el de lapiz-lázuli de placas de esta piedra. No hay un adorno que no sea una joya; todo es oro, mármol, plata, pórfiro, malaquita, lapiz-lázuli, ámbar, jaspe, alabastro, estuco, pinturas finas, frescos, porcelanas, seda, terciopelo, nácar y cuanto producto valioso hay en la naturaleza. Las habitaciones íntimas ofrecen la más lujosa diposición; todo en ellas está previsto, no solo para una familia sino para una corte, pues el palacio es muy grande. Los salones de baile y los comedores pueden contener cientos de individuos.

Hay un comedor particular en un pabellón especial capaz de suscitar mil ideas románticas y un tanto comprometedoras; es el comenor de Catalina para sus reuniones íntimas; ocupa el primer alto del pabellón; su decoración corresponde al resto del palacio; en cada ángulo de la pieza hay un saloncito de confianza con muy pocos muebles, apenas los necesarios para dos personas. La mesa ocupa el centro y es una mesa inteligente; se mueve y se sirve

sola, á lo menos así parece á los convidados, quienes no ven ningun sirviente indiscreto ni discreto. Por medio de un mecanismo, el centro y un redondel debajo de cada plato, bajan al piso inferior y suben con las viandas. Además hay otras mesitas mecánicas también para dos y cuatro personas. Los invitados por la señora Catalina eran, pues, gentes tratadas como cuerpo de rey; durante la comida y después de ella podían hablar y otras yerbas sin temor de ser oídos ni vistos por la servidumbre, compuesta generalmente de gentes muy murmuradoras y parlanchinas. Para complemento, este comedor tiene escaleras escusadas que conducen al parque por caminos inaccesibles á la curiosidad de los extraños.

Indudablemente la señora Catalina y sus amigas se daban muy buena vida en aquellos tiempos que Dios bendiga.

El comedor de los banquetes es de un gusto esquisito y de un lujo fabuloso.

Las piezas privadas de Catalina son, como se comprende, las más esmeradas; una de ellas está revestida de porcelana de Sevres.

Rodea al palacio un parque inmenso lleno de sorpresas y caprichos, en el cual los árboles y las plantas más bellas se han dado cita; lo adornan, á más, puentes, grutas, construcciones imitando rui-

nas, glorietas, columnas, puentes de mármol, pabellones chinos, jardines y pequeñas cascadas. Debajo de un obelisco egipcio está el sepulcro de los tres perros favoritos de Catalina II, descansando en paz.

Pero aun falta algo. Por una escalinata amplia se baja del palacio hasta la orilla de un lago, cuya margen opuesta se pierde para la vista á la distancia; sus aguas son tranquilas y limpias, ni una hoja seca destruye la pulidez de su cara plana, su fondo está alfombrado con plantas marinas visibles en la mayor profundidad; bandadas de cisnes blancos y negros navegan á lo lejos y hacia un lado se balancean embarcaciones de bonita forma en las que los visitantes pueden pasear.

En las inmediaciones del lago se encuentra un museo de buques representando la forma de todos los aparatos flotantes conocidos.

Alejandro I habitaba con frecuencia, este palacio encantado; allí están sus piezas acomodadas como cuando él vívía; en una de ellas se vé sus objetos de uso, peines, tijeras, navajas de barba, su cartera, su espejo de mano, su pañuelo, sus vestidos y hasta sus botas; todo conservado como reliquia.

DE SAN PETERSBURGO A STOKOLMO—FINLANDIA—HELSINFOR—EN STOKOLMO—DE STOKOLMO A COPENHAGUE—EL MUSEO THORWALDSEN—DE COPENHAGUE A HAMBURGO.

Para ir de San Petersburgo á Stokolmo hay dos vías: la fluvial pura y la mixta. Nosotros elejimos esta última por ser más variada y por evitarnos unas cuantas horas de mar, lo que debe hacer uno siempre, si puede, á ménos de ser un tonto.

Hicimos el viaje en tren hasta Helsinfor, pudiendo ir aun más lejos, pero esta ciudad era digna de ser visitada. Es la capital de Finlandia, un pueblo del cual poco se oye hablar en Buenos Aires.

Finlandia se ha incorporado á la Rusia mediante ciertas condiciones. Se rije por sus leyes y tiene prerogativas. Es un pueblo raro, ó más bien lo ha sido. Hoy está tan civilazado como cualquier otro de la Europa y en muchas materias más. Su idioma es el finoi ó el finés, un idioma dulce, agradable, musical, instrumento admirable para la literatura, la ciencia y la poesía. Tiene muy buenas escuelas, universidad y

otros institutos especiales de enseñanza, entre ellos una escuela de navegación. Las bellas artes son cultivadas con bastante éxito. En Helsinfor, ciudad muy bonita, con edificios nuevos en su mayor parte, hay museos, bibliotecas y academias. El mar entra en la ciudad por diferentes rumbos, ó más bien la ciudad ha sido edificada en el extremo de un continente abarcando varias islas. Los diversos barrios están unidos por puentes; algunos de estos sirven para el pasaje de trenes. No puede darse un aspecto más pintoresco que el de Helsinfor, visto desde donde nadie, sino un sacristán y yo, lo hemos contemplado. En efecto, á ningun viajero creo se le ha ocurrido subir hasta la cúpula de la iglesia y sacar por la claraboya la cabeza como lo hice yo, después del sacristán, quien levantó la tapa y salió primero. Llamo á este caballero sacristán indebidamente; es relojero. Cuando yo andaba rondando la iglesia, él abrió una puerta y comenzó a subir una escalera; yo lo seguí. Llegamos juntos á un recinto ocupado por el reloj público, él hablando en finlandés y yo en castellano, como buenos amigos, sin entendernos una palabra. Se puso á dar cuerda á su reloj y yo me puse á escuchar el ruido pesado del péndulo en aquella soledad encumbrada en medio de tablones y de vigas. Cada golpe del balancín hacía extremecer la torre. Nadie puede imaginarse la impresión que causa ese compás

monótono, blando, hueco, solitario, en el fin del mundo. Me parecía imposible estar tan lejos; el sonido metódico del regulador me trajo la idea de la distancia á que me hallaba de todo cuanto me ha sido familiar en mi vida. Creía no volver nunca á mi tierra. Pero esa nube de melancolía fué pasajera y se disipó cuando, haciendo emergencia en la cúpula, ví un almácigo de islas verdes edificadas, bañándose tranquilamento en el mar.

La iglesia está en una altura y se llega á su base subiendo por una ancha escalinata de piedra, de cuyo último escalón ya puede verse gran parte de la ciudad.

Helsinfor es muy triste por la tarde, muy animado por la mañana, principalmente en las vecindades de una plaza, que se convierte en mercado en un abrir y cerrar de ojos y deja de serlo con la mayor prontitud. Hay mucho comercio; nada de cuanto se necesita falta y todo se halla á la mano, hasta librerías tan importantes como las nuestras.

Los buques llegan al centro de la ciudad y atracan á los muelles; el embarque y desembarque puede hacerse como caminando por la calle.

La organización política y administrativa es muy buena. Las mujeres votan en las elecciones municipales y no contentándose con esto, se reciben también, si estudian, de médicas, abogadas é ingenieras.

A propósito. Al hablar de los hospitales de San Petersburgo, creo haber olvidado decir que algunas salas son atendidas por mujeres, doctores en medicina. En Rusia, como en Finlandia, la carrera médica no es un monopolio de los hombres. Además las mujeres en Finlandia pueden ser, y muchas son, telegrafistas, dependientes, tenedores de libros y aun cobradores. En la agencia de vapores en Helsinfor, el cajero, un cajero muy serio, es una joven bastante bonita, razón por la cual el tenedor de libros tiene necesidad á cada momento de hablar con ella, segun lo pudimos observar en nuestra rápida visita.

Supónese que si votan las mujeres, también serán elejibles, y se necesita venir á Finlandia para ver estos excesos electorales cuando en otros países no votan ni los hombres! Junto con esta libertad electoral de ambos sexos hay clubs, asambleas, manifestaciones y todo el aparato compatible con el ejercicio de los derechos del ciudadano.

—

De Helsinfor á Stokolmo se va embarcado por una ruta deliciosa formada por brazos de mar entre islas. El archipiélago de Finlandia es uno de los más notables del mundo y en ninguna parte se han tomado mayores precauciones para la seguridad de los buques. A pesar de ofrecer el derrotero un peligro

cada cien metros, nada sucede, porque cada diez hay una boya, una baliza ú otra señal indicando el paso. La navegación es sumamente agradable; no hay olas ni mareo y la vista puede recrearse paseándose sobre mil promontorios caprichosos ó islas habitadas y cultivadas. Dos poblaciones de alguna importancia se encuentra entre Helsinfor y Stokolmo como escala de los vapores; son Hangó y Abo; esta última fué la capital y progresó mucho; ahora mismo tiene su buen pasar y ofrece al viajero todas las comodidades de las ciudades cultas.

Antes de llegar á Stokolmo, se sale por tres ó cuatro horas á mar abierta, cuyas olas toman generalmente de costado al buque, y producen un mareo decente. Nosotros, abonados á esta mortificación, no dejamos de pagar nuestro tributo.

La entrada á Stokolmo es preciosa. Caracoleando entre islas de más á mas cultivadas, pobladas, llenas de fábricas y ostentando algunas sus fortalezas, el buque entra como repentinamente en el corazón de la ciudad y deposita sus pasajeros en la misma puerta del mejor de los hoteles.

Una de las ciudades más pintorescas es Stokolmo é indudablemente la más adelantada de la comarca. Se halla edificada sobre islas y penínsulas, parte en el declive de colinas y montañas; sus calles son anchas y de dirección caprichosa, concluyendo

muchas en el mar, lo cual permite experimentar sorpresas agradables por el contraste de los edificios con los buques. Para circular por Stokolmo el viajero puede tomar, segun sea su deseo, ó un coche ó una embarcación, pues hay calles de agua y calles de granito de tanta circulaeión unas como otras. Añádase á esto los parques numerosos y bien cuidados, las estátuas, los monumentos, los puentes, los jardines y los paseos, y se tendrá una idea de la deliciosa ciudad. Su comercio es muy extenso y variado, sus industrias y manufacturas muy animadas y sus producciones científicas ó artísticas dignas de encomio. Casas de baños, establecimientos terapéuticos de moderna aplicación, oficinas telefónicas y telegráficas, toda clase de medios de circulación y hoteles y casas cómodas, forman un conjunto de elementos de cultura que hacen de esta ciudad un sitio de bienestar envidiable.

Hay un museo de antigüedades del Norte, lleno de curiosidades. Allí se vé los instrumentos, muebles, armas y vestidos de los primeros habitantes. El lector tendrá una idea de este museo recorriendo la lista entresacada de cien mil objetos acumulados en él. Personajes en cera representando un casamiento en los tiempos de la vida primitiva; planchas de madera para planchar ropa; sillas de montar de mujer más adecuadas para su objeto que las nuestras; ba-

lanzas de madera; ruecas como la de Margarita de Fausto; el trineo de Cárlos XII; una choza de lapones, representación de todo el haber de estos infelices habitantes de las nieves; trineos y patines lapones; vestidos de cuero de Groenlandia; cheques como los de uso en nuestros bancos, *de cobre;* miriñaques de mujeres (y nosotros los creíamos de invención moderna) miriñaques no solo para las caderas sino también para cada muslo por separado; imágenes de los santos cristianos del tiempo en que los suecos y noruegos eran católicos apostólicos romanos y cien rarezas más.

El parque Linneo, consagrado á este eminente naturalista, es un lindo paseo.

Se vé también honrada la memoria del gran químico Berzelius, con una bella estátua.

Una de las visitas indispensables es la del palacio real, hermoso edificio con vista al mar, muy cómodo y bien decorado. Su amplio vestíbulo ostenta la estatua de una bella mujer acomodándose el pelo. Los vastos y grandiosos salones se hallan tapizados de riquísimos gobelinos. Llaman la atención: la sala de consejos, donde hay una preciosa estatua de mujer defendiéndose del amor; el gran comedor; la galería de cuadros; el salón de baile y otros, en los cuales hay estatuas, tapicerías y objetos de arte. Recuerdo el retrato al óleo de la Nilson,

Las puertas lujosas están adornadas con artísticos tallados. En las habitaciones particulares de la Señora me interesaron los siguientes objetos: un niño dormido, un Cupido, un guerrero sin la hoja de parra tradicional, un niño tocando la bandolina, en mármol los cuatro; todos los muebles de una pieza de finísima porcelana de Sajonia, cortinas de Gobelinos de hace 200 años, una riquísima araña de plata muerta y un cuadro simbólico del amor filial en el cual una joven dá el pecho á su padre. Respecto al tópico de ese cuadro se ha hecho la siguiente adivinanza:

De antaño fuí hija,
Ahora soy madre:
Crío hijo ageno
Marido de mi madre.

Cuenta la leyenda, como todos lo saben, aunque quizá no lo recuerden, que un viejo puesto en prisión había sido condenado á morir de hambre; su hija, á quien se permitía verlo, le daba el pecho y lo alimentó así hasta que se le ocurrió poner al rey la adivinanza ut supra, con la cual salvó á su padre.

Indudablemente, lo mejor de Stokolmo es el museo nacional; el edificio pretende imitar al de Berlín y no lo ha hecho del todo mal. En el vestíbulo se muestran dos colosales estátua de Odín y Thor y otra más arriba. La planta baja ofrece antigüedades,

restos de altares, pilas y bautisterios, San Jorge y el Dragón, medallones, bordados, piedras con inscripciones y figuras, adornos de oro, aros, brazaletes, monedas y lanzas. Todos los instrumentos cortantes antiguos de piedra, limas, hachas, cuchillos, punzones, flechas y otros objetos; esta colección es la mejor de su clase en todo el mundo, creo; ocupa tres salones. En otros están: el trineo de Gustavo III, vasos, vasijas, cajas y jarros de oro y plata; cálices incrustados de piedras, camafeos y miniaturas en marfil; perlas figurando animalitos; un tocador de piedra, una flauta de vidrio, cajas de rapé con brillantes y objetos análogos.

Ocupan el primer cuerpo mosaicos y lozas; un espléndido vaso de la Alhambra; esculturas restauradas; un Endimion magnífico; la estátua colosal de Cárlos XIII; la de Humboldt; una bacante acostada, muy linda; dos amores dormidos; una puerta, reproducción de aquella sobre la cual hizo una buena frase Rafael ó Miguel Angel ú otro (le oí este pedazo de erudición á un visitante); la estátua de la Caridad; otra de un niño y un cangrejo; Venus y el Amor dándole un beso; Juno y Hércules; una mujer muy bien acostada; Prometeo, hecho á martillo, en bronce, muy notable; un muchacho mirando un objeto, preciosa estátua.

Una gran escalera conduce á otro cuerpo del edi-

ficio. Se pasa por una galería de reproducciones que ojalá tuviéramos en Buenos Aires. La sección de cuadros es interesante; tengo apuntados los siguientes: Conducción de un muerto sobre la nieve. El duelo á cuchillo, muy lindo (el cuadro, no el duelo). Varios cuadros de costumbres y retratos. Una Susana de Rubens. Una Magdalena; no hay museo en donde no se halle esta sublime perdida. Una mujer desnuda, fea y vieja, pero la ejecución del cuadro es buena; hay en él un *escorzo* notable. Una rubia encantadora. La misma por Wertmuller. Una muchachita comiendo en un plato. La novia y el viejo. El juicio de Salomón. Una cantera. Un retrato-cuadro. Nocturno, una mujer en una noche de luna. David y Saul, buenos efectos de luz. Varios pasteles.

El museo nacional es muy visitado; los habitantes de Stokolmo hacen de él su paseo de domingo y familias enteras pasan el dia en sus salones deleitándose é instruyéndose. Alguna vez una espectadora jóven era mejor que el mejor cuadro. Las suecas son en general de una fisonomía agradable, algunas muy bellas, todas muy limpias, de un cutis admirable y con un cabello largo, fino, rubio y abundante, salvo error ú omisión. Parecen muy contentas, son amables, siempre se están riendo, respiran bondad, son sencillas, modestas, se visten sin lujo y con po-

cos volados; su traje es apropósito para caminar.

Las gentes son trabajadoras, industriosas, sobrias y sanas de alma y cuerpo.

Cuanto digo naturalmente corresponde á mis primeras impresiones y se aplica á la generalidad de los grupos observados.

En Stokolmo hay muchas estátuas; cada Cárlos y cada Gustavo tiene la suya.

Una particularidad para concluir.

Hay en ciertos parajes de la ciudad ascensores para subir de unas calles á otras, porque la diferencia de nivel entre algunas es de varios metros. De la parte superior de los ascensores se ve la ciudad baja, el mar, los canales y las islas. El panorama, es delicioso.

—

Puede irse de Stokolmo á Copenhague por mar ó por tierra y mar. Aquí también nosotros preferimos hacer el viaje mixto; fuimos hasta Malmoe por el tren y de allí en dos horas nos pusimos en la capital de Dinamarca, á bordo de un vapor bastante rápido. Esta ciudad tiene un puerto muy cómodo. Como en casi todos los pueblos de los Países Bajos, la bahía se confunde con los barrios edificados; el mar entra en las calles y los buques siguen el ejemplo.

Un paseo por el interior y las orillas de Copenhague es de regla y si el viajero lo hace, no le pesará,

pues irá viendo nuevos paisajes á cada paso, encontrando jardines, puentes, estátuas y monumentos, sin dejar de tomar de tiempo en tiempo el mar su parte en el panorama.

Las vías públicas están llenas de pájaros libres cuya vida está garantida por las costumbres. En las plazoletas hay instalaciones para la venta de frutas y flores y por los canales circulan barcos con pescados vivos, mantenidos en recipientes especiales hasta el momento de venderlos. Los copenhaguenses son, parece, muy desconfiados respecto á la frescura de los pescados, y hacen bien.

Dignas son de mencionarse las ruinas de un palacio. No hace mucho este se quemó, salvándose solo las caballerizas. No se trata aún de reedificarlo por economía. El gobierno ha descubierto que se puede vivir sin el palacio.

—

El mejor tiempo de un viajero debe dedicarse al museo Thorwaldsen; un museo llenado por un hombre. El autor de los maravillosos trabajos de este instituto era dinamarqués; hizo sus estudios en Roma y allí modeló la casi totalidad de sus obras, cuyos originales, en su mayor parte, fueron adquiridos por el gobierno de su patria. Las esculturas de Thorwaldsen son las más populares; muchas fotografías de ellas son conocidas en el mundo entero;

algunas he visto en Buenos Aires sin saber que correspondían á las obras del célebre escultor.

Mencionaré unas cuantas: La estátua de Pio V. El amor y Psiché. El mismo tema en bajo relieve. Genios cantando. Edades del amor. Las musas. Las tres gracias, La Venus de la manzana. La noche y el dia. La muerte y el sueño. Mercurio. Los doce apóstoles y Jesucristo que ocupan un salón. Un pastor, magnífica estátua. Las Tres gracias y el Amor. Adonis. Las Cuatro edades. Hilas arrastrado por las ninfas, hombre feliz. Otro Hilas igualmente arrastrado por las mismas tenaces ninfas. Una pastora. El nido de amores y cien esculturas más.

La mayor parte de estos trabajos son bajo-relieves de una belleza sobre humana, de una sencillez antigua y de una gracia exquisita. Thorwaldsen es hasta hoy inimitable; hay algo de sublime y de ideal en sus concepciones y tal arte en la ejecución que los entendidos comparan al célebre escultor con los maestros de la antigua Grecia. Sus bajo-relieves están dotados de una serena y elevada hermosura. Su tema favorito era el amor y lo ha tratado con una delicadeza encantadora.

En la parte alta del edificio hay una regular colección de cuadros; pero nada existe en Copenhague superior ni igual á la colección de esculturas de Thorwaldsen. Muchos viajeros van á la capital de

Dinamarca por solo ver las obras de este hombre inmortal.

La ciudad posee también una galería de pinturas digna de ser vista y un museo de antigüedades bastante bueno aunque inferior al de igual clase de Stokolmo.

—

De Copenhague hicimos el viaje en tren hasta Korsor; allí nos embarcamos, junto con nuestro tren, en un buque con rieles, siguiendo en el doble y curioso vehículo hasta Nyborg, puerto de una isla muy linda, poblada é industriosa. El buque metió su proa entre dos muelles; un puente con rieles bajó hasta el nivel de la cubierta del navío; el tren embarcado se puso en movimiento, tomó los rieles del puente y siguió por tierra á través de la isla hasta un punto llamado Stribe, pasando por una villa cuyo nombre es Odense. En Stribe el tren se embarcó de nuevo junto con nosotros para desembarcar en Fredericia y seguir por tierra hasta Hamburgo.

Este viaje en tren por el mar es por demás curioso, agradable y lleno de novedad.

---

## HAMBURGO—HOLANDA: AMSTERDAN—LA HAYA

Hamburgo es muy conocido en Buenos Aires y muy popular entre los comerciantes. Recibe en su puerto, uno de los más amplios del mundo, pues solo hay dos superiores á él, infinidad de buques. Mantiene un comercio activo con casi todas las naciones y es la entrada y salida principal de Alemania para sus mercaderías. Era hasta hace poco una ciudad libre; ahora, mediante convenciones, pero con ciertas reservas, se halla sometida al regimen normal. Tan grande es su movimiento comercial. que se ha visto obligada á destruir un barrio entero para construir depósitos, cuyo número es infinito y cuyo servicio por máquinas á vapor es admirable. Como ciudad posee en alto grado los caracteres de las de su especie y situación topográfica. Sus canales son numerosos y provistos de cuanto aparato puede servir para los fines de una cómoda navegación, desembarque y embarque. Tiene monumentos notables, iglesias antiguas y de buen gusto arquitectónico. Su Bolsa, como se comprende, es muy

favorecida; se ha necesitado doblar el edificio para dar cabida á los miles de concurrentes, los que aun así, solo pueden estar parados. Al rededor de las inmensas salas y en lo alto del edificio hay una galería á la cual puede penetrar el público. Los hamburgueses, hombres mujeres y niños hacen de la Bolsa un sitio de recreo y van á las galerías como á los palcos de los teatros, á presenciar una de las escenas más animadas que pueda verse; un pueblo entero en movimiento, cambiando de mano á mano pedazos de la fortuna pública y privada al compás de un rumor semejante al de las olas del mar, producido por un millón de conversaciones apuradas. La Bolsa de Hamburgo es una ciudad en dia de asamblea. En las paredes del recinto se hallan pegados carteles con las noticias telegráficas de todas las plazas comerciales del mundo. Lo que más sorprende al espectador es ver cómo se entiendan los negociantes en semejante confusión.

Visitamos el museo instalado en un edificio nuevo y bastante lujoso. Hay en él cuadros de mérito, no muy numerosos en verdad, pero muy propios para servir de plantel á una gran colección.

Hamburgo tiene todas las instituciones correspondientes á una ciudad culta en pleno progreso.

Me dispensaré de enumerar sus monumentos, es-

cuelas y demás establecimientos por ser de todos conocidos.

En la época de nuestra visita se hallaba abierta una exposición industrial capaz de competir con algunas secciones de la actual Exposición Universal de París. Si ha de juzgarse el comercio y la industria de Hamburgo por esa exposición, nada podrá decirse que no sea en su elogio. Examinando las diversas partes se comprende también cuán grandes y numerosas son sus relaciones con los centros manufactureros de Europa, América y las Colonias en el resto del mundo.

La vida en Hamburgo es agradable y llena de atractivos; no siendo el menor, el espectáculo de una población tan ocupada y tan activa.

—

Faltábanos para completar nuestro circuito ver una ó dos ciudades de Holanda. Llenamos nuestro deseo yendo de Hamburgo á Amsterdan y después á la Haya.

Al atravesar la Holanda dejando villas y ciudades al lado del camino metidas en un baño de medio cuerpo, uno piensa instintivamente en algún fenómeno extraordinario capaz de sujerir una comparación con la rara comarca por la cual viaja.

Yo me imiginaba ver un jigante colosal cuya cabeza tocaba al cielo sacando una coladera del fondo

del mar en la que los sitios no agujereados representarán las isla y los amagos de la tierra firme. Casi toda la Holanda está nadando. Las ciudades, los campos y las aldeas parece que han ido á bañarse y se entretienen en sacar parte del cuerpo fuera del agua.

Amsterdan ha sido hecha sobre pilones con un trabajo y un gasto sin ejemplo. Cuando á uno le cuentan estas maravillas teme ver hundirse las casas, los hoteles y los monumentos, sin poder apartar la idea de los encatrados de madera que sirven como puntos de apoyo á los cimientos.

No sé cuántos puentes hay, ni puedo decir si las calles de agua son más numerosas que las de adoquín. Los holandeses han hecho á más no poder del agua un elemento concurrente. En la campaña los cercos son de agua, los caminos de agua y solo el mar aparenta no tener el derecho de ser de agua á juzgar por las invasiones de la edificación en sus dominios. Como quizá no se comprenda eso de los cercos de agua, me explicaré. En todo pueblo de cristianos cuando un propietario quiere cercar su terreno, planta postes, coloca alambrados ó levanta paredes. En Holanda no; el propietario cava una zanja al rededor de su propiedad y ya la tiene marcada y preservada contra toda invasión terrestre. La zanja se llena de agua brotada como por encanto y

á menos de poner un puente, el recito queda aislado, Nadie sin verla puede hacerse una idea de la lucha de ese pueblo viril contra el elemento invasor, para hacerse una vivienda ú obtener sementeras. Constantemente y durante todo el año se ve al campesino holandés inventando tierra, permítaseme la expresión, en virtud de no haber otra más propia; aquí cava una zanja; allá ahonda un lago; más adelante construye un reparo, todo á fin de conseguir la verificación de su invento. No hay pueblo al cual le haya costado más trabajo hacer suelo para asentar su planta!

Al ver estos esfuerzos pensaba para mis adentros que si yo fuera Dios, tomaría una pala de tres ó cuatro leguas cuadradas de superficie y llenándola varias veces de tierra en América la vaciaría en Holanda aun á riesgo de enterrar algunos holandeses.

En defecto de la ayuda de Dios, la ciencia, el arte y el trabajo han triunfado de los obstáculos naturales y la Holanda asombra ahora al viajero con sus canales, sus puentes, sus exclusas, sus compuertas, sus diques y sus edificios casi flotantes.

Las construcciones destinadas á asegurar el pasaje de los trenes y su entrada á las ciudades son realmente maravillosas. Las estaciones de ferrocarriles en Amsterdan son una prueba de mi afirmación.

—

Siempre he hablado de museos y no dejaré de de lado el de esta ciudad.

El edificio es lujoso; sus salones están muy bien dispuestos. Las esculturas antiguas y modernas ocupan la planta baja; nada haí de notable; es una sección en sus principios.

Otro cuerpo contiene ricas porcelanas de Delfts, trabajos de marfil iguales ó superiores á los chinos; vestidos antiguos, pianos primitivos y arpas antiquísimas á par de otros muebles viejos que tendrán valor histórico, no lo dudo, pero que á mí no me gustan.

La galería de pintura es muy importante; hay en ella cuadros históricos de pintores conocidos y otros sobre temas variados, de renombrados maestros. Ahora como en otras ocasiones voy á mencionar los que me agradaron; no sé si son los mejores, ni si me aparto del juicio general, no me sujeto á la opinión apuntada en las guías, así como no compro ropa hecha. En un museo empleo mi tiempo con más agrado en mirar un cuadro cuya ejecución es buena, prefiriendo que esa calidad esté acompañada de esta otra: un tema atractivo y personajes ú objetos capaces de causar emociones de deleite.

Así, entre un cuadro representando una mujer hermosa y otro con el retrato de un hipopótamo, prefiero el de la mujer si tiene mérito, aun cuando el hipopótamo sea de mano maestra.

La pieza atractiva en la galería de Amsterdan es la célebre Ronda de noche de Rembrandt; se halla expuesto con arte para lucir sus ventajas, en sitio adecuado y con buena luz. No se oye de este cuadro ni se lee sino ponderaciones y yo me admiro de que á nadie se le haya ocurrido hacerle esta crítica. Si la ronda es de noche, la luz del cuadro debe ser la de uno ó varios candiles, hachones ó velas; pues bien, si eso es así, el cuadro tiene demasiada luz, tanta como no usan darla los candiles ni los hachones, mucho menos cuando en el lienzo no figuran; es una luz muy abundante cuyo orígen para el espectador no está en parte alguna sospechable.

Son muy buenos los siguientes:

Una vieja rezando. Un niño muerto. Una mujer y su hijo; la belleza consiste en la semejanza del niño con su madre ó hermana; en el cuadro no está la fe de bautismo del niño ni el nombre de la dama, ni su estado civil. Una procesión. Varios cuadros de costumbres. El retrato de una vieja por Rembrandt. Interior de una casa de la cual acaban de sacar el cadáver del jefe de la familia; preciosa representaeión de escenas conmovedoras; por una ventana se ve pasar el acompañamiento; la pobreza y el luto quedan en la casa y se manifiestan en cada detalle; una mujer joven, se supone la mujer del muerto, abraza llorando á otra mayor, la madre

probablemeute; un niño ahoga sus lágrimas por su curiosidad y se halla trepado en la ventana para mirar el cajón.

Hay cuadros de Guido Reni y de Van-Dick. Como en todos los museos existen también Magdalenas en esta galería; aquí hay dos, una con su indispensable calavera, y otra, calavera ella misma; muy buenas mozas las dos.

—

La ciudad de la Haya es parecida á Amsterdan y á Roterdam; las tres ciudades son del mismo tipo, salvo diferencias de detalle, debidas á circunstancias particulares. Asi la Haya parece más universitaria y menos activa. Roterdam es la predilecta de los ingleses que comercian en grande con ella y han hecho de su puerto una especie de barrio de Lóndres, y Amsterdan es la capital y el centro de las funciones políticas y administrativas de la Holanda.

En el museo de la Haya se encuentra como en todos, cuadros de Rubens y por lo tanto mujeres gordas y de cuarenta años para arriba, Rubens prefería en sus modelos ese estado de carnes y esa edad, á juzgar por la reproducción del mismo tipo de mujer, á menos que las dos esposas lejítimas de este célebre maestro le hayan impedido pintar jóvenes flacas, delgadas ó en buen estado de manten-

ción siquiera y pálidas, siendo ellas mismas ya gordas, vejanconas y coloradas. Sus conocidos dirán si esta presunción es arriesgada.

A más de las gordas de Rubens, me fijé en un Adan con su Eva; nota: en todas partes pintan un par de tontos cuando quieren retratar á nuestros primeros padres. En un perro de Suifders. El interior de una casa por Teniers. Un toro, vacas, corderos y su cuidador de Paulus Potter, gran pintor de animales; este cuadro es bellísimo y al mismo tiempo, cosa rara, el más popular de la galería. Una copia de Cleopatra de Guido Reni. Otro Adan con su Eva acompañados de un tigre y un cordero en santa paz; aquí el autor, un señor Signian ha querido en verdad pintar sus personajes destituidos de toda inteligencia no solo á Adan y á Eva sino también al tigre y al cordero. Un Prometeo de Giordano; hay una interrogación en el nombre del autor, indicando la duda respecto á la autenticidad, pero á veces se pone esta interrogación para hacer creer que todo lo demás es indiscutible. Otra Magdalena, muy linda. La hija del Ticiano, espléndida pintura, y por fin el gran atractivo, muy ponderado y muy reproducido: La Lección de anatomía, cuadro al cual nadie ha hecho, segun creo estas legítimas observaciones: los circunstantes no miran al cadáver ni al maestro; éste tampoco mira la incisión practicada ni á los presen-

tes, y el cadáver solo parece muerto en parte (perdonen lo de cadáver muerto). Vesalio está con sombrero; sería costumbre de la época, no lo dudo, pero no es una costumbre cómoda para disecar y mucho menos para dar lecciones. Además cuando un gran maestro, cuyo nombre no menciono por evitarme las agresiones de sus devotos, pintó unos reyes magos vestidos con los trajes usados por los contemporáneos del autor, lo cual equivale á pintar á Je sucristo con levita y sombrero alto, comencé á hacerme muy desconfiado respecto á costumbres antiguas.

En La Lección de anatomía tuve el placer de ver á Golfarini y á Garmendia; dos de los personajes del cuadro se parecen á estos amigos como si fueran sus retratos.

—

Puede también pasar por museo el gran bazar de la Haya. Es una verdadera exposición de obras de arte: muebles, objetos, tejidos y demás productos de la industria de todo el mundo. Como soy muy curioso, al pasar por un recinto reservado, levanté la cortina de una puerta y ví una verdadera novedad: un cuadro, retrato de mujer, instalado allí con todas las previsiones necesarias para hacer efecto y lo hacía.

Uno de los dependientes se adelantó y corriendo

otra cortina del fondo iluminó la preciosa pintura. El cuadro costó á la casa setenta y cinco mil coronas, una cosa como ciento y tantos mil francos. Fué pintado en Roma. ¡Qué admirable efecto de luz! El autor ha combinado la del día con la de una vela y ha obtenido la más inverosimil ilusión. La mujer parece de carne y hueso, los ojos, la boca, la nariz son de una persona viva mirando al espectador y pronta á hablarle.

---

## MUNICH—COMPARACIÓN DE TEATROS—CABALLERIZAS—PINACOTECA MODERNA—PALACIO DE LA RESIDENCIA.

Un día de buen humor he de pintarle á usted la vida de un abonado á la compañía Cook. Hoy tengo en el cuerpo diez y ocho horas de vía férrea á razón de setenta kilómetros por hora y una ópera de Wagner, el Barco fantasma, cantada anoche con el mayor escrúpulo á oscuras en el mejor teatro de Munich.

Con ese motivo observo una diferencia total de costumbres en favor de los alemanes: costumbres adoptadas para evitar molestias á todos en tanto que entre nosotros y mucho peor aun en Paris, las prácticas en los teatros tienden á no de dejarle un momento suyo al espectador, fastidiándolo de todos modos. En Paris desde la calle hasta el asiento en el interior del teatro, encuéntrase un centenar de mendigos disfrazados con los siguientes empleos.

Abridor del carruaje.

Ofrecedor de su brazo sucio para apoyarse.

Vendedor de programas; (cuídese de éste porque sino le saca un ojo).

Abridor de la primer puerta.

Idem idem de la segunda, tercera y cuarta.

Señalador de la galería, perfectamente visible sin que nadie la señale.

Designador del palco.

Abridor de la puerta del palco.

Encargada (mujer) de quitarle á usted el sobretodo.

Otra encargada de recibir el mismo sobretodo.

Otra encargada de colgarlo.

Alquiladora de anteojos.

Alquiladora de unos banquitos que no necesita usted sino para romperse la crisma de un tropezón.

Encargada de cobrarle á usted todos estos servicios, en la mitad de un acto, en el momento más interesante.

Total quince ó veinte ayudantes para ir adonde se iría solo, y por lo tanto quince ó veinte veces la molestia de bolsiquearse en público para pagar la incomodidad y la detención á cada paso.

Además, una vez en el teatro el asistente puede tener la seguridad de no ver nada.

Cada señora distinguida ó niña á la moda se encarga de taparle todo el escenario con un enorme sombrero ó una gorra piramidal, llena de frutas y

legumbres en forma de adorno ó con el facsímil de la torre Eiffel, cuya altura es de trescientos metros.

Pues bien, nada de esto sucede en el teatro real de Munich. Hay, puede decirse un anteteatro al cual se entra sin que alma viviente incomode, pues ni existe portero. Allí está el vestuario, donde uno deja su abrigo y sombrero; forzosamente, todo el mundo entra en cuerpo y en cabeza al teatro inclusive las mujeres.

A la entrada de los palcos y platea hay un empleado encargado de elegir el momento en que cada grupo ha de pasar á ocupar su sitio; ese momento es aquel en que menos se distrae á los espectadores ya colocados; nunca en la mitad de una aria ó de un trozo importante. Adentro todos los espectadores ven y oyen: no hay gorras y todos guardan silencio. Los entreactos son sumamente cortos, las óperas más largas concluyen á las diez de la noche y se las canta completas, sin mutilaciones y con una composición de escena admirable, realmente admirable. Así, en la representación del Barco fantasma, aparecen dos barcos reales haciendo maniobras verdaderas en un mar idéntico á cualquier mar en tormenta; nubes traídas del cielo á la escena, relámpagos como los de una tempestad, hechos de la misma materia; lluvia cuyas gotas se ve y que enfría la atmósfera, viento que silba sacudiendo el

cordaje de los buques; olas que se estrellan en las rocas; crepúsculo, tinieblas de noche borrascosa y tras de ellas la luz del alba, exactamente como la que usted ha visto cuando ha trasnochado, ó se ha encontrado en viaje en la orilla del mar, á las cuatro ó cinco de la mañana. Todo esto acompañado de una música celestial, extrahumana, tocada por una orquesta de profesores cuya ejecución matemática, parece la aplicación de un cálculo astronómico, invariable desde el principio del mundo. La fantasía de la ópera, consiste en la copia al natural, de los fenómenos meteorológicos, hecha con tal perfección, que ya ni lugar dejan á la ilusión: el observador es absorbido por la escena.

Es claro que si algun empresario se permitiera quitarle una sola nota á Wagner, sería ajusticiado. Ferrari, gran mutilador de óperas, entre nosotros, no viviría un segundo en Munich.

A la salida no hay atropellos, ni confusiones, ni cambios de abrigos, sombreros ó bastones. Mediante unos cuantos céntimos pagados de antemano, le cuidan y devuelven sus objetos al concurrente, sin causarle la menor incomodidad.

—

Recordé al principio, á los abonados de la compañía Cook, por haberlos imitado nosotros, al llegar á esta ciudad.

Apenas instalados en el hotel, sea dicho de paso, un hotel mil veces más cómodo que cualquiera de los de Paris, tomamos la calle por nuestra, para ver los monumentos y las obras de arte de esta riquísima capital.

Fuimos primero á las caballerizas reales. Allí están los coches y trineos de los soberanos. Llaman la atención. El trineo de Luis II, el rey fantástico arruinado por el arte; el trineo es una maravilla de gusto y de lujo; todo dorado y tapizado de seda y oro hilado; un ángel primorosamente tallado lleva en las manos delante del trineo una lámpara eléctrica. El coche del coronamiento. El de las ceremonias de apertura de cámaras. Veinte coches y trineos más, de un lujo increible, perfectamente cuidados. La forma de estos carruajes responde á la época de su construcción ó á la de los que sirvieron de modelo; así los del estilo de los reyes de Francia tienen la decoración y el gusto francés.

Los arneses, monturas, frenos, sillas, estribos, penachos, mantas, campanillas, látigos y todo cuanto es concerniente, corresponden á la riqueza, esmero, colores y forma de los carruajes y trineos. Las mantas de los caballos parecen mantas de reyes, son recamadas de oro y algunas con piedras preciosas. La colección de estos objetos se encuentra en salones especiales sobre los guardacarruajes.

Contiguo á este cuerpo del edificio están el salón de aprendizaje (manége) y las caballerizas. El salón es muy concurrido; á él van todos los días las damas de la corte y las princesas á aprender el manejo del caballo. Los pesebres son cuartos grandes y comodos en los cuales cada caballo tiene su alimento, su agua y su cama. Hay como trescientos caballos en estos pesebres; en ellos está escrito el nombre edad y biografía de sus moradores; estos han recibido, como se comprende, una educación especial; todos son animales de raza, perfectamente mansos y civilizados á tal punto que fraternizan con los visitantes. Un árabe parecido al tordillo mío, no se estuvo quieto hasta recibir su pedazo de pan de nuestras manos; estaba acostumbrado á este obsequio de parte de los visitantes; según nos lo dijo el guía.

De la caballeriza fuimos á la capilla real, una iglesia con galerías altas sobre columnas. Se halla bien decorada con buenas pinturas; es, se dice, copia de San Márcos de Venecia.

En seguida vimos el jardín real rodeado de un edificio semejante al Palais Royal de París, en cuyas reparticiones se vé de cuanto Dios crió. Vimos también el monumento de Luis I, bella estátua ecuestre con sus dos pajes flanqueando al caballo.

Al fin de la hermosa calle Luis se hallan situados

estos edificios: Un arco imitando al arco triunfal de Constantino en Roma, dedicado al ejército vencedor de Baviera.

Sobre este monumento está la estátua que representa á la Baviera en el carro de la victoria tirado por cuatro leones. La biblioteca. El Seminario. Los liceos. La Universidad. Un instituto para niñas nobles y pobres y otros edificios importantes.

—

Vemos en la galería nueva de Pinturas llamada Pinakothek moderna: Una reproducción de la estátua de la Victoria. La copia de los 37 retratos en porcelana de las mujeres más hermosas de Munich, galería hecha por orden real y en la cual figura la famosa Lola Montes. Los originales estan en el Palacio llamado la Residencia, con excepción del de Lola Montes desterrado de allí por los estudiantes de Munich, quienes se entretenían en escribir versos alusivos á las relaciones del soberano con la actriz.

Dicho sea de paso, Luis I no tenía mal gusto, no solo juzgado por lo respectivo á esta joven, sino también por el exquisito pensamiento de retratar á sus ex-compañeras de galería, cada una de las cuales merece una hora de contemplación. Entre ellas hay una hija de zapatero, de belleza sobrenatural.

Esta colección es la única en su género en el mun-

do; el solo defecto que se le señala es el de ser todos los retratos parecidos como hechos por una sola mano; cada pintor tiene su estilo, y en la mayor parte, á lo menos, de estos retratos el modo artístico es muy semejante.

Es también digno de mención un servicio de mesa en el cual cada plato tiene un cuadro de gran valor por la delicadeza de la pintura y el nombre del ejecutor.

Adornan el vestíbulo alto una gran copa de malaquita y los retratos del Regente, de Maximiliano II, y de Luis I.

Los numerosos salones y gabinetes contienen magníficas colecciones; señalaré solo algunos cuadros.

Una Magdalena, la única de las damas correspondiente á las galerías religiosas que se hace perdonar por su belleza su reproducción al infinito, pues quien ha visto muchos museos, está realmente hasta los ojos de cristos, madres dolorosas, descendimientos y crucificciones. La destrucción de Jerusalem, por Kaulbach. Todos los frescos representando paisajes de Grecia que adornan un salón especialmente destinado á ello y construido á propósito ocultando la luz lateral y favoreciendo la de lo alto por medio de una galería cubierta solo para el centro del salón y no para las pinturas. El castillo de Heidelberg (ruinas). El juego de las olas (una hermosa mujer).

Un niño herido en una caida, la familia espera ansiosa el juicio del médico; este cuadro es rico en detalles: una de las hermanitas del niño tiene una hermosa cabeza rubia (alguien preguntará si puede tener dos) Judit. Interior de la Abadía de de Westminster (valor 8500 marcos). La taberna de Ripa. Una vaca overa. La Columna de Memnon. La primera nieve. Una taberna en Munich en 1820. La vírgen con el niño. Una histérica en éxtasis (fenómeno patológico histórico; la enferma, Catalina Emmerich, tenía, cuando estaba con su mal, en realidad manchas de sangre en las manos, en la frente y en el costado, como nuestro Señor Jesucristo.)

Forman un total de 561 números los cuadros de este museo; muchos de ellos son de grandes pintores de todas las escuelas renombradas.

Copias análogas y originales se hallan también en una galería privada, situada frente á la estátua de Maximiliano I. Munich, la ciudad artística por excelencia después de Florencia, tiene en cada casa una colección de obras de arte.

—

Otra verdadera curiosidad de Munich es la colosal estátua llamada la Baviera, fundida con cerca de 200 cañones tomados al enemigo, á la Turquía los más, y hecha en la célebre fundición de Munich, cons-

tructora de un gran número de estátuas para el mundo entero.

Bajo sus formas gigantescas la Baviera es elegante; representa una mujer que tiene una corona en la mano; tuve el placer de visitar su interior y notar que en lugar de entrañas, corazón y pulmones! tiene una escalera en espiral de sesenta y tantos escalones por la cual subí á la frente y me senté en un sofá colocado en los hemisferios cerebrales. Toda la cabeza inclusive la forma del peinado es hueca, cabeza de mujer al fin, siendo esta superior á la de cualquier dama, en cuanto admite ocho personas adentro, más un niño, si se sienta en la cavidad de la nariz.

La Baviera conmemora la gloria del pueblo.

—

Llámase la Residencia á un palacio muy grande en el cual se dístinguen tres partes; la antigua, la moderna como habitaciones y la destinada á fiestas. Quiera el lector seguirme en mi inspección y notar lo siguiente: Tres salones dorados; en uno de ellos se ve una magnífica y colosal estufa de porcelana. La sala del trono, muy linda, tiene entre otros un cuadro de la mujer de Putifar y José quien cada dia me parece más tonto. Otras salas cuyas cortinas sin galería bajan desde el techo y datan de 250 años; son de oro y seda. Un dormitorio; la cama

está separada por una baranda; en ella, en la cama, no en la baranda, durmió Napoleón poniendo encima su catre de campaña; las colchas, cortinas y dosel son de seda recamada de oro; trabajaron en bordarla cuarenta mujeres durante diez años. Un artístico tocador adornado con vasos de porcelana desde el suelo hasta el techo, colocados en repisas pequeñas y con una preciosa araña de marfil. Un ante-tocador rojo y dorado con *ciento cinco* cuadros de porcelana incrustados en el muro, representando paisajes, mujeres hermosas, ángeles, princesas y reinas; cada cuadrito es una delicia: esta joya de cuartito tiene también su araña de marfil.

Una larga galería muy pobre, con cielo raso de yeso conduce al ante-vestíbulo de la nueva residencia adornado con columnas de mármol de Salsburg. En esta sección se encuentra: Una sala pompeyana, grandiosa y sencilla. Un salón de baile con columnas en los dos frentes y formando galería para los espectadores arriba y abajo; á cada columna corresponde en lo alto una estátua; el salón tiene vista al jardín real. La galería de bellezas ya mencionada con treinta y siete retratos de las mujeres más lindas que se pudo encontrar excepto Lola Montes. Kaula, una de las mejores, hija de un vendedor de aves, murió hace poco. La madre de Luis II y la hija de un artesano son otras dos bellezas

de primer orden. Las fotografías no dan idea de esta galería; es necesario ver las pinturas para comprender el buen gusto del ático monarca que la formó.

Vienen ahora en fila tres salones, un comedor con preciosos frescos, otro con bajos relieves en lo alto de los muros y otro con columnas.

Sigue la sala del trono, una de las más artísticas y ricas del mundo con columnas de estuco y oro á los lados y doce estátuas de bronce intermedias, representando personajes del reino de Baviera, jigantescas, fundidas con los cañones tomados á los turcos, algunos de ellos sacados del fondo del mar en 1832, y doradas á fuego, habiéndose empleado en cada una, de quinientas á seiscientas piezas de oro. Añádase á esto el arte en la ejecución para calcular el mérito de la obra.

Varios salones para habitación de personajes extranjeros; estas piezas están tapizadas de gobelinos y tienen el cielo raso de madera tallada y adornos de porcelana; desde sus ventanas se vé la cubierta de un jardín situado en un piso más alto, un tercer piso, en este jardín hay grandes árboles y un lago y vayan ustedes calculando las fantasías de estas gentes soberanas. Varios de los gobelinos son de 1815.

Viene después un dormitorio chino, tapizado de

seda y pájaros bordados con patas largas; quien dice chino, dice pájaro de laguna; luego dos tocadores con diez retratos y cuadros de porcelana incrustados en los muros; un dormitorio con gobelinos de 1773; un saloncito y un comedor también cubiertos de gobelinos riquísimos.

Una sala de baile con siete arañas colosales de cristal de roca y adornos correspondientes; el jardín se vé de los balcones.

Una galería de pasos perdidos, un salón antecámara dorado y con gobelinos. Yo no tengo la culpa si hay tantos gobelinos y no puedo suprimirlos después de haberme tomado el trabajo de apuntarlos con una paciencia y minuciosidad de que no me creía capaz.

Un salón de mosaico de madera con una caprichosa fuente parecida á una pila de agua bendita y muebles de nacar y carei.

Un pequeño dormitorio dorado con muebles de fina pintura verde y plateados. Un ante-dormitorio llamado el salón de los corazones por la forma de los marcos de cuadros y adornos representando esos órganos del sentimiento según los poetas tal como los pintan los aprendices de dibujo, en las cartas á sus novias, excepto la flecha atravesada y las gotas de sangre. Donde no hay un corazón enseñando un cuadro, hay seda y oro en el cuartito en cuestión; parece un oratorio.

En la planta baja del palacio hay una serie de salones en cuyos muros están pintadas con exquisito arte todas las escenas de los Nibelungos; cada pieza ha recibido el nombre de su decoración; así uno se llama el salón del matrimonio, otro de la traición, otro de la venganza ó cosa por el estilo.

Uno de los patios inferiores tiene un jardín medianamente triste, flanqueado por una gran galería de retratos. La galería conduce dicen, al tesoro muy rico según cuentan los guías. De la capilla refieren maravillas: se habla de altares de plata sólida, cielos rasos de oro y azul, muros de mosaico florentino, pisos de jaspe amatistas y mármol, reliquias de santos, cabezas, manos, y otros miembros; de un altar portátil que la reina María llevó al cadalso; de un bajo relieve de Miguel Angel y de otras bellezas que no se detalla por su larga extensión.

En un pórtico se ve ligada al suelo por cintas de hierro una piedra negra del tamaño de un almohadón de sofá. Esta piedra cuyo peso es de *ciento ochenta* kilógramos era el juguete con que se entretenían el duque Cristóbal el fuerte y otros príncipes de Baviera.

El primero lanzaba la piedra á una buena distancia. Se hallan también marcadas con clavos en la pared las alturas á que saltaban estos señores: el du-

que alcanzaba á levantarse del suelo doce piés, como tres y medio metros. A nosotros nos duelen los huesos con solo mirar la piedra y los clavos de la pared.

Notaremos para concluir con el Palacio, dos patios más; uno ex-jardín con una fuente, varias estátuas, muchos pedestales sin ellas y una galería de columnas debajo de la cual hay una especie de gruta de conchas y piedras; otro muy grande, empedrado, con una fuente en el medio; por lo desierto se parece á la plaza de Mayo nuestra.

SIGUE MUNICH—ANTIGUEDADES Y BELLAS ARTES—MONUMENTOS — UNIVERSIDAD — ESCUELA DE ANATOMIA, HOSPITAL Y CEMENTERIOS—BIBLIOTECA—ESTATUAS Y PASEOS.

El Museo de antigüedades es un lindo edificio como todos los establecimientos públicos de esta capital.

Presenta en su vestíbulo unos cañones históricos, y á la izquierda, en una pieza, los instrumentos de tortura antiguos, en colección completa. Dá horror ver estos aparatos: sillas erizadas de puntas, cilindros con clavos para arrodillarse, bancos para estirar el cuerpo hasta romperlo, cauterios, rompe-dedos; planchas para aplastar la cara, y armazones para quebrar los huesos de la cabeza, botines de hierro para oprimir los piés; en fin, todos los instrumentos de un buen inquisidor católico, apostólico, romano, muy religioso y ministro del cielo en la tierra.

La escalera y varias piezas en el primer piso contienen armaduras y armas antiguas en colección tan grande y tan variada como no he visto otra. Las ar-

mas, cotas de malla y armaduras turcas, son notables por su número y su clase.

Muestran los guardianes entre las curiosidades una rueda construida por apuesta en doce horas contadas desde el momento de cortar el árbol, de cuya madera se hizo, hasta su terminación, rueda de tal solidez y tan bien hecha que el carpintero la hizo rodar diez y ocho horas empujándola con las manos á lo largo de un camino sin safarle una sola pieza. Más admirable es el carpintero por haber quedado intacto despues de las treinta horas de ejercicio. Este carpintero corre parejas con el duque Cristóbal el fuerte, el de la piedra.

Los salones del mismo piso contienen los sombreros más estravagantes y más viejos, bastones, ropas de damas, cófias, gorras antiguas, pianos, guitarras de uno y dos mangos, flautas de marfil, platos, cajas, viñetas, lámparas, juguetes de niños del año 1600; una colección infinita de naipes y otra de sellos y cuños; el escritorio Schiller; los planos en relieve de Munich y de las ruinas del célebre castillo de Heidelberg; instrumentos antiguos de astronomía; la cama y cortinados del castillo de Linderhof una de las más ricas y artísticas fantasías del rey Luis II; tejidos en género blanco puntillas, mallas y demás; encajes de oro y plata; ropas de iglesia; tierras cocidas, porcelanas de todos los países y de todas épocas; cristales y vidrios; maderas talladas y muebles.

Otro piso ostenta en su vestíbulo, antiquísimos gobelinos; en sus salones: un ángel dormido, mármol; los globos celeste y terrestre; cosas de iglesias; mosaicos; el pabellon de un rico llamado Fugger que prestó á un rey 80 millones sin recibo; trabajos de márfil y piedra; una cómoda de carey: filigranas de oro y plata, bajos relieves de plata; cristales de roca, una sala entera llena de muñecos de márfil detestables los más; medallones y placas; en las vidrieras innumerables cajas, sellos y objetos de uso de valor histórico y material hechos de piedras preciosas y metales.

Los muros están cubiertos de frescos relativos á la historia de Baviera; los cielo rasos son de madera tallada; algunos han sido transportados de la antigua Residencia.

Adornan el frente del magnífico edificio cariátides bien trabajadas y en el jardin se hallan dos estátuas con estas inscripciones: Fraunhoter-Schilling der Gras philosoph.

Nò quiero olvidar un detalle; en el mismo jardín se vé una pirámide baja, cuadrangular, en cuyas caras han sido colòcados aparatos meteoròlógicos que están marcando por medio de pinceles mecánicos la temperatura, la presión barométrica, los vientos, el estado higrométrico y no sé cuántos datos más.

Como la escritura automática se hace en papeles

con la fecha del mes y el dia de la semana, un curioso cualquiera, con solo asomarse á la columna se economiza almanaque, reloj, termómetro, barómetro, higrómetro, pluviometro, veleta y hasta mapa de la Alemania, pues en una de las caras hay uno en que diariamente se señala algo ocurrido en el territorio ¡Cómo hemos de extrañar la instrucción general de los alemanes si en sus ciudades cada piedra está enseñando algo!

—

Llaman Pinakothek antiguo al Museo de cuadros de los autores menos modernos. Ya he hablado de una ó más colecciones públicas y particulares importantes de esta ciudad.

La más interesante es sin duda la vieja; presenta su galería de frescos y sus cuadros divididos por escuelas realzados por una excelente disposición de luz.

Tengo anotados los siguientes nombres y tópicos como resultado de mi visita: Sacrificio de Abraham. Magdalena de Werff. Varios cuadros de Rembrandt y otros representando paisajes y animales de autores flamencos, alemanes y holandeses. El copioso Rubens se hace presente en una sola sala por sesenta y un cuadros, llenos de mujeres gordas, viejas y desnudas. De Van Dick hay también muchos. Un Cristo bajado de la cruz de Suyders. Animales de Fyt y de Boel. Cuadros de Perugui-

no, A. del Sarto, Rafael, Piombo, Vinci, Ticiano, Veronese, Dominiquino, Tierini, Dulei, Barochio, Mignard, Le Moine, Vernet, Le Brun, Poussin, Murillo, Cano.

Una mujer de Veronese y una Magdalena de autor italiano me gustaron mucho; la mujer de Veronese recibe un beso desagradable de un sujeto bastante negro.

Las colecciones de Werff y Denner son notabílisimas. Una Magdalena de Dulei. Un fraile de Pacchio. Un angelito de Corregio.

La vírgen de Vinci, recientemente adquirida. Un Cristo de Van Dick. Cuadros de Brower. Otra sala de Rubens (parece mentira) en que sobresalen el Paraiso de las amazonas, el Juicio Final y una Casta Susana bien gorda y parecida á su segunda mujer. Una sala para cuadros de Rembrandt y en ella dós de San Sebastian con buen efecto de luz, un caballo de Cuyp, animales de Potter y paisajes de Durer.

En suma, este Museo es muy rico, pero como todos, tiene cuadros que no detienen á ningun visitante y estarían mejor en un zótano.

—

Fuimos en seguida á la iglesia de San Bonifacio en donde se halla el sepulcro de Luis I. Los frescos en los muros de este templo cuentan la biografía

del Santo Bonifacio; y su bóveda, la de la iglesia, no la del santo, está sostenida por sesenta y seis columnas de mármol tirolés; sus catacumbas sirven de sepulcro á los benedictinos muertos, naturalmente.

Nota: al lado hay un convento con 84 monjes.

De esta iglesia pasamos á ver una fábrica de vidrios cortados de esos de colores representando cuadros, tan comunes en las ventanas de los templos.

Al lado de la fábrica está la casa de Wagner: le hicimos un saludo.

En la fábrica se estaba trabajando para todas partes, principalmente sobre santos para iglesias. La preparación de un cuadro es complicada: primero se hace el diseño, después se corta el vidrio, luego se coloca los pedazos en un trasnparente, pegándolos con cera; en seguida se los pinta, se los despega, se los quema y por fin se los junta con varillas de plomo de doble canaleta.

La fábrica de Munich, es muy renombrada.

—

Pasamos de vuelta por el Propylaen, especie de puerta copiada de la construcción de Atenas, del Acrópolis; es un monumento artístico bellísimo. Sus bajos relieves representan episodios de la historia de Grecia amiga de Baviera. Después entramos á la plaza real, encontrando á la derecha el palacio de bellas artes, y á la izquierda el Clyptothek ó sea museo de escultura.

Estas dos construcciones son también de gusto griego. El Palacio de bellas artes sirve para una exposición anual de cuadros. Los expuestos en el momento de nuestra visita eran numerosos y más *gustadores* como dicen las niñas porteñas que muchos de museo con fama adquirida. Me agradaron los siguientes: Una preciosa rubia de Kallchen. Dos muchachas y un perro. Aves marinas y otras en un bañado. Dos viejos músicos, uno que toca el acordeón y el otro la guitarra. Un fraile, un viejo y un niño. El paseo. Una bañista. Siempre galante (un viejo en una taberna cumplimentando á la fondera). Caso de reflexión (una mujer á quien un oficial le propone algo). En el hogar. Plaza de San Marcos; un sacerdote caminando por la nieve. Perros jugando con un zapato. Jesus y la Samaritana. La vuelta del hijo casado sin consentimiento (precioso). Intérvalo (una muchacha deja de tocar el piano para contestar algo á un joven, escenas de costumbres.) Ondinas (bellísimo). Vacas en el agua. La lectura al viejo. En el baño. Primera violeta. Una aldeana. Niño caprichoso (no quiere tomar la mamadera que le dá una famosa niñera; el niño está dando la espalda: admirable de verdad.) Obra dificil. El principio cuesta (una niña aprendiendo á leer. La misma (tratando de escribir). Cleopatra. Adajio consolador (interior de un convento, un fraile

toca el violin dando la espalda á una arquería por la cual asoma una mujer enlutada, jóven y linda).

—

Señor Director: me he tomado el trabajo de dar alguna idea respecto á los cuadros expuestos en Munich, porque habiendo tanto aficionado á las bellas artes en Buenos Aires, tal vez sus lectores encuentren algo útil en mi relato capaz de inducirlos á no comprar lo primero que les caiga á la mano cuando tanto hay bueno por estos mundos. Todos los cuadros de la Galería están en venta.

Al frente, como he dicho, del palacio de Bellas Artes está el Museo de escultura; es inferior al de Berlin ya descrito; tiene algunos orijinales y las reproducciones de las estatuas clásicas.

Por el lado opuesto al Propylaen, se vé un obelisco erijido en memoria de los 30.000 soldados de Baviera muertos en 1812 en las guerras de Napoleón.

Otra galería de un Conde, goza también de los honores de Museo público; tiene muy buenos cuadros, pero nada de particularmente sobresaliente á menos de calificar así á una Lucrecia, una mujer desnuda del Ticiano, muy conocida y un Adan y una Eva después de haber caído en la trampa que con tanta habilidad les preparó el Padre Eterno.

—

La Universidad es un soberbio edificio; representa

dos T. unidas por su palo largo. Un mundo de estudiantes hormiguea por sus inmensos corredores, ó penetra en las aulas, algunas de ellas capaces de contener hasta quinientos alumnos, todos con anteojos; supongo que muchos de estos anteojos son de vidrios planos usados por los estudiantes para darse aires de miopes ó présbitas.

Debo mencionar la Academia de Ciencias á la cual pertenece un Museo paleontológico completísimo, quizá el mejor de la Europa, y solo inferior al nuestro.

Son dignos de elogio también los gabinetes de geología, zoología y mineralogía asi como la colec-los instrumentos de óptica, y más que estos aún, á lo menos á mi modo de ver y quizá predispuesto en favor por ideas profesionales, el Museo de anatomía y el Instituto del ramo.

Ocupa el primero los salones altos del frente del edificio; el resto ha sido destinado á las aulas, anfiteatros, salas de disección y conservación de cadáveres. Numerosos armarios de vidriera se hallan colocados á lo largo de las paredes y en medio de las salas; en estos muebles se vé lo que paso á enumerar incompletamente y en forma de lista para hacer más llevadera la tarea del lector y la mia propia.

Colección de esqueletos de los dos sexos, desde

la ínfima edad en que aparecen los huesos hasta la del desarrollo completo y forma permanente. Los huesos de la primera edad puestos en un plano, forman un encaje; nadie diría que son esqueletos de futuros hipócritas y desagradecidos, es decir huesos de hombres ó mujeres

Síguen los armarios de esqueletos de monos, muy parecidos á los humanos.

Otro armario contiene las secciones de uno ó más cadáveres, cortados por láminas en diversas direcciones; este trabajo hecho con admirable habilidad muestra la colocación de los órganos en cada plano del corte; y como hay mil cortes, se puede seguir la topografía del cuerpo humano desde los piés hasta la cabeza y desde el frente hasta el dorso. Las diversas piezas están colocadas en cajones de vidrio llenos de líquido desinfectante y conservador. Figura entre los cadáveres cortados así, la primer mitad del cuerpo de una joven suicida que se envenenó por haber sido rechazada por sus padres después de un pequeño tributo pagado al amor clandestino, caso no raro en Baviera, no el envenenamiento sino el tributo al amor, y no solo en esta nación sino en todo el mundo, aun cuando no con igual pretesto al militante en favor de los hijos de Baviera, donde la ley no permite contraer matrimonio á los destituidos de medios de subsistencia cómoda.

En otros armarios colocados por orden y muy metódicamente, se vé diversas preparaciones de venas y arterias; deformidades, manos con seis dedos y otros fenómenos; cabezas desarticuladas, en colección completa; una vidriera llena de preparaciones del oído exclusivamente; otra de corazones y aortas; otras con copas de cerebros en maceración cortados en mil secciones; otra en que solo hay manos y piés.

Modelos en cera de todas las faces de la evolución del óvulo humano, desde su salida del ovario hasta su conversión en arzobispo emperatriz ó general. La misma cosa respecto al caballo y á una flor (los extremos se tocan).

Y por fin todos los casos patológicos habidos y por haber, deformidades y fenómenos, fetos y tumores conservados en sendos frascos de vidrio, ostentando su carne blanca y curtida con aspecto de fieltro.

—

Bajemos ahora al *Infierno del Dante.*

Tal puede llamarse el anfiteatro y sus dependencias. La sala de lecciones nada tiene de particular: bancos en semicírculo á diferente altura capaces de dar asiento á trescientos alumnos, una mesa en el centro y un aparato para mantener parado, acostado, sentado ó en movimiento un cadáver.

Un corredor conduce á la sala donde los estudian-

tes disecan y donde se hace las autopsias; hay en ella innumerables mesas en las que trabajan cómodamente como doscientos cuarenta alumnos. Contigua á esta sala está la *cocina fría*, nombre juguetón, dado por los estudiantes á una pieza donde guardan los pedazos de cadáver de un día para otro mientras concluyen sus preparaciones. Un gran cofre helado contenía estas adorables materias primas, y otro más grande seis cadáveres revueltos sacando la cabeza unos por entre las piernas de otros, entrelazando sus brazos y entreverando sus piés.

El mozo del anfiteatro después de destapar el cofre para mostrarnos su contenido al Guía y á mí, metió la mano y apoderándose de un brazo levantó lleno de satisfacción un buen pedazo de hombre compuesto de dos costillares, un espinazo y media cabeza: son de las prisiones, dijo, y hace cuatro meses que están aquí; ellos también han tenido sus vacaciones!

Dí vuelta á mirar á mi Guía y lo encontré petrificado, mudo y sordo. Los ojos se le habían saltado, tenía la peluca ladeada y en su boca abierta y oscura parecían incrustados desde tiempo inmemorial unos cuantos dientes fósiles. No era el caso para menos; jamás Guía alguno presenció semejante espectáculo.

Pasamos á los sótanos. El Guía viendo la indife-

rencia ambiente, cobró ánimo y nos siguió, mientras yo en su obsequio, repetía esta espantosa traducción.

Por mí se vá á la ciudad doliente
Por mí se vá al eterno dolor.
Por mí se vá tras la perdida gente
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Dejád toda esperanza ¡oh! vos que entrais!

Don Juan, así se llamaba el Guía, no había abandonado en realidad toda esperanza, pero sí un montón de ilusiones á lo largo del camino de su vida y su paragua en el cajón de la cocina fría á donde me fué necesario ir á buscarlo.

Primera visión terrible para Don Juan: un tacho de agua hirviendo; era el agua para las maceraciones.

Segunda visión: una gran tina para lavar y afeitar los cadáveres.

Tercera: veintisiete difuntos de ambos sexos, metódicamente acostados en una série de mesas; todos tenían la cabeza cubierta con una bolsa empapada en agua con sublimado corrosivo y presentaban una herida cerca de la ingle; algunos habían sido abiertos para extraerles las entrañas.

Explicaciones del cuidador al ver mi asombro por tanto cadáver: no son de un dia, son desde principio de Agosto: están todos inyectados para conservarse:

se les cubre la cabeza porque es la parte más expuesta á descomponerse (mentira). Apenas se abren las clases, todos son utilizados.

Al rededor de este depósito mortuorio había varios cofres—¿Qué hay adentro? pregunté. El mozo por toda respuesta fué abriéndolos uno por uno. Lo que ví me impresionó, á pesar del hábito profesional. En uno había una masa informe de intestinos, corazones, hígados, pulmones y demás entrañas; en otro, pelo, barbas, restos de ropa; después piernas, brazos, cabezas, orejas, costillares y otras partes. Un cajón grande cuadrado contenía nadando en agua fetos y cadáveres de criaturas en cantidad asombrosa.

Francamente: hacerse médico cuesta mucho trabajo y padecimientos.

Don Juan estaba frío y presentaba el aspecto de un antepasado.

Salimos de los sótanos y fuímos á las salas de exámenes y de concursos. Allí había también un cofre con restos, pero ya más decentes. Me llamó mucho la atención un cerebro de alambre de tamaño colosal, aparato construido para mostrar la disposición de nervios, ganglios y circunvoluciones cerebrales.

—

Vista la Escuela de Anatomía, pasé á visitar el

hospital más cercano, llamado Hospital de la Ciudad.

Es un grande y viejo edificio, bien tenido á pesar de eso; hay en él cincuenta y dos salas á más de las piezas para enfermos especiales; es de ambos sexos y de altos; puede recibir ochocientos enfermos y aun más, contando con una dependencia vecina.

Dada mi genuina y conocida curiosidad, me parece inútil decir que visité hasta los rincones del hospital. Las hermanas de caridad que lo atienden, fueron muy comedidas conmigo.

—

Del hospital fuí al cementerio central; un lindo enterratorio, viejo y nuevo.

Una calle conduce á un cuadrado cuya bóveda está sostenida por columnas; más allá de este recinto continúa la calle y á uno de los lados se encuentran las salas de exposición de cadáveres. No solo se expone los cuerpos de los individuos desconocidos, encontrados en la vía pública ó el río, sino también los de cualquier procedencia, durante cuarenta y ocho horas; sin este requisito, inútil en mi opinión, no hay inhumación. Dos ó más salas sirven para este prévio depósito; también para los muertos existen las categorías.

Cuando hice mi visita no había muertos de tercera, ni cadáveres hallados. En la sala de primera

categoría, así como en la de segunda, los cuerpos estaban colocados en lechos de flores; no se veía el ataud ni las mesas: tal era la profusión de adornos. Estos lechos tienen la cabecera levantada; así se ve todo el cuerpo y la cara del cadáver. Nada más tristemente poético que esta exposición, y cuán grande era el contraste entre estos muertos rodeados del cariño y doliente cuidado de los deudos y los del anfiteatro tratados como simple material de estudio, y eso á unas pocas cuadras de distancia. ¡Como varían los sentimientos y los usos según el punto de vista del espectador.

Durmiendo provisoriamente en su cuna de flores, estaban seis criaturas, dos mujeres viejas, tres jóvenes, varios hombres y entre ellos uno de fisonomía resuelta que me dijeron era un periodista. ¡Pobre; cuantas calumnias habrá editado!

Al alcance de la mano de cada muerto, se halla un cordón de campanilla.

Me admira cómo en Munich no quieren darse cuenta de que un médico puede afirmar con toda seguridad si la muerte es real ó no á los cincuenta segundos de producida.

De uno y otro lado de la calle, están los cementerios viejo y nuevo. Tiene el viejo muy lindos monumentos; por ejemplo la tumba del General Leistner con su efigie en bronce acostada sobre el sepulcro,

y la de Carolina Manlich, su novia, muerta de consunción según el Guía, á consecuencia de lo largo de su cabello que continuaba creciendo á espensas de la vitalidad de la joven. El monumento dá razón á D. Juan; pues la efijie ó estátua de la novia tiene una cabellera espléndida.

Cierra el cementerio nuevo un alto muro, decorado por dentro con mil monumentos; forma la pared posterior de una ancha galería cubierta en cuyo piso están las fosas ó sótanos para el depósito de los cuerpos. Tiene también esta parte, sus muertos ilustres; entre ellos Liebig, el célebre químico.

Pero lo más conmovedor es un grupo de mármol de Carrara, colocado sobre la tumba de una mujer.

El grupo representa una madre joven y hermosa envuelta en un sudario despidiéndose de sus hijos para el viage eterno; uno de los niños, el menor, una tierna criatura, se ha prendido de las ropas y llora por no dejarla ir; el otro se abraza con ternura de su ya indiferente mamá. No he visto jamás una mejor concepción para representar cuadro tan triste.

—

Justo es pasar del cementerio á la biblioteca, otra especie de cementerio donde duermen los antepasados en espíritu, siendo exhumados de tiempo en tiempo por algún loco curioso empeñado en registrar los sepulcros del pensamiento humano. La

biblioteca de Munich es solo inferior á la de París, siéndole superior en algunas secciones.

Es un monumental edificio; al frente tiene las estátuas de Hipócrates, Homero, Tucídides y Aristóteles. La escalera es rejia; ostenta sus diez y seis columnas y en lo alto medallones de poetas, literarios y hombres célebres. A la entrada de las salas figuran las estátuas del fundador Alberto V y de Luis II. Tiene 83 salones grandes que serían 700 divididos como en los hoteles y más de un millón de volúmenes, todos á la mano y perfectamente cuidados. El tesoro, tal puede llamarse la colección de sus antigüedades, consérvase en una sección especial bajo vidrieras y está constituido por manuscritos, impresiones primitivas, originales de poemas notables, ejemplares del Corán y del Evangelio, libros pertenecientes á monarcas con ilustraciones de Memlin y Duver, y muestras de todas las sustancias empleadas para escribir: papirus, pergaminos, placas de cera, láminas de bronce y tablas.

Todos los libros ocupan estantes sin vidriera; parecen bien conservados; el polvo no será pues tan temible como la falta de aire con relación á la polilla.

Munich tiene muchas plazas y sitios abiertos, calles anchas y árboles. El Paseo es una linda plaza con cinco estátuas. La calle y plaza Maximiliano,

son también dignas de mención. Esta calle atraviesa canales del Izar y á su extremo en una colina, se vé un grandioso edificio fundado por Maximiliano II; allí reciben educación costeada por el gobierno los alumnos distinguidos en sus estudios y de allí salen los futuros funcionarios públicos.

Gran número de estátuas hay en Munich; no solo se ha levantado las de los gobernantes sino también y con cierta preferencia, parece, las de los sabios, hombres de letras y hasta industriales, tales como las de Gœth, Schiller, Liebig, Alois, Senefelder, inventor de la litografía, y de los hombres de Estado, compositores, músicos, ópticos y personajes notables.

Un paseo por el Jardin Inglés, contribuyó á mantener el agrado de nuestra permanencia en Munich: Este jardin es un inmenso parque con lagos y canales: su aspecto es agreste y ofrece puntos de vista deliciosos.

Pecado mortal es venir á Munich y no hacer una excursión á los castillos de Luis II, de los cuales se habla en toda Europa. Aun cuando el viaje es largo (dura tres días) y no cómodo, nosotros lo hicimos y los lectores de La Prensa tendrán en mi próxima carta una noticia de estas maravillosas residencias, mantenidas en el misterio mientras vivió su desgraciado y sublime propietario.

LOS CASTILLOS DEL REINO DE BAVIERA—LEYENDAS Y TRADICIONES SOBRE EL REY LUIS—LINDERHOF —NEUSCHWANSTEIN—HOENSCHWANGAN.

¡Ah! tres dias de vida á salto de mata por esas breñas de Dios: tres dias de viaje contínuo, unas veces al nivel de las nubes y otras en el fondo de los valles, siguiendo las sinuosidades de las quebradas, peleando con las piedras y apartando los troncos. La verdad es que toda situación pasada, por incómoda, enojosa ó triste que sea, cuando se convierte en recuerdo se acompaña de cierto encanto indecible y nuestra excursión, aunque muy accidentada no solo no fué penosa, sino por el contrario salpicada de pasajes agradables por la naturaleza del terreno y los estados de ánimo creados por el escenario lujoso en paisajes nuevos y originales.

Ya conté una vez cómo mi cochero me hizo comprar un coupé sin necesitarlo y sin tener gana, á fuerza de hablarme todos los dias del coupé en diferente forma. Algo análogo me ha sucedido con los castillos de. . . espérense; para pronunciar estos

nombres alemanes es necesario prepararse, hacer pié firme ó agarrarse de una reja.... los castillos de Hohenschwangau; bien, ya salimos de uno; Neuschwanstein.... bravo, van dos; Linderhof; en fin, este último no es tan duro.

Le perdonó la pronunciación de Starnbeg y de Herrenchiemsse porque yo mismo no los nombro, no habiendo puesto mis piés en ellos y no estando por lo tanto obligado á describirlos.

Desde que llegué á Europa cuanta persona hablaba conmigo y á quien comunicaba mis buenas impresiones, profería la siguiente exclamación:

¡Ah! si usted viera los castillos del reino de Baviera!

La repercusión de los castillos de Baviera me persiguió en París, en Brujas, en Colonia, en Berlin, en Varsovia, Moscow y San Petersburgo, en Filandia y Stokolmo, en Noruega, Hamburgo, Dinamarca y los Paises Bajos y por fin en Munich, hasta que dió conmigo entre las peñas y lagos de los Alpes de Baviera donde se hallan tres de los tales castillos.

Nuestro Guía en Munich era un antidiluviano, como ya lo saben ustedes; hablaba con la autoridad de un hombre perteneciente á razas extinguidas y su palabra reforzada con antecedentes prehistóricos, no podía menos de ser escuchada, viniendo como venía de labios fósiles contemporáneos de la serpiente ten-

tadora de Eva ó de Adam, esto no está bien averiguado, que tanta influencia ha tenido sobre la suerte de la humanidad, segun lo inventaron los fabricantes de la Biblia.

El había visitado el Paraiso terrenal, poco después de la expulsión de nuestros padres; él habia visto los esplendores de Nínive y Babilonia, rezado en el templo de Salomón y vivido en la casa de campo del marido de Helena, seductora mujer causante de la guerra de Troya; había conocido á Cleopatra y por fin, él era el autor de las inspiraciones más antiguas gravadas en las piedras de Egipto y así, con todos esos antecedentes y sus recuerdos de los más bellos parajes de la tierra en sus diversas evoluciones geológicas, afirmaba que nada había igual á los castillos de Hohenschwangau y Neuschwanstein.

Decidida la escursión, Don Juan sacó su cartera de papirus, recuerdo de la cuñada de Ramsés II y consultando en ella el horario de los trenes, nos dijo en sanscrito que era necesario salir á la media hora.

Pronto fué acomodado lo más superfluo y dejado lo más útil como sucede siempre en viaje!

Pasamos por la estación en donde se detienen los visitantes del castillo de Berg, el más chico de los cinco, lo vimos de lejos á la otra orilla de un lago precioso, surcado por pequeñas embarcaciones que hacen el trasporte de pasajeros y hasta se nos señaló

el sitio donde se ahogó el pobre rey en compañía de su médico, con quien luchó desesperadamente, venciendo por desgracia. El médico tenía orden de no separarse del rey y de vigirlarlo constantemente. Ya Luis II había intentado suicidarse varias veces y toda precaución no era excesiva. El dia de la catástrofe como de costumbre, había salido á pasearse á la orilla del lago acompañado del médico y de varios agentes.

Manifestó deseo de quedarse solo con el doctor y éste, dirigiéndose á los del séquito, les mandó retirarse, asegurando que él solo bastaba para cuidar á su augusto enfermo. Una vez solos, se sentaron en un banco y comenzó la conversación; de repente Luis se levantó y se arrojó al lago; el médico lo siguió tomándolo de los vestidos; la lucha se trabó en el agua que les daba á lo más á la mitad del pecho. Nadie sabe las peripecias que hubo. Solo algunas horas despues viendo las gentes del castillos que el rey no parecía, cuando al salir había mando tener pronta la comida, se pusieron en su busca, hallando por fin su cadáver y el del médico en el lago. Presentaba el del médico algunos arañazos en la cara, y los vestidos del rey, vestijios de la lucha; su reloj se había detenido en las siete y minutos, infiriéndose por eso la hora de la caída al agua.

Pobre Luis de Baviera! Sin duda era un original atacado en una forma sublime de la monomanía de las grandezas. Su historia entristece y provoca simpatías al mismo tiempo. Era un apasionado imitador de Luis XIV; sus castillos están llenos de las muestras de este apasionamiento. Se pasaba las noches y los días leyendo cuanto se ha escrito sobre el famoso rey de Francia y dicen que hasta trataba de caminar como él. Pero no le imitaba por cierto en su afición á las bellas mujeres, pues Luis II no tuvo ninguna aventura conocida. Por el contrario se cuenta de él mil anécdotas propias para probar su repulsión por el bello sexo, entre otras la siguiente:

Hizo ir á su castillo á una mujer de teatro con su compañía contratada para dar cierto número de representaciones; la mujer era buena moza, atractiva, inteligente y llena de encantos. Luis le mostraba mucho afecto y le dispensaba toda su confianza. La dama se propuso seducir á su ilustre amigo, no comprendiendo su frialdad, é hizo cuanto pudo para conseguir su objeto. El rey sin embargo, continuaba en el idealismo más desesperante para una cómica. Un dia paseándose solos por la orilla de un lago, la dama tentó la última prueba echándose al agua. El rey lejos de apresurarse á socorrerla, llamó á sus sirvientes y señalándola les dijo,

*saquen eso.* Desde ese dia no quiso verla más; pagó la suma total del contrato y la despidió.

No sé si la anécdota es verdadera, pero pasa por tal.

Mil otras hablillas circulan respecto á Luis II relacionadas con asuntos amorosos. Dicen, por ejemplo, que tenía por novia á una princesa bastante alegre al parecer, pues mantenía relaciones ultra-comprometedoras con un sujeto con quien se casó después. El compromiso con el rey fué roto por haberla sorprendido él mismo en una de aquellas situaciones que no admiten dos interpretaciones. La especie termina atribuyendo á este episodio lamentable la locura ó las extravagancias del rey, ó á lo menos su exacervación.

Pero el hermano, por quien ninguna cómica se ha echado al agua y á quien ninguna novia ha engañado, es un enajenado completo, por lo cual justo es suponer que Luis II nació con los gérmenes de la locura.

Otros no pudiendo conciliar con la fortaleza y extructura atlética del rey, una castidad tan evangélica, hablan de unos amoríos con una aldeana tirolesa habitante de las montañas.

Lo único positivo respecto á los sentimientos afectuosos del infortunado rey, es su pasión por Wagner, el célebre compositor á quien honró y protegió con

grande esplendor durante una larga serie de años. Mil decoraciones de sus castillos representan escenas de las óperas de Wagner y gruesas sumas fueron gastadas en hacer estudiar y exhibir las obras del célebre compositor.

Son innumerables las excentricidades atribuidas á Luis II. No había sueño posible que no realizara. Paseaba en trineo con luz eléctrica á media rienda por las montañas; convertía su dormitorio en un escenario de teatro en el cual hacía salir la luna, aparecer las estrellas, nublarse el cielo y hasta llover, creo; comía servido por un mecanismo, no veía jamás la cara á sus sirvientes, en esto no era loco, y siendo el jefe supremo del Estado, no se ocupó jamás un momento de administración, ni de gobierno.

Nadie puede pensar con enojo en el pobre rey. Inspira más bien una compasión afectuosa.

Gastó su fortuna y un poco de la agena en realizar sus caprichos y quedan como testimonios de su fantasía y de su buen gusto, sus castillos, verdaderos monumentos de arte que serán dificilmente superados, por dos razones: primera por sus formas exquisitas, segunda porque ninguna necesidad sugiere la erección de tales edificios.

Siguiendo nuestra ruta hacia los castillos, llegamos en tren hasta Murnau, una pequeña aldea; allí

tomamos un carruaje para entregarnos al capricho del cochero quien dió de comer á sus caballos en Underamargau, otra aldeita, y de beber en Oberamargau, célebre por el privilegio acordado á su población de representar á lo vivo una vez cada diez años, la pasión de Jesucristo, con todo el aparato mecánico imaginable. Esta fiesta determina una afluencia de miles de personas á Oberamargau, de lo cual aprovechan sus habitantes para vender las esculturas y tallados de madera fabricados en todo el municipio, añadiendo á la provisión urbana la de Underamargau, pues las dos *amargau,* la de arriba y la de abajo, son especialistas en tallados y otras obras, tales como imágenes de Santos, Cristos, Vírgenes y demás por ende.

La población por esos barrios, hace un notable consumo de imágenes, principalmente de Cristos crucificados, de los cuales se ofrece un ejemplar en cada diez cuadras del camino, izado en un palo y protegido por una covacha de lata contra la lluvia, pero no contra la intemperie, á cuyos rigores están expuestos los cuerpos desnudos de las imágenes, inspirando lástima á los viajeros en los días en que la nieve y el viento azotan el rostro.

Me he olvidado de decir á su tiempo que cuando nosotros llegamos á Munich hacía días ya de la clausura de los castillos y solo debido á la bondad

y atención del intendente del palacio de la Residencia, quien nos favoreció con una orden especial, pudimos hacer nuestra visita. El servicio habital de carruajes, ómnibus, caballos y hoteles en el trayecto, estaba también suspendido; así nuestra excursión se hacía más difícil. Felizmente el telégrafo y las relaciones seculares de nuestro Guía, nos allanaron todos los inconvenientes. Nadie va primero á Linderhof, pero nosotros fuimos por convenir más ese itinerario dadas las circunstancias.

Saliendo apenas de Munich ya comienza el viajero á gozar del bellísimo espectáculo de los Alpes. El camino es accidentado, lleno de cuestas, de valles y promontorios. La vista no se cansa del paisaje. De cada eminencia se ve lagos, montañas, hondonadas, bosques y picos cubiertos de nieve.

La nubes son enteramente caprichosas; se tienden á veces como un montón de tules en el fondo de los valles, otras envuelven por completo al viajero ó se ciernen sobre su cabeza ó se presentan en la falda de las colinas, conservando una inmovilidad incomprensible durante horas enteras, sin cambiar de forma, color, ni densidad.

No flotan, están acostadas en las peñas, untadas diré, en diversas direcciones, como si fueran espuma de jabón puesta en las rocas prontas á dejarse afeitar por un barbero colosal.

El camino sigue penosamente su trayecto, ofreciendo su blanca superficie á los rayos del sol ó escondiendo sus calzadas en las depresiones á la luz del horizonte rojo de cólera en las lejanas soledades.

La noche nos tomó en viaje; una noche bastante oscura; los árboles parecían fantasmas y los valles precipicios; los rumores del viento llegaban á nuestros oidos como una música alarmante, mezclándose al compás de los tonos producidos por el trote de los caballos.

Por fin entramos en una larga avenida á través de un bosque; estábamos ya en las dependencias de Linderhof. Poco después nos hallamos en un salón espacioso, en cuya chimenea rugían veinte astillas de leña mandando sus lengnas de fuego desgreñadas en fantásticas proyecciones.

Al otro dia bien temprano, previa contemplación de una altísima montaña cubierta de nieve en su cúspide, fuimos á pié al castillo, situado á pocas cuadras, en el fondo de un valle, donde no se oye más ruido que el de las hojas de los árboles rozadas por el viento y el del pasaje del agua de un arroyo por sobre las piedras.

A uno y otro lado se levantan dos montañas en cuyas faldas se han instalado el edificio y sus dependencias.

El castillo propiamente dicho, tiene dos pisos solamente. La parte central de la fachada avanza un poco; el balcón es sostenido por cuatro cariátides; la balaustrada reposa sobre columnas. Adornan este frente el escudo de Baviera sostenido por Genios y cuatro estátuas que representan la Ciencia, la Industria, el Comercio y la Agricultura. Arriba aparece Hércules con el Atlas á la espalda. Abajo en el centro se ve la estátua de la Victoria y en nichos laterales, cuatro estátuas alegóricas de la Enseñanza, la Fuerza, el Trabajo y la Administración.

El vestíbulo tiene diez columnas de mármol; en el centro está la estátua ecuestre de Luis XIV. La divisa de este pedante «Nec pluribus impar» se lée en el cielo raso.

Se ve también un vaso de Sevres con el retrato de Ester, regalo de Napoleón. En este piso están las piezas de los sirvientes y la sala de baño cerrada para todos los visitantes, pero abíerta y visitada por mi tenaz curiosidad. Hice bien en entrar, pues ví su preciosa decoración compuesta de pinturas bellísimas representando á Vénus y las Ninfas en el baño

Las habitaciones del piso alto son diez; cada una tiene su carácter. La escalera que conduce á ellas es preciosa y ricamente ornamentada.

La *Cámara de Gobelinos* tiene sus muros tapiza-

dos de telas de ese estilo; sus puertas son primorósamente esculpidas; el cielo raso pintado por artistas reputados. Su chimenea y otros adornos son obras maestras en su género; un pavo real de tierra cocida pintado llama la atención.

El *salón de los espejos* responde á su nombre; su paredes están cubiertas de lunas finísimas; el cielo raso pintado representa á Vénus en el baño; la chimenea es de lapizlázuli; la araña de marfil ha costado cincuenta mil marcos; se ve cuadros y grupos de estátuas pequeñas muy artísticas. Luis XIV no ha sido olvidado; se hace presente por una estatuita y un cuadro de sus fiestas.

Otra *sala de gobelinos* con cuadros del rapto de Europa, del de la Aurora, de Pigmalion y Vénus, viene en seguida. El cielo raso ostenta una pintura representando la Mañana. Aquí no han puesto las manos sino los maestros. Estátuas de Venus, de Diana, de Apolo, las tres Gracias y otro pavo real adornan esta pieza.

*Gabinete azul:* Otra vez Luis XIV recordado en cuadros murales.

*Comedor.* Mesa mecánica que sube y baja sola; pinturas apropiadas, preciosas, sobre temas históricos y mitológicos, esmeradas esculturas, muebles de finas maderas y un ramo de porcelana de gran valor, son el bagaje de esa pieza.

*Gabinete rosa.* Contiene cuadros alusivos á Luis XIV y objetos de arte pequeños.

*Dormitorio.* Es la pieza más grande del Castillo. Apolo en su carro y Luis XIV subiendo á la gloria rodeado de Genios, figuran en el cielo raso. La cama colgaduras y muebles son de una riqueza fantástica. El bordado de oro de las cortinas es una maravilla; se levanta en relieve dos ó más centímetros sobre la tela. Las paredes están cubiertas de madera tallada y dorada, el trabajo no había sido aún terminado; la cama y parte de la madera de los muros estaban aún en blanco.

*Gabinete lila.* Las paredes están tapizadas de seda bordada de oro; hay cuadros y objetos de arte de exquisito gusto.

*Cámara de Consejo.* Inútil: jamás hubo consejo. Tapicería verde y oro. Consolas de malaquita, pinturas y espejos, una araña artística de gran valor. Viene finalmente el *Gabinete amarillo*, con sus sederías bordadas de plata y las pinturas indispensables sobre los Luises franceses ya mencionados.

En la sala del Consejo el Intendente muestra un taburete en el cual se sentó una vez Luis II porque un gato le tomó su silla del escritorio. Era el rey tan compasivo para con los animales que jamás los incomodaba, permitiéndoles por el contrario mil libertades; así, el mismo gato solía á veces oponerse

á los paseos de su amo y cruzándosele por las piernas no lo dejaba caminar.

En frente del Castillo y arroyo de por medio al terminar una sucesión de escalinatas y plataformas, se destaca un pequeño templo griego, dedicado á la Diosa Venus, cuya imágen, una bellísima estátua de mármol de Carrara, ocupa su centro. La escalinata y plataformas sucesivas, están flanqueadas por vasos con flores sobre rebordes de mármol. Al pié hay una fuente con dos figuras colosales de bronce y á uno de los lados, guardado por dos leones, un tilo antiguo provisto de una escalera al rededor de su tronco y de una mesa entre sus ramas. Allí solía almorzar el caprichoso rey.

Tras del castillo y haciendo frente á las construcciones descritas, por una escalinata altísima, desde una glorieta, desciende en forma de cascada un torrente de agua hasta una fuente llamada la Fuente de Neptuno. Guarnecen el camino de la cascada vasos de flores y estátuas.

Pero lo realmente fantástico de Linderhof es la Gruta azul, imitacion de la gruta de Capri. Es una cueva inmensa, construida en parte y escavada en la roca; ciérranla dos trozos de piedra artificial que jiran fácilmente. De lo alto de la montaña baja el agua, y penetrando en la gruta forma una cascada y un lago; en éste nadan embarcaciones figurando cis-

nes al uso de Lohengrin. La roca pulida tras del lago ha servido de lienzo á un cuadro representando á Tanhauser en la montaña de Venus. Muchas estalactitas y estalagmitas cuelgan de la bóveda y se levantan del piso. Los puntos de vista han sido bien elegidos y en ellos se ha colocado muebles de conchas para gozar del espectáculo.

La gruta se alumbra con luz eléctrica y vidrios de colores y espejos ayudan á producir los aspectos más fantásticos.

Por fuera numerosas plantas trepadoras cubren la misteriosa cueva.

Hay además en el castillo un kiosko morisco, adornado con lujo y en el cual ningún detalle desmiente el gusto y el estilo. Tres pavos reales cuyas colas abiertas dejan ver las perlas y las piedras de colores que las adornan, ocupan un sitio de honor en el recinto.

Una sencilla capillita completa las comodidades del castillo, Luis II era muy religioso. El altar de la capilla, ostenta un crucifijo de mucho mérito.

No he querido omitir ningún detalle importante, al describir este Castillo, para habilitarme á ser menos minucioso cuando me ocupe de los otros, y tambien porque aburriendo al lector, comparto con él mi trabajo no siempre liviano. Visto Linderhof, emprendimos la marcha siempre en carruaje hacia los

otros Castillos. Parte del camino, se halla en territorio austriaco; es muy accidentado y muy lindo: grandes bosques de pinos, se alzan en las faldas de las montañas; riachos y lagos se ofrecen á cada rato, á la vista, algunos de estos últimos, tan grandes, que durante algunas horas, se camina por sus bordes. Asusta calcular la profundidad de semejantes depósitos de agua sin salida, midiéndola por la altura de las montañas limítrofes. En varias partes el agua en torrentes forma cascadas, cuyo ruido repitiéndose en ecos, semeja un trueno contínuo. Hay dos cascadas llamadas la grande y la chica, muy notables y muy visitadas. La grande ofrece un espectáculo imponente; el rio encuentra derepente una inmensa depresión y se precipita con terrible furia hacia el abismo en cuyo fondo se vé hervir la espuma. A uno y otro lado del precipicio se levantan las rocas cortadas en pendiente casi vertical. El camino ha sido construido con escavaciones y terraplenes. Media hora de contemplación de estas cascadas es poco para la imaginación menos impresionable. La fotografía que deja el parage en el cerebro no se borra jamás, y cuando el recuerdo se aviva, le parece á uno estar oyendo el ruido atronador de las aguas despeñadas. Uno de los lagos, el más grande era el favorito de Luis II; allí encontramos todavía dos botes con su nombre, en uno de los cuales dimos un

corto paseo remando como en las aguas del Tigre, en tiempos no lejanos.

La planicie que se extiende al pié de las montañas sobre las cuales se hallan trepados los dos castillos, ocupa un alto nivel; varias villitas, se muestran diseminadas en ella; un arroyo nacido de un lago formado al pié de Hoenschwangau, la recorre serpenteando en su superficie; á lo lejos se ve los diversos promontorios y picos de los Alpes y en las vecindades de las pendientes próximas, bosques de pinos y otros árboles elevados siempre verdes.

De la planicie los castillos parecen trepados en la roca y manteniéndose apenas en equilibrio. Neuschwanstein que descompuesto en palabras quiere decir *Nuevo-cisne piedra*, parece en realidad un cisne blanco parado en las escarpadas rocas.

¡Qué lujo de imaginación el de Luis II. Su Cisne blanco en la piedra domina el inmenso y grandioso panorama. Hácia un lado un corte en la montaña por el cual baja un torrente de agua formando una cascada que canta su música imponente, hora por hora, durante siglos; sobre la cascada un airoso puente de fierro ligando las dos peñas; más allá los lagos á cuyos bordes reposan pequeños grupos de casas, y dominando lagos y aldeas, el viejo castillo de Hoenschwangau, como un cisne negro pronto á desprenderse y rodar en la pendiente. De lejos Neus-

chwanstein parece colocado en una entalladura de las rocas, mientras que está en una sección destacada de la montaña mayor y separada de ella por una grande hendidura, lecho del rio caído de setenta metros, altura de la cascada.

Contra todas las probabilidades, un cómodo camino de carruaje ha sido practicado desde el llano hasta el Castillo.

La naturaleza había hecho casi inaccesible el sitio. Luis II lo puso al alcance de los rodados; la vía tallada en la montaña, está protegida por calzadas y parapetos en algunas partes. Grandes árboles le dan su sombra y de trecho en trecho aparece una vertiente, una fuente ó un pico de agua corriente. Un puente levadizo tendido sobre un foso, permite la entrada al Castillo.

El edificio es de cinco pisos sin contar desvanes; su techo es de cobre; tiene varias torres; una de ellas muy alta. Desde las piezas de los sirvientes y la cocina comienza el lujo. Todos los departamentos están provistos de aire caliente y agua. Los muebles son de una riqueza imponderable; los tapices, las sederías y los recamados de oro no van en zaga á los mejores de la tierra. Junto al gabinete de trabajo ó escritorio hay una gruta escavada en la misma roca, con piedras giratorias por puertas, adornada original y caprichosamente; su salida con-

duce á una galería que es otra gruta abierta de la cuál como de todos los balcones del castillo, se goza de un panorama ideal.

El dormitorio, el oratorio y comedor no desmienten el gusto y lujo ya señalados; el dormitorio sobre todo, es de una gran delicadeza de estilo. Un cisne de plata surte de agua estas piezas. Los cisnes esculpidos en los muebles, hechos en porcelana, fundidos en metal ó pintados en los muros, están profusamente distribuidos en todas las habitaciones.

Decoran los muros varios frescos historiando leyendas ó poemas: al pié de cada cuadro se lee un nombre si no célebre, muy conocido al menos.

La sala del trono, espaciosa, rodeada de columnas que soportan una galería dividida en compartimentos, ofrece en sus muros cuadros alegóricos á las relaciones de la Religión con el Real Poder. Su piso es de mosaico italiano.

Por fin hay en el castillo un teatro rejio, lujoso y de buen gusto y una série de habitaciones aun no concluidas, dedicadas por el rey á la mujer y á la familia que no tuvo sino en la mente.

Los cuadros solo pintados en las paredes si fueran transportados á la tela, formarían cuatro fortunas.

—

Para ir á Hoenschwangau se baja á la planicie, se pasa una villita, se costea uno de los lagos y se sube por fin, entre árboles, al viejo edificio.

En él se admira la uniformidad del estilo, y la solemnidad y tristeza se imponen al contemplar los viejos muros, los viejos cuartos y los viejos muebles; hasta el aire interno parece fósil.

Vidrios de colores atenúan la luz de las habitaciones; el silencio es sepulcral. Las armas y corazas antiguas dispuestas en el vestíbulo, hacen la guardia á los antepasados. Los adornos, muebles, útiles, cuadritos y objetos de uso de la reina María, con su aire abandonado, entristecen el ánimo.

Casi todas las salas y cuartos, ofrecen en los muros pinturas alegóricas de historia ó poesía debidas á maestros reputados. Algunas de estas de reciente data no se avienen con el carácter general del castillo. Entre otros adornos señalaré un cuadro de Murillo representando á San José en su profesión de carpintero, acompañado del niño Jesús, y un escudo de plata con las armas de la nobleza de Baviera, regalo de casamiento presentado por la aristocracia al rey Max.

El cuarto de Tasso del cual hizo Luis II su dormitorio contenía la grande cama de rey. Este dormía durante el día; pero queriendo hacerse la ilusión de dormir en un bosque de noche, por medio de plantas,

espejos, pinturas y decoraciones consiguió simular un cielo con luna ó con estrellas en su alcoba, añadiendo artificialmente el ruido de una cascada distante.

Afuera del edificio, en una especie de gruta, está el baño de mármol, adornado con dos ninfas y á poca distancia una fuente no contemporánea del castillo, llamada la Fuente de los Leones, imitando la de la Alhambra. La yedra trepa sobre las puertas de la gruta y por el muro, hasta los altos pisos. Un parapeto de aspecto ruinoso, cierra el recinto de la fuente, en el cual, algunas plantas forman un jardín agreste.

Los paisajes que de cualquier sitio de esta encantadorada morada se descubre; son otras tantas faces del panorama ideal desplegado ante la vista del vìsitante en las solitarias y salvajes montañas.

Al pié del castillo se vé un lago tranquilo navegado por un millar de cisnes; á lo lejos los altos picos cubiertos de nieve ó envueltos en la espuma de las nubes: más allá las villitas, el bosque, otros lagos, el arroyo, una cantera de mármol y por fin el camino de Fusen, donde se toma el tren para volver á la prosa de la vida en las grandes ciudades científicas, industriales, políticas, comerciales y detestables.

VIENA—SUS BELLEZAS URBANAS—RELIQUIAS HISTÓRICAS — MONUMENTOS E INSTITUTOS — UNA CARTA AMOROSA SORPRENDENTE.

Viena es la segunda capital de la Europa en cuanto á belleza, después de París según algunas gentes. Yo no me atrevo á dar mi opinión sobre tal punto. La mayor parte de sus edificios parecen recien construidos y recuerdan los de San Petersburgo; tiene una calle de circunvalación que es una verdadera delicia, llena de casas de negocio abarrotadas de objetos de lujo, ancha, limpia y cómoda. Sus hoteles son de primer orden, sus teatros muy buenos, principalmente el de la Opera, cuya construcción es análoga á la de París. Los artistas que trabajan en este teatro son todos renombrados, no son admitidos si no tienen cierto mérito; esta regla se observa hasta para los músicos de la orquesta.

Austria reclama el puesto de honor por sus compositores, y no es por lo tanto extraño el cuidado con que elige sus cantores.

En la ópera todo es acabado y completo como en

Alemania. La noche que nosotros asistimos, la orquesta se componía de sesenta profesores, y aun faltaban algunos. El tenor, el barítono, el bajo y la contralto tenían una voz excelente; desplegaron mucho arte en el desempeño de su papel; la prima donna era linda y joven á más de cantar deliciosamente.

Otro de los teatros que ofrece cada noche un aspecto muy animado y un tanto libre, es un gran café cantante, donde se representa, se hace gimnasia, se canta y se ejecuta una porcion de cosas raras. Vimos un actor que allí, á la vista del público, y solo cambiando su frac por una levita ú otro traje, y acomodándose diversas pelucas, según el caso, se transformaba en Bismark, en Guillermo I, en Pio IX, en Carnot, en Leon XIII, en Napoleon I, en Moltke ó en quien le daba la gana, imitando á cada personage con suma perfección.

Al rededor de los palcos, en la parte posterior á ellos, hay pequeños salones donde los caballeros austriacos ó extrangeros cenan ó comen, solos ó acompañados de señoritas, más ó menos jóvenes y lindas, parientes ó no parientes de los invitantes. En la platea, y aún en los palcos, hay mesas para igual servicio, y la representación y las comidas siguen su curso sin interrumpirse.

—

Las plazas, jardines ó anchas avenidas contienen

fuentes monumentales ó estátuas debidas á célebres artistas.

Así, en una plaza se ve la estátua de Francisco I, en otra la del archiduque Cárlos, á caballo; en otra la de Eugenio de Saboya; entre los dos museos el renombrado monumento de María Teresa; más allá la estátua del liberal emperador José y después las de generales, músicos y escritores: la de Schiller por ejemplo y la de Schubert.

—

Pocos museos he visto tan interesantes como el museo de historia natural de Viena. Aparte de la belleza del edificio de buena escuela, notable por sus dimensiones y la adaptación á su objeto, las colecciones de curiosidades bastan por sí solas para darle cierta celebridad. El visitante entra primero á un vestíbulo circular que presenta tres grandes escaleras y arriba un círculo abierto por el cual se ve la cúpula á una inmensa altura; el círculo corresponde á otro vestíbulo del segundo piso.

Más de dos horas empleamos en recorrer las salas y anotar lo que nos pareció más importante. La 1ª sala contiene minerales, trozos enormes de oro y plata vírgenes, cristalizaciones y estalactitas; la 2ª piedras litográficas de colores y nuevos ejemplares de cristalizaciones y metales en barra, además un gran obelisco de piedra transparente, fundiciones y

ágatas; la 3ª otras cristalizaciones, piedras pulidas de uno ó varios colores, y joyas en las vidrieras; la 4ª mármoles, mosáicos y piedras de piso, y en los extremos de las vidrieras, amiantos y objetos hechos con las materias primas expuestas en los estantes; la 5ª carbones y grafitos; la 6ª minerales y petrificaciones con la impresión de plantas, hojas, flores ó formas animales; la 7ª lo mismo, más rústico; la 8ª hongos caracoles y conchas; la 9ª piedras blancas y nuevas petrificaciones; la 10 fósiles, entre ellos un enorme maxilar inferior curioso, con dos colmillos grandes en el extremo hacia abajo y muelas en las ramas libres hacia arriba; la 11 piedras, instrumentos y vasijas de bronce; la 12 objetos de bronce primitivos, joyas, momias con brazaletes en las piernas y brazos; la 13 objetos análogos á la anterior; la 14 vestidos, vasijas de cuero, entre ellas una paila muy grande, armas bronces corcomidos ó cobres, adornos, ídolos y mil baratijas de las existentes en los museos etnográficos; la 15 adornos, instrumentos de música, cajas de juego, un ajedrez con tablero de género, objetos de marfil; la 16 y 17 telares, escudos, flechas máscaras, adornos de cerda y tejidos; la 18 tejidos de paja; la 19 collares de muelas y dientes humanos y otros objetos; la 20 momias de indios, marido y mujer, madre é hijos. El vestíbulo segundo está adornado con ocho columnas;

de tres extremos de sus diámetros parten nuevas salas; la 21 contiene moluscos, corales; la 22 mariposas, gusanos, moscas, mosquitos y creo que hasta microbios, todo bien clasificado y arreglado en colecciones; la 23 conchas, corales, pulpos; la 24 anguilas y pescados; la 25 y 26 lo mismo, variando las especies; la 27 víboras, sapos, lagartos, boas de infinita variedad; la 28 cocodrilos y tortugas gigantescas; la 29, 30, 31, 32 y 33 pájaros, gallinas, avestruces, faisanes, loros, palomas, picaflores, pavos reales y no reales, aves del paraiso, cuervos, águilas y cuanto vuela, ha volado y volará sobre la tierra; la 34 esqueletos; la 35 zebras, canguros y otros cuadrúpedos; la 36 camellos, elefantes, antas, girafas; la 37 antílopes, ciervos, venados; la 38 osos, tigres, leones, hienas y roedores, entre ellos todos nuestros ratones conocidos; la 39 hurones y monos.

He querido copiar la lista de algunos objetos de este museo para dar una idea de su importancia. Dicen las personas competentes que en ninguna parte se encuentra colecciones mejor clasificadas bajo el punto de vista científico. El museo está perfectamente cuidado y son dignos de todo elogio el trabajo y acierto con que ha sido formado.

Frente á éste se levanta otro monumental destinado á la industria; todavía no se halla en estado de ser descrito.

Quizá los lectores de *La Prensa* que conocieron antes Viena, encuentren alguna diferencia entre mis referencias y sus recuerdos; bueno es advertir para explicarla, que en los últimos tiempos se ha hecho nuevas divisiones é instalaciones; así, departamentos enteros que figuraban antes en un establecimiento, han sido transportados á otro, atendiendo á una más apropiada distribución; algunos están en preparación ó en arreglo y otros por fin no he podido ver y tengo por regla no poner sino lo que veo y como lo veo. El Edificio del museo de historia natural es nuevo, pero sus colecciones son viejas y muchas de ellas se hallan descritas en libros especiales, dándose cuenta en ellos de su colocación en tal ó cual paraje, lo que ha dejado de ser exacto, pues si el museo zoológico y la colección de medallas, estuvieron antes en un palacio, una disposición más atinada separó las medallas cuños y camafeos, de los pájaros, cuadrúpedos y pescados, y cada grupo fué á lugar más adecuado.

—

Visitamos un jardín público, paseo favorito, dicen, de los vieneses en la buena estación y en él vimos la famosa estatua del Centauro y Teseo de Canova, llevada de Italia con gran trabajo é instalada en una especie de templo construido expresamente para ella. No lejos de este monumento, vimos el levanta-

do en honor del poeta Crilparsen; consiste en un muro semicircular en cuyo centro está la estatua del poeta figurando á los lados en bajos relieves, las escenas de sus poemas. La sencillez está aquí unida á la belleza.

—

La iglesia de San Agustín ó del Coronamiento, rodeada de palacios y edificios públicos, reclama de todo viajero una visita. Allí se guarda la preciosa composición de Canova en el sepulcro de María Cristina. He aquí una idea de este grupo: sobre una escalinata se ve la abertura de la tumba y suben las gradas la Virtud y la Caridad, llevando á un viejo inválido; un Genio y un león están al otro lado. Todas las figuras tienen una actitud y una expresión en armonía con su situación y significado.

Se ve también debajo de dos altares, la tumba del papa Clemente X y la de Santa Victoria su hermana. En un local separado está el sarcófago de Leopoldo II y en un reducto contíguo, se ve colocados en urnas, los corazones de muchos miembros de las familias reales.

En la iglesia de los capuchinos están los sarcófagos de los reyes y sus parientes en salones subterráneos. Yo conté veintidos entre chicos y grandes; algunos de estos monumentos son obras de mucho

mérito y de gran valor; los adornos y bajos relieves son de metales preciosos. No es agradable visitar estos sótanos; están mal cuidados.

Otra iglesia es también digna de mención, la Catedral; pero nada particular puedo decir de ella después de haber hablado de la de Colonia. Por muchos años se depositaba en sus subterráneos los cadáveres de reyes, príncipes y demás gentes de pro, pero ahora solo se encierra en ellos los corazones de los nobles muertos; el resto del cuerpo va á la iglesia de los Capuchinos, excepto el corazón de los miembros de la famila reinante que, como lo hemos visto, va á la de San Agustín.

—

La Academia de Bellas Artes ocupa un edificio apropiado, bien ornamentado y de una distribución adecuada. Pasando el vestíbulo se entra á la sala de esculturas, donde se admira principalmente un dorso de Minerva muy antiguo. En los muros figuran notables bajos relieves.

Cópias de las Venus clásicas se hallan en otras salas, así como los trozos de piedras egipcias indispensables en los museos, y sellos y bajos relieves pequeños guardados en vidrieras. Hay también una cópia de la célebre puerta del bautisterio.

El departamento superior ha sido destinado á la pintura. Si no anda uno con cuidado en este de-

partamento, corre peligro de romperse el alma; el piso es de un bello mosaico en el cual se resbala con la mayor facilidad.

Figuran en sus salas obras de grandes maestros, y algunas muy antiguas. Recuerdo dos cuadros del Ticiano, un Cristo de Andrea del Sarto, una Magdalena de Corregio, unos Amores y una mujer de Tintoreto, un Prometeo de Giordano, otra Magdalena de Sassoferrato, Angeles y mujeres de Rubens, Animales de Creuz y por fin un cuadro encantador de una Mujer y un niño.

—

Al hacer nuestra excursión hacia el Belveder, otro palacio ocupado por un museo muy celebrado, pasamos el precioso puente de Elisabeth, vimos el Instituto Politécnico, la iglesia de San Cárlos, muchos palacios, entre otros el de un Rothschild, un gran cuartel y cien edificios más, suntuosos y elegantes.

El Belveder tiene en sus dos frentes espaciosos jardines; en uno de ellos hay un lago lleno de peces. La entrada es magnífica; adórnanla estátuas que hacen recordar las de San Petersburgo. El vestíbulo es una inmensa rotonda: los grandes y numerosos salones de los pisos altos contienen la estensa colección de cuadros, cuyo catálogo cuenta ciento cincuenta y seis páginas de letra apretada en mediano formato.

La colección data de largo tiempo y ha costado millones.

Casi no hay pintor célebre en el mundo que no esté representado en ella por una ó más de sus obras.

No mencionaré yo sino unas cuantas Magdalenas, por serme muy simpáticas, siempre tan lindas y poéticas; la Visión de San Bernardo; una Leda besada por un cisne en una forma nueva: el cisne está en el aire y estira de arriba su cuello para tocar con el pico los labios amantes de la tierna Leda; una Mujer muerta y una Madre á la cual tratan de quitarle sus hijos; este no es de mérito pero impresiona.

Abajo, en un salon de estudio, el único de este piso abierto al público en la época de nuestra visita, llamaron mi atención particularmente entre un millar de telas, un cuadro de Murillo representando á San Juan Bautista con su cordero; una Mujer dando el pecho á un niño y una Criatura en su cuna de paja cuidada por un perro.

Viena parece la ciudad de los palacios y todos están como si fueran recien hechos. El Palacio de Justicia, la Municipalidad y el nuevo Parlamento son edificios grandiosos.

El Congreso es sobre todo digno de estudio; el recinto de las sesiones está admirablemente dispuesto; á un lado de la faja central se encuentra el de-

partamento de diputados y en el opuesto el de senadores. Al rededor del recinto de sesiones hay una galería para facilitar la entrada y la salida. Todo es cómodo amplio y bien dispuesto. Las salas de las comisiones son inmensas y están provistas de mapas, libros y cuanto pueden necesitar los representantes del pueblo para imponerle contribuciones.

Sobre la calle hay una galería en la que caben mil personas, y á esta sigue hacia adentro un vestíbulo rectangular flanqueado de columnas, con aires de templo antiguo.

Antes de aprobar el plano de nuestro futuro congreso, deberían tener nuestros legisladores á la vista un bosquejo del de Viena.

—

Visitamos también el suntuoso palacio de un noble llamado el principe Liechtenstein; como morada particular es una joya y trae á la memoria palacios de Rusia. Vimos el lindo teatro imperial, la Iglesia del Voto, construida en acción de gracia por haber escapado con vida el emperador de Austria de la tentativa de asesinato de un húngaro y por fin, la Universidad que en nada desmerece, comparada con los mejores edificios y cuyas aulas son justamente reputadas en Europa, principalmente las de medicina.

—

Hicimos una inspección detenida del tesoro de la corona cuyas joyas mantienen agrupadas durante muchas horas del dia cientos de mujeres que van á tantalizarse delante de los armarios en presencia de brillantes monstruosos, perlas como almendras y esmeraldas y rubíes de magnitud respetable. Ropas bordadas, relojes raros, fuentes y platos cincelados, cruces, collares, coronas y cetros, todo es de una riqueza grande, no oriental, porque el Oriente se ha quedado pobre en comparación de la Europa.

—

Viena tiene un hermoso parque á poca distancia del centro de la ciudad; es el sitio de reunión de la sociedad aristocrática en la estación apropiada.

Lagos, árboles y kioskos, embellecen su extensa superficie.

Cuando yo contaba que nosotros teníamos también un parque con una ancha avenida flanqueada de palmeras y sin más sombra que la del cuerpo de los transeuntes, los vieneses me creían originario de la Siberia.

No me atreví á describir la Plaza de Mayo en un dia de Enero temiendo ser tomado por un gran embustero.

La concurrencia del parque aquí puede extender su paseo hasta las orillas del Danubio y recorrerlas en un largo trayecto gozando de paisajes encantadores.

Viena es una ciudad muy animada y comercial: quizás peca por demasiado lujosa. Las grandes fortunas acumuladas durante siglos contribuyen á mantenerle este carácter.

Vamos á ver ahora cómo son las ciudades de Oriente, permitiéndonos antes una corta permanencia en Buda-Pesth, capital de la ex-nación húngara.

Pero antes de concluir esta carta, quiero comunicarle un descubrimiento.

En mi cuarto del hotel, en el cajón de una mesita, encuentro un papelito doblado, lo tomo y lo leo. La letra era menuda y fina, un poco desparpajada, como letra de mujer recién salida de la escuela.

El texto decía en francés, lo que traduzco en seguida:

«Mi dios y mi todo, mi querido, tu eres todo mío y yo soy toda tuya; he encontrado al que ama mi corazón, lo tengo y no le dejaré alejarse.

«Oh!.. que bien me hace estar contigo, puedes hacer en mí todo los que quieras, amor mío. Eres el único rey de mi corazón, mi dulce salvador.... Déjame reposar sobre tu pecho: ¡cómo he sufrido lejos de tí.»

«¡Qué dulce es agotar la vida en....»

«Amor mio, quedate siempre conmigo, no me dejes.... Díme qué quieres de mí, qué quieres que haga.»

Diablos, pensé yo después de leer la amorosa carta: esta moza está muy entusiasmada ¿quién será el feliz mortal que ha olvidado este documento? Y siguiendo mi monólogo, pero solo con el pensamiento me decía á mi mismo. «La carta revela una alma apasionada y una mano fina! Quizá es linda la joven, porque es joven, no hay duda; tamaño enamoramiento no se expresa tan imprudentemente sino por falta de experiencia. ¡Si será rubia ó morena! De que es flaca notengo la menor duda; ninguna gorda es tan expansiva.»

Estas y otras cosas pensaba, cuando mis ojos cayeron sobre un libro pequeño bien encuadernado, del cual me apoderé; era un libro de oraciones y estaba en el fondo del cajoncito donde encontré la carta. Entre la página 203 á 204 había una horquilla como señal y se leía en la primera esto:

«Después de la santa comunión y los primeros momentos en que solo el corazón debe hablar, se puede expresar sus sentimientos por algunas aspiraciones, tales como estas».... y seguía la erótica *aspiración* que yo había tomado por una carta amorosa de alguna apurada y furiosa novia.

¡Acabáramos! dije, había sido un rezo del Formulario dedicado á las hijas de María. Editor J. Lefort, París!

¿No le parece á usted, señor Director, que es

imprudente hacer rezar á las jóvenes en la forma transcrita, como lo aconseja ese Formulario, el más popular y esparcido entre las jóvenes católicas, hijas de María?

## BUDA—PESTH

—

Pesth hace recordar á La Plata; no sé por qué, pues no se parece en nada. Quizá una série de magníficos edificios en una semidespoblación sea la causa de esa impresión.

A lo largo del Danubio, á cuyas dos orillas se ha construido las dos ciudades Buda y Pesth, reunidas después, hay una calle alta y otra más baja, verdadero muelle donde se hace la descarga de los numerosos buques del puerto. La calle alta es destinada á la gente de á pié; los carruajes no tienen acceso; se halla adornada con varias estatuas y muy buenos edificíos, entre ellos la Academia de bellas artes donde se exhibe una excelente y valiosa colección de cuadros antiguos y modernos, de todas las escuelas conocidas, figurando en el número ocho cuadros de Murillo y varios de los célebres maestros españoles, italianos, flamencos, alemanes, holandeses, franceses y hasta criollos. De los ocho Murillos, solo uno ó dos resisten la comparación

con los de otras escuelas, pues bueno es recordar que no todo lo pintado por los grandes maestros es obra maestra.

En otros barrios están: el Museo, magnífico edificio, un Banco grandioso; el Teatro elegante y cómodo, tiene un pórtico con dos entradas para los coches, cosa desconocida en Buenos Aires y aun en París exceptuándose el de la Opera si mal no recuerdo; una Sinagoga; la Redoute, especie de casino de bella arquitectura y varias construcciones más.

La Iglesia griega y otros edificios públicos, son visibles desde el río y mejor aun de las alturas de Buda.

Más llama la atención sin embargo el conjunto de las casas de la calle Andrassi, y la misma avenida ancha, perfectamente adoquinada, llena de palacios particulares y muy animada; es el paseo aristocrático en la buena estación. En cierta altura, las líneas se abren, forman un círculo completo y de allí en adelante hacia un bosque situado en un extremo de la ciudad, la disposición de las casas cambia de aspecto; están aisladas, rodeadas de jardines y deben ser deliciosas para sus moradores quienes gozan de las inmensas ventajas de vivir en medio de una ciudad sin vecinos. Ello continúa así hasta el Parque donde se encuentra el jardín zoológico, el palacio de la exposición y varios cafés, jardines

y hoteles de verano. Tiene también el Parque su lago, donde se patina en invierno y se pasea embarcado en verano.

Dos puentes perfectamente construidos ligan Pesth á Buda; uno de ellos insiste sobre seis ó siete arcos; el otro, colgante es tenido por el más artístico de la Europa. No sé si su fama es merecida, pero puedo decir que es el más hermoso de cuantos he visto hasta ahora; presenta el aspecto de dos cintas tendidas gallardamente sobre el Danubio; cualquiera al verlo diría que no resiste el peso de un carruaje y sin embargo, no puede darse uno más seguro y al mismo tiempo más airoso. Cuatro leones, dos en cada extremo, guardan sus entradas.

Contígua al otro puente se vé la isla llamada Margarita, sitio de recreo de un millonario. El arreglarla le ha costado sumas colosales.

—

Buda está situada en un elevado promontorio á cuya cima se llega ya sea por escaleras situadas en las calles, ya por un camino hecho para carruajes.

Encima de este promontorio, á más de las casas particulares, se hallan un inmenso palacio y un edificio ocupado por oficinas públicas, chato y feo, pintado de amarillo y que ha tenido la desvergüenza de adornar una faja de sus paredes á la altura de la cornisa de su único piso, con bajos relieves destinados á poner de manifiesto su fealdad.

La vista desde Buda es encantadora; el Danubio, cuajado de buques, una ciudad nueva en sus orillas, los puentes tendidos sobre sus aguas, mil grupos de casas y árboles en las depresiones del terreno, los rieles estirados en diversas direcciones y cien accidentes más, forman un paisaje delicioso.

De la plaza contigua al edificio amarillo con bajos relieves y al palacio, se baja á la parte inferior de la ciudad en la cual el panorama cambia. Para volver á Pesth ó bien se rodea el promontorio por las calles del valle ó bien se lo atraviesa por un hermoso túnel construido enfrente del puente colgante. Tanto el túnel como el puente han sido hechos por ingleses. La parte del palacio que dá á las calles bajas es pintoresca; ofrece á la vista jardines suspendidos, plataformas, galerías y graciosos ornamentos en todo su frente.

En una colina vecina se hallan los célebres establecimientos de baños.

---

OTRA VEZ EN CAMINO—DOS COMPAÑEROS DE VIAJE—CONSTANTINOPLA—LOS PERROS—LOS HAREMS Y LOS SERRALLOS—LA MUJER ORIENTAL.

El trayecto de Buda Pesth á Constantinopla es largo y monótono, excepto en la parte montañosa de la Bulgaria. De paso puede visitar el viajero, si tiene deseo de aburrirse, Belgrado, capital de la Servia y Sofía, capital de la Bulgaria; pero si un deseo tan recomendable y cristiano no le viene, puede contentarse con ver los gorros de los servios y las levitas de cuero de carnero delos búlgaros.

Pululan por ahí por los alrededores unas cuantas nacioncitas, principaditos, provincitas turcas, reinitos ó no sé qué, cuyos nombres son: Albania, Tesalia, Bosnia, Rumelia, Rumania, capital Bucarest y Valaquia. Algunos mapas se olvidan de estos territorios. La ruta á través de las montañas Balkanes es accidentada; ofrece agradables puntos de vista; en varias partes se ha tenido que cortar á pico las peñas y en otras salvar valles con grandes terraplenes. La mo-

notonía del camino nos fué alijerada por la compañía de dos viajeros, el uno alemán, el otro turco, educado en París.

El alemán era un joven oficial; llevaba pliegos para el Emperador de Alemania quien se hallaba en Constantinopla. Era un guapo mocetón con fisonomía de criatura á pesar de su talla colosal y cuyas injenuidades mostraban esa educación sin malicia, ya muy rara, desgraciadamente, en algunos rangos sociales nuestros. El alemán hablaba muy poco de francés pero traía un diccionario de bolsillo muy á la mano.

Iba á decir algo, le faltaba la palabra, *pardon*, añadía, dejaba su frase á la mitad, metía la mano al bolsillo, sacaba su diccionario, con toda calma lo consultaba y continuaba. A veces solía cometer errores muy graciosos cambiando los sinónimos.

Una vez por ejemplo quiso decir «esta tierra es vírgen» y dijo «*cette terre*... aquí le faltó la palabra; acudió á su diccionario y después de hojearlo exclamó muy contento «*cette terre est pucelle.*»

Fué un excelente compañero de viaje; yo le cobré mucha simpatía.

El otro, el turco, era un erudito, de espíritu fino y cáustico, muy parecido físicamente á Lucio Lopez y por lo dicho un tanto también en lo moral.

Lo abrumé á preguntas durante todo el camino

sobre su tierra, y por la diversidad de cosas que tratamos, por su criterio y sus vastísimos conocimientos, lo juzgué más digno de ser académico en cualquier universidad de nota que empleado turco al servicio de su gobierno.

La entrada á Constantinopla por tierra es desagradable; el aspecto de las viviendas que se va encontrando es pobre y desaseado; los mismos restos de las antiguas murallas no son ruinas interesantes. Mucho antes de llegar á los centros poblados ya se comienza á ver mujeres enmascaradas, hombres andrajosamente vestidos y perros poco escrupulosos, en cantidad asombrosa. Después, cuando el alineamiento de las casas va tomando la forma de calles, aumenta la colección de vivientes raros y se ofrece el espectáculo de sus ocupaciones generales en la forma especial propia de las ciudades orientales; es decir: preparación y venta de alimentos en la puerta de las tiendas, pulperías, fondas ó no sé como llamarles á unos cuartos con una sola puerta donde el turco, el griego ó judío tiene su negocio y hace su comercio. Se ve instalaciones de todo género y trabajos de toda especie, pero principalmente de lo referente á comida dando por resultado un desaseo neto y positivo y una atmósfera repelente. Poco á poco la vía va convirtiéndose en un inmenso mercado con aires de féria y cuando se llega á las vecindades del

puente que liga la antigua Stambul con los barrios más nuevos situados al otro lado del llamado *Cuerno de oro*, cuerno del cual nos ocuparemos á su tiempo, la agrupación de séres vivientes asume las proporciones de un tumulto alrededor de los objetos más variados. Diez mil cosas, contando personas, animales y toda clase de vehículos, atraviesan el puente donde forman una procesión y una vez del otro lado, pasando por una mezcla de casas, cementerios y ruinas, se llega al centro comercial, aristocrático, político y rico llamado Pera, dejando á los dos lados del puente un millón de embarcaciones que animan el paisaje más pintoresco del mundo entero.

En Constantinopla ningún barrio se parece á otro; el aspecto de cada uno está marcado por la categoría de su población, casi dìría por la religión de sus habitantes.

Stambul está edificado en una lengua de tierra cuyos límites son: por una parte el mar de Mármara y por otra el Bósforo; este á su vez manda hacia la tierra una lengua curva llamada *Cuerno de oro* que separa esta sección de la ciudad de otra edificada en el promontorio de enfrente, en la cual se distingue tres divisiones *Pera*, *Galata y Tofana,* ocupando Pera la parte superior, Galata el pico frente al Cuerno de Oro y Tofana la costa del Bósforo propiamente dicho.

En realidad hay aquí dos ciudades una en frente

de otra como Buda-Pest, que podrían unirse bordeando el Cuerno de oro y constituir una ciudad colosal. La entrada del Cuerno de oro forma el ángulo entrante al cual se ajustaría el saliente de Scutari, es decir, de la punta que forma la costa de Asia enfrente á Constantinopla. Así pues para formarse una idea de la topografía del sitio, lo mejor es imaginar tres lenguas de tierra: Stamboul, Pera y Scutari, formando los tres vertices de un triángulo irregular, separadas por las aguas del Bósforo unidas á las del mar de Mármara. No debe olvidarse que Scutari tiene por el otro lado al Mar Negro.

He leido muchas descripciones de Constantinopla tratando de darme cuenta de su situación y ninguna me ha dado una idea clara; la exposición de los párrafos anteriores, modestia á un lado, podría servir de base para dibujar un plano topográfico exacto á grandes rasgos.

La ciudad en la parte de Pera es una mezcla extraña de civilización y de barbarie. Léase sino la lista de lo que se ofrece á la vista de cualquier espectador:

Tiendas lujosas y casas de moderna arquitectura;

Cuevas súcias en que guisa ó fríe pescado un turco ó no turco, sentado sobre sus piernas;

Carruajes ricos tirados por cuatro caballos;

Sillas de mano, llevadas por sirvientes estrafalarios y ocupadas por mujeres cubiertas hasta los ojos;

Trechos con veredas anchas y bien construidas;

Largas distancias, sin el menor rudimento de vereda;

Adoquinado parejo y nuevo;

Escalones en las calles, hechos con piedras esféricas y mal colocadas;

Individuos andrajosos;

Mujeres vestidas de seda, arrastrando sus túnicas por el barro;

Toda la población obliterando las calles;

Millares de perros, metiéndose entre las piernas de los transeuntes ó acostados en las puertas;

Grandes y dorados letreros en las paredes y en las vidrieras;

Ausencia total de numeración en las casas ó aparición de una çifra caprichosa en cualquier parte;

Oscuridad completa en una sección de calle;

Iluminación refulgente, con velas y faroles en otra;

Ningún agente de policía ó municipal, en la vía pública;

Confusión de vehículos, hombres y animales en parajes estrechos;

Regular espacio entre vereda y vereda, en una parte de la calle;

Casi conjunción de las casas situadas frente á fren-

te á los pocos pasos de la extrema anchura, en la misma calle.

Un edificio que se vá hasta las nubes;

Una serie de viviendas mal remendadas con puertas de un metro de alto;

Vendedores de todo y compradores de todo, gente apurada, gente inmóvil; la indolencia al lado de la mayor actividad; rusos, turcos, chinos, ingleses, paraguayos, negros; todas las razas juntas con los vestidos de todas las partes del mundo; gritos, ahullidos, golpes sonajas, relinchos, bueyes, caballos, loros, cabras, gallinas y pavos, criaturas, perros, por todas partes perros; guitarreros y otros músicos ambulantes; arreadores de burros y otra vez perros; perros lanudos, grandes, chicos, sin cola, con cola, galgos, podencos, pelados, de agua, falderos, cabreros, sanos ó enfermos; perros cojos, heridos, flacos, gordos, sin orejas, con orejas paradas ó caidas; y cada persona, objeto ó animal atropellando al vecino para pasar é ir no sé á dónde.

¡Qué efecto curioso en el ánimo del recién llegado! no sabe donde fijar su atención, ni tiene tiempo de observar nada en su tránsito, pues juzga imprudente pararse donde todo camina sin espacio para moverse!

Una idea se suscita al ver ese enjambre en ebullición. La muchedumbre que llena literalmente toda la luz de la calle, hace el efecto de una población recién desembarcada en busca de alojamiento.

Aquí no parece haber miseria sino suciedad y descuido; hay una laboriosidad abandonada que se escapa á todo análisis. Al considerar la cantidad de comida expuesta á la vista y preparada para ser consumida en el dia, en todos los barrios, aun en los más ruines y computar al mismo tiempo la población aparente, la sospecha de que alguien carezca de alimento se hace imposible.

Y esa idea responde á una realidad seguramente; á no ser así, no se tendría este hecho tan notorio.

¡Trescientos cincuenta mil perros, población canina de Constantinopla según cálculo oficial, se mantienen con los resíduos orgánicos de la ciudad; 350.000 perros sin dueño, que nadie cuida, encuentran su alimento en la vía pública y parajes vacíos del municipio. Ninguno de estos perros es mantenido en casa ni instituto particular.

Los perros de Constantinopla y demás ciudades orientales, son perros independientes y callejeros. No tienen amo ni casa; no obedecen á nadie ni están sujetos á régimen alguno. Son habitantes urbanos, usufructuarios de las calles, plazas y otros sitios abiertos del municipio.

Alguien creerá que hablo de broma; quien tal piense converse con cualquier viajero y saldrá de su error.

Es prohibido hacer daño á los perros en todo el

Oriente sujeto á la dominación otomana. Aquí, como en el Cairo, como en Smirna y otras capitales, los perros tienen la tolerancia de los habitantes en virtud de principios dogmáticos; están escudados por la religión. Esa protección se limita á no maltratarlos ni perseguirlos, pero no llega hasta cuidarlos. Todo perro turco se cuida á sí mismo y favorece á su gremio.

Nadie ha podido hasta ahora explicarse ciertos hechos; yo me limitaré á referirlos apoyándome en el testimonio de cuantos los han observado.

Los perros de las ciudades mencionadas, forman cofradías ó grupos que se establecen en sitios determinados, en una calle por ejemplo y se consideran parece, propietarios de ella. Si un perro extraño á la cofradía entra en sus dominios, es inmediatamente expulsado y muerto en caso de resistencia.

Si escapa y llega á su barrio, perseguido aún, sus compañeros salen en su defensa y se arma batalla. Así, rige según se vé una ley de jurisdicciones ó de límites, reconocida y respetada. ¿Quién la ha impuesto? El instinto de propia conservación.

Durante el dia los gritos, lamentos ó ladridos de los perros no son percibidos, pero en las altas horas de la noche, sobre todo cuando hay luna, un inmenso y lúgubre clamoreo se oye como si viniera de los confines de la tierra.

Y entristece en verdad ese uniforme y melancólico rumor compuesto de gritos doloridos, de ahullidos lastimeros, de profundas lamentaciones, no solo por la nota sentimental que deja en los oidos, sino porque trae á la mente reflexiones amargas y afligentes, pues nadie sin ser cruel é insensible, dejará de calcular las miserias, penurias y sufrimientos de esos pobres animales, abandonados á sí mismos en tan crecido número. ¡Cuántos habrá enfermos, heridos, locos, apasionados, ambiciosos, histéricos, celosos, víctimas de la desleal traición de alguna perra hipócrita y coqueta! ¡Cuántos perros chicos huérfanos recientes de padre y madre, se hallarán sometidos á la tiranía de una perra extraña sin leche en los pechos y mal humorada, ó estarán expuestos á los malos tratamientos de un tío desnaturalizado y sin cola!

—

La situación moral de Constaninopla y de toda la Turquía es dolorosa. Todos parecen estar esperando el dia del juicio. Hay cierto abandono de muerte en los espíritus; tanto en lo referente á la vida privada cuanto en lo ligado con los intereses públicos.

La Turquía es hoy dia una nación inorgánica; no es nación; no tiene ninguno de los atributos de la nacionalidad. Aquí no hay propiamente hablan-

do, un sistema de gobierno. Hasta la misma tradición es ya débil é impotente. Nadie al ver este pueblo, lo sospecharía emerjente de aquel salvaje y terrible conquistador que se apoderaba con actos de heroismo de naciones enteras, para no dejar en ellas piedra sobre piedra. Los actos de lejendario valor y de espantosa crueldad fueron sin duda, hijos del fanatismo, pero mostraban una virilidad poderosa y un temple admirable á pesar de sus horrores. Había tras de esa ferocidad sin rival, una idea capaz de sustituir á la de nacionalidad; la de la unidad religiosa. Ahora no hay nada sino desaliento, pesadumbre, quizá remordimiento, en presencia del cambio de los tiempos. Dios y su Profeta han olvidado al valeroso pueblo.

Hay una palabra que no sé como se escribe pero cuyo sonido es igual ó muy semejante al de estas sílabas en nuestro idioma; *iabasch.* Esta palabra significa «despacio, tenga calma, ¿por qué se apura?» ó análogas expresiones. Pues bien *iabasch* es ahora la palabra turca por excelencia. *No se afane usted por nada en este mundo,* es la divisa musulmana. Todo sucederá como Dios quiera, y Dios quiere ver al pueblo indolente mirando pasar los días con una indiferencia melancólica é impotente.

Las tierras permanecen estériles; apenas se cultiva lo indispensable para la vida; las casas descuidadas;

si se abre una grieta en las paredes ó se cae un techo, la grieta se queda abierta y el techo caido.

Ahora destruyen con la indiferencia como antes destruían con el fuego y el acero.

Donde pone la planta un turco, no nace la yerba, dicen ellos mismos, y es la verdad. Talan los campos para vivir y son capaces de cocinar usando como leña las maderas perfumadas de los templos antiguos.

Todo ha caido al empuje de su furor guerrero en los pasados siglos; en Asia, en Africa en la parte de Europa ocupada por ellos, las ruinas son el rastro de su paso. Ningún pueblo ha sido más destructor pues lo que no despedazaba en la guerra, hundía en la paz con la ayuda del tiempo. La Turquía es una nación moribunda. Vive en fuerza de la codicia de las naciones extrañas mantenidas en equilibrio por la tensión de sus ambiciones opuestas. El dia en que se decida el reparto, ó una potencia poderosa rompa el equilibrio, se acabó la Turquía!

Gobierno y pueblo turco parecen estar esperando este acontecimiento. Hay todavía un *Imperio otomano* porque las naciones de Europa no quieren que una de ellas se agrande con los territorios de este Imperio; y los turcos, en posesión temporaria del suelo de su patria, lo tratan como cosa agena. Hacen fuego con las ramas y los troncos de los árboles y no se cuidan de plantar nuevos!

El desaliento ha entrado hasta en los palacios y en las familias. Ya no hay huríes ni odaliscas rodeadas de la poesía y la riqueza de las leyendas. Los serrallos están despoblados, los harems desiertos. El mismo fanatismo se ha debilitado.

Los peregrinos de la Meca que formaban caravanas de cien millares de hombres, van ahora en grupos pequeños al santuario. En una palabra ya no hay sitio en el mundo para este pueblo en decadencia, ni tiene colocación en el concierto humano una civilización envejecida y cuyo fermento y motor, la religión, no es ya una fuerza capaz de dirigir los intereses de las colectividades inteligentes.

El imperio otomano está ocupado en morirse.

He dicho que no tiene ninguno de los atributos de la nacionalidad y voy á mostrarlo.

En Turquía no existe el sentimiento de la integridad nacional; los restos de sus conquistas están pegados débilmente y no amalgamados con la entidad representante de la soberanía. Esta misma es ilusoria ó imperceptible.

No hay cámaras legislativas, no hay Constitución, no hay poder judicial con formas civilizadas; no hay Universidad, no hay moneda uniforme, no hay Correo del Estado, no hay derecho público, no hay leyes codificadas, no hay instrucción sistemada, ni normalidad de impuestos; no hay régimen matrimo-

nial ni familia propiamente hablando y por tanto, no hay Nación!

En el ejército no gozan de sueldo sino los individuos de cierta categoría. La administración no tiene base; es la resultante de un conjunto de costumbres ó tradiciones.

Lo concerniente á la correspondencia es en extremo curioso y podrá verse mejor en un ejemplo.

—Eche usted esta carta al correo, dije al mozo del hotel donde me alojaba.

—¿A qué correo? me contestó.

—Al correo, pues, á la Posta Central.

—No hay posta central, señor.

—Y ¿qué hay entónces?

—Tenemos la posta francesa, la posta inglesa, las posta austriaca, la rusa.....

Después hablando con mi amigo el turco, supe que no había una oficina central bajo la dirección del Estado, porque las postas extranjeras no se avenían á abandonar sus emolumentos, á pesar de las repetidas jestiones del ministerio respectivo para proceder según su derecho.

Una soberanía que no puede ni reglamentar el trasporte de la correspondencia en su propio territorio, no es tal soberanía.

Considerando estos diversos elementos, un sentimiento de compasión se suscita en el ánimo á favor

de esta nacionalidad agonizante y pronta á ser absorbida, y ese sentimiento se acrecienta si se piensa en que los hijos de este pueblo, antes tan poderoso, no tendrán cabida en el mundo sino á trueque de renegar su religión, sus creencias y sus costumbres tan diferentes de las nuestras y con un arraigo tan profundo, que antes de ser abandonadas impulsarán á quienes las observan á perderse en los desiertos y concluir en ellos su vida, huyendo de las leyes civilizadas.

—

La mujer musulmana es un objeto, un mueble; una cosa sometida al capricho del hombre, no tiene voz ni opinión, ni autoridad; no es la compañera, es la esclava.

No come en la mesa de su dueño ni vive en sus habitaciones. Permanece en el harem ociosa y vejetando.

El harem no es lo que muchos se figuran confundiéndolo con el serrallo. Llámase harem á un departamento de la casa destinado á las mujeres y por traslacion de sentido á la parte femenina de las familias· En la casa los hombres viven separados de las mujeres aun cuando sean madres, hermanas ó se hallen ligadas por otros vínculos de sangre.

La existencia del harem no implica pues la posesión de la mujer por el hombre ó la relación sexual.

El hombre, como se sabe, puede tener aquí varias mujeres y dejarlas por un acto de su voluntad mediante ciertas condiciones. La mujer es una cosa que se toma y se deja, sin gran responsabilidad ni trastorno.

¡Qué dirán de esto nuestras damas, ellas tan dominantes y cuya voluntad hace ley!

¡Ellas tan acatadas, tan respetadas, tan queridas, tan mimadas y tan buscadas!

¡A cuántas les vendría bien un pequeño paseo por Turquía para aprender á ser más indulgentes con nosotros, ya que llevamos nuestra complacencia hasta mantenernos cristianos pudiendo hacernos musulmanes!

Hay una gran diferencia entre los antiguos serrallos y los actuales. El serrallo de las leyendas, ya no existe.

La disminución de la Fortuna y del Poder, ha traido la decadencia de estos poéticos y extraordinarios institutos.

Algunos magnates tienen todavía serrallos dignos de mención, pero estos no son ni la sombra de los antiguos.

Las mujeres en los serrallos, no viven en completa comunidad. Cada una de ellas, tiene su departamento y su servicio especial, reuniéndose solo con sus compañeras, para determinados actos: asi

las reuniones tienen lugar en el comedor, en el salón, en las galerías, en el baño ó en los jardines cerrados. Se ocupan de música, de labores, de vestidos, de comer, de dormir, y, sobre todo, de complacer á su amo y señor, según sus órdenes.

Rara vez tienen celos unas de otras; esto se explica, por la educación que reciben y, aun más, por la falta de amor al marido común.

Las rivalidades surjen más bien por causas ajenas á los sentimientos tiernos; nacen de la envidia por ciertas preferencias del amo señaladas con regalos ó distinciones equivalentes.

No crían á sus hijos sino por excepción.

La formación del serrallo del Sultán, obedece á ciertas reglas. Cuando un Sultán muere, sus viudas quedan á cargo del Estado y gozan de mayores ó menores ventajas, según su rango y sus méritos.

El nuevo Sultán tiene generalmente desde ántes de su advenimiento al trono, un núcleo de serrallo; este como es natural, se desenvuelve después, merced á los cuidados de los empleados de palacio.

La doncella más linda del imperio es ofrecida cada año al Sultán. Yo pensaba que esta era una costumbre abandonada, pero aquí me aseguran lo contrario.

He preguntado cómo se hace esa elección y me han referido lo que verá el lector, si se entera del diálogo siguiente:

—Hay se me dijo, un dignatario principal, eunuco, y varios ayudantes al servicio y cuidado del serrallo y además ajentes, mujeres y hombres, encargados de comisiones especiales; estos ajentes numeran, clasifican y elijen las doncellas más hermosas del reino, una de las cuales constituye el regalo del año.

—Eso será si ella quiere, objeté.

—No señor, me respondieron, las mujeres no tienen voluntad, hacen lo que se les manda; ni se les pregunta si quieren ó no quieren.

(¡Oh sabias leyes!)

—Son felices en el serrallo? pregunté.

—Nadie se cuida aquí de si una mujer es ó no feliz y ni ellas mismas lo saben: jamás á persona alguna se le ha ocurrido hacer semejante pregunta. Las mujeres no tienen horizontes ni ambiciones, ni son dueñas de manifestar sus deseos si los abrigan; no viven en el mundo, y cualquiera de ellas encontraría extraño que se le pidiera opinión ó se le preguntara si algo desea; la más atrevida pediría sin duda una golosina, un pañuelo ó un vestido.

—Quieren á su marido, amante dueño ó como quiera llamarle?

– Otra pregunta impropia é inadecuada respecto á la mujer; nadie averigua aquí eso. El amor ó el cariño puede ser una falta de respeto y las mujeres respetan mucho á su señor.

—Y sus hijos.

—A veces constituyen una desgracia pues las rivalidades por la herencia del trono dan lugar á asesinatos ó envenenamientos de las criaturas. Los mismos sultanes suelen tener aprensiones de sus hijos, pues los cortesanos pueden conspirar contra el Sultan, si les agrada el presunto heredero. En este caso se presume que el hijo desea la muerte del padre y éste, por lo tanto no puede quererlo.

Por causas análogas los herederos son objeto de una vigilancia especial á fin de impedirles hacerse de partidarios.

—Y el sultán es apasionado ó indiferente con sus mujeres?

—Generalmente cuando un hombre llega á ser sultán ya está cansado; después se cansa más, pero algunos toman cariño á sus favoritas.

—Nunca hay traiciones ó infidencias de parte de las mujeres del serrallo?

—Eso es muy difícil, pues falta la ocasión. Hace tiempo sin embargo, una joven se halló comprometida. Hecha con la mayor reserva, la averiguación consiguiente, resultó culpable un blanco, eunuco solo en la apariencia,por una anomalía de constitución. Desde entónces no se admite sino negros y aun éstos completamente mutilados.

Callo la continuación de este diálogo relativo á los

eunucos por considerarla impropia en las columnas de La Prensa, aun cuando recuerdo haber visto muchas publicaciones en los diarios, sobre hechos judiciales, más arriesgados y menos curiosos que cuánto podría yo al consignar en mis informes.

---

CONSTANTINOPLA VISTA DESDE EL MAR Y VISTA DE CERCA—SANTA SOFIA—LA MESQUITA DE SOLIMAN EL MAGNÍFICO—CEREMONIA DE LOS DERVICHES—LOS CEMENTERIOS—EL BOSFORO—ESMIRNA—POBLACIONES DEL ARCHIPIÉLAGO—JAFA Y SUS TRADICIONES.

Curiosidades para ver en Constantinopla, como dicen las guías:

Constantinopla; esto no dicen las guías, sinembargo de ser la mayor curiosidad.

Vista del mar es sin igual en el mundo; la mezcla de colores y de sombras, de reflejos y de absorciones de luz ofrece contrastes sorprendentes. Mil edificios alzados en gradación sobre montañas, caprichosas construcciones, minaretes, cúpulas, jardines, cementerios, espacios vacíos, árboles y kioskos, forman un conjunto caleidoscópico inolvidable.

Y al pié de todo esto el Bósforo y el Mármara, profundos, azules, solemnes en su magnitud, capaces de tragarse todas las flotas de los mares para pasarlas al estómago de la inmensa bahía, y á pesar

de esto alegres y bulliciosos, con mil embarcaciones chicas y grandes, lijeras y pesadas, las más, quietas sobre su quilla á plomo, las otras jugando sobre las ondas sin peligro al amparo de las costas elevadas.

Pero si de la síntesis se pasa al análisis, ya es otra cosa.

Comprometiéndose en el interior de la ciudad, la retina que no recibió sino brillantes reflejos y colores subidos, queda ofendida por los cuadros repelentes, las casas ciegas, las calles súcias y estrechas, el desórden, la ruina y el desparpajo.

Constantinopla es la ciudad de los contrastes; ninguna más bella de lejos y más fea de cerca. La mayor parte de sus barrios parece habitada de improviso, tras de un largo abandono y próxima á ser desalojada. Todo, muebles, mercaderías y animales, suscita la idea de una instalación reciente y de un inminente traslado, excepto lo estable que por lo descuidado tiende á quedarse en el olvido.

—

El antiguo serrallo es una construcción desordenada, hecha á pedazos en diferentes épocas; depar-mentos de palacio, mezquitas, jardines y sitios vacíos lo constituyen. La parte abierta al público ofrece el espectáculo de la desolación. Puede entrarse á ella por la Sublime Puerta, un gran arco de

célebre recuerdo para los condenados por delitos políticos, si por ventura recuerdan algo en la otra vida.

Allí se ve el palacio donde moran las viudas del último Sultan, los patios enormes y las demás dependencias; como curiosidad, un plátano secular de algunos metros de diámetro en su tronco.

Santa Irene contiene nueve tumbas bizantinas, dignas de una detenida inspección.

La mezquita de Santa Sofía es una obra maestra. Justiniano pagó á los cientos de arquitectos y miles de obreros cinco mil y tantos quintales de oro por la sola construcción de los cimientos. La forma actual del edificio es semejante á la de muchas mezquitas, pero su magnitud no es comparable sino á la de la mezquita de Solimán el Magnífico. Está constituida por una cúpula grandiosa rodeada de semi-cúpulas de diverso tamaño; adornan su exterior varios minaretes. Enfrente de la entrada hay una ancha, larga y alta galería, cuyas puertas de bronce con bajos relieves son preciosas, ó más bien dicho, eran, pues, según noticias, los cruzados se llevaron una de ellas y las chapas de la otra, creyéndolas láminas de oro. La gran cúpula tiene de diámetro cuarenta y cinco pasos de los míos, medida en su proyección, como cuarenta varas, supongo; su alto es de sesenta más ó menos.

Ocho de sus ciento setenta columnas de mármol, granito ó pórfiro son del templo del Sol de Balbec, otras ocho del templo de Diana de Efeso y algunas por fin de los templos de Heliópolis. Como se vé, esta Mezquita tiene sus pergaminos.

La belleza del templo se degrada por los colgajos de lámparas, globos de cristal y colas de caballo con que los turcos lo han adornado.

Para entrar á él se necesita descalzarse ó ponerse unas zapatillas suministradas por los cuidadores, precaución extraña en presencia de este hecho: los más inmundos pordioseros, peones y mujeres de la última clase, toman como vivienda el templo, se acuestan sobre la estera de su piso ó en rotos y sucios colchones trasportados allí y pasan el dia durmiendo ó gritando. Cuando nosotros hicimos nuestra visita había varios de estos extraños personajes; nadie los incomodaba. En los púlpitos ú otros sitios, se veía también algunos muchachos sentados sobre sus piernas, con el Coran delante, cantando sus renglones con monótona voz; eran estudiantes y futuros sacerdotes; el estudio se suspendía al menor pretexto y luego continuaba como si se tratara de un mecanismo; mientras estudian estos libres alumnos, balancean constantemente la cabeza y el cuerpo al compás de su canto.

La Mezquita de Solimán el Magnífico, es parecida

á Santa Sofía y según algunos, más grandiosa; su cúpula es de igual diámetro pero más alta; el número de sus semicúpulas es mayor. En esta mezquita he visto las velas más grandes del mundo; dos tremendas campanas, colgantes de sendas rondanas, sirven para apagarlas.

Las tumbas de los Sultanes en número de ocho, llenan otra Mezquita; son magníficas. Delante de algunas de ellas en atriles adecuados se reposan varios ejemplares del Coran en pergamino, primorosamente escritos.

Lo sorprendente en todos estos sitios de valor histórico es su estado de abandono; nadie parece ocuparse de ellos.

Un pobre diablo cualquiera sin autoridad ni traza decente, es el único ajente encargado de mendigar dos ó tres cobres á cada uno de los escasos visitantes.

A propósito de las tumbas, el Guía nos contó una historia de envenenamientos horrorosa. Según él ningún Sultán ha muerto de muerte natural. Nos refirió también la anécdota de Rosolana y de la Inglesa. Si alguien se interesa por ese relato, se lo haré cuando nos veamos: bástele por ahora saber que el padre de nuestro Guía fué sastre de un Sultán!

—

Figuran en buen rango entre las antigüedades de esta ciudad, el Hipódromo, la Columna Serpentina, el Obelisco de Teodosio, la Pirámide de Constantino, la Columna Quemada y el Reservorio de agua.

El Hipódromo fué construido á semejanza del circo romano; rodeábanlo dos rangos de columnas y lo adornaban muchas estátuas. De esto nada queda. Los diversos invasores han destruido la mayor parte y han distribuido el resto entre las ciudades de su patria. Ahora solo se ve en la inmensa plaza, la Columna Serpentina metida en un pozo, el Obelisco y la Pirámide.

La columna es de bronce, está cubierta un de óxido verde; representa tres serpientes entrelazadas; era el pedestal del trípode en el templo de Delfos; las serpientes ya no tienen cabeza.

El obelisco de Teodosio vino de Tebas, es de granito y tiene geroglíficos y bajos relieves que revelan su orígen y su objeto.

La pirámide de Constantino se está cayendo á pedazos; uno de estos días va á matar algún inglés contemplador de antigüedades.

Más allá en una calle, se alza la Columna Quemada, llamada así porque muestra los rastros del fuego; es muy antigua también; tuvo según se dice una estátua de Apolo atribuida á Fidias. La estatua

bajó de su pedestal con parte de él durante un temblor.

Todos estos monumentos están destinados á desaparecer.

El Reservorio de agua es un inmenso depósito subterráneo cuya bóveda era sostenida por mil ó más pilares. Ahora está vacio y espantosamente sucio; muchos de sus pilares yacen acostados en tierra. Por lo demás la ciudad no lo necesita pues tiene una buena provisión de excelente agua, merced á lo cual hay numerosos establecimientos de baños y riego abundante. El riego, diré de paso, se hace de un modo original y ridículo; por medio de pipas con cola; la pipa marcha sobre un carro y el cuidador va detrás moviendo la manga en diversas direcciones.

—

Ofrecen uno de los espectáculos más curiosos de este puebo, los Derviches ó sacerdotes. Estos caballeros se reunen una vez cada semana. Nosotros los vimos fuera de su dia gracias á una *representación* ó rezo especial que hicieron en honor del emperador de Alemania.

Extravagante y desagradable es la función. Quince ó veinte hombres barbudos vestidos de mujer, entran á un templo circular; unos se sientan en el suelo al rededor y dos ó más suben á una galería á tocar varios instrumentos. Después de un rato de

música, los de abajo se paran y comienzan á circular por el recinto hasta enfrentar al jefe á quien saludan; en seguida se dan vuelta y saludan al sacerdote de atrás: estos saludos parecen habilitarlos para comenzar á dar vuelta valsando con los brazos estirados; á poco rato todos giran como ruecas sobre su eje ó valsan produciendo un efecto singular; la túnica ó enagua toma vuelo y les dá el aspecto de conos ó embudos con manos y cabeza. Poco á poco el mareo los invade y sus caras se vuelven cadavéricas; se hace visible el cansancio de los brazos, pero no ceden; siguen dando vuelta mientras el director no hace la señal de regla. Esto se repite tres veces con intermedios de música y descanso sentados en círculo; concluido el tercer valse termina la oración. Nada más.

Llámanse estos Derviches *jirantes*, será, traduciendo la palabra *tourneurs*, como les dicen en francés. Hay otros llamados *ahulladores*, cuyas ceremonías ó rezos consisten en dar gritos repetidos y lastimeros hasta quedar sin voz.

¡Vaya un modo de rogar á Dios por nuestras almas!

Yo preferiría decir misa.

—

Despidámosnos de Constantinopla con un paseo por los cementerios y una contemplación del Bósforo.

Hay en Stamboul, hacia el fondo del Cuerno de Oro, una colina llamada el Monte Sagrado, cuya falda está sembrada de pequeñas mezquitas ó recintos cerrados donde se hallan las tumbas de los grandes señores, de los patriarcas, de los dignatarios, sacerdotes y no sé que más. Subiendo la colina á uno y otro lado del camino solo se encuentra tumbas más ó menos íntegras, casi todas descuidadas y en tal número que el ánimo se siente sobrecogido; tumbas por centenares, por millares, por millones. Primero se cree verlas únicamente á lo largo del camino, después se apercibe uno de que todo el monte, desde la base hasta la cúspide, es un cementerio abierto ó una vía pública en todas direcciones cubierta de sepulcros. Muchas lápidas ruedan por los senderos ó interceptan el paso.

El circuito parece abandonado desde largo tiempo, pero no es así, pues á cada momento se tropieza con una tumba reciente á flor de tierra. Como los turcos no usan en sus cementerios al aire libre, según yo los llamo, cruces, rejas, nichos, ni más ornamentos que una piedra parada, los enterratorios tienen una fisonomía singular y afligente. Uno se imagina que los cadáveres están expuestos á ser comidos por los perros.

De lo alto de este monte y desde las vecindades de la muerte, el panorama de la vida al alcance de

los ojos es admirable. La doble ciudad se destaca y se ofrecen á la vista Pera y Stamboul, el mar, sus buques y barquillas, los puentes llenos de carruajes, animales y gente, un pedazo de la costa de Asia, los minaretes donde los sacristanes hacen el oficio de campanas llamando á gritos ó con ahullidos á los devotos, las cúpulas de las innumerables mezquitas y por fin las murallas y los compactos cipreses de un verde triste y deslustrado, apuntando al cielo con el vértice agudo de su cono fúnebre.

Bajando la colina, las tumbas acompañan al transeunte hasta la calle, entran con él en ella y siguen por un largo trayecto alternando con las casas, mezclándose con ellas, sirviendo de asiento á lo largo de las veredas y muchas desmoronándose sobre la vía pública ó poniendo sus lápidas en lugar de lozas ó adoquines.

Nadie creerá esto y sin embargo yo sé, siento, veo que mi descripción está muy abajo de la realidad. Los muchachos vagos andan por los cementerios jugando en los sepulcros, porque los cementerios y los sitios sin dueño son todo uno.

—

Desde la ventana de mi Hotel se vé el Bósforo y la costa del Asia. Veo la rada y la costa iluminadas para festejar el nacimiento de Mahoma. Más tarde el silencio sepulcral de las ciudades orientales

solo es interrumpido por los golpes secos del bastón sonoro de los guardianes nocturnos, sobre las piedras; golpes repetidos y alarmantes, cuyos écos llegan á los oidos como una noticia funesta. Las estrellas en el cielo sereno cambian sus miradas de plata con las luces amarillas de los buques; las aguas se mueven á veces sacudidas por el remo de algun botero retardado, dejando oir sus tonos metódicos y la imaginación se pierde siguiendo las sinuosidades del mar angosto, parándose en los palacios, serrallos, jardines y bosques deliciosamente encantadores de las orillas del Bósforo, donde tantas cosas sucedieron desde las oscuridades de la historia, y hundiéndose por fin debajo las ondas del Mar Negro tras de un recuerdo, de una esperanza ó de una vaguedad sin forma ni sentido.

—

El Lloyd austriaco, á más de otras compañías hace la navegación del Mediterráneo. Un buen vapor el «Austria», salía de Constantinopla el día del nacimiento de Mahoma para Alejandría; en él nos embarcamos después de escrita mi carta anterior, con destino á Jafa, puerto vecino á Jerusalem. La fiesta de Mahoma en Constantinopla no me pareció tan celebrada como lo es entre nosotros la Natividad; no obstante, el Sultán debía asistir ese dia á la Mezquita y habría otras demostraciones.

La belleza del Bósforo no compensa cuanto tiene de sucio y feo el camino al puerto por entre calles estrechas, pendientes é impracticables. La navegación por el archipiélago es interesante y en parte preciosa, lo último porque sí, y lo primero por que se toca una porción de islas y sitios históricos y célebres en las leyendas griegas. Nosotros tocamos en Galipoli en las Dardanelas entrando en una estrecha y linda bahía; en la isla de Tenedos, donde los griegos conferenciaron antes de abandonar el sitio de Troya; en Metilena ó la antes llamada Lesbos, rival de Atenas en ciencias y artes, cuna del marimacho sublime Safo y desembarcamos por fin en Smirna donde escribo estas pájinas después de haber visitado la ciudad grande, poblada, súcia, como corresponde á su carácter oriental, llena de camellas y de vendedores de tapices de París con el nombre de Smirna. La bahía es hermosa y el mar se está ahí quieto como es propio de un brazo que se ha entrado tierra adentro; la ciudad ocupa la falda de una colina, y hace arco en el borde de la bahía; el terreno del puerto ha sido ganado al mar por una compañia francesa; ella ha construido en el muelles, vías férreas, depósitos y otras obras accesorias transformando esa parte de la ciudad á tal punto, que ni pariente parece del resto por su aspecto europeo. Numerosos buques acuden á Smirna de

todas partes del mundo y se acomodan unos al lado de otros tocándose casi, atados por la popa á la costa. Al ver las ventajas de un puerto semejante me acordé del nuestro! En el de Smirna se pasa á pié de las calles á los vapores de más alto bordo. El puerto está defendido por una fortaleza colocada á la entrada del brazo de mar, Tanto esta, como las otras ciudades de oriente, va transformándose bajo la influencia europea y la impotencia ó más bien humanitaria tolerancia de los turcos.

—

Llegamos á Jafa. La travesía desde Smirna nos ha proporcionado el placer de mirar ó visitar según el caso, los siguientes puntos, cuyos nombres encontrarán ustedes en su memoria si recuerdan los tiempos universitarios y las épocas de los exámenes.

*Chio*, la más famosa y rica del archipiélago antes de la asoladora dominación de los turcos.

*Rodas*, cuyo solo nombre es un pequeño poema, y á quien únicamente en honor de sus antecedentes históricos, puedo perdonar su mar agitado, autor y culpable del más horrible rolamiento que navío alguno haya sufrido, balanceo aguantado veinte horas por los pasajeros del «Austria» en esta detestable sección del Mediterráneo.

*Limasol,* muy poblada y célebre en otros tiempos, á cuyo puerto llegamos en buena hora.

*Larnaca*, patria de Zenón y poseedora además de otros certificados de buena conducta histórica.

Los dos puntos mencionados últimamente están en la costa de la isla de Chipre, donde Venus hizo y hace de las suyas. Un inglés, sostiene un autor, se atreve á viajar por todo el mundo sin sentir la menor impresión amorosa, pero no responde de sí mismo si le obligan á bajar en Chipre cuyas mujeres son altas, elegantes, delgadas, flexibles, primorosamente dotadas de cabello, cuyo largo les permite usarlo como manto de encaje durante los ardores del verano y poseedoras por fin de unos ojos capaces de enloquecer á la misma fria y vieja Gran Bretaña. Las chipristas embarcadas en nuestro buque no respondían por cierto al retrato del inglés, siendo muy inferiores á cualquier porteña en igualdad de condiciones.

*Beyrout*, antiquísima ciudad, sitio de batallas y excaramuzas desde los tiempos más remotos, actual residencia de muchos ingleses y franceses, cuya acción va dejándose sentir. De lejos, Beyrout como casi todas las ciudades orientales, parece una joya; de cerca es otra cosa; tiene su bazar infame, sus calles como zaguanes, sus camellos cargados que las llenan obligando al transeunte á guarecerse en alguna puerta, y su corte de mendigos. En compensación posee algunos jardines, bosques y puntos

de vista encantadores en las vecindades de sus estremos. Las flores son muy fragantes y las frutas sabrosas y perfumadas. De Beyrout á Damasco hay un camino de carruaje recién construido por una compañía francesa.

—

El puerto de Jaffa es, con mal tiempo, peor que la alta mar en tempestad y peligroso aun en sus bonanzas; las olas son altísimas, brutales y pendencieras; las que vuelven de la costa después de haber chocado con las rocas y lanzado su cabellera de espuma hasta las nubes, se agarran á brazo partido con las recién llegadas del mar y pobre del bote ó buque lanzado en esas escabrosidades! Solo el grande arrojo y la práctica increible de los lancheros árabes pueden hacer posible el desembarque en Jaffa y eso no siempre; pues muchas veces los buques se ven obligados á llevarse el cargamento y pasajeros por no poder ponerlos en tierra. El dia de nuestra llegada el mar estaba tranquilo según la opinión corriente en el puerto; sin embargo el bote andaba por los cielos ó en los abismos alternativamente y solo el grito animador y furioso de los lancheros, pudo darnos una vislumbre de esperanza respecto á la posibilidad de tocar la costa.

En fin, ya estamos en ella, y aun cuando todavía me parece que algo se mueve bajo mis plantas,

recuerdo con cierto placer el malestar y el peligro pasados.

Jaffa tiene varias casas de comercio importantes, dos ó tres buenos hoteles y otros edificios, como muestra de una nueva era.

No quiero mencionar entre estos, la casa de Simón el tintorero, donde San Pedro tuvo su visión ó audición más bien, mientras oraba. Ella está compuesta de dos piezas, un patio y un pequeño espacio techado como nuestros corredores de campo. Algún individuo en el último estado de miseria debe vivir en los históricos cuartos, pues todo cuanto en ellos se veía en el momento de nuestra visita era un colchón y varios andrajos tirados en el suelo.

La tradición ha tomado por su cuenta á Jaffa y no la deja tranquila ni medio siglo. Según ella fué en el puerto de Jaffa donde Noé construyó el arca. Jaffa en verdad es el puerto más viejo del mundo y bien pudo servir de astillero á Noé; pero si el mar era tan alborotado como ahora, mucho trabajo debió tener este ingeniero naval. Dice también la tradición ó el evangelio que allí San Pedro resucitó á Tabita, que allí se embarcó el profeta Jonás ó Jonatás para ser tragado por una ballena y restituido á la tierra en las vecindades del mar Negro y por fin, Plinio refiere que en su tiempo se veía aún en el puerto de Jaffa un pedazo de la cadena de

Andrómeda. La foja de servicios de esta localidad es por lo tanto, muy notable, aun sin añadir hechos más frescos, como la toma de Napoleón y las barbaridades relacionadas con ese suceso: asesinato de cuatro mil prisioneros, envenenamiento de cientos de enfermos y otras lindezas, según los ingleses.

Pero Jaffa tiene otro mérito mayor, el de ser el puerto casi obligado de Jerusalem.

Debido á esta circunstancia probablemente y á su comercio, la población y el movimiento de Jaffa crecen rápidamente, y no será extraño verla convertida en pocos años en una ciudad grande y floreciente.

Se piensa construir un ferrocarril de su puerto á Jerusalem; la obra será costosa pero los cristianos pagarán el interés del capital viajando por ella. Así darán un empleo más útil á su dinero distrayéndolo de la bolsa de San Pedro, una bolsa sin fondo, á juzgar por los hechos.

Muy bien señor Director; escribiré á V. mi próxima carta desde Jerusalem.

JERUSALEM—MEDITACIONES — UNA OMISIÓN DE LA PROVIDENCIA—TOPOGRAFÍA—DIVISIÓN EN BARRIOS—ASPECTO DE LAS CALLES—LAS TIENDAS Y LA CASAS—LAS SIETE PUERTAS DE LA CIUDAD—LA OFICINA DEL CORREO Y TELEGRAFO—LAS IGLESIAS, LA CASA DE ANANIAS, EL CENACULO, LA TUMBA DE DAVID, EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO—A LAS PUERTAS DEL SANTO SEPULCRO.

Estamos en la segunda mitad de Noviembre.

La noche está clara y helada; la luna comienza á anunciarse iluminando un punto del horizonte; el viento recién llegado de las montañas de Judea, sopla rumorosamente en las calles y en los patios mandando sus tonos musicales á través de las puertas delgadas y de las ventanas indefensas.

La ciudad de David, de Salomón y de Jesucristo yace enterrada bajo las plantas de la modesta aldea, la moderna Jerusalem, durmiendo el sueño eterno, arrullada por el canto monótono de la historia que repite su nombre en los más lejanos confines de la tierra.

La escena es triste y desolada. Los judíos en su barrio fangoso y oscuro celebran silenciosamente su sábado. Las campanas de las iglesias católicas están calladas, en tanto que los cristianos se preparan para oir su misa del domingo en el templo del Santo Sepulcro, convertido en posada por unos cuantos peregrinos que duermen acostados en sus escaños ó sobre la tumba de los cruzados, esperando la madrugada del nuevo dia para asistir al oficio divino á las cinco de la mañana.

Ni una alma en las calles, ni una luz en las casas, ni una voz que destruya el uniforme silencio. La población recogida guarda el secreto de su existencia.

Uno que otro camello fatigado, estirando el pescuezo, pernocta en la vía pública, aplastado en la tierra sobre sus rodillas callosas y balanceando melancólicamente su largo labio pendiente, con el aspecto de una inconsolable aflicción.

No hay río que corra ni árboles que se muevan, ni aves que vuelen, ni hombres que caminen, ni siquiera perros que ahullen.

Imposible encontrar en el lúgubre espectáculo las impresiones que la historia y la leyenda sembraron en los corazones de todos los viajeros. Los ojos buscan en vano donde saciar la sed de emociones alimentadas durante tantos años, y el oido espía

los más leves ruidos para darse el pretexto de avivar el recuerdo de la más fecunda trajedia que la humanidad relata.

El sentimiento de la desproporción invade y sin querer se compara los inolvidables estremecimientos de la infancia y de la juventud, forjados en la familia ó en la escuela, á favor de la sagrada historia, con el efecto actual de un escenario mudo, despojado de toda poesía, pobre de formas que respondan á la esperanza fomentada y envuelto en una vulgaridad extraña compuesta de elementos dislocados é incongruentes.

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! ¿Dónde está el Jerusalem de los sueños mezclados con el llanto de las vivas amarguras, de los eternos y dolorosos recuerdos? El Jerusalem visto en las noches largas del océano, á través de las bulliciosas ciudades, ó sobre los trenes sacudidos que conducen al viajero de las apartadas tierras para visitar los viejos monumentos y los sitios sagrados de las primeras partes habitadas!

Los siglos han pasado sobre los siglos dejando como sedimento en los corazones de mil millones de cristianos la pesadumbre de los grandes trastornos, traída por el relato de las luchas horrendas, de la batalla sin fin, de la crueldad impía, consecuencia del conflicto social suscitado al rededor de la Cruz.

La sangre derramada en toda la superficie de la tierra enrojecería los mares. Ninguna comarca ni nación alguna en el largo período de diez y ocho siglos, ha dejado de sufrir la repercusión de la terrible contienda. Cien generaciones han nacido á la vida y han entrado en el sepulcro de los tiempos, mientras los hombres de todas las creencias y de todas las razas, han mantenido la lucha secular en medio de la perenne matanza.

Los pueblos se han echado sobre los pueblos para despedazarse, los tronos han caido, los Imperios se han destruido. Sembrados están los desiertos con los huesos de los misioneros; la atmósfera fué mil veces oscurecida por el humo de las hogueras en que se quemaba á los hereges.

La Europa ha sido un campo de batalla antes, durante y después de la Edad Media; el Asia legendaria se ha despoblado; la América ha sido conquistada en nombre de la Cruz y sus primitivos habitantes fueron ahogados en su propia sangre.

El Africa ha visto sucumbir el colosal poder de los Egipcios, y de la espantosa trajedia que ha llenado el mundo, enjendrada por los acontecimientos de la pequeña y pobre Judea, solo quedan como enseña en la cuna del cristianismo, unos cuantos montones de ruinas, diseminadas en las soledades de Palestina, y encerrada entre murallas ahora irri-

sorias, una aldea miserable llamada Jerusalem, habitada por grupos destrozados, socialmente inorgánicos, desnudos de ambición y de esperanzas, extraños los unos á los otros, agenos al sentimiento de nacionalidad y en la cual cada individuo parece vivir de tránsito, huérfano de todo propósito, sin porvenir ni antecedente.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Jerusalem está en poder de los turcos. Unos cuantos de ellos guardan las puertas del Santo Sepulcro, hacen su café dentro del templo y fuman sus interminables narguillas, sentados en una tarima á dos varas de las tumbas de Godofredo de Bouillón, de Balduino y de los demás caballeros Cruzados que vinieron hace algunos siglos á conquistar para la cristiandad la tierra santa.

—

La distancia entre Jaffa y Jerusalem se salva en diez ó doce horas, en carruaje, con la más grande facilidad y la mayor comodidad, durmiendo en Ramleh, en un buen hotel, si el viajero quiere, ó haciendo la jornada en un dia. Ramleh es una aldea espantosa de sucia y de pobre, como otras varias situadas en el trayecto.

El camino, antes casi impracticable, es ahora una magnífica carretera por entre montañas, muy bien calzada en los despeñaderos y valles y con varios

cortes costosísimos, perfectamente ejecutados, en algunas eminencias. Reclama esta obra un elogio para el gobierno turco.

Arido y desolado es el panorama; no se vé sino rocas, promontorios y hondonadas sin agua ni verdura, y solo de tiempo en tiempo, un montón de casas formando una aldea que semeja un grupo de ruinas por el color uniforme de tierra de los techos y de los muros.

La razón fundamental de estas tristísimas realidades es la falta de agua, por omisión de la Divina Providencia, que condena al pueblo de Judea, es decir, al elegido del Señor, á morirse de sed, soñando desde Abraham con manantiales repentinos como el de la roca tocada por Moisés, con valles fértiles, como la tierra prometida y con pastos abundantes para los ganados hambrientos.

Viajando por Judea se comprende muy bien la Biblia y se vé la lucha por la vida de un pueblo sin vejetación y sin agua.

—

Jerusalem se halla situada en una depresión relativa de un terreno limitado por varias colinas. La misma depresión no forma una planicie, pues tiene alturas y hondonadas notables. Las alturas se llaman Monte Sión, Monte Moria, Monte Calvario, Acre y Betzeta; las hondonadas llevan el nombre de valles.

Cada una de las colinas mencionadas ha recibido también el calificativo de *monte* de orígen bíblico. Yo he contado cinco bien perceptibles y separables desde las alturas del Monte de los Olivos, llamadas según me dijeron después, el Monte Escopa, el de los Olivos, el del Escándalo, el del Mal Consejo y el de Geon, donde está nuestro hotel. Estas colinas forman un círculo imperfecto al rededor de la ciudad, la cual vista desde cualquiera de ellas, presenta un aspecto agradable.

Los límites naturales y los datos históricos, muestran que jamás Jerusalem fué más grande que ahora, y si se añade á eso el dato de la falta de agua, pues toda la consumida por la población es la de las cisternas, desde tiempo inmemorial, se dá con la causa de su limitada extensión.

En Jerusalem no hay río ni lo hubo nunca; entre el monte de los Olivos y el de enfrente, el Moria, en que comienza la ciudad por ese lado, corre durante las grandes lluvias, un torrente hasta precipitarse en el mar muerto.

Concluida la lluvia concluye el río, y la población queda atenida á sus cisternas, de las cuales hay centenares, construidas en todos los tiempos desde las épocas primitivas hasta la fecha.

La ciudad está dividida nominalmente en barrios; cada barrio es habitado por diversos creyentes; así

existen: el barrio de los cristianos, el de los judíos, el de los armenianos, el de los turcos y no sé que otro más. Las calles, dado el caso que pueda llamárseles así á los callejones tortuosos y sucios destinados al tránsito, son intrincadas y raras; en muchas partes están cubiertas de bóveda, por lo que toman el aspecto de galerías pertenecientes á un solo y grande edificio. En varias partes sobre las bóvedas hay casas habitadas.

Las tiendas ó sitios de venta, parecen cuevas ó grutas; no tienen sino una puerta y muchas son escavaciones en la peña.

Nada más curioso que las casas de familia y lo son casi todas las de intramuros. La entrada es un agujero pequeño al cual sigue un corredor más ó menos tortuoso; las habitaciones están diseminadas sin orden ni plan, en diferentes niveles y direcciones. En la azotea, cuando la hay, el parapeto se halla provisto de aberturas circulares, dispuestas en séries de triángulos formados por ellas; por estos agujeros las mujeres pueden mirar sin ser vistas y tal es el objeto de semejante originalidad. Las piezas de recibo tienen pocos muebles, siendo los principales algunas sillas, escaños, tarimas ó divanes colocados á lo largo de los muros.

Pesado sería hacer una descripción de carácter general; por lo tanto prefiero referir lo que he visto

en el órden de mis escursiones, salvando antes una duda en el ánimo del lector.

He calificado de aldea á Jerusalem, y lo es; pero esto no se aviene en apariencia con su importancia histórica ó legendaria, si ha de tomarse como verdad que jamás fué de mayores dimensiones.

Las dos cosas son sin embargo exactas; Jerusalem es una aldea y Jerusalem, sin haber sido nunca más grande tuvo en los antiguos tiempos una importancia colosal. Esa importancia no fué debida á su tamaño, sino al lustre de sus reyes y á las aptitudes especiales y los móviles de sus habitantes. Además, las magnitudes, las riquezas y la potencia son siempre relativas y un espejo en el templo de Salomón pudo hacer correr para mirarlo á todos los magnates del Asia, sin ser por eso más que una lámina de vidrio ó metal pulido.

El primer dia de nuestra permanencia, entramos por la puerta de Jaffa, situada junto á la Torre de David, una construcción cuadrangular que ahora no responde á nada, y seguimos por la calle del nombre de este rey hasta el Correo.

La ciudad tiene siete puertas llamadas de Damasco, de Jaffa, de Sión, Dorada, de San Esteban, de Herodes y de las Basuras, según la tradición ó los sitios á donde conducen.

La oficina de Correos es una inmunda cueva,

semejante al sótano de una prisión; tiene dos piezas con una puerta y una ventana para las dos; la puerta ha sido de alguna cocina; está negra y desarmada; ha tenido durante su larga carrera nueve cerraduras, cuyo rastro queda como un estigma; ahora solo tiene por fórmula un cerrojo.

El oficinista estaba descalzo, sin camisa y con un sobretodo á raiz de las carnes. Los timbres y los sellos son guardados en un baul, especie de arca de napolitano, colocado en un rincón oscuro. Una caja pequeña, verde, fijada con clavos y cuerdas á la pared en un zaguán, es el buzón.

La oficina del telégrafo es otra pieza de condiciones análogas á las anteriores. Un solo hilo ético, trepado sobre palos tísicos, llega á Jerusalem, como un anuncio de la civilización de otros mundos.

Después fuimos á la Catedral, una linda iglesia donde oimos una misa cantada, con toda la devoción de los buenos cristianos. Esa misa, lo espero, hará olvidar en el cielo mi participación en las leyes de Registro y Matrimonio civil, de Instrucción laica y demás medidas en favor del Patronato argentino.

Pasamos al Convento armeniano y vimos la Iglesia de San Jaime y la tumba de este mártir; á más un cuadro que lo representa con la cabeza cortada. Visitamos también el museo del mismo convento; llámanle así á un salón vacío en uno de cuyos muros

hay un cocodrilo colgado, relleno de paja, viéndose en dos armarios unas cuantas ollas, caracoles y fetos. Este museo me hizo acordar á una tras botica de Quilmes.

Luego fuimos á la casa de Ananías, ahora Iglesia; allí está la piedra que cubría el sepulcro de Cristo, sirviendo de altar. Se vé el sitio, al presente un pequeño reducto, en donde estuvo detenido Jesús, después de haber sido tomado en el Huerto, y afuera, en el patio, el lugar en que San Pedro negó tres veces á su Maestro, en premio de lo cual fué nombrado por el Padre Eterno, portero del cielo. Ya se ve, hasta en la otra vida, la mejor recomendación de un portero es saber negar á su amo. Figura también el gallo, cómplice del señor D. Pedro, sobre una piedra, reliquia conmemorativa del hecho.

En el mismo recinto, á la derecha é izquierda están las tumbas de los patriarcas armenios.

Visitamos el Cenáculo: un salón espacioso, cuya bóveda es sostenida por dos columnas; allí hizo el Salvador del Mundo su última cena; el mármol del sitio que ocupaba, se conserva.

Por una pequeña escalera del salón, se sube á un recinto donde figura la reproducción de la tumba de David, grande sarcófago cubierto por un paño de seda de bandas rojas, amarillas y verdes. El verdadero sepulcro, está debajo de su fac-simil, sustraido

á la vista del público, por la decisión de los mahometanos.

Luego fuimos al Convento de San Francisco y asistimos en la iglesia del Salvador, á la bendición dada solemnemente, en medio del humo del incienso y los cantos de los fieles. Esta iglesia es de una bella construcción.

De allí pasamos al templo del Santo Sepulcro, objeto y fin de la peregrinación de millares de cristianos que, de todas partes del mundo, vienen á rendir su culto á Jesucristo, en la ciudad de su pasión y de su muerte.

Cualquiera que sea la intensidad de las creencias ó el indiferentismo de un hombre, le es forzoso experimentar una extraña y viva impresión al acercarse al sitio venerado por tantos millones de creyentes.

Prescindiendo de toda emoción religiosa y olvidando las controversias de las sectas y de las escuelas, la narración secular de los hechos conexos con la vida y la muerte de Jesucristo, deja un sedimento en el alma que germina en presencia del escenario donde los acontecimientos fundamentales de la religión cristiana tuvieron lugar. La atmósfera de Jerusalem está penetrada para el viajero de un aura religiosa y nadie puede sustraerse á las situaciones de ánimo que ella suscita.

Al aproximarse uno á la iglesia del Santo sepul-

cro, instintivamente se prepara á un acto solemne, y al dar los primeros pasos en el recinto bendecido, una conmoción extraña, melancólica y dulce se difunde en lo íntimo del sentimiento..................

..................................................

Mañana continuaré dándole datos sobre el templo y lo más interesante de esta apartada ciudad.

---

## LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO Y OTROS SITIOS SAGRADOS, ENTRETENIDOS È HISTÓRICOS—LA TRADICIÓN LO EXPLICA TODO.

Mi carta anterior nos deja en el Santo Sepulcro, á las puertas del templo, cuyo atrio solo conserva tres ó cuatro troncos de columna, como árboles hachados cerca de su raiz.

Causa una desagradable impresión ver á los guardianes turcos preparando su café y fumando sus pipas en la parte interna de la Iglesia, tras de la puerta interior, y á las peregrinas andrajosas acostadas ó durmiendo en posiciones estravagantes sobre los sepulcros venerados.

Tres clase de cristianos se han repartido el dominio de la Iglesia: los latinos, los griegos y los armenios, y cada grupo tiene en todas partes su representación.

Si hay en un paraje seis velas, dos son de los armenios, dos de los latinos y dos de los griegos: lo mismo sucede con las inscripciones, con los altares y demás objetos del culto.

Lo primero que se ve en la Iglesia es la piedra de la unción en medio de columnas y de hachones; penden sobre ella ocho lámparas de oro; en esta losa las santas mujeres untaron con aceite y bálsamo el cuerpo de Jesús antes de sepultarlo. A la izquierda, marcado por una piedra rodeada de rejas, está el sitio que ocupaba la Vírgen María durante la unción.

En el lado opuesto, enfrente, señala un círculo de piedra el sitio en que apareció Jesús á la Magdalena después de la resurrección; más allá hay una capilla y un altar: allí figura un pedazo de la columna de la flagelación; es una piedra negra cuyo color y diámetro se ve por un agujero practicado en su envoltorio metálico; yo metí la mano y toque la piedra; la capilla ocupa el recinto donde Jesús apareció á su madre después de muerto. Al lado, en una sacristía, se conserva la espada, el collar, la cruz y las espuelas de Godofredo de Bouillón; sirven estos utensilios para armar caballeros. Se vé en seguida un altar con reliquias de varios santos; una capilla con el pequeño recinto ocupando el local donde permaneció durante tres horas Jesucristo antes de la crucifixión, y cerca de ese, otro lugar con dos agujeros en el piso, señalado por los griegos como el auténtico en vez del anterior; los dos agujeros marcan la posición de los piés.

Sigue una capilla llamada de Lonjinos; marca el punto en que este hizo penitencia después de su lanzazo; luego el paraje donde echaron á la suerte á quienes tocarían los vestidos de Cristo.

Bajando unos cuantos escalones, siempre siguiendo el círculo al rededor del centro de una rotonda, se entra en la capilla de Santa Elena; allí estuvo ella dirigiendo ó vigilando á los trabajadores empleados en sacar la cruz, cuando se descubrió el lugar donde se hallaba, actualmente convertido en una especie de gruta á la cual se baja por una escalera de la misma capilla; esta gruta recibe luz de una ventana situada en la parte por la cual la santa miraba practicar la escavación mandada ejecutar por ella misma, y vió extraer la verdadera cruz.

Continuando, se encuentra el altar del buen ladrón y una columna pequeña de piedra negra, en que estuvo sentado Jesús mientras le pusieron la corona de espinas.

Luego se sube á la capilla del Monte Calvario; allí se vé á la derecha el sitio en que clavaron á Cristo en la cruz, y á un lado adelante, el espacio desde el cual María presenció el acto; á la izquierda la roca perforada en el punto en que fueron colocadas las cruces de Jesús y los ladrones, y hendida en varias direcciones por el temblor de tierra consiguiente á la crucifixión. Las perforaciones y las

hendiduras están al alcance de la mano; yo las toqué en todas direcciones.

Bajando del Monte Calvario y continuando, se encuentra la capilla de las tumbas de Godofredo y de Balduino á los lados, y en el fondo la de Melchisedech; señálase también en este recinto el punto por el cual nuestro padre Adan asomó la cabeza en el momento de la muerte de Jesucristo; un cuadro con el retrato del cráneo y tibias de Adan determina ese punto.

En dirección opuesta se hallan las tumbas de José Arimatea y Nicodemus. Algunos muestran allí una piedra colocada en el lugar donde estuvo alguna vez Moisés; pero esto no es auténtico.

Todos los parajes y objetos mencionados, rodean al monumento del Santo Sepulcro. Este ocupa el centro de una gran rotonda, de cúpula elevadísima y grandiosa, sostenida, junto con la galería en que reposa, por dieziocho columnas, cuyos espacios intermedios ostentan en lo alto preciosas lámparas.

El sepulcro es una sencilla construcción: su puerta es pequeña; encima de ella se vé las inscripciones correspondientes á los tres grupos ya nombrados y á uno y otro lado, doce velas colocadas en candelabros; cuatro de estas velas son de los armenianos, cuatro de los latinos y cuatro de los griegos.

El interior se halla dividido en dos partes: una

en donde está el sepulcro, y la otra donde el ánjel anunció la resurrección. El recinto del sepulcro es muy pequeño: apenas caben en él cuatro personas; el sarcófago forma una especie de altar bajo, cubierto por dos piedras cuadradas de mármol; penden sobre él, cuarenta y cuatro lámparas de oro regaladas por los fieles, entre los cuales figuran reyes, príncipes y emperadores. Una inscripción, colocada sobre la pequeña puerta, dice que fué abierto en 1810, precisamente el año de nuestra independencia.

Las piedras de mármol están gastadas por los besos de los fieles, y con frecuencia mojadas con sus lágrimas; algunos ponen sobre la tumba rosarios, imágenes ú otros objetos para recojerlos en seguida, ya con el mérito de haber estado en sitio tan venerado. Yo puse mi medalla de la fiebre amarilla.

Ocupa el centro del otro recinto una columna cuadrangular, como del alto de una vara; allí tuvo lugar la Anunciación. En las paredes laterales se ha practicado dos aberturas una para los griegos, y otra para los armenios, siendo la puerta para los latinos; con el objeto de hacerles presenciar el descenso del fuego sagrado de los cielos en un dia determinado. Superchería tan ridícula es indigna de nuestros tiempos é impropia del santificado monumento, gloria y objeto del culto de millones de hombres.

Ocupa el resto de la iglesia el departamento de los griegos: el más rico y lujoso del templo. Marca allí el centro del mundo una esfera colocada en el piso en frente del altar.

No he encontrado á quién preguntarle qué entienden por centro del mundo estos caballeros.

—

Cualquiera se sorprende á primera vista de que en el recinto de la actual iglesia se hayan reunido tantos sitios históricos. Yo que no soy de los más crédulos, he meditado sobre esto y creo ahora, no solo en la posibilidad y probabilidad de ello sino también en su realidad.

En primer lugar, los sitios señalados no son los verdaderos; son la proyección de estos sobre una superficie unida, el piso de la iglesia. Todas las escenas de la crucifixión pasaron en el Monte Calvario, y al rededor de la cruz, y cerca de ella.

La autenticidad del sitio de la cruxifición, no puede ser puesta en duda. Los parages fueron señalados á la madre de Constantino, cuando los recuerdos estaban relativamente frescos, y por quienes conservaban y tenían interés en conservar la tradición, añadiéndose á esto el carácter de la investigadora por la autoridad que investía. Nadie duda de la autenticidad de los monumentos egipcios, por ejemplo, cuatro veces más viejos que nuestra era,

¿porqué dudaríamos de la de peñas y montes, cuya estructura no ha podido cambiar?

En la iglesia del santo sepulcro hay, pues, sitios y objetos auténticos, pero no todos tienen ese carácter; por ejemplo:

El Monte Calvario es realmente el del tiempo de Jesucristo, pero el agujero de la cruz y las rajaduras de la peña atribuidas al temblor, son obra humana y posterior. El sitio donde se hizo la unción, es probablemente el verdadero, pero la losa no lo es, ú ofrece serias dudas por mil razones de larga dilucidación.

Nada importan, sin embargo, estas variaciones para los creyentes y mucho menos para los incrédulos.

Va de suyo que lo de la cabeza de Adan es una pura invención, inútil y contraproducente.

—

De la iglesia del Santo Sepulcro pasamos á visitar las ruinas del hospital de los Caballeros de San Juan. Lo más admirable en ellas es la colosal cisterna, en la cual se practica escavaciones actualmente; consiste en una arquería subterránea que abarca todo el patio y este era inmenso. Muchos de los muros del hospital quedan en pié, pero el visitante no puede hacerse por ellos una idea del plan del hospital.

—

Al dia siguiente, dos burros jóvenes y chicos, nos esperaron matinalmente en la puerta del hotel; montamos en ellos y echamos á andar por las calles de Jerusalem, debidamente arreados por un árabe de la más pura raza.

Así llegamos á la puerta de Damasco, entramos por ella, seguimos por calles estrechas, sucias y cuajadas de gente, vimos varios sitios históricos, atravesamos el antiguo bazar de algodones bajo sus galerías y seguimos por ellas hasta el límite de los dominios del Monte Moria, ocupado en su totalidad por la más celebre Mezquita de Omar y por sus dependencias.

Hay un recinto inmenso rodeado en parte por muros con arquerías libres; en varios puntos, pequeños pabellones; en frente, á lo lejos el monte de los Olivos; en la gran plataforma la Mezquita construida, dicen, sobre los restos del templo de Salomón; á un lado de esta una gran glorieta llamada el Tribunal de David con su linda cúpula de cuyo centro pende una cadena encargada por el Dios de Israel, de bajar cuando David acertaba en su sentencia ó quedarse quieta si era injusto.

Antes de entrar á la Mezquita, y en el mismo tribunal de David, nos hicieron descalzar y ponernos otros zapatos llevados expresamente para el caso. La Mezquita es una grandiosa rotonda, cuyo circuito

está formado por dos séries de paralelepípedos y columnas en número de catorce las exteriores y doce las interiores. El cielo raso de la galería, entre los dos rangos de columnas se halla brillantemente pintado con vivos y variados colores; los arcos, arriba son de fino mosáico pintado en la madera tallada.

La gran cúpula de la rotonda es de madera, pintada en lo interior y de plomo en el exterior. Los muros están forrados de mármol cuyas vetas han sido casadas y forman artísticos dibujos. Tiene la rotonda cuatro puertas que se abren á los cuatro vientos: en frente de una de ellas, en el piso haciendo parte de la galería interna, se ve una piedra con tres clavos de cobre y los agujeros correspondientes á quince ó diez y seis; estos clavos marcan las épocas de la existencia del mundo; cada cierto tiempo cae espontáneamente uno; así han caido ya quince ó diez y seis; cuando caigan los tres restantes ¡aquí paz y después gloria! el mundo habrá concluido.

La puerta mencionada se llama Puerta del Paraiso, destinada á dar paso á las almas de los justos hácia el cielo de Mahoma, un cielo más humano que el nuestro y más bien concebido, un cielo en el cual los felices mortales admitidos encontrarán huríes bellísimas y complacientes como mujeres parisienses, banquetes diarios con carne de cerdo y vinos y demás cosas prohibidas á los mahometanos en la tierra.

Item más, en ese cielo la juventud de cada mahometano será eterna y no habrá parientes, ni impuestos de aduana, ni contribución directa, ni conciertos de beneficencia.

Comparen éste cielo con el nuestro y digan si equivale á sus encantos lá felicidad platónica de estar sentado á la diestra de Dios padre sin moverse, por los siglos de los siglos, amén.

En el medio de la rotonda hay un brocal alto rodeando una roca colosal, de muchos metros de diámetro. Sobre ella estuvo Mahoma antes de subir á los cielos; su pié ha dejado la marca y la roca misma lo habría seguido en su ascensión á no ser detenida por un ángel. Los agujeros en uno de los bordes muestran los sitios en donde se hundieron los dedos del ángel, cuyas manos debieron ser del tamaño de las mías, pues una de estas se adapta admirablemente al molde de la piedra.

Al rededor del brocal se encuentra el pedestal del escudo de Mahoma, una urna de plata que encierra el pelo y la barba del profeta, el modelo de la silla de su camello en piedra, una caja de hierro con el Corán adentro y por fin una especie de púlpito con otro Corán en un atril.

Por una pequeña abertura se baja á la gruta ó cueva, cuyo techo es la roca; se vé una punta de ella prominente hacia la escalera; esta punta se llama la lengua de la piedra, no sé porqué.

En la gruta hay varios sitios importantes; el sitio de David, el sitio de Salomón, el nicho de Abraham, el hueco entre dos columnas del profeta Elías. Todos estos personages bíblicos estuvieron allí haciendo oración. Forma parte del piso de la gruta una piedra central, debajo de la cual está el pozo de las almas. Mientras llega el dia del juicio final, estas señoras permanecen allí asomando sólo la cabeza de tiempo en tiempo para elevar sus oraciones. Lo raro es que el pozo se llama también el pozo del diablo. En el centro de la roca hay un agujero por el cual salió Mahoma de la cueva para subir al cielo.

Saliendo de la Mezquita, fuimos á un edificio llamado Laxa, en el mismo recinto; es la Iglesia de la Presentación. A ella se llega bajando una escalinata y siguiendo por entre algunos olivos y cipreces. Frente á la puerta principal, se vé una pileta con una gran copa en el medio; es una fuente ligada ántes, según se dice, con los estanques de Salomón, de los cuales hablaremos á su tiempo. Antes de visitar la iglesia se baja al subterráneo. Parece que las iglesias de estos paises necesitan sótanos como los del templo de la ópera «Aida». El de esta es inmenso; sus paredes formadas de piedras colosales soportan grandes pesos; en el estremo hay un espacio cuadrado con una sola columna central sosteniendo la bóveda de piedra labrada y esculpida.

Por una ventana de este recinto se vé la aldea de Siloen, donde Jesucristo curó muchos ciegos. Las enfermedades de los ojos en Jerusalem son según parece muy antiguas; ahora mismo es incalculable el número de enfermos; atribuyo esto á la suciedad y la permanencia en lugares estrechos y mal aereados, como son los famosos bazares.

Se vé tambien el Monte de los Escándalos y el del Mal Consejo.

Abandonando el subterráneo, se encuentra uno en el gran pórtico de la iglesia, alta, elegante y ámplia galería, cuyo largo corresponde al ancho del edificio.

Marcados con carbón figuran dos círculos en los muros frente á frente; son los círculos de prueba: el que con los ojos cerrados va de uno á otro rectamente y pone la mano sobre él se va al cielo; como eso es muy fácil, todos se van al cielo. De nuestra prueba resultó que nesotros también nos íbamos: yo me reservo demorar cuanto pueda ese agradable viaje.

En el interior del templo, dividido en siete naves se halla la tumba de Aaron, una cisterna (siempre la historia del agua) célebre por el hecho siguiente: un amigo de Omar dejó caer á ella su cántaro y cuando bajó á buscarlo solo encontró dos hojas caídas del cielo, cuya virtud consistía en hacer inútil el ali-

mento para el poseedor; reconocida esta singular propiedad varios hambrientos bajaron en busca de otras hojas; pero no había más.

La nave central tiene en el fondo en lo alto un modelo de la Mesa. En otro paraje se encuentran: una piedra con la marca del pié de Jesucristo, quien cuando era niño ya pisaba fuerte; el nicho en el sitio donde Moisés hacía sus oraciones; los lugares donde rezaban Zacarías y San Juan Bautista; muchas otras cosas notables y por fin dos pares de columnas no muy separadas, por entre las cuales deben pasar los justos siendo por lo tanto una misma cosa flaco y justo. Dos de las columnas están gastadas por el pasaje de los creyentes delgados, pero no se gastarán más, pues un mandatario, gordo supongo, ha mandado cerrar el espacio con un aparato de hierro á fin de evitar partos anticipados en virtud de los casos ocurridos á jóvenes en estado interesante, cuyo pecado no pudo pasar por la estrecha hendidura sin matar al niño en el vientre de la madre.

Saliendo de la iglesia se atraviesa un patio, ó más bien una plaza cubierta con lozas de piedra agujereadas para dar paso al agua de lluvia hacia la más grande cisterna que han visto los siglos (siempre el agua).

Hácia uno de los ángulos hay una escalera por la cual se baja á un descanso donde se ve una piedra

escavada en forma de noque; es nada menos que la cuna de nuestro Señor Jesucristo, según la tradición.

¡Cuánta mentira le cuentan á uno en Jerusalem, se la atribuyen á la pobre Tradición!

Del descanso se vé por una ventana el valle de Josafat, ó sea el cementerio de los judios desde el principio del mundo, y en él, las tumbas de Absalom el de la luenga cabellera, supongo, de San Jaime y de Zacarias; la última concluye en una pirámide como las de Egipto, no en tamaño sino en forma. Los judíos ricos y muy creyentes, cuando sienten aproximarse la hora de su muerte, se hacen transportar de todas las partes de la tierra á Jerusalem para ser enterrados en el Valle de Josafat, á fin de hallarse cerca el dia del juicio final y poder recobrar sus cuerpos á tiempo; cosa difícil en los cementerios judíos y turcos, en los cuales las tumbas están á la merced de todo el mundo, en medio de las calles y de los caminos, enseñando sus lápidas con inscripciones, tiradas en cualquier parte y puestas de cualquier modo.

Del descanso indicado, no el valle de Josefat sinó el recinto donde está abandonada la cuna de nuestro Señor Jesucristo, se baja por una abertura, recien descubierta, á una inmensa galería de pilares aun rellena en parte de tierra; la galería tiene la disposi-

ción de un damero y no sé cuántos rangos de pilares; estos son de granito y presentan un ojal en algunas de sus aristas, como para pasar por él una cuerda.

¿Cómo se llama y qué era este misterioso subterráneo? nadie lo sabe: unos suponen que eran las caballerizas de Salomón, y dan como prueba los agujeros de las columnas, cuyo destino dicen, no puede ser sino el de atar caballos; otros suponen que su construcción data del tiempo de las Cruzadas, sin indicar el objeto. No se ha descubierto aún en toda su extensión. En un ángulo lejano se ha comenzado á desenterrar un nuevo conducto en la dirección de la Ciudadela, Torre de David, á la cual conducirá, según inferencias.

Saliendo otra vez á la plaza y continuando á lo largo de la muralla de la derecha, y trepándola no sin cierto peligro, vimos clavado horizontalmente en ella por el lado de afuera un pequeño paralelepípedo de piedra, llamado Sarab que apunta al Monte de los Olivos. La tradición tiene la palabra y dice estas dos cosas: 1ª el paralelepípedo servirá para fijar una hebra de las barbas de Mahoma de las encerradas en la urna del templo; esta hebra será estirada hasta la cima del Monte de los Olivos; quedará por lo tanto muy delgada y será la maroma destinada al pasaje de las

almas de los justos. Los mortales que no hayan sido volatineros en sus mocedades ó no tengan un número suficiente de virtudes capaces de convertirse en balancín, caerán al Valle de Josafat, de donde pasarán al Infierno; 2ª el mismo paralelepípedo servirá de punto de apoyo á una navaja de barba, por cuyo filo pasarán las almas en idénticas condiciones y con iguales peligros á los de la versión anterior.

Desde la muralla se goza del panorama que ofrecen el Jardín de Getsemani, el valle de Josafat, la falda del monte de los Olivos y otros sitios interesantes.

Más allá se presenta la Puerta dorada, de la misma muralla; está tapiada ahora y continuará así hasta el dia del juicio. Por esta puerta entró Jesucristo en marcha triunfal el domingo de ramos.

Cerca de ella está el sitio del trono de Salomón; ahora no hay ni señas de tal trono, solo existe una peña pelada en cuyas vecindades se abren dos ó tres bocas de cisternas: siempre la previsión respecto al agua!

Lindando con el muro que hace con el descrito ángulo recto, se halla el depósito de agua llamado Pileta de Israel; actualmente lo están rellenando con escombros para igualar el terreno.

Hacia la conjunción de los dos muros, encontramos la Puerta de San Esteban: allí por el lado de

afuera nos esperaban nuestros burros cerca de la antigua pileta en la que se lavaba los corderos antes de llevarlos al sacrificio. A más de nuestros burros vimos los leones de las armas de Godofredo, pero estos estaban no en la pileta, sino en la parte superior de la puerta en forma de bajos relieves.

Volviendo á entrar por San Esteban, en una cocina próxima, vimos una piedra con varias marcas de orígen sagrado.

De allí pasamos á la iglesia de Santa Ana, edificio moderno de piedra, muy limpio y muy lindo. Ostenta tres bellas naves y en el altar principal, por todo adorno, una preciosa estátua de Santa Ana, de mármol.

La santa está sentada y junto á ella parada la pequeña María, encantadora criatura en cuya fisonomía no se vé por el momento ningún anuncio de su futura y divina maternidad.

De la nave de la derecha se baja por una ancha y cómoda escalera de piedra ó la gruta excavada en la roca colorada. Allí era la casa de Santa Ana. Los fieles le han consagrado tres altares. La Iglesia ha sido costeada por varias familias ricas de diversos orígenes cuyos nombres se hallan inscritos en una lápida de marmol; yo copié uno solo, el primero, que dice: *Familia de Alfred de Cornulier Luciniere.*

En el patio ó plazoleta enfrente de la puerta de la Iglesia hay una fuente y varios troncos de columnas labradas y pedazos de imágenes ó estatuas. La tradición cuenta que en la fuente se proveía de agua la vírgen María cuando era soltera. Por ahí cerca se ha descubierto recientemente una antigua construcción, un templo según unos, un establecimiento hidroterápico según otros. Los trabajos de desenterramiento continúan actualmente bajo la dirección de una compañía francesa.

Concluida esta inspección, montamos en nuestros burros y echamos á andar por la Vía Dolorosa, una calle llena de vueltas y de escalinatas, cubierta de bóveda en partes y convertida en bazar en varios sitios. Allí vimos marcados los puntos principales de la Vía Crucis; los de las caídas, los de los encuentros, aquel en el cual el Cirineo prestó su ayuda al Redentor del mundo, el de la flajelación, el de la escala Santa; esta escala se halla en Roma; el de la casa de Pilatos y la puerta por donde pasaban los condenados á muerte, prueba de que el monte Calvario estaba fuera de la ciudad. Despues vimos el arco de Ezequías cuya mitad está ahora metida en la Iglesia é Instituto de las hermanas de Sión, unas damas francesas educacionistas.

Visitamos este Instituto. Vimos en él la capilla, las aulas con sus alumnas trabajando en labores ó

en rosarios. La despensa de las Hermanas de Sion contiene parte de la Vía dolorosa; la mitad del ancho de la nueva calle pasa por encima. De las azoteas del Instituto se domina toda la ciudad y puede apreciarse bien su topografía. Una de las hermanas muy enterada de todo, nos suministró mil detalles importantes antiguos y modernos. En cambio le compramos algunos rosarios para salvar del purgatorio ciertas almas amigas de Buenos Aires.

Nuestros burros en un buen galope nos llevaron en seguida á la tumba de los reyes situada fuera de la ciudad tras de un mònte de olivos.

La tumba consiste en una profunda excavación practicada en la roca; tiene muchos centenares de metros de extensión y hay en ella dos compartimentos; uno en cuyo fondo se vé una gran cisterna, y otro donde se hallan las tumbas. Al primero se baja por una ancha escalera construida en la roca y descubierta; cada escalón tiene una corredera que termina en diversas canaletas practicadas en la parte vertical de la roca, ó sea límite lateral de la excavación; por las correderas y canaletas va el agua de lluvia hacia la cisterna: otra vez el agua!

De ahí separa el compartimento de las tumbas, un enorme pozo cuadrado, semejante al patio de un gran convento. En uno de los lados, figura un alto corredor, cuya bóveda y muros, son la misma

roca. Tenía este corredor, por único habitante, un burro que dió los mayores signos de alarma, al vernos llegar. Un agujero situado al extremo izquierdo de este recinto y cubierto por un disco de piedra que rueda en una rielera de la roca, es la puerta de las tumbas. Tras de esta puerta, hay varias excavaciones semejando piezas, y en sus límites, nuevos agujeros en cuyo fondo están los hoyos de los sarcófagos; éstos han sido extraídos y figuran en diversos museos. Tanto la puerta principal, como las aberturas de las tumbas, son muy estrechas; no se penetra por ellas, sinó arrastrándose.

Si los reyes hubieran sospechado el destino de estas difíciles construcciones, no se habrían tomado el trabajo de hacerlas. La vanidad humana obliga á los míseros mortales á fabricarse casas y tumbas de piedra creyendo en la perpetuidad de su personalidad ¡qué miseria! Cada vez que veo una casa de piedra me río de su propietario; más lójico y racional sería que hiciéramos nuestras casas de papel ó de pino blanco. En cuanto á tumbas mejor sería confiar en la Municipalidad de cada punto; ella seguramente no dejará de enterrarnos como lo manda la Santa madre Iglesia, y para librar á la población viva de los peligros á que la exponen los muertos.

Yo no tengo sepulcro en la Recoleta ni en parte alguna. ¿Para qué? si no sé dónde me he de morir.

ESCURSIONES—NOTICIAS DEL RIO JORDAN Y DEL MAR MUERTO—MONTE DE LOS OLIVOS—CONVENTO DE CARMELITAS—JARDIN DE GETSEMANÍ--TUMBA DE LA VIRGEN MARÍA--BETLEHEM—LA IGLESIA DE LA NATIVIDAD Y SUS DEPENDENCIAS—LOS DIQUES DE SALOMÓN—PROVISIÓN DE AGUA EN JERUSALEM—LA INSTITUCIÓN DE LOS BURROS Y DE LOS CAMELLOS—EL TRIBUNAL—LAMENTACIONES DE LOS JUDÍOS—LA SINAGOGA—DESPEDIDA.

Hemos hecho en los dos dias anteriores dos escursiones interesantes, una al Monte de los Olivos, la otra á Betlehem. Para la primera hemos seguido un camino muy accidentado á lo largo de la muralla y por fuera hasta pasar la hondonada del valle de Josafat y despues por el monte Escopa cuyos senderos tortuosos facilitan la ascensión porque disminuyen la pendiente. Ibamos en caballos árabes, chicos y dóciles, pero briosos y ligeros. Desde las eminencias del monte Escopa, y antes de pasar al de los Olivos, ya se goza de un panorama delicioso. A lo lejos, descendiendo por las hendiduras de las

peñas, aparece el río Jordán con cuyas aguas se hicieron los primeros bautismos. Es más bien un riacho que un río; durante las grandes lluvias se convierte en un torrente; su lecho blanco flanqueado á trechos de verdura, se pierde y vuelve á mostrarse según los accidentes de la quebrada, hasta llegar á una planicie relativa, por la cual corre á sepultarse en el mar Muerto.

¡El mar Muerto! Jamás se ha puesto un nombre más apropiado. Muerto realmente, y á no ser por el cielo que se mira en sus aguas, no solo estaría muerto sino tambien enterrado en la colosal fosa de las montañas. Mar sin olas, sin buques y sin peces, cuya superficie no besan jamás los vientos; mar aislado, solitario y triste, separado del mundo, escondido entre las rocas, inútil para el bien, insuficiente para dar agua á la comarca, mezquino de sus vapores, aplastado por sí mismo como si fuera su propia lápida, bajo el peso de su densidad increible.

En un dia determinado de la semana santa, bandadas de millares de peregrinos descienden por los senderos como una invasión de indios, y rápidamente mujeres, hombres y niños se precipitan en las aguas del Jordán en un sitio marcado, cien veces célebre en la historia sagrada; se sumerjen tres veces en nombre de la santísima trinidad, llenan de agua las

vasijas traidas á propósito y luego salen y desaparecen como arrebatados por un huracán.

¿Quiénes son? ¿de dónde vienen? Son creyentes de todos los países y vienen de todas partes á purificar sus almas bañándose en el sagrado paraje del memorable rio.

El mar Muerto no tiene comunicación con otros mares; ocupa una extensión de más de quince leguas de largo por tres de ancho, término medio, siendo su profundidad media más de trescientos metros. Su nivel está como á quinientos metros abajo del nivel del Mediterráneo. La densidad de sus aguas es tal que ningún cuerpo de animal puede sumerjirse en ellas: los caballos pretendiendo nadar solo consiguen revolcarse en la superficie.

La densidad del agua es debida á la gran cantidad de materias en disolución ó suspensión con respecto á la masa líquida, cuyo volúmen disminuye á causa de la evaporación diaria, en una cifra que no guarda proporción con el caudal traido á su seno por el rio Jordán, para los fines del peso normal del agua en los mares.

Mirando estos contrastes y calculando las distancias y los desniveles, se me ocurría que si yo fuera Dios haría más en un día por la Palestina, que todo cuanto han hecho en muchos siglos sus reyes y gobernantes.

Pondría en comunicación el mar Mediterráneo con el mar Muerto; llenaría de agua todas las hondonadas comunicantes de la comarca, y tendría en pocos años un país fértil y rico, en vez del miserable y estéril territorio que estoy mirando. El país se llenaría de lagos y mares, internos; el agua evaporada se convertiría en abundante lluvia; con ella nacerían los árboles, la tierra se alfombraría de flores y verdura; los bosques darían nacimiento á ríos caudalosos, y la pobre Judea quedaría transformada en un paraiso donde pacerían los ganados y vivirían los hombres en paz y abundancia, no como ahora, hambrientos y en constante zozobra por el asunto del agua.

Realmente no sé cómo en vez de maná y de agua sacada á palos de las peñas por Moisés, no dió el Señor á su pueblo favorito un poco de la sobrante en otras partes del mundo, cuando nada le costaba.

Un simple conducto al mar Mediterráneo y lo demás se haría solo, con gran contentamiento del mar Muerto, quien no sabe hasta ahora lo que es una ola ni ha visto jamás un pescado ni un buque mercante.

Despues de contemplar el Mar Muerto, trasmontando con la vista la interminable série de valles y promontorios que hay entre él y Jerusalem, nos encaminamos al Monte de los Olivos, sitio predilecto

de los apóstoles y santos, y muy digno de serlo. De allí se domina la ciudad y sus alrededores, se cuenta las colinas y los montes y se escudriña los valles. La vista se deleita desde esas alturas, y más aún desde el último descanso de una torre construida en su cima por una sociedad de extranjeros. Esta torre tiene doscientos setenta escalones y cada escalón vez y media el largo de mi cartera, y mi cartera mide en su mayor extensión catorce y medio centímetros. Averigüe usted ahora el alto de la torre, pues yo no tengo tiempo.

Al descender del Monte de los Olivos fuimos gratamente sorprendidos por los numerosos edificios en construcción de su falda. Jerusalem comienza á trasformarse por la acción de los extranjeros y el monte célebre, no solo llamará la atención en adelante por los parages históricos que se hallan en él y serán mencionados enseguida, sino por sus modernas construcciones, una de las cuales es la torre señalada y el establecimiento anexo.

—

Bajando como digo, entramos al Convento de Carmelitas, casa de regular extensión cuya principal curiosidad es un patio cuadrado donde se hallan la tumba de una Duquesa, la señora Francisca de la Tour D'Auvergne, fundadora creo, del convento; una capilla y *treinta y dos* padres nuestros, escritos en

los muros con grandes letras, cada uno en idioma diferente y con muy mala ortografía, sospecho, pues el padre nuestro en castellano tenía muchas faltas.

Los idiomas son por orden: turco, alemán inglés, moscovita, dannes, eslavón, noruego, griego, siriaco, caldeo, latín, polaco, español, portugués, georjiano, italiano, francés, samaritano, sueco, bretón, tibetano, flamenco, tártaro, sanscrito, chino, etiope, copto, indostano, kurdo, hebreo, armenio y árabe; total 32.

Habilitada nuestra alma con los padre-nuestros intelijibles de entre los treinta y dos, pasamos al Jardín de Getzemani: vimos en él fuera de lo cercado, el sitio donde los apóstoles se durmieron mientras Jesús oraba, acto de indolencia que les mereció una legítima amonestación; el paraje donde Judas dió á su Maestro el beso traidor, y, dentro de muros: los antiquísimos olivos, la piedra de la «oración en el huerto», la representación en relieve al rededor de la pared de las catorce estaciones y las tres caídas y un altar hecho por los fieles que han tomado á su cargo el embellecimiento y conservación del huerto.

No toda su área está encerrada dentro del cerco ó muro, pues fuera de él vimos una especie de cueva marcando el lugar llamado de «la agonía» ó desfallecimiento, donde Jesucristo, presintiendo su fin,

tuvo el sudor de sangre como efecto de su gran angustia. Un fraile permanece constantemente en la gruta.

Muy cerca encontramos la tumba de la vírjen María, dentro de una iglesia construida sobre una especie de gran pileta á la cual se baja por cuarenta y ocho escalones; en el centro hay un aljibe con riquísima agua de la que tomamos dos vasos cada uno en prueba de nuestra inocencia y limpieza de alma, pues ha de saber usted, señor director, que el agua de la fuente de María, bebida por un culpable, le causa inmediatamente la muerte.

Debo advertir sin embargo, que no estoy seguro de si esa es la fuente de María, pues, tres nos mostraron con el mismo nombre. La verdadera fuente aumenta su caudal de agua en ciertas horas del dia por milagro, según los creyentes, por estar en comunicación con un gran reservorio, según los ingenieros; yo creo en el milagro. La vírgen probó su inocencia ántes del nacimiento de Jesús, bebiendo el agua sin ulteriores consecuencias.

A más de la pileta y del sepulcro vacío de la Vírgen, vacío por el hecho notorio de la Asunción al cielo en cuerpo y alma, dogma de la religión católica, hay en esta iglesia un altar y tres sepulcros; el de Santa Ana, el de su marido San Joaquín y el de su yerno San José. Saliendo de la Iglesia y siguien-

do por el valle, volvimos á ver las tumbas de Absalón y demás ya mencionadas y entramos á nuestro hotel después de rodear toda la ciudad casi, á lo largo de la muralla, al trote de nuestros árabes.

—

La excursión á Betlehem es una de las más importantes. Nosotros pasamos por enfrente de la puerta de Jaffa, costeamos la muralla; vimos el llano de Ephraim; una colonia alemana floreciente; la tumba de Raquel, que consiste en un cuarto cerrado con una especie de átrio adjunto; la aldea de Betgala; otra cisterna enorme excavada en la montaña y cuya boca dá entrada al agua de lluvia que cae en una gran área (esta cisterna tiene su anécdota histórica; búsquenla en la Biblia) y por fin á lo léjos, al pié de la ciudad, la villita cultivada y bonita donde está la gruta de los pastores, así llamada desde los antiguos tiempos; en ella estaban unos cuantos cabreros cuando un ángel les anunció el nacimiento de Jesús.

Betlehem visto de lejos ofrece una agradable perspectiva; edificada en la falda de una montaña, en parte muestra sus casas escalonadas y dominando á todas, la inmensa mole de los tres conventos armeniano, griego y latino, en cuyo centro está la iglesia de la Natividad, la más vieja del mundo, muy rica y muy adornada de mosaicos y dorados en sus

primeros tiempos, muy lujosa aun cuando fué coronado en ella Balduino rey de Jerusalem, y Cruzado de la mejor calidad.

La iglesia tiene cinco naves y cuatro rangos de once columnas; ostenta todavía restos de sus mosáicos en la parte alta; su techo es sostenido por tirantes de cedro. Como los tres gremios de cristianos, siempre enemigos, tienen su parte de dominio y uso en común de la iglesia, en varias partes de ella se ve marcadas las fronteras de cada grupo, los pasajes propios y los recintos prohibidos al enemigo. Si un armenio ó un griego va por el camino de un latino, ya hay conflicto; hasta un pasaje subterráneo se ha construido entre dos locales de uso común, para evitar encuentros.

Hacia la izquierda hay una bajada para la gruta de la Natividad. Alumbran esta gruta muchas lámparas de plata regaladas por los soberanos de la cristiandad. A la izquierda, debajo de un altar, está la estrella de plata en cambio de la de oro robada por los turcos, señalando el lugar del nacimiento; más allá á la derecha y un poco abajo una especie de nicho donde estaba la cuna y el pesebre; en frente un altar en el sitio ocupado por los reyes magos durante la adoración; y finalmente, en una especie de corredor adornado con cuadros pintados en láminas de metal, para evitar su destrucción, ocupan-

do uno de los ángulos, la piedra agujereada en el centro, que marca la proyección sobre la tierra del punto del cielo donde se paró la estrella que venía guiando á los reyes.

Saliendo de la gruta vimos el santuario griego, á cuyo tras altar no entran las mujeres; atravesamos la iglesia de Santa Catalina y bajamos á la gruta de San Jerónimo, donde está su tumba vacía, creo, y otra más, la de San Eusebio.

También vimos la gruta ó cementerio de los inocentes; todo pasa en grutas ó en cuevas por estos mundos; el altar construido en el sitio donde permaneció la vírgen antes de la fuga á Egipto, gruta igualmente, y á cierta distancia la «gruta de la leche» excavada en piedra caliza, pero blanca no por esta causa, sino por haber caido en ella unas cuantas gotas de leche de los pechos de la vírgen María, razón por la cual la tierra de su bóveda poseida por una mujer de poca leche, la convierte (á la dicha mujer) en una ama holandesa, capaz de alimentar cuatro mellizos.

Betlehem tiene un comercio activo de rosarios; su población es muy animada; todos sus habitantes viven, puede decirse en la calle y se ocupan en ella de sus quehaceres domésticos.

Ya estoy aburrido de Jerusalem, de tumbas, de vírgenes y de santos, y supongo á mis lectores de en

igual disposición de ánimo; pero no puedo perdonarles los diques de Salomón, ni la Fuente oculta por dos razones.

1ª Por su importancia histórica.

2ª Por haber hecho yo la excursión á sus dominios y no poderme quedar con ella en la memoria.

El lector se habrá apercibido de que los habitantes de Jerusalem han pasado la mitad de su vida en cavar cisternas y proveerse de depósitos de agua para corregir una omisión de la naturaleza. Después de haber encontrado tanto algibe á lo largo de su lectura no les sorprenderá, por lo tanto, concluir su tarea en la obra más grande conexa con la constante preocupación del pueblo elegido del Señor.

La Fuente oculta es una vertiente subterránea sin fuerza ni caudal para subir á la superficie. Se ha excavado al rededor de los ojos de agua un gran espacio, en cuyo suelo se ha construido varios compartimentos para mantener el agua en diverso nivel, según la altura de los conductos de desagüe. A la gruta se entra por una abertura de medio metro de alto por otro tanto de ancho. No es agradable ni cómodo entrar.

El agua camina subterráneamente hacia una depresión más notable del valle formado por la reunión de las bases de cuatro ó cinco promontorios ó montañas. A cierta altura de esta hondonada se ha

levantado muros y formado así tres grandes depósitos de diferente profundidad, comunicando unos con otros. El objeto era tener tres depósitos á fin de aprovechar toda el agua de las lluvias y de la fuente, pues si hubiera uno solo, una vez lleno, el agua sobrante se perdería y si se hacía muy grande, no subiría al nivel deseado. En fin, Salomón era muy sabio y á él se le atribuye la obra. Pero lo curioso es que los depósitos y el conducto hasta Jerusalem, no están en uso. Dos de los depósitos, no tenían casi agua; en el tercero, vacas, mulas y burros en buena cantidad, revolvían la poca existente. Una especie de antecámara ó pileta recibe el agua de la fuente oculta; en esa pileta, el dia de nuestra visita, daban de beber á sus camellos, sus conductores y llenaban pellejos de cabra, para llevarlos á no sé donde.

—

Creo no haber contado aún como se hace el reparto de agua á domicilio, en Jerusalem. No se usa pipas, barriles ni vasijas de paredes resistentes, ni carros para conducirla se usa la piel de una cabra especialmente preparada; se corta las patas, la cola y la cabeza del animal y por las aberturas de la piel se extrae la carne y los huesos, con sumo trabajo supongo; después se cose todas las aberturas menos una y queda hecho el recipiente ú

odre, el que una vez lleno de agua, es cargado en un burro ó en el lomo de algún peón y transportado por las calles, ofreciendo un espectáculo desagradable, pues los tales pellejos parecen animales muertos é hinchados.

—

Así como Constantinopla puede llamarse la ciudad de los perros. Jerusalem debe ser la de los burros; en ninguna parte he visto más juntos y en ninguna parte tampoco hacen constar más su presencia.

¡Qué modo de lamentarse tienen los burros de Jerusalem!

En la noche callada, mientras todo tiende al reposo, los burros se llaman y se responden de barrio á barrio y de cada calle con una voz extentórea, horripilante, destemplada, llena de tonos alternados entre ridículos y doloridos, sin compás, ni medida, ni graduación de sonidos, mezcla de entonaciones, rechinamientos y ruidos graves, agudos y estridentes, concluyendo por fin sus arias desconcertadas cuando uno menos espera.

Otra institución muy digna de respeto es la de los camellos, ó dromedarios, más bien.

Aquí como en Jaffa, Esmirna y demás pueblos del Oriente, abundan estos animales y son de gran utilidad; dóciles, pacientes, sobrios, fuertes é incansables.

No sé quién les daría por nombre «buques del desierto.»

Al verlos caminar se recuerda en verdad el movimiento de un navío en el mar, cuando tiene las olas de proa á popa.

¡Pobres camellos, representantes de una época muerta! Uno se acuerda mirándolos de los reyes de Ninive y Babilonia, de Cleopatra, una reina guaranga, según me imagino, porque sus retratos se parecen á una de mis amigas de cuando era estudiante y visitaba la aristocracia de la calle Garay; de las Pirámides pintadas en las viñetas de los silabarios y por fin de todas las cosas pasadas.

¡Pobres camellos! qué significará esa cabeza desorejada, alta, horizontal, en la historia de las transformaciones animales; esos ojos tristes, huraños, con reflejos agresivos de desierto, de soledad, de hambre, de sed, de desconfianza y de abandono fatalista; ese labio inferior largo, flojo, ondulante, desdeñoso y apesadumbrado; ese enorme cuello de ave de laguna sin utilidad ni objeto; ese cuerpo escuálido, cubierto de pelo que no se sabe si es lana, desnudo en parte, flaco, inopinada y desproporcionalmente; ese promontorio en el lomo, cuyo único fin es hacer dificil la construcción de aparejos; esas patas largas con dos rodillas de aspecto montañoso, y esos pies sin huesos, blandos, colchados y hechos

para conducir cautelosamente un volúmen cuya gigantesca armazón aparta la idea de suavidad y de silencio?

¡Pobres camellos! cuando los veo pasar conduciendo sigilosamente su carga ó su beduino, balanceando su cuello, gesticulando con su labio, escondiendo las orejas rudimentarias, mirando con sus ojos muertos, fúnebres, oscuros y redondos y batiendo su miserable y apocada cola, se me representa por analogía la silueta de algún amigo desengañado, de algún compañero traicionado, de un amante olvidado ó de un filósofo viejo que ha visto las infidencias de mil generaciones.

Los camellos son el último resto vivo de la antigua civilización. Como la de los mastodontes, megaterios y elefantes su raza también se extinguirá; pasarán con sus épocas, como pasaron los reinos, los imperios, las ciudades poderosas que vieron sus mayores, y quién sabe cuantos animales más listos, más activos, más norte americanos, vendrán á sustituirlos en el comercio humano.

Su aire taciturno y desganado es un signo de muerte, de aquella indiferencia propia de las razas cansadas de luchar por la vida y que buscan las puertas del sepulcro. Por eso ya no existen sino en los pueblos que se van hundiendo bajo las capas de la historia, en Turquía, en Palestina en Ejipto!

—

Todas las capitales de Europa ofrecen puntos semejantes. Conociendo una se conoce más ó menos las otras. Pero estas comarcas son muy diferentes y yo creo que á causa de eso vale la pena de hablar un poco más de ellas.

Luego emprenderemos nuestro viage á Ejipto, saliendo de aquí cerca del anochecer para alcanzar á Ramleh y quiero aprovechar las horas que me restan relatando mis últimas excursiones en la ciudad.

He visitado el tribunal de Justicia; ocupa las ruinas de un antiguo edificio; nada hay más triste, más frio y más desolado; en frente del sitio de las audiencias hay un algibe, naturalmente, en medio de un recinto circular cerrado de bóvedas descascaradas y macilentas. Este tribunal está al fin de la calle de David. Otras bóvedas y corredores y arquerías viejísimas conducen á los pasajes del templo de Salomón. Atrás hay un espacio á lo largo del muro, único resto, según dicen, del antiguo y legendario monumento; en este espacio largo, angosto y descubierto se reunen los judíos todos los viernes de la semana á llorar la destrucción del templo y sorprende al extrangero la vivacidad del sentimiento mantenido por el fanatismo á través de tantos siglos y de tantas generaciones.

No es llanto finjido el de los judíos, es verdadero derrame de lágrimas acompañadas de sollozos y la-

mentos desgarradores. Los viejos, las mujeres y los niños se congregan allí y pasan horas, entregándose á la más conmovedora desesperación. Rezan y lloran agarrados á las piedras, siguen de rodillas á lo largo del muro y parecen dejar su alma entre los resquicios de los envejecidos y carcomidos cimientos. Los ángulos de los monolitos están gastados por los besos de los creyentes ó pulidos por el roce de sus manos. Los ciegos, en gran número, buscan tanteando los sitios predilectos de su oración, y causan al espectador el más penoso efecto.

A cierta distancia, en el mismo muro é injertado en los trozos de muchos metros de longitud, de ancho y alto proporcional, se muestra el resto de un arco estupendo; unía el Palacio al monte Sión, dicen, formando arriba un puente. Si tal arco existió debió ser una maravilla.

Cerca se encuentra la Puerta de las Basuras, cuyo nombre está, por cierto, bien justificado aun en estos modernos tiempos.

Mi última visita fué á la Sinagoga, antro oscuro, sucio y feo, cuya entrada dá á un bazar ó calle comercial angosta y completamente obstruida por jentes, animales, frutas, carne y toda clase de comestibles y mercaderías de venta.

La Sinagoga es una pieza dividida por pilares en compartimentos. En ella estudiaban en sendos

libros árabes, varios alumnos, entre los cuales figuraban algunos octojenaríos. El estudio se hace en alta voz y por cuenta propia. Volúmenes de tapas y hojas seculares figuraban en un estante desvencijado. Nadie hizo caso de mi visita y yo pagué su cuenta á los insólitos alumnos en la misma moneda.

Suspendo aquí esta carta para continuarla donde Dios quiera.

No sé por qué extraña causa, siento irme de Jerusalem; será por aquel sentimiento natural hijo de la convicción de no volver jamás al paraje del cual uno se aleja en las condiciones de mi actual despedida.

Jerusalem nada tiene de atractivo, pero me ha interesado vivamente, sin duda por las ideas emigradas desde los primeros dias de mi vida, y restauradas con luz más intensa en presencia de los objetos y parajes tantas veces nombrados por la tradición.

---

EJIPTO—PUERTO SAID Y CANAL DE SUEZ—ISMAILÍA CAIRO VIEJO Y NUEVO—EL NILO—MUSEO Y PALACIOS—NILÓMETRO—CIUDADELA—POZO DE JOSÉ—MEZQUITA—EZBEKYEH—LAS PIRAMIDES—LA ESFINGE—TEMPLO DE SERAPIS, OSIRIS Ú OTRO DIOS.

Me despedí de los camellos de Jaffa con gran sentimiento; me embarqué sin dificultad, ni peligro, cosa rara en este sitio, pero la travesía durante la noche hasta Puerto Said fué horrible, espantosa: no quedó cosa en quicio en el vapor; el capitán parecía una sombra y los mozos del servicio fantasmas; el camarote era un péndulo en movimiento y el infeliz que lo ocupaba, una máquina perfeccionada de hidráulica.

¡Con qué gusto vimos Puerto Said con su bahía tranquila, como digna antesala del canal de Suez!

Puerto Said es una ciudad, cuya importancia data de la época reciente. Inútil buscar allí aristocracia, ni alta sociedad; es una ciudad advenediza formada como consecuencia de las obras del canal. Pero no hay ninguna dificultad para que una advenediza

sea bonita y Puerto Said ha aprovechado de esta franquicia para ser una linda villa muy comercial, de mucho movimiento y muy capaz de dar lugar á escenas tiernas y tragedias amorosas en que el protagonista sea un emigrado del Canadá y la víctima ó cómplice una dama hermosísima de Buda Pesth.

En Puerto Said no hay dos habitantes de la misma nacionalidad, excepto los cuatro lecheros; son vascos.

La entrada al canal de Suez es solemne; lo antecede un vestíbulo de mar donde mil buques de ida ó vuelta hacen su descanso; hacia los lados de la entrada, grandes lagos se han formado, como si el mar quisiera mostrar su rebeldía á la reglamentación de Lesseps.

Después, ya el canal se impone. El viajero se siente atravesando el desierto; las planicies y las montañas de arena se suceden; las primeras contienen á veces agua filtrada del canal ó venida quién sabe de donde; las otras, se forman y desaparecen á merced del viento, que cambia á su voluntad la topografía del terreno.

Los arenales movibles amenazan invadir y tapar el canal, pero este con su solemne y autoritaria potencia científica los detiene en sus márgenes.

Allí en el Mediterráneo las ondas de agua pretenden ganar sobre la tierra; aquí, en el mar arti-

ficial, las olas del océano de arena se encrespan sobre los bordes de la tranquila cintura de agua sin saltar la valla.

A uno y otro lado del Canal se ve el inmenso desierto, se adivina su imponente desolación y se calcula la sed de sus arenas.

¡El hecho del Canal asombra!

¡Ochenta y tantas millas de suelo movedizo escavadas y convertidas en mar navegable, burlando á la naturaleza que mantuvo el paso cerrado desde el principio del mundo!

¡Mil millones de billones economizados á la marina mercante! ¡La vida misteriosa de una región, descubierta y vulgarizada! ¡Cien ciudades rudimentarias del Asia y del Africa, convertidas en mercado para la industria y el comercio de la Europa!

¡Todo un mundo escondido durante siglos, conquistado á la civilización moderna!

¡Una metamórfosis general en el tráfico, marítimo y terrestre!

Tales son los efectos de esta admirable y sencilla concepción!

El canal es una calle concurrida, por la cual atraviesan veinte grandes embarcaciones cada día!

Nosotros ibamos en nuestro pequeño vapor hacia Ismailia, ciudad situada en la mitad del canal á cuarenta y tantas millas de la entrada ó embocadura

del Mediterráneo, y fuimos encontrando en el trayecto casi á cada dos millas un buque y á veces, grandes vapores de tres ó cuatro pisos, especies de monumentos habitados por dos ó tres mil pasajeros que nos miraban con curiosidad desde las alturas de la cubierta, dándoles lástima nuestra pequeñez. Eran vapores que venían de la India é iban para Francia, Inglaterra y Norte-América, llevando los viajeros que habían hecho, lo que ellos llaman la vuelta al mundo, cuando solo habían rodeado al Asia olvidando una parte llamada América del Sud y otra denominada Africa, cuyos territorios deben contar por algo en la superficie habitable.

No importa la equivocación; lo cierto es que para nosotros era un contentamiento novedoso, alegre é interesante, ver en lo alto de los edificios flotantes, caballeros europeos con su traje de viaje y damas y niñas vestidas coquetamente en un cuadro cuyo fondo eran los desiertos empolvados, con sus montañas viajeras y sus mirajes y espejismos admirables.

El Canal no tiene actualmente en todas sus secciones el mismo ancho; enangosta hacia el medio pero á la altura de Ismailia hace una inmensa ampolla que constituye la bahía de este Puerto. A lo largo del Canal corre un conducto de agua potable para la provisión de los habitantes de las orillas. De trecho en trecho, hay un surtidor donde las ca-

ravanas de camellos toman el agua para transportarla al interior, ofreciendo así, esta obra legendaria, un inmenso beneficio más á la humanidad desheredada.

En Ismailia nos hicieron .almorzar á la fuerza, finjiéndose el dueño del hotel, encargado de una empresa, cuya misión era no permitir que los pasajeros llevaran su apetito hasta el Cairo aun que entre la hora de llegada del vapor y la de salida del tren, no hay sino diez minutos!

Después de complacer al hotelero tomamos nuestro vagon y seguimos para el Cairo donde nos alojamos en el hotel Shepher's que ocupa dos manzanas y tiene comodidades para más de trescientas familias.

A pesar de ser invierno aquí hace verano ahora; hay mosquitos; es cuanto puedo decir.

En la Exposición de París estaba representada una calle del Cairo; debe ser de algún Cairo antidiluviano, pues el actual no tiene nada semejante. El barrio de la ciudad vieja es un desastrado paraje, todo en él es como lo de las ciudades orientales y aún más viejo, más sucio, más barroso, más oprimido y más repelente. En algunas angosturas llega un coche y sorprende á los habitantes; los jugadores de damas, de dominó ó naipes instalados en toda la calle, se ven obligados á alzar campamento

para dar paso al invasor. No hay en ese barrio ni rudimento de veredas, ni casas señoriales y los sitios de venta son pulperías con aires de desenterradas; alguna quinta y casa decente suele verse, contrastando con el aspecto general del distrito.

La parte nueva es otra cosa; hace recordar á Buda Pesth en las vecindades del Parque; es preciosa, amplia, rica, llena de palacios, jardines y bosques donde nada ha sido olvidado de cuanto constituye la comodidad, el lujo y el buen gusto.

En realidad, por este contraste, el Cairo es como un pedazo de Chicago ligado con otro de Jerusalem.

Los habitantes del barrio viejo son árabes pobres é incultos; los de la nueva ciudad son europeos y viven muy bien, sin contar cincuenta mil extrangeros, más ó menos viajeros y distinguidos, que constituyen la población flotante de esta original y atractiva capital.

Un brazo del Nilo pasa por el Cairo y fecunda sus alrededores, dando á la campaña un aspecto alegre y risueño, alfombrando las llanuras con el verde más verde que sea posible imaginar y fertilizando la tierra hasta hacerla mantener árboles corpulentos de siempre vivo follaje y bosques de palmeras jemelos de los del Brasil.

Débese á un virey medio fantástico el mejora-

miento de la comarca en cuyo territorio se asienta esta ciudad.

Desde los tiempos más remotos las crecientes del Nilo son periódicas y sus aguas traen un limo tan fertilizante que puede marcarse matemáticamente cada punto de la línea hasta donde la creciente alcanzó, por el límite entre lo árido y lo cubierto de verdura. La segura periodicidad de las crecientes, como se sabe, hace posible calcular la renta nacional por el nivel de las aguas. Este nivel es apreciado oficialmente y figura entre los datos administrativos más importantes.

Pero las aguas del Nilo venían y se iban con la misma facilidad, llevándose al mar la mayor parte del limo.

Esta era una pérdida y debía ser evitada. Así, de algunos años atrás el gobierno egipcio se ha preocupado de construir canales y formar reparos á fin de obtener con este sistema de obras, dos objetos: distribuir mejor las aguas de creciente y retenerlas formando depósitos para suplir las deficiencias de los años escasos. Estos trabajos han aumentado poderosamente la riqueza del Egipto en la parte favorecida por ellos.

—

La ciudad está provista abundantemente de agua corriente.

Las calles y plazas son regadas constantemente. Los jardines y los parques lucen su lujosa vejetación, sus lagos y sus cascadas.

Nuestra primera visita después de una inspección circular de la ciudad, ha sido al Museo, situado hasta hoy en un edificio al borde urbano del Nilo, y digo hasta hoy, porque en este momento lo trasladan al Palacio de Ismael Pachá, ex-habitación de este pródigo y lujoso personaje y de su magnífico harem.

Del patio del Museo, se vé el Paseo del Cairo, el Palacio del Kadif, y en este momento, el sitio donde se embarca las momias, sarcófagos, piedras y demás curiosidades, para transportarlas á su nuevo destino, el Ghizeh.

En el museo vimos á más de mil curiosidades propias de la institución, los cadáveres perfectamente conservados de Ramses II, de Seti I padre, de Ramses III, de la Princesa Ramaks y su hijo, de un sacerdote llamado Nebseni y la comida momificada, compuesta de una pata de carnero y varios panes, que se había puesto en el cajón de piedra de uno los reyes. Figura también una tumba de Luxor, dentro de su monumento de piedra, igual á muchos sepulcros egipcios.

Utiles de familia, retratos, juguetes y escritos en papiro, llenan grandes extensiones del museo.

Al otro lado del Nilo, ocupando una gran área en el centro de un espléndido parque matizado de jardines, se asienta el Palacio Ghizeh donde seguimos viendo lo ya trasladado del museo, gracias á un permiso especial que el director, un amable francés, nos concedió. El vestíbulo tiene su piso formado de piedritas enteras dispuestas en mosáico y se halla adornado con columnas de mármol. Allí habían depositado provisoriamente el sarcófago de Cheops I y una estátua extraida de la segunda pirámide, junto con la piedra de los sacrificios, sobre la cual se cortaba la cabeza á las víctimas.

Una espaciosa y régia escalera blanca dorada, conduce al salón de recepción de Ismael Pachá; este salón tiene cuatro prolongaciones que le dan mayor magnificencia y alojaba interinamente las estátuas de Osiris, de Isis, del Buey Apis y de un Hipopótamo con cuerpo humano.

Luego se vé un jardín de invierno en altos y un soberbio comedor.

A la izquierda figuran los dormitorios con acceso á una galería enrejada, para solaz del harem. De esta galería y de las piezas contiguas, se goza de la vista magnífica de los jardines, kioskos y grutas de parque, cuyos caminos, en cierta extensión son del mosáico ya mencionado de pequeña piedras.

Siguen diez ó doce piezas sobre una inmensa ga-

lería que ocupa casi todo un frente del palacio. Al otro lado de las piezas hay un corredor lujosamente pintado.

El departamento de baños es lo mejor á mi juicio de esta real morada; su disposición permite el uso de aire caliente, vapor y ducha; hay también comodidades para baños de inmersión en grandes piletas. Aquí se bañaban las damas del harem en agradable compañía, se purificaban y se perfumaban ó dejaban perfumar por hábiles y delicadas camareras.

El departamento es constituido por una gran pieza forrada en mármol, cuyo techo es una armazón de cartuchos truncados provistos en su parte angosta de un vidrio deslustrado. Nada falta de cuanto se requiere en el mejor establecimiento de esta especie. La forma es igual á la de un templo; el cielo raso ó bóveda de cartuchos, está dividido en nueve cúpulas; una grande en el centro y ocho al rededor.

¡Famoso el baño!

De él, atravesando vestíbulos y corredores sujestivos, se pasa al *harem*, gran salón cuadrado, con cuatro prolongaciones en las cuales están las entradas á los diversos departamentos de las damas, siendo de advertir que cada una tenía el suyo con acceso al salón común.

Otra galería, como una plaza de grande, se abre

sobre un nuevo paraje del parque y jardines; desde ella se vé también el lago, grutas y kioskos y á más una huerta de crecidas plantas.

Lo demás del edificio correspondiente á lo ya bosquejado, no lo detallo, pero debo si señalar un gran espacio, especie de vestíbulo, cuyo techo sostenido por varias columnas, dá asiento á una buena sección del piso alto.

Costó, según dicen, este palacio ahora desmantelado, doscientos millones de francos á su propietario, además de su ruina y de su alto puesto; en efecto, por no poder pagar sus deudas y no ofrecer bastante garantía respecto al pago de los empréstitos de su gobierno, en buena parte insumidos en esta y otras dilapidaciones, le fué forzoso abdicar.

Otro gran palacio, el Ghezireh, ocupa parte de una isla preciosa, perfectamente cultivada, asiento de quintas, jardines reales, parques y casas de magnates. Enfrente del puente que conduce á la isla, se ha instalado los invernáculos y criaderos de plantas que entre ananáes y otras, contienen dos mil variedades.

Los contornos, caminos y avenidas están flanqueados de bambúes, palmeras y una acacia especial llamada *acacia lebek* propia del Egipto, árbol de grueso tronco y gran follaje que forma bóvedas de muchos metros de ancho.

Hemos paseado también por la isla de Raoudah, donde se halla el Niló-metro, un poste graduado sumergido en un pozo en el centro de una antigua construcción. El pozo comunica con el Nilo y marca en el poste, las alteraciones del nivel del río. Hay además, en la isla jardines preciosos y casas de recreo.

En el viejo Cairo entramos en la Iglesia Copta, á la cual se llega atravesando los más sucios y estrechos callejones, ó sea las calles antiguas. La Iglesia está edificada sobre una gruta ó sótano donde es fama, se alojó la vírgen María con su familia cuando llegó á Egipto. En el momento de nuestra visita este lugar sagrado estaba semi-lleno de agua, á pesar de lo cual bajamos para ver los parajes donde sentaron San José, la Vírgen y sus acompañantes. Nada más sucio y desamparado que la tal Iglesia. Era ya cerca de la noche, cuando llegamos. Un fraile, absolutamente solo, andaba de rincón en rincón echando humo con su incensario.

—

Uno de los puntos más hermosos de esta ciudad es el de la Ciudadela ocupada ahora en parte, por la guarnición inglesa.

Esta plaza fuerte tiene una página memorable en la historia del país, página que no detallo por su larga extensión, como dicen los rematadores.

Desde sus alturas, la vista á vuelo de pájaro del Cairo es completa y agradabilísima. Se vé el Nilo, sus brazos y sus canales serpenteando en la llanura y metiéndose en el corazón mismo de la ciudad; más allá, los grupos de las pirámides de diferente época y tamaño, y á diversa distancia, los bosques de palmeras y acacias; el viejo Cairo con su aspecto ruinoso; las quinientas cúpulas y minaretes de las Mezquitas; las innumerables ventanas y elevados muros de los palacios; las calles, las plazas llenas de árboles, los acueductos, las fuentes, las islas y los puentes; en fin el panorama más variado y seductor.

Nos mostraron también el punto por donde se abalanzó al precipicio montado en su caballo, uno de los mamelucos conspiradores, llamado Enim Bey, huyendo de la matanza que tuvo lugar en la ciudadela, durante el sangriento episodio que dió en tierra con los mamelucos y puso el poder en manos de Mahomet Alí.

La Mezquita de este insigne caudillo en la misma Ciudadela, es realmente admirable; un inmenso muro la rodea, encerrando al mismo tiempo una extensa plaza.

Por dentro este muro dá apoyo á una altísima galería de columnas de alabastro oriental; las de los ángulos, elevándose mucho sobre el nivel de las

otras de la arquería, dejan espacios á semejanza de templos de grandiosa belleza.

En el centro del patio hay una fuente de mármol, donde hacen sus abluciones los creyentes. La Mezquita tiene la forma general de las construcciones de su especie; su piso es de mármol: sus numerosas columnas son de alabastro en su base, y sus muros están revestidos de la misma piedra en su parte inferior.

Cuatro formidables pilares sostienen la cúpula, central, rodeada de cuatro pequeñas en los ángulos y cuatro semi-cúpulas en los lados. En magnitud y elegancia esta cúpula no es inferior á las de Constantinopla á cuya semejanza fué hecha.

Lástima es que tan bella Mezquita haya sido afeada con ornamentos, pinturas y dorados incompatibles con la severidad de su estructura.

La tumba de Mahomet-Alí, esmeradamente trabajada, ocupa uno de los ángulos á la entrada del templo.

—

De la Ciudadela y Mezquita nos llevaron á ver el pozo de José, una maravilla según el Guía, que ningún extranjero deja de ver. Es un pozo cuadrado de noventa metros de hondo á cuyo rededor se ha hecho un descenso en forma de tornillo hasta el fondo. Nadie sabe fijamente quien hizo este

pozo, ni conoce su objeto; nunca sirvió ni sirve ahora para nada, sino para ser mostrado como curiosidad á los pobres viajeros, á quienes se toma por tontos y con razón, haciéndoles á veces trotar ó galopar tres ó cuatro leguas para presentarles una piedra ó un agujero como hay cien mil en el camino.

—

La Mezquita del sultan Hassan, y bastará ya de mezquitas, pasa por la mejor del Cairo; á mí me pareció una ruina desmantelada, fría y sucia. Rodéanla enormes muros, tiene su patio y su fuente de abluciones; tuvo antes bajos relieves y pinturas; su piso es de pedazos de mármol, entre los cuales algunos presentan manchas negras, como hechas por el fuego; dicen que estas manchas son de sangre; muchos creen este disparate; su minarete es el más alto del Cairo. Esta Mezquita contiene la tumba mal cuidada, dcl sultá Hassan y ha sido construida con piedras extraidas de las pirámides.

En los pueblos del Oriente se cuidan muy poco de antigüedades; todas, hasta las más célebres se hallan abandonadas á las agresiones del tiempo ó de quienes quieren destruírlas.

La tradición, que continúa mintiendo á su gusto por estos mundos, cuenta la historia de habérsele cortado la mano al arquitecto de la Mezquita de Hassan para impedirle construir otra igual.

Idéntico relato nos han hecho en varias partes, por donde deduzco que la amputación de las manos á á los arquitectos es una regla en Oriente. Más eficaz sería sin embargo cortarles la cabeza, pues podría haber zurdos capaces de dibujar con la mano izquierda.

—

Tiene por cierto, también el Cairo su paseo aristocrático.

Es de forma circular y sus calles, llenas de carruajes en las tardes de la estación propicia, ó sea casi todo el año, son formadas por los árboles más lindos de la comarca. El lujo en caballos, coches y trajes es comparable al de las mejores ciudades de Europa. Una gran parte de la carretera corre á lo largo de un brazo del Nilo, cuyos bordes como se sabe, están poblados de pintorescas casas de recreo.

Hay además en el centro de la ciudad un gran parque, lugar de reunión de toda la sociedad elegante. Se llama el Ezbekeyen. Ha sido delineado por un discípulo del ingeniero del Bois de Boulogne y por otro artista notable. Contiene un río artificial, mantenido por la caida de agua de una linda y grande cascada, debajo de la cual se ha construido una gruta que abriga en sus entrañas un café.

Nada falta en el Ezbekeyen para el recreo y el pasatiempo. Un lago de forma artística ocupa

un sitio apropiado; hay un kiosko para música, restaurants, café, confiterías y cigarrerías. Todas las avenidas, limitadas por árboles y arbustos de mérito, son iluminadas profusamente. Un césped muy persistente, alfombra los espacios entre los árboles y contribuye al adorno de los jardines.

¡Este paseo es una delicia!

La capital de Egipto tiene mil bellezas, pero el grande atractivo para mí son:

Las Pirámides.

—

Estas ciclópeas construcciones estan dispuestas en grupos. De cualquier eminencia del Cairo se distingue los de las pirámides de Ghizeh, Sakarah, Abousir y Dashûr.

Se ha contado en Ejipto cerca de setenta pirámides, pero seguramente hay más de cien entre chicas y grandes, constituyendo un eterno cementerio tras de Menfis.

Después de muchas discusiones y conjeturas, es cosa hoy averiguada que las pirámides eran simplemente sepulcros.

Cada rey tan pronto como subía al trono, comenzaba su tumba, en breves proporciones primero, pues deseaba terminarla á tiempo, y si su reinado duraba mucho, iba añadiendo capas á la primera construcción. Los largos reinados corresponden así á las grandes pirámides.

Otro dato fluye de este hecho y es que las pirámides eran construidas del interior al exterior y crecían por superposición de nuevas capas, dejando en sus entrañas cámaras para los sarcófagos.

Las casi exclusivamente visitadas son las de Ghizeh; ellas forman el más importante grupo.

Las otras pueden también ser inspeccionadas y el viajero vería á expensas de su excursión los trabajos de atajo del Nilo, considerados como las obras hidráulicas de mayor aliento en el mundo.

Al grupo de Ghizeh se va como hemos ido nosotros, desde el Cairo en carruaje, por un precioso camino carretero limitado en uno y otro lado por acacias frondosas, que convierten la vía en un inmenso corredor, cuya bóveda es formada por las hojas y ramas de los árboles.

Nadie se imajinará acceso tan fácil á sitios tenidos por misteriosos á la distancia, en virtud de las leyendas y de las impresiones remotas.

Cuando uno llega al Cairo y vé las pirámides ahí, á la mano, cree ser víctima de un engaño, pues siempre midió la distancia á través del desierto amenazante y de la oscuridad de las ideas confusas recojidas en los libros.

Ahí están por fin las pirámides, encerrando las sombras de los Cheops, de los Faraones y de cientos de reyes absorbidos por la tierra y cubiertos por el polvo de los siglos.

Son montañas artificiales con todos los accidentes de las naturales.

Su altura es imponente y parece mayor por el camino que sigue la vista á lo largo de sus flancos. Inmensas moles empujadas por el tiempo, han rodado de diferente altura quebrándose en su caida y han formado, como á los piés de los Andes, montículos cuyo tamaño va disminuyendo á medida que se alejan de la base; exactamente como al rededor de las viejas montañas!

Los montones formidables de granito conservan sin embargo su aspecto jigantesco, aterrador, imponente.

La corona de las cumbres ha sido destruida por la mano del hombre; los materiales extraidos, lo mismo que los desprendidos espontáneamente, han servido para edificar palacios y mezquitas en el Cairo.

A pesar de esto, las pirámides no han sentido el desgaste y continuan asombrando al viajero con su tremenda magnitud y mandando su silueta al desierto arenoso salvando de la desmedida distancia.

Dignos monumentos de las razas extinguidas, están ahí como testigos de los millones de vidas que costaron y de los esfuerzos incomprensibles de sus constructores.

El sentimiento más estóico se impresiona al con-

templar los mudos y perdurables monolitos, amontonados como si fueran aglomeraciones hechas por jigantes, cuya masa compacta, al elevarse hacia los cielos, contrasta con la infinita y uniforme planicie del desierto.

Ni las arenas acarreadas por los vientos, ni la barbarie de los hombres, ni los torrentes de piedra rodada desprendidos de las aristas de sus gradas, ha conseguido esconder su estatura aterradora.

El grupo de las pirámides de Ghizeh es formado por varias, grandes y chicas; las primeras son la de Cheops, la de Khephren y la de Micerinus. Otros les llaman á las dos últimas de Senophis ó Sen-Sasphis y de Mencheres; pero habitualmente se las dedesigna por Primera, Segunda y Tercera. Las chicas son seis, tres de las cuales están cerca de la primera; otras tres de la última grande.

Una de las chicas, vecina á la de Cheops, encerraba los restos de la hija de esta.

El grupo ocupa una plataforma artificial hecha en la cumbre de una colina.

El alto de la gran pirámide es de ciento treinta y siete metros; era antes algo más alta. La línea primitiva de la base de sus caras, media como 233 metros; ahora solo tiene 227 y medio; se vé á cierta distancia la piedra angular de una arista. La longitud de la altura del triángulo en cada cara es de 173 metros.

En el lado norte, á cierta altura de la base está la puerta de entrada; á esta sigue un canal inclinado hacia abajo de dirección norte sud que conduce á una especie de cámara; de ahí por corredores horizontales ó inclinados hácia arriba ó abajo se puede visitar todo el interior.

La descripción de galerías, cámaras, vestíbulos, pozos ó conductos, es larga é inútil en este momento. Básteme dar estos detalles: hay un pozo cuyo fondo coincide con el nivel del Nilo, suponiéndose por esto, una comunicación no encontrada hasta ahora; sobre el plano de la base á veintidos metros de él, una cámara, en el eje de la pirámide llamada *cámara de la reina* y á veintiun metros encima de esta, otra cámara, precedida de un vestíbulo y rodeada de galerías, la *cámara del sarcófago,* donde se encontró la momia real.

Grabado en una piedra, estaba el nombre inmortal del constructor *Khoufou.*

Las pirámides han sido minuciosamente examinadas por sábios arqueólogos y descritas en cien volúmenes. Si á los lectores de LA PRENSA, no les basta con mi relación, para hacerse una idea de estos monumentos, pueden consultar las obras especiales.

No quiero olvidar, sin embargo, una particularidad de la segunda pirámide, y es que conserva su

capa pulida superficial primitiva en su parte superior.

El cuento relativo á la ventanilla por la cual se vé, según la leyenda, la estrella del Norte, es, lo sospecho, una pura invención; nadie habla con seguridad de ella, ni la ha visto. Lo probable es que si la estrella se vé de alguna parte, desde el interior de la pirámide, sea del fondo del conducto de entrada, cuya dirección he señalado.

Solo me falta hablar en lo relativo á las pirámides, de los famosos árabes que tienen el monopolio de su explotación, so pretexto de cuidarlas y servir de guía á los viajeros. Semejante comparsa es incómoda y perniciosa.

Es imposible librarse de los tales beduinos ni tomar notas, ni mirar á gusto cosa alguna. Sus agresiones no se limitan á palabras, pedidos y ofertas, van hasta las vías de hecho; lo agarran á uno, le quitan el lápiz ó el papel por vía de servicio, lo acompañan, lo hostigan, lo codean, lo empujan y lo persiguen aún cuando se les manifieste la mayor impaciencia.

No sé como el gobierno del Cairo no toma con ellos alguna medida y no establece una administración séria en las Pirámides, en vez de la desagradable y un tanto peligrosa cohorte de árabes testarudos.

En fin algo se les deberá perdonar en vista de su agilidad. Un beduino sube y baja á la gran pirámide en diez minutos; no parece que trepa sino que vuela tocando apenas los altos escalones de las tremendas y quebradas piedras.

A fuerza de ver tumbas, sarcófagos, sepulcros, ataudes y momias, los pueblos orientales se han connaturalizado con los despojos de la muerte.

Al rededor de las Pirámides, sin que nadie les haga caso, andan rodando los cráneos humanos y las hosamentas. Yo recojí como recuerdo una tibia y un peroné carcomidos y escribí sobre una de sus caras «Pirámide de Cheops, 24 de Noviembre de 1889».—Cuando vaya le regalaré á Zeballos estos dos huesos para su colección.

En la misma plataforma de las pirámides hay innumerables tumbas; yo penetré en una conservada accesible para los viajeros. Se baja á un pequeño vestíbulo; á la izquierda se encuentra una abertura, cuya mitad inferior está llena de arena no dejando libre sino un espacio de cuarenta centímetros; por ahí es necesario entrar arrastrándose; pasada la abertura se penetra en un espacio cúbico, de paredes pulidas y llenas de inscripciones; en el medio está el sarcófago de piedra como lo son el vestíbulo, la cámara, las puertas y los conductos. Vista esta quedan vistas las demás tumbas; todas son iguales.

—

Como guardian de las Pirámides, al pié de ellas, surgida de la misma roca, permanece la legendaria Esfinge, contemplando muda y solemne el desierto, el pasaje de las arenas en eterno viaje, la aparición y la muerte de las generaciones que se suceden, los siglos que desfilan y el fugitivo tránsito de los efímeros acontecimientos humanos.

La colosal figura á pesar de sus mutilaciones parece mirar al viajero, con una compasiva severidad. Hay algo, en aquella quieta fisonomía de dulce y de adusto al mismo tiempo, que conmueve y desconcierta. Sus facciones han sido descompuestas, pero la expresión de belleza, de dignidad y de poder se conserva.

Sus labios colosales agenos por su volúmen á la sensibilidad y á la tristeza, se apartan levemente y su boca de granito sonríe suave, melancólica y compasivamente.

¡Yo duraré, está diciendo esa boca, cien siglos más y tú, endeble ser humano habrás pasado como una sombra!

Sus ojos miran con una estrañeza dolorida y la quietud invariable de su máscara, sugiere meditaciones amargas.

En su inmensa y despejada frente los dolores humanos no han escrito los signos de la pesadumbre, ni dejado la huella de la preocupación por los con-

flictos de la vida; solo se vé ó se adivina en ella la noticia de los terribles sucesos como una fria descripción.

—

La Esfinje no ha sido hecha de pedazos; un promontorio saliente de la roca ofreció el bosquejo y la mano del hombre concluyó la obra con el cincel y el martillo, añadiendo solo piedra y mortero donde faltaban fragmentos para modelar la forma.

Se sabe que la Esfinje representa un león con cabeza humana echado sobre sus patas; es la imágen ideal de un dios solar adorado por los egipcios.

Está horriblemente mutilada; le faltan las megillas, raro desgaste, y la nariz casi por completo.

Las manos del león se apoyan sobre dos pilares cuadrangulares de granito. La arena oculta el pedestal, pero todo el cuerpo del leon está visible.

Un beduino parado en el cuello, no alcanzaba á su límite superior por delante; júzguese por esto del tamaño de esta colosal escultura cuyas exactas dimensiones figuran en todos los libros.

—

A poca distancia de la Esfinje están los restos del templo de Serapis, de Osiris ó simplemente de la Esfinje, quien por su calidad de Dios, podía también tener su templo.

He dicho de Serapis, Osiris ó la Esfinje, porque

no hay nada averiguado positivamente respecto á su nombre, ateniéndose cada sabio á su idea.

En la duda, más natural parece llamarle templo de la Esfinje, porque ella y el templo están encerrados en un mismo reparo y porque un camino ó corredor liga el edificio al ídolo.

El templo está casi enterrado en la arena, sin embargo se ve sus muros de granito, sus pilares y las enormes piedras que forman el umbral superior de las puertas. No ha entrado en la construcción mortero ni ingrediente estraño; las piedras matemáticamente cortadas, están justa-puestas y así se mantienen.

A su lado se ha descubierto un pozo llamado la *Tumba de Campbell*, por haber sido enterrado allí, dicen, un coronel de este nombre, que hacía en las pirámides trabajos de investigación.

El pozo es una curiosidad; de él se ha sacado varios sarcófagos; es cuadrado, grande y profundo; á su rededor se ha cavado una zanja en declive, por la cual se baja hasta el nivel del fondo en cuyo plano hay una abertura de comunicación. Un ataud permanece aun en el pozo: los beduinos lo mantienen cubierto con una estera á fin de tener el pretesto de bajar para descubrirlo como lo hizo el que nos lo mostró.

Una vez levantada la estera, se vé un sarcófago de

piedra y dentro de él un cajón de basalto negro. Nada más.

—

A poca distancia de las grandes pirámides se está construyendo un magnífico hotel con aspiraciones á palacio.

Será una delicia pasar el invierno en esa mansión para subir temprano á las pirámides y deleitarse viendo la salida del sol, el campo donde estuvo Memfis, el Nilo y el Cairo, destinado á ser forzosamente la residencia obligada de todos los europeos de buen gusto durante la estación fría de su tierra.

Nos despedimos del Cairo llevándonos para siempre el recuerdo de su original y atractiva composición; de sus parques, jardines, flores y perfumes; de sus palacios y deliciosas moradas; de sus mezquitas y sus bazares; de los contrastes en el tamaño de sus animales de servicio, que son ó camellos ó burritos microscópicos; de sus perros sabios y organizados en repúblicas independientes; de sus joyeros de taller en la calle; de sus bazares y por fin, de sus pachás, magnates ó simples propietarios, serios y corpulentos, montados con suma gravedad, en burros petizos arreados con gran algazara por *fellahs* ágiles y trotadores.

—

Del Cairo nos dirigimos á Alejandría por ferrocarril.

Varias villas y ciudades se encuentra en el camino y todo el terreno á uno y otro lado de la vía es fertil, gracias á las fecundantes aguas del Nilo. La forma de aprovecharlas para el riego es curiosa; si no suben de buen grado á las planicies un poco altas, los habitantes las hacen subir por fuerza, con un tubo inclinado, cuya extremidad inferior se sumerje en el lecho de cualquier canal ó acequia, permaneciendo el otro extremo fuera y un poco por encima del nivel del plano sobre el cual se quiere echar el agua; el tubo debe tener en su interior alguna disposición conveniente, en forma de hélice supongo, pues imprimiendo al aparato un movimiento giratorio al rededor del eje del cilindro, se consigue hacer salir el agua por el extremo superior.

—

Alejandría está situada entre la boca oeste del Nilo y el lago Mareotis. Un canal reabierto por Mehemet Alí, la pone en comunicación con otra boca del Nilo llamada Roseta.

Con tal disposición el puerto de Alejandría es admirable y la ciudad, gracias á esto y á la abertura de los canales, crece rápidamente y tiende á convertirse en una de las más importantes del viejo mundo, á muchas de las cuales se parece ya, por la forma, dimensiones y calidad de sus edificios. Mencionaré entre estos la Bolsa y la casa de los tribunales como

muy dignos de figurar en una ciudad europea de segundo orden. En una grande y bien decorada plaza se vé una linda estátua ecuestre de Mehemet Alí. Dos fuentes en permanente acción deben ser también tomadas en cuenta por su belleza y su indisputable utilidad en aquel clima caliente.

Alejandría apenas presenta vestigios de su carácter oriental: es una ciudad europea, diferenciándose de las de Italia, Francia y otras naciones donde florece el comercio, solo por la variedad infinita en la nacionalidad de sus habitantes, patente por las costumbres y los vestidos.

Lo más notable es el paseo al borde del Nilo, realmente encantador. En la orilla opuesta, entre una lujosa y fragante vejetación, aparecen como queriendo esconderse, preciosas mansiones, casas, palacetes y palacios.

Sobre una eminencia en las orillas de la ciudad, existe todavía un monolito llamado la Columna de Pompeyo, y digo todavía, porque en Egipto como en todos los dominios turcos, no hacen el menor caso de los monumentos antiguos; los destruyen, los dejan destruir, los descuidan ó los regalan.

Dentro de un momento voy á presentar la prueba de esto último, mientras tanto aquí va la de lo primero.

Ni del nombre han cuidado en lo referente á la

columna de Pompeyo; no tiene porqué llamarse así; fué erigida en honor de Diocleciano y quedó inconclusa. Ahora le falta el chapitel; uno de los cuadros de la base ó pedestal ha sido dislocado y sus caras verticales se hallan en un plano distinto de las correspondientes del resto. Si el pobre monolito no se cae, es solo por guardar consecuencia á las leyes de la gravedad, únicas personas encargadas de mantener verticales sus treinta y cuatro metros de altura.

El sitio donde se levanta es un descampado con aire de depósito de basuras.

Las *Agujas de Cleopatra* son dos obeliscos, uno de más de veintidos metros y otro de más de veintitres de altura. Tienen como tres mil cuatrocientos años de edad y dormían tranquilamente en un sitio cerca de la costa, el uno parado y el otro acostado y cubierto de tierra, cuando Mehemet Alí los regaló á Estados Unidos y á Inglaterra. Al transportar uno de ellos, el buque naufragó y dió con el obelisco en el fondo de la Bahía de Vizcaya. Pescado con gran trabajo, figura ahora en su nueva patria, como en la suya de adopción el otro.

Estos ilustres viajeros, adornaron en sus buenos tiempos el pórtico del templo de Neptuno en Heliópolis, de donde fueron llevados á Alejandría de tránsito, como se vé, para Inglaterra y Estados Unidos.

Queda cumplida mi promesa respecto á la generosidad de los egipcios en materia de obeliscos.

—

Estamos abordo del *Sarkier*.

La salida de Alejandría le hace gozar al viajero de uno de los panoramas bellísimos de Egipto. Abrazando la bahía se ve á un lado un largo muelle de piedra; en el fondo la extendida ciudad con sus árboles, sus edificios, sus numerosos buques y su ostentosa columna del Pompeyo; al otro lado los hermosos y floridos palacios y harems de los magnates, siendo el más bello el edificado por Mehemet-Alí desde donde presenció el bombardeo de Alejandría en 1882 Tewfik Pachá.

La noche abordo ha sido espantosa; lo aborrezco al Mediterráneo; se ha conducido muy mal con nosotros sin el menor motivo, pues jamás le hemos hecho ningún servicio.

Sin duda procede así por adular al capitán, pareciéndose á él.

Este caballero está de un humor negro; ha sido obligado por un Pachá cualquiera á dejar en la isla de Rodas, dando una gran vuelta, el ama de leche del Sultán, una negra vieja, gorda y fea, aunque menos desagradable que el Mediterráneo y menos negra que el humor del capitán.

A mí no me hace nada este buen hombre, pero lo

veo enjestado para todo el mundo y cuando pasa tiemblan los mozos y la cristalería del aparador. ¡Pobre, quizá está enfermo!

GRECIA—EL PIREO—ATENAS—REVISTA GENERAL DE LA CIUDAD—TOPOGRAFIA—BELLEZAS DE LA ARQUITECTURA GRIEGA—ANTIGUEDADES.

Ya estamos en Atenas.

Cuando estudiaba historia en el colegio del Uruguay, siendo mi profesor un ex-colega mío, al leer las páginas sobre Sócrates, Demóstenes, Perícles, Aspasia, Alcibiades y comparsa, no sospechaba sin duda, que alguna vez vendría al escenario donde desplegaron los unos su elocuencia, ejercitaron los otros su poder y usó y abusó de sus encantos la adorable dama cuyas costumbres chocaban tanto al honorable y modesto señor Drioux, autor del texto recomendado por la Iglesia y nuestro inolvidable rector Alberto Larroque.

¡Qué bien habría dado mi lección, si en vez de hacer ahora mi viaje, lo hubiera hecho durante las vacaciones siguientes á mi segundo año de colegio!

Grecia, cuna del arte y de la libertad, sueño de la juventud, ambición de todo estudiante; Grecia la sabia, la poderosa, la elegante, la ática, porque te dejas ver ahora solo, tan tarde, cuando ya casi to-

dos los entusiasmos han pasado y se encuentra medio muerta el alma antes tan sentimental y llena de ilusiones?

Tus montes no me hablan ya como en los primeros tiempos, tus templos no derraman el místico encanto de tu paganismo estético ni tus plazas públicas se estremecen con la voz de los elocuentes oradores, cuya palabra ardiente oía desde el banco duro de mi aula!

Te veo y te toco, y en vano procuro hacer revivir las fruiciones que me hiciste experimentar á la distancia, en las épocas de una vida que comenzaba y abría sus manantiales de esperanza, para derramarla en el futuro, informe, desconocido, pero seductor y atractivo por la ignorancia de todos los desengaños y de las fatigas del descreimiento.

En fin....

Gabriel Larsen del Castaño? Es él no haya duda, aquel hombre que gesticula y toma distancias buscando perspectivas, delante de una estátua sin ojos, sin boca, sin nariz, sin orejas, sin manos y sin piés.

¡Gabriel Larsen!

Si me hubieran preguntado cuál de mis compatriotas debería venir infaliblemente á Grecia, sin vacilar habría contestado: Larsen.

—Por qué?

—Por la fuerza de la tradición, por la influencia

del colegio y de la familia, por haber nacido sobre un volúmen de Heródoto y haberse criado entre Demóstenes, Temístocles, Leónidas, Tirteo y los siete sabios, todos libros con tapas de pergamino y escritos en griegos!

Ver á Larsen en Atenas me pareció la cosa más natural del mundo.

Antes de darme los buenos días siquiera, se puso á ponderarme la estatua, ¡Qué expresión en ese rostro divino! me decía, y la cara era una mutilación espantosa. ¡Qué actitud tan digna y elevada, qué soltura olímpica!

—Pero hombre, dónde ve usted todo eso? le dije.

—En esta obra sublime, contestó; aquí anda Fidias con P i h, no como lo escriben ustedes; nadie sino Phidias, puede haber cincelado esta obra maestra.

—Mi querido Larsen, dispénseme, yo no veo aquí sino un trozo de mármol que antes de haber sido roto á martillazos, tal vez representaba una figura humana.

—Usted es un bárbaro, Dr. Wilde, me replicó; esta estatua en verdad no tiene ojos, nariz, ni boca, no tiene cara propiamente dicha, pero mírela usted con los ojos del alma, supla las facciones con la imaginación y entonces verá sus bellezas palpitantes.

—Oh! así hasta Velez Sarsfield es un Adonis, le contesté.

Después de este coloquio hablamos de cosas de este mundo, de nuestra tierra y de los viajes, siguiendo desde entónces, juntos nuestras visitas á las ruinas y monumentos de Atenas.

Un día lo ví muy meditabundo, mientras paseaba por el interior del Partenón, me acerqué á él y tocándole en el hombro le dije:

—Bueno, mi amigo, no esté triste, la estátua del museo sin boca y sin ojos es bellísima, y Fidias, con P y h, es sin duda el autor!

—Gracias me respondió conmovido, no esperaba menos de su lealtad y de su inteligencia é ilustración!

—

Entre tanto, el lector por culpa de Larsen no sabe como se va á Atenas desde el Pireo.

Se desembarca en este puerto, de muy buen humor, porque se libra uno del mar y llega á Grecia, país clásico, lleno de reminiscencias históricas, ponderado por los escritores, víctima de todos los bárbaros de la Europa antigua, cantado por los poetas, amado por los republicanos de corazón, admirado por los artistas y literatos, estudiado por los sábios, y por fin, muy querido de Lord Byron, el poeta humano por excelencia, en cuya índole melancólica y sublime germinaban todas las bellezas al lado de todas las amarguras, los desconsuelos y los sarcasmos!

Se visita ligeramente la ciudad un poco triste y ventosa, como Atenas; se toma un carruaje y en una hora se llega á la capital, mirando desde lejos el Acrópolis y gozando de antemano con el perfil de sus ruinas dibujado en el cielo.

Antes de hablar de las antigüedades, bueno es decir una palabra respecto de la nueva Atenas.

Si hay una ciudad á la cual deba darse el nombre de moderna, esta es sin duda la capital de Grecia.

Aquí, casi todo es recíente y aparece tal.

La edificación se ha recostado del otro lado del Acrópolis y las casas presentan las apariencias de haber sido construidas en una sola época y en flamante fecha.

Un arco triunfal fué levantado con motivo del casamiento del hijo del rey y recepción de los parientes de la desposada. Este arco dá entrada á una plaza rodeada de monumentales edificios y en cuyo fondo, sobre una eminencia á la cual se llega por una ancha escalinata, se levanta el Palacio de Gobierno, mediocre-alojamiento, pero muy bien situado. Tras del Palacio hay un gran jardín ó más bien un parque con jardines y construcciones adecuadas á esta clase de establecimientos.

En las calles de la ciudad, anchas y bien delineadas son dignos de nota los edificios siguientes:

El Correo, el Congreso, el Palacio de la Exposición, la Escuela politécnica, cuya parte central sirve para la conservación de importantes colecciones; el Museo nacional, vasto y elegante edificio; la Universidad, capaz para tres mil estudiantes y cómoda para el funcionamiento de sus cuatro Facultades de derecho, medicina, teolojía y filosofía, para su biblioteca de 150.000 volúmes y su colección de medallas; el Museo de ciencias naturales, dependiente de la Universidad y bien provisto de laboratorios: la brillante Academia de ciencias, el mejor monumento de la Atenas moderna, flanqueado por dos altas columnas jónicas con las estátuas de Atena y Apolo, y decorado en su frontis con un relieve representando el nacimiento de Atena; las bellas y espresivas estátuas de Sócrates y Platón dando frente á los jardines situados delante de estos edificios: la nueva Biblioteca, en construcción; los Teatros antiguo y moderno; el Instituto arqueológico alemán; la Escuela francesa de Atenas; las Iglesias sencillas en general y de buena arquitectura, y cien monumentos más, entre los que figuran con un sello artístico muchas casas particulares de gusto esmerado.

Algunos de los Institutos nombrados en esta lista han sido costeados por griegos ricos arraigados en el extranjero; su desprendimiento y patriotismo son dignos de elogio y deberían ser imitados.

Pertenece á esta categoría el Arsakeion, ó sea la Escuela normal de mujeres, edificada á expensas de un griego establecido en Bukarest. Mil quinientas niñas reciben educación en esta Escuela.

—

Atenas ocupa una planicie relativa, encerrada entre los montes Himethos, Pentélico, Parnes, Aegalos, el mar y el golfo Sarónico ó de Egina. En este recinto se señala cinco colinas muy conocidas por los estudiantes de historia griega; Acrópolis, Areópago, Pnys, Ninphas y Museion.

Dos ríos la riegan, el Cephiso y el Ilissos. La ciudad moderna se extiende al Norte del Acrópolis; la antigua estaba situada al Sud, rodeando en parte esta eminencia. Un monte de Olivos existe en la planicie desde los tiempos más lejanos.

Dominando la ciudad, y siempre visibles de cualquier parte aparecen el Observatorio astronómico sobre el montículo Ninphas y las ruinas del Acrópolis.

También hace sus frecuentes apariciones el monumento de Philopapos sobre el Museion. Este monumento es una simple pared, adornada en sus buenos tiempos y ahora desnuda.

He olvidado mencionar entre los institutos el Hospital Oftalmológico. La sola existencia de semejante establecimiento, dá una idea del adelanto

de Atenas, como también la dan los Liceos y Seminarios.

—

El cielo está despejado y convida á visitar las ruinas del Acrópolis, á pesar de los vientos furiosos que andan por todas partes en esta aereada ciudad.

Las ruinas de Atenas son una escuela de arqueología y de arquitectura.

No solo inspiran al historiador y al viajero por los recuerdos que remueven; impresionan también por su belleza.

Una columna es un cilindro más ó menos grueso y alto.

Un muro es un paralelipípedo más más ó menos espeso y elevado.

Una escalinata es una gradación de descansos más ó menos cómoda ó pendiente.

Pero las columnas, los muros y las escalinatas de Atenas son algo más y mejor.

Hablan y hacen gozar.

Tienen la belleza de la forma; han sido hechas para corregir los defectos de la perspectiva; están dispuestas para engañar la vista, pues donde esta vé rectas, las líneas son curvas, y donde vé igualdad de diámetros hay diferencias de espesor.

Estos griegos han tomado al hombre por los defectos de sus sentidos.

Ejemplo:

Si un piso está en un nivel perfecto, el ojo lo vé deprimido en el centro.

Los griegos antiguos han levantado el centro de los planos para mostrarlos de uniforme altura.

Una columna perfectamente vertical, parece inclinada.

Los griegos la inclinan para que parezca á plomo.

Una columa en el extremo de una série parece más delgada porque la luz, según la admirable expresión de no sé quien, se *come los espesores.*

Los griegos dan mayor grosura á las columnas de los ángulos para que todas tengan el mismo diámetro aparente.

Un rectángulo es un espacio encerrado entre cuatro rectas que se cortan en ángulos de noventa grados. Todos los rectángulos debían ser iguales en cuanto á belleza.

Pero los griegos encontraron las proporciones del rectángulo más armonioso y construyeron el rectángulo griego, en el cual la altura tiene tanto ó cuanto más sobre la base, no recuerdo la cifra, y produce en el espectador una sensación estética agradable.

Y sobre todos estos descubrimientos está fundada la arquitectura griega.

Añádase otro dato á estas nociones. Los esca-

lones deben ser impares y siete escalones es el número reconocido más propio para dar la sensación de proporción y armonía.

¿Cómo llegaron á plantear estas reglas?

No sé.

Cuando me encuentre en el otro mundo con Pericles, bajo cuyo reinado se concluyó el Partenón, se lo preguntaré y si Aspasia continua aún en buena relación con ese caballero, no dejaré de pedirle su opinión, pues la juzgo muy entendida en obras de arte.

Para nosotros un arco está bien hecho sinó se cae, una columna cumple con su deber si soporta el peso de cuanto se le eche encima y una casa responde á su objeto, con tal que desde la calle por una de las ventanas del salón, se «pueda matar de un balazo al cocinero».

Los griegos no eran tan feroces para con los cocineros y buscaban además del equilibrio en los arcos y la fuerza en las columnas, la belleza en cada uno de estos elementos,

Por eso las ruinas de Atenas son una fuente inagotable de sensaciónes agradables.

El arte de cortar, de modelar y de dar proporción á las dimensiones, era poseido en sumo grado, en esta tierra clásica del buen gusto y por eso, el Partenón, las Propileas, el Templo de Teseo y la Torre de los vientos, no siendo sino un conjunto de nuevos

y columnas, reclaman de todo espectador un momento de éxtasis y le procuran emociones deliciosas.

Nadie se dá cuenta de los motivos de su sensación, pero ella existe; nace y crece en presencia de un volumen de piedra y uno se pregunta sorprendido, porqué esa forma semejante en apariencia á muchas otras, determina un movimiento interno de agradable fruición, cuando las otras no lo procuran.

La razón está en el acomodo de los volúmenes á la aptitud orgánica de apreciarlas!

Todos los tamaños y todas las formas son, en esencia, iguales por lo que toca á la sensación de la magnitud y la figura, pero un tamaño y una forma se dejan comprender mejor ó más cómodamente por el cerebro; de donde resulta la sensación de agrado.

Mirando el Partenón se goza tanto como mirando el rostro de una hermosa mujer.

Esto asentado, vámonos al Acrópolis viendo de paso algo en el camino.

Estamos en el *Stad Fanatenéico*, donde se celebraban los juegos gimnásticos de las Panateneas; ahora desierto y sin más testigos de los torneos pasados, que unos trozos de mármol empeñados en conservar su figura contra la voluntad del tiempo. Limítanlo eminencias dispuestas en forma de herradura. A la izquierda se ve un túnel que tras-

pasa la roca; á la derecha el promotorio de las órdenes. Nada más, sino la sujestión del sitio y el recuerdo de tanta lectura, que le hace á uno ver el enjambre de hombres, carros y caballos, el pasaje del vencedor ó de las bestias feroces, no se sabe, por el túnel y los cincuenta y tantos mil espectadores sentados en las gradas.

Más allá se dá con el *Olympeíon* llamado comunmente el *Templo de Júpiter*, aunque era el de *Zeus Olímpico*, del cual solo quedan dos grupos de columnas en pie; uno compuesto de trece y otro de dos. Eran primitivamente ciento veinte.

Un solitario, San *No sé quien* el Estilita, se estableció en la Edad Media, sobre una alquitraba sostenida por dos columnas aisladas, y allí vivió largo tiempo. Su extraña habitación subsistió hasta el reinado de Oton, ó era visible á lo menos. Los archivos de las antigüedades de Atenas conservan el dibujo de la cueva ó célula.

Junto al grupo señalado de dos columnas separadas, yace en el suelo, melancólicamente tendida y toda desarticulada, otra columna que un huracán derribó en el año 1856.

Sus dieziocho tambores esperan en toda calma cerca del chapitel la caida de sus compañeras.

Al mismo tiempo que la concepción de la grandeza del monumento, invade el alma un sentimiento

de tristeza al contemplar la inevitable destrucción. Algunos trozos de piedra guardan aún su equilibrio sobre los olímpicos pilares.

Allí cerca se levanta el *Arco de Adriano* que separaba la nueva de la vieja Atenas. La abertura del arco mide siete pasos de los míos, como seis metros; forman su base pilares y columnas de mármol; arriba tiene nichos y medias columnas y en sus dos caras inscripciones señalando la ciudad de Teseo y la de Adriano. El arco es elegante, pero su orígen, relativamente moderno, está patente.

Contrastaba con las ruinas en el momento de nuestra inspección, una máquina de aplanar que andaba por ahí. Al mismo tiempo pasó enfrente á gran trote un par de caballos arrastrando un carro fúnebre; en él hacía su último viaje un cadáver descubierto; así llevan aquí los muertos al cementerio.

Esta escena me hizo recordar el entierro de Nolas ¡pobre!

Nolas era un estudiante de quinto año de medicina que se suicidó en Buenos Aires, disparándose un tiro de revolver en el cráneo; yo conservo aún la bala, como recuerdo.

Iniciada por alguien hicimos una suscripción para enterrarlo decentemente. Sacamos el cadáver del anfiteatro y se organizó el acompañamiento yendo

el carro fúnebre delante á paso regular, seguido de dos coches en los que íbamos Ardenghi, Fernandez, Garaño, Pinto, Pirovano y yo.

Tomamos las calles menos concurridas marchando lentamente, pero á poco andar Pirovano dijo: esto va muy despacio, y sacando la mano por la portezuela del carruaje hizo seña al conductor del carro fúnebre para que fuera más lijero.

El conductor obedeció.

Al rato, Ardenghi gritó: más pronto hombre; el cochero tomó al trote largo.

Las órdenes fueron repitiéndose y cerca del cementerio íbamos ya al galope, pareciendo el acto más que un acompañamiento, una persecución al carro del difunto cuyo cajón daba saltos adentro.

Como Nolas había muerto impenitente, el sacerdote del cementerio no quiso echarle su bendición.

Garaño dijo: «Entonces yo se la echaré», y con la seriedad que le es característica bendijo en latín la sepultura y el ataud.

A la salida de la Recoleta, Ardenghi gritó:

«Caballeros, sobran doscientos pesos de la suscripción ¿qué hacemos?»—Pinto opinó que fuéramos al café Catalanes para tomar algo á la salud de Nolas. La idea fué aceptada.

Miguel Fernandez añadió: «Que venga también el carro fúnebre con nosotros».

Era justo. Al poco rato se veía en la calle de Cangallo á la puerta del café el carro y nuestros dos carruajes, determinando un agolpamiento de gente que preguntaba quién se había muerto!

¡Pobre Nolas! Siquiera tuvo un entierro original, y si las cosas de este mundo llegan al otro, tendrá la satisfacción de haber sido recordado por un condiscípulo al pié del Arco de Adriano en la poética Atenas.

*La linterna de Diógenes* como llaman vulgarmente al *Monumento de Lisícrates,* nombrado también *Linterna de Demóstenes,* es una contrucción circular de mármol sobre una base cúbica de piedra. Varias columnas sostienen la cubierta, debajo de la cual se nota bajos relieves delicadamente ejecutados. Fué erigido para servir de pedestal al trípode destinado á exponer los premios obtenidos en concurso. Lord Byron hizo de él su gabinete de estudio, separando un panel del muro, pues el recinto era cerrado por todos lados. Diógenes nada tuvo que hacer con su apócrifa linterna.

Siguiendo el orden de mi visita encuentro el *Templo y Teatro de Dionysos* llamado por los nativos Templo de Baco. Es un coliseo construido en la pendiente del acrópolis y cuyas partes se distingue aún: la escena, la orquesta y lo llamado ahora la platea están bien marcadas. La platea tenía forma

de anfiteatro y podía dar asiento á 30.000 espectadores. Están aún en el recinto las estatuas mutiladas de Baco hincado en una rodilla y del Dios Pan, trozos de columnas, la marca del sitio del altar, bajos relieves en el zócalo diré del escenario y las sillas y sillones de mármol de los personajes notables, ocupando el centro el del Síndico, nombre dado por nuestro Guía al Sacerdote á quién era destinado en los tiempos antiguos, es decir, á un personaje de tremenda importancia.

Ni un solo rango de asientos del anfiteatro, está intacto. Este teatro fué edificado después de haberse hundido bajo el peso de los concurrentes, la gradería del anterior.

Al pié de la muralla de Cimón y encima del teatro, se ve una gruta, convertida en santuario, á la cual se llega trepando la peña por gradas talladas en ella: es la gruta consagrada á *Dionysos* por *Thrasillos*. Hay allí ahora, una pintura borrada de la vírgen. El pórtico ha sido destruido por el cañón de los invasores: solo quedan arriba dos columnas menos antiguas que la gruta.

Cerca aparece una arquería que se desarrolla en parte, al rededor de esa sección del Acrópolis, y en el espacio entre el teatro de Dionysos y el *Odeon de Herodes Aticus,* se nota les restos de varios edificios de diferente época y principalmente cisternas romanas ó turcas ó de ambos oríjenes.

Los restos del más antiguo monumento allí son los del *Asklepeion* llamado por los nativos *Templo de Esculapio.* Se dividía el recinto del Asklepeion en tres partes: Templo del Dios de la salud, Fuente de purificación y Pórtico de espera. En la fuente se lavaban y purificaban los enfermos; en el pórtico pasaban la noche prévias las prácticas del rito y esperaban el sueño que les indicara el remedio. Los remedios eran como los de nuestras actuales curanderas: ponerse sangre de un gallo, untarse sebo de león y cosas por el estilo.

Los enfermos se curaban como ahora con la homeopatía y la prueba de ello es el número de ofrendas presentadas al Dios médico.

Parado yo sobre un trozo de columna del templo de mi colega Esculapio, ví un espléndido paisaje y pasé en seguida á recorrer las ruinas del *Odeon de Herodes Aticus.* Era este un verdadero teatro cubierto, como los nuestros, capaz de contener seis mil espectadores. Su estado de conservación deja ver perfectamente la disposición de sus partes. La escena era grande y estaba separada de la calle por un alto muro aún subsistente, provisto de puertas y ventanas. A los lados, en un pasadizo de la platea al escenario, hay dos nichos, eran destinados á las efigies de Herodes y su mujer. La platea forma anfiteatro; las gradas se conservan en regular estado; en algunas se vé aún la cubierta de mármol.

Nosotros salimos por la puerta de la derecha para subir al *Acrópolis*.

No he pretendido hacer una descripción metódica, pero si puedo afirmar que cualquier viajero siguiendo mi itinerario verá en Atenas todo lo importante y se dará cuenta exacta de cuanto encuentre.

Al Acrópolis se sube en parte por un camino de carruaje y después hasta las Propíleas por una escalera tallada en la roca.

Las *Propileas* son el vestíbulo del Acrópolis. Este pórtico puede dividirse en tres partes: el centro y dos anexos que son el *Templo de la Victoria sin alas* y la *Pinacoteca*.

No quedan del pórtico sino cierta parte de los muros, unas cuantas columnas, varios pilares y alquitrabas guardando su aplomo, y restos de unos y de otras marcando la división del monumento.

Aun se distingue las cinco puertas, el vestíbulo y la fachada hacia el interior del Acrópolis.

Los restos dan la idea de la belleza del edificio. Las mismas reglas observadas en el Partenón han sido seguidas en las Propileas que se levantan majestuosas y elegantes á pesar de las mutilaciones del tiempo y de los hombres.

El orden de su arquitectura es una mezcla de dórico y jónico, perfectamente armonizados.

Los anexos, son como he dicho, *La Pinacoteca*,

una sala rectangular con cinco columnas en su frente y

*El Templo de la Victoria aptera* recinto elevado que se adelanta á las Propileas. Dos pilares sostienen la alquitraba y un pórtico de cuatro columnas jónicas precede al local de la Diosa. Atrás hay otro pórtico semejante.

Cuando visité este sitio hacía un viento tan fuerte, que no sé cómo no dió en tierra con todo cuanto había en pié.

Del friso solo queda una parte con los bajos relieves; lo demás ha sido llevado á Inglaterra.

El tiempo y las demoliciones intencionales dice un autor, solo han servido para añadir delicadeza á la estructura de este precioso monumento.

Las leyendas respecto al significado de la Victoria sin alas y al sitio de su templo, son relatos muy largos y serían inoportunos.

Saliendo de las Propileas hacia el centro del Acrópolis, se vé á la derecha el *Partenón*, á la izquierda el *Erechtheión* y en frente algunos restos de monumentos ya olvidados.

El *Partenón* es la maravilla del Acrópolis y tal vez, del mundo entero.

No entraré á describirlo; todos lo conocen de nombre ó por sus retratos. Su belleza ha resistido al tiempo, á la guerra, á los conquistadores y hasta á

las explosiones de la pólvora que hicieron volar su cubierta y voltearon muchas de sus columnas.

Las aun paradas y las tendidas á sus flancos, hablan todavía al alma y reclaman la más sincera y espontánea admiración.

¡Con qué firmeza y elegancia se alzan las unas sobre su base; con qué indolente belleza se reclinan las otras sobre la tierra mostrando las curvas de sus contornos y las articulaciones de sus tambores.

Los chapiteles han bajado de las nubes para dejarse mirar y tocar por los hombres, mostrándoles los secretos de su inimitable y artística figura.

Ya no estrechan, por cierto, el recinto del templo formando cerco á la Divina Estatua. El santuario está vacío, pero la mente vé la eterna poesía levantarse de las ruinas y hablar á nombre de la Grecia antigua, sublime en su historia y rica en sugestiones de deleite hasta en los testigos materiales de su pasada grandeza.

Algunos bajos relieves permanecen pegados aún á los ángulos en la altura; pero casi todo el contorno ha ido á enriquecer un museo de Lóndres.

La estátua de su Diosa cubierta de riquezas, fué hace largo tiempo removida y destruida por los salvajismos de la guerra y la conquista.

Los romanos, los turcos, y principalmente los cristianos han contribuido á la ruina del Partenón,

pero la historia lo vincula con los nombres de Pericles, de Phidias, su amigo y de todos los artistas que trabajaron durante largos años en la obra imperecedera.

Los cristianos quisieron convertirlo en iglesia y lo deformaron; los turcos hicieron su depósito de pólvora y una bala causó la explosión que dividió en dos el monumento. Morosini ordenó la remoción del carro de Atena y los encargados de este atentado, dejaron caer la estátua haciéndola pedazos.

La imágen de márfil y oro cuyos materiales apreciados en su valor venal solamente, representaban las rentas anuales de un pueblo próspero de la época, fué destrozada y robada para convertir su templo en iglesia.

A la izquierda de las Propileas, he dicho, está el *Erechtheion* ó sea el templo doble de Atena Poiliade y de Pandrose hijo de Cecrops.

Del Erechtheion ó Erecteion solo quedan algunos muros, cariátides, columnas y alquitrabas, conservándose particularmente el pórtico de las cariátides, llamado así porque cuatro figuras humanas sostienen la parte superior del frontispicio.

Las tres cuartas partes de los lectores de LA PRENSA, no saben lo que es una cariátide; no les hago ofensa con mi suposición, porque me ofendería á mi mismo, pues yo tampoco lo supe hasta no buscar el significado.

Por no perder mi trabajo y para evitar uno igual á otros, aquí va el oríjen:

Había en el Peloponeso una villa, Carye, y en ella muchachas jóvenes que bailaban como en todas partes, pero éstas lo hacían de un modo grave, lento y solemne. Estas jóvenes eran interesantes y alguna vez fueron copiadas y aun festejadas por los escultores, Phidias entre ellos, y llamóse á las esculturas desde entonces, *cariátides.*

El Erechtheion es el primer monumento griego con cariátides. Las suyas representan jóvenes bellas y airosas, habiendo el arquitecto armonizado las figuras humanas con la magnitud del edificio, gracias á la actitud en que las representó.

El techo del templo en el interior era de mármol labrado y debió ser precioso, á juzgar por sus fragmentos esparcidos ahora en el suelo.

Como se sabe, un temblor de tierra contribuyó á la ruina del Erecthheion.

En el recinto del Acrópolis además de las ruinas descriptas y de las señales de otras, existe un Museo moderno, donde se deposita todo cuanto se encuentra al practicar escavaciones. Ese museo parece un cementerio de restos de edificios, útiles de casa y fragmentos de estátuas; cabezas, brazos, pechos, narices, bocas, orejas y demás fracciones sueltas ó acompañadas figuran á la par de cántaros, ánforas,

jarras y mil vasijas de barro pintado, enteras ó rotas y de armas, escudos, joyas y adornos de metales diversos.

—

Saliendo del inolvidable, poético, triste y sublime Acrópolis, visitamos:

*El Areópago*, ó más bien el sitio donde funcionaba el tribunal. En sus vecindades se construyó un templo consagrándolo á *Dionisio el Areopajita*, primer griego convertido al cristianismo. El Areópago se levantaba en la colina de su nombre. Allí predicó San Juan sobre el Dios ignoto, segun las crónicas.

*La Colina de las Nynfas* en cuya cima se alza airosamente el *Observatorio* y en uno de cuyos flancos, preparado como las antiguas montañas rusas, se dejaban deslizar las mujeres estériles para tener hijos, no sé si con éxito.

*El Barathron* ó sea una hondonada profunda aún, donde precipitaban los cadáveres de los ajusticiados.

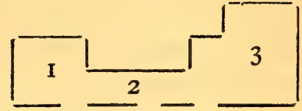
*La Colina Pnys*, donde se muestra la Tribuna de Demóstenes, una pequeña elevación ó desde la cual hablaban los oradores en las reuniones populares. El charlatán Demóstenes debe haber abusado en grande de ese púlpito de piedra.

*La Tumba de Cimón,* caverna situada en la depresión que separa la colina Pnys de la de Philopapos ó Museión. No consta que esa cueva haya sido la

tumba de Cimón, pero por tal es tenida en el pueblo.

*La prisión de Sócrates.* Llaman así sin fundamento alguno, á dos cavernas ó grutas excavadas en la roca, en un sitio apropiado de la colina Museión y cuyo dibujo, hecho en mi cuaderno de apuntes, dentro de las mismas cuevas, copio en esta hoja, rogando al Señor Director se sirva reproducirlo en LA PRENSA, por dos razones: 1ª porque es fácil hacerlo en la tipogratia; 2ª porque la vista del bosquejo ó pequeño plano dá una idea más exacta del sitio que cualquier descripción.

Helo aquí:




1. Pequeña célula.
2. Corredor ó pasadizo.
3. Gruta mayor, esta tiene un agujero en la bóveda.

Los espacios entre las líneas son las entradas ó puertas.

*El monumento de Filopapos*, coronando la colina, constituido por una pared curva con nichos formados en su espesor. Algunas esculturas lo adornaban en sus bellos tiempos; ahora no merece ser visitado sino para librarse de él porque anda presentándose á los ojos del viajero apénas se dá vuelta á mirar algo.

El *Templo de Teseo,* bellísimo monumento, grande en apariencia, pequeño en realidad, por ese arte secreto de los griegos para engañar respecto á magnitudes. Es lo más claro y lo primero diré que se vé, al venir del puerto del Pireo á Atenas, á la entrada de la ciudad. El Templo de Teseo ha escapado por milagro á la ruina general; está casi íntegro en su parte exterior. Lo constituye un gran salón rodeado por treinta lindas columnas. Se vé en la parte superior bajos relieves esmeradamente esculpidos. Adentro en el recinto se ha depositado los restos de los adornos caidos y copias en yeso de los que faltan. El viento entra por las desvencijadas puertas.

La *Torre de los Vientos,* construcción octógona, situada al pié del Acrópolis y cuyo interior comunica por un túnel con un surtidor. Había ántes un relój de agua, movido por la de la fuente. Ahora no hay nada. Por fuera, en los frontones de sus faces conserva bajos relieves, representando á Eolo, en todas sus funciones. Un guardián se aburre miserablemente en esta famosa torre.

*La Puerta de Agora,* nombre popular dado á un monumento compuesto de cuatro columnas dóricas, que sostienen un frontón triangular. La Agora, sus puertas y sus diversos edificios han dado lugar á mil discusiones con cuyo motivo han salido á relucir cientos de nombres diversos.

*El Pórtico de Adriano* del cual solo se ve siete columnas pegadas al muro y los restos de otras más avanzadas.

*Las ruinas de los gimnasios* de *Adriano,* y de *Ptolomeo* y las del *Diogeneion,* otro gimnasio. No hay de tanto monumento sino restos de muros, de columnas, de estatuas y de pavimento. Entre las estatuas se distingue cuatro jigantescas mutiladas.

*El Cementerio de la Cerámica* situado en las vecindades de una fábrica de tejas, vasijas y demás útiles de barro, de la cual el cementerio tomó su nombre. Entre los monumentos y lápidas desenterradas se encuentra varias esculturas notables; algunas conmovedoras. En unas piedras está representada la imágen del futuro difunto despidiéndose de sus allegados; entre ellas hay una en que figuran dos hermanas, Demetria y Pamfilia, muy delicadas y muy lindas, con su aire de personas en viaje al otro mundo. Los vasos, cántaros y otros objetos que se enterraban junto con sus propietarios, hacían parte de las curiosidades del cementerio; por una aberración, este se encuentra en la vía pública.

—

Una de nuestras últimas visitas fué al *Museo,* instituto tenido con gran cuidado y ya bastante rico. Una estatua sacada del cementerio me hizo impresión; representaba una sirviente sentada mostrando

en su rostro la expresión de la más grande tristeza: este mármol es muy antiguo.

La colección de restos de esculturas griegas es notable.

Tiene también el Museo sus momias, sus esqueletos, sus sarcófagos, sus ánforas del tiempo de Cécrops, sus joyas antiguas, armas y medallas: sus colecciones egipcias y griegas, pero aun en estas es inferior á los museos de cierta fama de las otras partes de Europa, con excepción de varias piezas interesantes más por orígen que por su belleza.

Necesario es sin embargo hacer una salvedad.

La colección de objetos encontrados en las tumbas es una verdadera novedad, de utilidad inmensa para estudio de las costumbres y grado de civilización y de riqueza de la Grecia antigua, siendo uno de los méritos de esta colección y no el menor, el de no ofrecer claros ni saltos en la série de eslabones permitiendo con ello leer casi como en un libro abierto el proceso de la cultura helénica.

—

Nuestros compatriotas amantes del estudio y bien preparados, debían sacrificar diez dias de teatro en Londres ó París y venir á visitar estos parajes, de donde llevarían, lo aseguro, recuerdos duraderos.

## DE ATENAS A PATRAS—LA ISLA DE CORFÚ—ITALIA —BRINDISÍ—NAPOLES—HERCULANO Y POMPEYA —EL VESUBIO.

Dejamos Atenas muy contentos de haberla visitado y seguros de interesarnos de aquí en adelante en su suerte como en la de una amiga estimada.

El tren va caracoleando desde su salida de la capital para aprovechar los niveles menos discordantes, salvar las colinas y rodear los lagos ó golfos.

El Sarónico se muestra á la izquierda yendo á Patras, durante una buena parte del camino y en una larga distancia los rieles están colocados sobre la costa, conformándose á los caprichos de las curvas. Se llega á un istmo: se lo atraviesa y entonces se pierde ya de vista al golfo Sarónico para tener constantemente á la derecha el golfo de Corinto.

El ejemplo del canal de Suez ha sido fecundo: el Gobierno griego hace construir actualmente un pasaje navegable por grandes buques, entre los dos golfos, poniendo así en comunicación por ese lado los mares y transformando los hábitos comerciales con gran ventaja para la Grecia.

Nuestro tren atravesó el canal sobre un puente y pudimos ver el jigantesco trabajo. Aun falta mucho para concluirlo.

Desde el canal hasta Patras, el camino se desarrolla teniendo á un lado montes, colinas, valles, lechos de torrentes y bosques de olivos, y al otro, el precioso é inquieto golfo de Corinto. El tren llegó á Patras á las diez de la noche y á esa hora nos embarcamos en su cómodo puerto, en uno de los buques de la línea de Constantinopla, que hace allí escala.

—

Al día siguiente temprano llegábamos á la isla de Corfú ó Egira, célebre en la historia.

Como el vapor debía detenerse algunas horas, desembarcamos para conocer el pueblo, una bonita ciudad, alegre, comercial, llena de árboles y de flores.

Visitamos su teatro, su enorme plaza donde hacían ejercicio dos ó tres compañías de soldados; su fortaleza ó castillo fuerte, el único que he visto en mi vida, razón por la cual no dejé rincón por curiosear, ni torre por trepar, pareciéndome el todo inexpunagble á causa de sus fosos, muros, parapetos y demás defensas y gozando desde la plataforma más alta, de un paisaje encantador formado por el mar, las islas y las serranías vecinas.

Estuvimos en el Palacio real y en su bien cuidado

Parque, donde pudimos admirar las delicias de esa apartada, pacífica y atractiva mansión construida en un terreno quebrado y fertilísimo, rodeada de árboles y flores y cuyas habitaciones sencillamente amuebladas ofrecían, sin embargo, la mayor comodidad en medio de una confortable decencia. Paseamos por las orillas de una parte del mar que entra en una concavidad de la isla, aumentando la belleza del paisaje, y por el bosque y jardines reales. Las flores, muy olorosas por estos sitios estaban á nuestra disposición y si no queríamos tomarlas no nos faltarían por eso, pues varios grupos de niñitas casi todas muy graciosas y bonitas, nos seguían ofreciéndonos ramos y canastas de rosas.

Aquel Paraíso se me ha quedado para siempre retratado en el cerebro; sus habitantes deben ser muy felices.

—

Medio día más de navegación y estuvimos en Brindisí, ciudad por la cual atravesamos solamente para tomar el tren que debía conducirnos á Nápoles, como lo hizo en efecto, mostrándonos en el camino paisajes de un nuevo jénero, montañas heladas, casas cubiertas de copos de nieve, como si sus techos hubieran recibido una lluvia de algodón y un camino enteramente blanco cual si fuera de yeso, donde solo se veía, como cintas brillantes los rieles de la vía.

Y aquí nos tiene usted por unos días, señor Director, oyendo cantar cuanta canción napolitana hay en el mundo, á orillas del golfo, en frente de Capri, de Sorrento y del almácigo de pueblitos pegados á la falda de las colinas; mirando el Vesubio, adivinando Pompeya, alzando los ojos para percibir la ciudad vieja, trepada sobre un elevado promontorio y experimentando uno que otro pequeño temblor, pariente lejano del que destruyó la población de Ischia.

Gabriel Lársen y su familia son nuestros compañeros de viaje desde Atenas.

Ya estamos de acuerdo con el erudito profesor de historia sobre el valor de las estatuas griegas; hablamos de los romanos antiguos á quienes él conoce y trata como si fueran sus condiscípulos y además recita Virjilio de memoria, canta vidalitas aprendidas en Santiago del Estero, miéntras fué ministro y continúa dándome lecciones de pronunciación del griego, tarea que comenzó en Corfú, tomando por gramática los letreros de las puertas.

Es un inapreciable compañero, un poco absoluto, sin embargo.

Ayer, por ejemplo, se ha enojado por haberme oido decir que si el Minotauro hubiera escrito la historia ó la mitología, Teseo no sería tal héroe y que estaba cansado de ver bajos relieves hechos por los hombres figurando mónstruos y animales feroces,

siempre vencidos por atletas desnudos y desarmados, contra todas las probabilidades......

Larsen me interrumpió diciendo:

Un artífice pintó
Una lucha en que valiente
Un hombre tan solamente
A un horrible león venció......
Otro león que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: bien se deja ver
Que es pintar como querer
Y no fué león el pintor.

Esta fábula pasa por ser de un autor moderno, pero no es así: Esopo, el divino Esopo, si nó la escribió al pié de la letra, la indicó, la sugirió; no hay fábula alguna que no tenga su orígen en la antigüedad.

—Pero su cita es contra su tema y en favor del mío.

—Yo no digo que la fábula tenga razón tratándose de estátuas griegas: la he citado porque me rebalsaba en la memoria.

Conversando todo esto nos hemos extraviado en las calles de Nápoles y Larsen ha tenido el tiempo de repetirme por orden de fechas los nombres de todos los emperadores de Roma. Cuando llegamos al hotel iba por Heliogábalo.

—

Nápoles, indudablemente, es más interesante para los extranjeros por sus alrededores que por la ciudad misma.

La Naturaleza se ha complacido en reunir al rededor de esta capital una excelente colección de cosas extraordinarias.

Un volcán, una ciudad enterrada en lava, otra que fué cubierta de cenizas, varias grutas con escapes de gases amoniacales, sulfurosos y carbónicos; una cueva iluminada con luz azul, otra con luz verde, un golfo espléndido, islas sujetas á temblores: nieve y fuego en el mismo sitio, montañas con jardines en su falda y por fin, en cualquier parte la probabilidad de la aparición de una nueva maravilla.

—

Herculano está debajo de una parte de Nápoles; una aldea, Resina, unida ahora con la ciudad, se ha instalado encima y obsta á las excavaciones; naturalmente los propietarios de las casas supra-herculáneas quieren un precio más positivo que el de la simple gloria de anticuarios para dejar destruir su domicilio y el gobierno, ó no es tan anticuario como lo exijen las investigaciones, ó no tiene rentas para expropiar mil edificios.

Por tales causas solo una pequeña parte de Herculano ha sido descubierta.

Añádase á las dificultades económicas los mate-

riales de la excavación. Herculano ha sido cubierto por una lava húmeda que se ha endurecido con el tiempo. El barro del Vesubio, mezcla de tierra y vapor de agua, digo tierra por emplear un nombre jenérico, se introdujo en todos los resquicios y ha hecho una masa con las habitaciones. Se comprende así cuán trabajosa es la investigación.

Al cavar un pozo se encontró el teatro. El pozo fué agrandado y á su favor se pudo dar con parte de la ciudad enterrada.

Nosotros hemos paseado por todo lo descubierto y podemos decir que la noticia acerca de la ciudad sepultada, es más interesante que el paseo por ella.

El teatro y antiguas casas y calles se hallan á la vista. Del primero se ve el escenario, las galerías, el sitio de la orquesta, los pedestales de las estatuas ecuestres de Balbo que figuran al par de otras muchas de Herculano en el museo de Nápoles, parte del recinto destinado á los espectadores, y otras curiosidades, siendo la principal la estampa de una máscara impresa en la bóveda de un pasaje.

Las calles son estrechas é impropias para la circulación de carruajes. Las casas mal distribuidas y compuestas en su parte principal de habitaciones pequeñas, sin luz y sin ventilación. Algunas conservan sus pinturas, mosáicos, columnas y pilares.

Yo no he encontrado nada muy admirable en todo esto.

Cualquier ciudad de nuestros tiempos, enterrada, ofrecería más curiosidades dentro de algunos siglos.

Lo mismo me ha sucedido en Pompeya visible ahora en toda su extensión.

Salvo una que otra casa grande y señorial y algún edificio público, la ciudad no ofrece materia para grandes ponderaciones, á menos de ponderar todo porque pertenece á una época pasada.

En el museo de Nápoles se ve las pinturas y mosáicos encontrados en Pompeya. Las guías y los entusiastas lo empujan á uno á la admiración, pero un criterio sano se rebela contra estas exajeraciones.

Los mosáicos son ordinarios, muchos, abominables; las pinturas horribles en general y algunas deshonestas á más de feas.

No quiero decir que no haya nada bueno. En una ciudad hay de todo y en Pompeya como en cualquier pueblo ó aldea, había pinturas y mosáicos de algún merito, como también productos de arte de la última especie.

Si Buenos Aires, fuera enterrada y dentro de diez siglos se descubriera, ciertamente podría mostrarse en ella á los curiosos buenas obras de arte, pero también saldrían á relucir los tableros de las puertas de las parteras, con el retrato de una señora gorda llevando un niño en los brazos, obra de algún pintor de á tanto por metro cuadrado de pintura.

¿Estarían los espectadores obligados á extasiarse ante el cuadro de la partera, simplemente porque fué encontrado en el Buenos Aires de diez siglos atrás?

Lo que el extranjero saca en limpio visitando Pompeya, es la convicción de que esa ciudad era tan incómoda como inmoral.

En las habitaciones de aspecto más aristocrático se vé pinturas indecentes, que ni siquiera tienen la disculpa de ser bellas.

Las casas de tolerancia están marcadas en las piedras de las calles; estas son angostas y tienen en el medio un cubo de granito saliente, puesto creo, para facilitar el pasaje de la jente de á pié cuando llovía, pero impidiendo el tránsito de carruajes ú otros rodados, á menos de admitir que á uno solo le fuera permitido ir por cada cuadra.

Las escavaciones continúan, pero ningún objeto de especie nueva se descubre; todo se resuelve en frescos, mosáicos, mármoles y útiles semejantes á los que con tanta profusión existen en los museos.

Pompeya era una ciudad de 30,000 habitantes, con todos los signos de prosperidad y riqueza de sus tiempos.

Pero nada tenía de muy saliente comparada con las demás de su época. Algunos adornos, pinturas y mosáicos llamados pompeyanos, no le pertenecían

en especial; eran todos del género romano. Admiramos cacerolas, pailas, ollas, jarras y otras vasijas allí encontradas, solamente porque han sido desenterradas; pero más admiraríamos uno de esos tachos enormes de los saladeros de Barracas al Sud, si los encontráramos inopinadamente de aquí á dos mil años.

El museo de Nápoles tiene todas las baterías de cocina de Pompeya y Herculano. ¿Alguien puede dudar de que los herculanos y pompeyanos cocinaban y comían?

Lo extraordinario en Pompeya es la impresión que deja la ciudad en el ánimo de quien la visita. Como la distribución de las calles, plazas y habitaciones es visible; como se reconstruye con la imaginación el Forum, los templos, los teatros y los mercados sobre los cimientos, restos de columnas y de muros subsistentes; como á algunos edificios solo les falta el techo, las puertas y las ventanas; como se conoce el destino de cada casa y se tiene noticia de la clase de negocios establecidos en diversas reparticiones; como las calles se presentan con su pavimento y sus veredas; como se distingue hasta las enseñas é inscripciones de las paredes; como se sabe el nombre de algunos propietarios y su ocupación habitual, uno cree hallarse en una ciudad recientemente desalojada y espera á cada momento ver aso-

marse á las jentes, ya de vuelta en sus casas, por las puertas ó ventanas.

La sensación de vacío no se produce en el espíritu; y ciertamente, cuando uno se retira, cree dejar á la población entregada á sus ocupaciones ordinarias.

Pompeya da mejor la idea de una ciudad romana, que todas las descripciones y las historias.

Pero si ustedes oyen ponderar exajeradamente la belleza de los objetos encontrados, no den crédito absoluto al relato. Con raras excepciones los utensilios y adornos son vulgares, semejantes á los de su época y nada más.

Cualquier estátua de nuestros tiempos, cualquier pintura mural un poco cuidada y cualquier bronce cincelado por un buen oficial, son mejores que los *artículos* de igual clase pompeyanos, y ya quisieran los antiguos habitantes de las vecindades del Vesuvio, haber sido capaces de ejecutar uno de esos mosáicos hechos y ofrecidos por nada en la más insignificante fábrica de Italia.

A la entrada de Pompeya existe un museo donde se hallan expuestos momias, esqueletos y enseres encontrados en el curso de las excavaciones. La inspección de estos objetos entristece.

Hay un cuerpo acostado boca abajo, que muestra las angustias porque pasó el infeliz en el momento de ser ahogado por las cenizas.

A pesar de mi poca aptitud para admirar por reglamento, debo confesar que Pompeya es el único ejemplar de su especie: una ciudad entera vuelta á la luz después de tantos siglos de sepultada?

A todo visitante le será imposible olvidarla.

Ahora, para consuelo de las almas piadosas, diré que casi todos sus habitantes se salvaron, como los de Herculano, la lluvia de ceniza en la primera y de barro en la segunda fué muy violenta pero dió tiempo á los más de escapar de la catástrofe.

—

La excursión al Vesuvio es el mayor atractivo de Nápoles.

¡Qué espléndido espectáculo ofrece esa constante amenaza!

Cuando la noche está clara y el Vesuvio en función, se vé la inmensa hoguera avivándose por momentos en el lejano horizonte!

Cuando la noche está oscura, la luz roja de las llamas y proyectiles, aparece todavía más refulgente, iluminando una parte del cielo.

Durante el día los vapores blancos, cuando la erupción no es muy activa, forman continuamente nubes que se escapan corriendo en dirección del viento y van á flotar sobre las villas de la falda de la montaña. Si la presión superior es grande, bajan como un torrente de espuma á lo largo de la pendiente del cráter.

La ascensión puede hacerse en carruaje hasta cierta altura; más arriba se sube por un tren movido por cuerdas de alambre ligadas con una máquina á vapor.

Del extremo de la vía férrea se sigue la ascención á pié ó en sillas de mano.

Nosotros tuvimos la suerte ó la desgracia de hacer caminando nuestra subida en virtud de haberse rehusado á tirar uno de los caballos de nuestro coche y mientras fueron en busca del reemplazante, continuamos nuestra ruta á pié, acompañados por una media docena de músicos ambulantes.

Por este suceso pudimos apreciar la magnitud y la clase de los accidentes de que la montaña es teatro.

La lava ha corrido desde el cráter casi hasta el llano y se ha enfriado ó secado, según la materia de su formación, agrupándose en figuras fantásticas, representando gigantes acostados, serpientes, troncos de árboles añosos, elefantes amontonados, cadáveres entrelazados, monstruos enormes de color pardo enroscados en mezcla inestricable; patas, cuellos, colas, brazos, cabezas de animales y cuanto de horrible y de confuso quieren ver los ojos.

Todas estas formaciones se explican fácilmente: la materia semi-líquida, húmeda y caliente, ha corrido al salir del cráter y ha sido coagulada ó enfriada en el

estado en que se hallaba; no toda ha venido en forma de torrente, parte ha sido proyectada y ha llovido sobre el resto; además la violencia de la corriente no fué uniforme y la coagulación tuvo lugar en diversos momentos. Por último, sobre el producto de una erupción anterior ha caído lava y barro de otras posteriores.

De lejos estas masas á lo que más se asemejan es á una montaña de cadáveres monstruosos entrelazados.

La vía del ferro-carril funicular ha sido construida sobre la escoria de las erupciones; el color de carbon del terreno contrasta con la blancura de la nieve acumulada á los lados de la vía.

Del extremo superior del funicular, como he dicho se va á pié hasta el cráter, no sin alguna dificultad; el piso es esponjoso y caliente y deja escapar bajo la presión de los piés, gases y vapores predominando los sulfurosos. Todo el terreno es permeable y sus poros estan probablemente en comunicación con el interior del volcán.

Uno se da cuenta del peligro de andar en tales parajes y sin embargo sigue adelante.

Cuando llegamos á la boca del horno oímos una série de detonaciones subterráneas, siguiéndose á cada una de ellas, la proyección más ó menos violenta de materias en ignición y la salida de llamas ó gases inflamados.

A pesar de todo, Larsen y yo inclinamos la cabeza y vimos el Infierno. Me alegro de haberlo visto en la tierra, porque después me faltará la ocasión; pienso irme al cielo sin pasar siquiera por el purgatorio.

El Infierno parecía el crisol de un horno de fundición; un líquido con la apariencia del metal derretido, constituía un mar en el fondo; de trecho en trecho se levantaban grandes ampollas que reventaban, dando salida á gases ó vapores coloreados; vetas negras ó azuladas serpenteaban como venas sobre la masa líquida y se desviaban lentamente cuando estallaba una ampolla. El calor no era insoportable.

La principal función en el fenómeno, correspondía á nuestro antiguo conocido el vapor de agua.

He leído cuanta teoría hay sobre los volcanes; ninguna me ha satisfecho. Solo parece averiguado que la condición necesaria para la existencia de un volcán es la comunicación de un foco caliente con el mar, ó con algún gran depósito de agua.

La fuerza impelente de las erupciones es por lo tanto el vapor.

Las observaciones conducen también á sancionar que dos volcanes vecinos, y la vecindad entre volcanes se mide por cientos de leguas, no pueden funcionar al mismo tiempo.

Así el Vesuvio, cuando el Etna está en trabajo no

dice «esta boca es mía» y cuando el Etna se calla, el Vesubio hace de las suyas.

Estos caballeros no se limitan á echar llamas y lava ardiente; en sus ratos desocupados se entretienen también en producir temblores. Nápoles y las islas próximas los sienten con frecuencia.

El monte del Vesuvio ha perdido algunos millones de metros cúbicos de su masa en la parte superior y en su interior. Cada erupción importa para él un gasto considerable. Su cráter no ocupa siempre el mismo sitio, generalmente después de una grande erupción la boca que funcionaba se cierra y otra nueva se abre. La cúspide es actualmente un panal y no sería extraño ver el día menos pensado hundirse medio cerro dando lugar á un lago en el sitio del promontorio y á otro volcán en la comarca en reemplazo del actual.

AUN NAPOLES—SITIOS Y FENÓMENOS EXTRAORDINARIOS—LA DEVOCIÓN POPULAR—BELLAS ARTES.

Por debajo de esta ciudad se pasean sin duda los gases del Vesuvio como por su casa, pues en dirección totalmente opuesta á la del volcán y fuera de la ciudad, se encuentran las famosas grutas, célebres por sus emanaciones, á más de otros signos característicos.

Para hacer la excursión por esos parajes se atraviesa la gruta de Posilipo; así se llama un túnel de cerca de mil metros de largo, á cuya entrada anida la tumba de Virjilio, modesta construcción suspendida en una eminencia desde la cual contemplaría si tuviera ojos, la indiferencia de los napolitanos y de los viajeros.

Pasado el tunel se halla uno en Puzuoli donde puede ver las ruinas del templo de Júpiter Serapis, desmantelado por el rey de Nápoles para llevarse al Palacio de Caserta las columnas, las estátuas y mil toneladas de mármoles de color.

Allí estuvieron también el anfiteatro en que Nerón

hizo de gladiador, los templos de las Ninfas y de Saturno y otros edificios cuyas ruinas más ó menos extensas, quedan aun visibles.

Más allá aparece el volcán casi extinguido de Solfatara, con el Monte nuevo nacido en un llano, de la noche á la mañana, con los baños calientes de Nerón en cuyas aguas se cuece huevos en un minuto, con la gruta de la Sibila, muy incómoda y llena de agua, donde hasta las mujeres son trasportadas á lomo de napolitano.

En otra dirección están los baños de vapor ó sea las cámaras constantemente llenas de gases sulfurosos; la fosa cuya atmósfera en la parte inferior es constituida por el gas amoniaco, muy bueno para el pecho, según dice el Guía que lo obliga á uno á respirarlo, no al Guía sino al gas, é indirectamente á llorar estornudando y por fin la archi-nombrada Gruta del perro en la cual hice todos los experimentos usuales, salvo el de la asfixia del perro porque no me gustan las crueldades.

Esta gruta merece unas cuantas palabras porque á fuerza de ser conocida, ya nadie la describe y los que no la han visto, no saben cómo es.

Al servicio de este templo consagrado á la curiosidad de los viajeros, se hallan un viejo, una niña y un perro. El viejo tiene á su cargo los fuegos artificiales, la niña, el cobro de los emolumentos

y la llave del santuario, y el perro, la representación á lo vivo de la muerte inminente.

La gruta es una especie de socabón no muy largo y cuyo piso va en pendiente. Primero no se ve cosa alguna en la excavación; solo en las paredes se nota una señal hasta cierto nivel como si hubiera sido hecha por el agua. Esta señal marca el límite de la atmósfera de gas carbónico y vapor.

El Guía practica todas las pruebas conocidas que considero inútil repetir, y solo á pedido de los concurrentes, ejecuta la asfixia del perro. Este animal, hablo del perro y no del Guía, está saltando por morirse; parece habituado á este ejercicio; probablemente la experiencia le ha enseñado que trás de la muerte viene la recompensa de los justos, en forma de algún aumento de ración en la comida; de otra manera no se comprende ese entusiasmo por perpetrar conatos de suicidio con la complicidad de primer grado del viejo.

Cuando se ha apagado en la atmósfera de ácido carbónico varias velas, paja ó leña en llamas, el gas queda saturado de humo y entónces la gruta presenta el aspecto de una concavidad llena de un líquido de color ceniciento: el nivel del gas ó la línea divisoria entre el aire que llena la parte superior y el ácido carbónico que ocupa la inferior, queda patente. Una persona parada en el interior de la gru-

ta parece entónces con medio cuerpo sumerjido en un baño impenetrable á la luz, pues solo queda visible la parte restante, encima de la superficie divisoria. El fenómeno es muy á propósito para estudiar la densidad de los gases.

Lo que más me admiró al examinar esta gruta fué la persistencia del accidente; viene produciéndose desde quién sabe cuántos años! ¡Qué laboratorio formidable y extraño es el encerrado en las profundidades de este suelo! ¡Cómo hará la naturaleza para formar en tan estrecho recinto, gases tan diversos y tan netamente separados, pues ya hemos visto que en sitios relativamente vecinos, hay emanaciones de amoniaco, de ácido sulthídrico y sulfuroso y óxido de carbón y ácido carbónico, á más de otros no clasificados.

Realmente no hay en parte alguna mayor cantidad de curiosidades naturales que al rededor de Nápoles.

La luz, el fuego, el aire, el agua, la tierra, todos los elementos en fin, se han concertado para mostrar las modificaciones de que son susceptibles.

Cuantos cambios pueden afectar los sentidos, se verifican aquí. En el Vesubio tenemos las detonaciones y las variantes de temperatura entre el máximo calor y el frío de la nieve, acompañadas de fenómenos luminosos. En las cámaras y la gruta del

perro, los gases fétidos y asfixiantes, y por fin en las grutas azul y verde, las casi inexplicables absorciones, reflejos y refracciones de la luz solar.

—

Para contemplar estas últimas curiosidades debemos embarcarnos y visitar la isla de Capri y sitios vecinos de paso.

La preciosa isla deja de un lado y otro entradas al golfo, acostada como se halla en frente de la hermosa bahía.

Antes de bajar á la isla, donde nos esperaban con grande entusiasmo el dueño del hotel y las vendedoras de corales, peines de carey y pantallas de paja, fuimos á visitar la gruta azul, única realmente importante, pues la verde no ofrece mayor interés, vista la primera.

Para entrar á la gruta se necesita que el mar esté bajo, pues si hay olas ó alta marea, la boca queda cerrada.

Aun con marea baja se requiere acostarse en el bote, siendo la entrada de la gruta sumamente chica, condición ligada á mi entender con el fenómeno luminoso que en el interior se produce.

Una vez adentro el espectador debe permanecer algún tiempo hasta habituar la vista á la clase de luz ambiente.

Cuando esto se ha hecho, uno se vé rodeado de

una atmósfera azul, color cuya intensidad varía según la hora, el estado del cielo y las condiciones del mar.

El aire interior aunque transparente, parece tener en suspensión un polvo azul impalpable que colora todos los objetos, excepto los sumerjidos en el agua. Estos, por lo contrario, se muestran cubiertos de una capa ó costra blanca, bruñida metálica y brillante.

¡Que venga el diablo y explique el fenómeno! Yo me he devanado los sesos por entenderlo, trayendo á la memoria cuanto sé de física y me he quedado en la más profunda ignorancia.

He hablado con gentes muy entendidas en la materia sin adelantar un paso.

Pues con decir: son fenómenos de absorción de luz, de reflexión ó de refracción, no se explica nada.

Lo único inteligible es lo siguiente: La boca de la gruta con sus bordes, hace el papel de prisma, —¿porqué?—no sé.

La luz descompuesta penetra en el agua y es absorbida en parte. Los rayos azules son los únicos reflejados. Esto en cuanto al color de la atmósfera.

Ahora, el reflejo blanco, metálico, brillante de los objetos sumerjidos, se puede explicar *insuficiente-*

*mente* diciendo, que la luz absorbida ó más bien entrada en la masa líquida por refracción se refleja en el objeto y al atravesar el aire entre la superficie del agua y el ojo del espectador, se mezcla con la luz de la atmósfera y dá un compuesto blanco.

Pero, si la luz es absorbida, ateniéndose á la primera suposición, no puede ser ya reflejada, y por otra parte si se admite la explicación de la mezcla, para la producción del blanco, ella no es suficiente para dar una explicación del carácter metálico y brillante de ese blanco.

Solo admitiendo que el agua cargada de la luz absorbida al pegarse á la superficie del cuerpo sumerjido, afecte la forma vesicular, se llegaría á bordejear una explicación racional.

Pero, otra vez ¿porqué el agua ha de afectar la forma vesicular?

Lo mejor en este caso es decir sencillamente: no sé ni conozco quién sepa cuál es la causa del hecho.

En la duda, Lársen propuso una solución que fué admitida con visibles muestras de contento, por toda la comitiva: irnos á almorzar.

La isla de Capri, Sorrento y demás pueblitos al rededor del golfo, ofrecen mil curiosidades históricas y no históricas á más de sus escaleras y bóvedas que conducen á la orilla del mar, presentando

á los excursionistas en verano sitios de recreo y baños admirables.

Las curiosidades históricas son tan numerosas é interesantes que ustedes no quedarían satisfechos con mi descripción. Por tanto prefiero darles un consejo sano:

Vengan á verlas!

Y si pueden de paso dar con la explicación de la gruta azul, los napolitanos y yo les quedaremos muy agradecidos.

—

Nápoles es una ciudad intrincada; parte de ella ocupa un bajo nivel contiguo á la costa del golfo; otra parte se halla encaramada en diversas eminencias. En los barrios antiguos las calles son verdaderos callejones; en los nuevos afectan las condiciones de las más hijiénicas y bien concebidas.

De un convento llamado San Martino, situado á grande altura, se goza de un espectáculo curioso; en un balcón especialmente señalado, se oye todos los ruidos de la ciudad y se enfila con la vista muchas calles.

El mismo convento es una curiosidad; encierra un cementerio, un museo de cuadros, cristales y otros objetos, una magnífica iglesia, un depósito de carruajes antiguos, una biblioteca y un *nacimiento:* así se llama una colección de figuras de barro ó made-

ra, colocadas en torno de otras que representan la natividad de nuestro Señor Jesu-Cristo.

Bastante antiguo es el convento y tiene el atractivo de las construcciones de su época.

La vista que se goza de sus jardines es ideal, como dicen las mujeres.

Tras del convento de San Martino, debo mencionar las iglesias.

Hay trescientas en Nápoles.

Los napolitanos son muy relijiosos pero entienden la relijión á su manera. En el bajo pueblo, hablo con el debido respeto, Dios es cómplice de las pasiones de cada devoto y la Madona, como más predispuesta á ser influenciada, es rogada con una preferencia especial, para ayudar á cada napolitano en su empresa de actualidad, ya sea una especulación, ya un amorío en tramitación ó un propósito cualquiera, bueno ó malo.

Además, una devoción, excluye en general otra. La camarera de mi hotel hablaba muy mal de San Genaro porque era devota de la vírgen del Rosario.

Dios, el verdadero Dios, para un devoto concienzudo, es un cero á la izquierda, un mero auxiliar de la Madona y la misma Madona, la del cielo, no sirve para nada en comparación de la imájen milagrosa colocada en el altar de la iglesia.

Los Papas y los jesuitas han dado orígen á estas supersticiones, que por lo demás, no obstan al agrado de la vida ni al juego de las pasiones más tiernas, más calientes y más humanas.

Dios me libre de criticar á los jesuitas. Tengo por ellos una verdadera admiración y una afectuosa simpatía.

Para ellos el Dios único se había envejecido un tanto; por consiguiente era necesario avivar las creencias con un elemento nuevo, capaz de inspirar todas las ternuras, poniendo en juego los sentimientos, tanto más poderosos cuanto menos contrapesados por la inteligencia y la instrucción.

De este cálculo nació la Mari-latría.

La vírgen, una mujer, era apta para sentir todo é interceder por todo, con tal que el móvil fuera pasional, como lo hacen las mujeres entre nosotros, aisladamente ó en corporación.

Ejemplo: la Sociedad de Beneficencia que se complace en salvar bandidos y asesinos en nombre de un sentimiento de piedad, mal entendido, á mi modo de ver, constituyendo así esta excelente asociación, un apéndice al Código Penal, convertido ahora en una inofensiva colección de artículos, siendo los más inocentes los relativos á los asesinatos alevosos.

Algo de esto pensarían sin duda los jesuitas al instaurar el culto de María.

Además con este culto se removía los afectos humanos más delicados y más irresistibles; se apartaba el orgullo, pues no hay ningún desdoro en prosternarse ante una madonna bellísima, tierna, joven, madre de un bambino adorable y seductora bajo todo concepto.

Una madona dotada con tantas cualidades, retratada mil veces en la mejor forma, por Rafael, por Murillo, por Andrea del Sarto y por todos los céle bres pintores de los siglos pasados, debía tener una decisiva influencia sobre el Padre Eterno, un señor ya cansado de los negocios de este mundo y predispuesto á abdicar sus grandes funciones en un secretario tan amable y tan distinguido como la vírgen María, madre de su hijo, nuestro Señor Jesu-Cristo, por obra y gracia del Espíritu Santo, una paloma inocente, incapaz de inspirar celos al mismo Otelo.

Tal es en el fondo la teoría del culto por la vírgen.

Niéguese ahora la habilidad de los jesuitas!

No quiero mencionar entre las iglesias de Nápoles sinó la que encierra la sangre de San Genaro, sangre seca normalmente y líquida solo dos veces por año y durante ocho dias cada vez. Este milagro es tenido en grande estima por los creyentes, y desgraciado de quien manifieste la menor duda respecto al fenómeno.

Un creyente admitirá antes una discusión sobre la existencia del Vesubio ó de Herculano, que sobre los cambios de la sangre de San Genaro.

El milagro ha pasado á ser una institución más poderosa que cualquier ley dictada por el congreso italiano.

—

Dos palacios de Nápoles son dignos de una visita especial: el de Capo del Monte y el Palacio Real. El primero ocupa el centro de un extenso parque y es un verdadero museo lleno de cuadros, estatuas y armaduras; todo ello colocado en vastos y bien decorados salones. El segundo nada tiene que envidiar á los mejores de Europa, tanto por su estructura y comodidades como por sus adornos, tapices y muebles.

—

No debe dejarse de ver tampoco en esta ciudad el teatro de San Cárlos, más grande según dicen que el de la Scala de Milán. Cuando nosotros lo visitamos ensayaban el baile Exelsior. No sé si por lo vacío nos pareció inmenso, aunque no tan bello como nos lo pintaron. Los palcos son cerrados, provistos de columnas y divididos por tabiques, lo que obsta á la claridad, á la acústica y á la lucidez del conjunto.

—

Fáltame ahora hablar del Museo, realmente nota-

ble no tanto por la belleza de sus colecciones, cuanto por el orígen de una buena parte de sus objetos que, como se sabe, provienen de Pompeya, Herculano y otras ciudades ó villas antiguas y ya destruidas.

Llamaron mi atención principalmente:

El edificio, digno palacio para reliquias tan valiosas, admirablemente adaptado á su objeto.

Los mosaicos y frescos de Pompeya y Herculano, más orijinales que bellos.

La colección de estátuas antiguas entre las que señalaré las de los Balbo del teatro de Herculano, la Vénus de Capua, la Pychée, la Minerva, Eschino, el Dorso de Baco, la Vénus Callipijea, la Flora y el Gladiador de Farnese, el Atlas, el Sileno, los dos Faunos, el Mercurio, el Apolo y el Narciso.

El Hércules Farnesio, estátua colosal encontrada en los baños de Caracalla, con varios defectos anatómicos.

El celebrado Toro Farnesio, grupo que representa más bien un juego con el animal que la trajedia nacida en la mente de los modeladores. Los bajo relieves de la base son ridículos.

Las riquezas en vasos, útiles, cristales instrumentos y joyas, objetos antiguos en su mayor parte.

El salón reservado, lleno de figuras deshonestas de mediocre mérito, si se prescinde de su orígen,

más dignas de ser echadas al fuego que de permanecer en un sitio oficial excitando una curiosidad malsana. Las galerías de cuadros con muchos de grandes pintores, tales como el Jesús de Salvador Rosa. la Magdalena de Guercino; tres del Correggio: la Vírgen y el niño, el Casamiento de Santa Catalina, la Zingarella ó la Madona del Coniglio, pues los dos nombres le han sido dados, y por fin varios otros de diversas escuelas.

El museo de Nápoles debe ser visitado muchas veces.

Los mármoles de la época romana y los objetos hallados en las ciudades que han desaparecido, ofrecen materia para largos y detenidos estudios.

El catálogo del Museo contiene más de trescientas páginas; su lectura suministra una grande enseñanza y dá una idea acabada de las preciosidades á que se refiere, muchas de las cuales pasarían desapercibidas para el visitante á no ser por la noticia histórica, la anécdota ó la crítica artística correspondiente del libro.

—

Sería injusto no mencionar en la crónica de mi paseo por Nápoles, el Acuarium, tan rico como el que más, si bien inferior al de Berlin, en mi opinión y probablemente al de Lóndres, según noticias, pues aun no lo he visto. La pieza más popular del acua-

rium de esta ciudad es el pescado eléctrico igual en sus funciones y efectos á cualquier pila de Volta.

—

La ciudad es alegre y bulliciosa, bastante comercial, gracias á su puerto, y bien dotada de buenos institutos de enseñanza á par de sitios de recreo.

Cuanto oí antes decir de la inmoralidad de las costumbres, me parece exajerado y por mi propia experiencia diré, falso; he andado por cuanta callejuela hay sin notar cosa alguna capaz de autorizarme á mantener el juicio corriente.

No puedo apreciar la moralidad comercial, pero si he de juzgarla por la de los vendedores ambulantes, deberé creer que sin llegar á un grado censurable, en Nápoles el primer precio pedido por un objeto es superior á su valor en plaza, siendo frecuente comprar por la mitad de la suma exijida al principio, los artículos ofrecidos y á veces aun por menos.

El Paseo construido en la orilla del mar, es delicioso.

La vida en Nápoles, aun para los extranjeros poco relacionados, es muy agradable.

## ROMA ANTIGUA—LO COLOSAL Y LO BELLO—BASÍLICA DE SAN PEDRO

Tengo abierto sobre mi mesa un gran plano de la antigua Roma, encima de él uno más pequeño de origen inglés, y sobre este otro más chico aún, muy popular en esta ciudad.

Además, por la ventana de mi cuarto veo una parte de la metrópoli y el Panteón.

He recorrido ya muchas calles y he visto monumentos, museos é iglesias hasta más no poder.

Hecho esto le declaro á usted que no me entiendo en Roma: ninguno de los planos está de acuerdo con otro, y todos juntos se hallan en desacuerdo con la ciudad actual. Por esto tengo para mi que desde el tiempo del amigo Nerón, el más popular de los asesinos hasta la fecha, el Palacio de los Césares ha cambiado de lugar unas cuantas veces y la ciudad se ha revuelto, mandando á las profundidades subterráneas algunos de sus célebres edificios.

Pero una cosa saco en limpio de la comparación de los planos y de la inspección de la capital italiana:

en la Roma antigua había más monumentos públicos que casas, y como nadie vivía bajo los arcos triunfales, ni en los baños, ni en los templos, foros y circos, todo bien calculado, Roma resulta no habiendo tenido jamás arriba de un millón y doscientos mil habitantes, es decir, como tres veces su población actual á pesar de haber en el presente muchas casas de tres, cuatro y más pisos, caso desconocido en tiempo de los emperadores.

Suplico á usted, Señor Director que, si el doctor Gabriel Larsen del Castaño está suscrito á LA PRENSA, me haga el favor de no mandarle el número en que se publique esta carta; no quiero perder su amistad y he esperado su salida de Italia para escribir mi juicio sobre la población de Roma, pues ya en Nápoles tuvimos un sério disgusto por no admitir yo su cifra de siete millones para la población de Roma en su apojeo.

He leido cinco ó seis volúmenes de diferentes autores sobre las diversas épocas de Roma, antes de ponerme á escribir esta carta y esa lectura lejos de aclarar mis ideas, ha servido más bien para confundirlas.

Asi, no extrañe notar muchas deficiencias en mis disertaciones.

Uno de los libros que más me ha servido es el de Stendhal «Paseos en Roma».

Este autor es un entusiasta admirador de la ciudad eterna y aunque su criterio es independiente y sus juicios se apartan de los emitidos por otros célebres autores, sus ideas han sido un tanto falseadas por su pasión del arte antiguo.

En esto Stendhal está á la moda; en Europa y también en América sienta bien ser admirador de lo antiguo y tomar como maestros de arte acabado, á los industriales de los tiempos pasados.

Me he preguntado varias veces cuál será la razón de esta uniformidad de vistas y solo la he encontrado en la comodidad de los críticos que encuentran ya las ideas hechas (no digo bien hechas) y tributan sin los obstáculos de la envidia, sus mejores elojios á pintores, arquitectos ó escultores definitivamente enterrados y en la imposibilidad de hacer competencia á los comerciantes de nuestro siglo.

Sin embargo no hay *una sola obra de arte* antigua que resista á la crítica científica y desapasionada y la razón se muestra patente si se piensa en la dificiencia de los conocimientos relativos á las leyes del organismo, ya sea como objeto observado ó como sugeto observador.

Hago solo una sola excepción: las Propileas y el Partenón de Grecia, en que hasta las leyes de la visión descubiertas en este siglo, han sido consultadas.

En Roma nada se acerca á esos monumentos, ni en lo antiguo ni en lo moderno.

Podemos aquí admirar lo colosal, pero no lo bello.

Los acueductos, los arcos triunfales, los circos, los templos y los palacios, son indudablemente obras de gran aliento pero no suscitan la idea de belleza.

Además los acueductos y la cloaca máxima son inferiores á las mismas obras de igual género de las ciudades modernas. El acueducto entre la Torre de Toma en Buenos Aires y la Casa de Bombas, es una obra mil veces más difícil y más admirable comparado con la cloaca máxima, tan nombrada.

Los arcos triunfales, los circos y los palacios, no se acercan á las obras modernas.

El arco de la Estrella en París, deja muy atrás al de Constantino y á otros, siendo con todo el primero, desproporcionado en sí mismo, y más aun con relación á la avenida en cuyo extremo se halla.

Si el constructor de ese monumento hubiera de hacerlo de nuevo, lo haría sin duda más alto, disminuiría la masa de material sobre los arcos, aumentaría el ancho con relación á la altura actual del arco principal, daría más amplitud á estas dos dimensiones y una vez corregida la desproporción existente, agrandaría los laterales y guardando las proporciones, reduciría por fin los pilares de sostén, dando así al paralelipípedo más elegancia en su conjunto y más armonía en sus aberturas.

Los circos, los templos y palacios son respectivamente inferiores como belleza y dificultad de construcción á la galería de máquinas de la Exposición de París, al puente de hierro últimamente echado en Escocia, á la Basilica de San Pedro de Roma, á los palacios de Rusia y á las demás obras de arquitectura liviana y admirable, maravillas del arte en el mundo.

Tomo á San Pedro como obra moderna; lo es comparativamente, y el mismo San Pedro, si hubiera de ser remendado una segunda vez por arquitectos ingenieros y escultores modernos, recibiría mil correcciones destinadas á librarla de sus incongruencias.

¡Vaya el atrevimiento! dirán algunos lectores de LA PRENSA! criticar, poner defectos á la iglesia más renombrada del mundo!

Pero yo no tengo la culpa si los tiene; pido un poco de paciencia y de imparcialidad á los censores.

Primero: San Pedro ha sido hecho á retazos como colcha de piquitos, el arquitecto autor de los planos primitivos no lo concibió jamás como está ahora.

Los planos de Bramante, seguidos en lo principal por Miguel Angel, no contenían la adición que se le ha hecho en la parte anterior para convertir la cruz griega de la planta en cruz latina.

Remiendo tan desatinado hizo necesario dar anchuras diferentes á las secciones de una misma nave.

¿Es ó no eso un defecto?

Segundo: la cúpula, lo mejor de San Pedro, no se ve del centro de la plaza, situada en frente, para dar perspectiva al monumento; solo es visible de más lejos.

La iglesia, vista del punto más favorable para su efecto general, pierde así su principal belleza. Si la cúpula no estuviera oculta por el frontispicio, el aspecto sería grandioso y sin igual en la tierra.

Tercero: el pórtico, galería ó como quiera llamársele, á su frente, es un corredor de teatro, de bolsa de comercio ó de cualquier otro edificio industrial; es desairado y oculta las verdaderas entradas del templo.

Cuarto: las estátuas colosales que coronan el frontispicio están de más; pero dado el pórtico no sé qué habrían hecho sino ponen esas figuras destinadas á embellecerlo. ¡Valga la buena intención, pero el resultado ha sido negativo; solo contribuyen á ocultar la cúpula.

Quinto: un Papa, no recuerdo cuál, le añadió una sacristía fuera de programa; esa sacristía es un lobanillo nacido en la mejilla de San Pedro (hablo del templo) y solo sirve para deformar la configuración exterior.

Sexto: las dos salas de columnas son como tentáculos de un animal monstruoso; fueron hechas seguramente para aislar el recinto y edificio consagrado, de las casas vecinas, pero denuncian á las claras su ob-

jeto y su inutilidad; nada tienen que ver con el templo y son en verdad una superfetación.

Séptimo: en el interior de la Basílica debajo de la cúpula y sobre la tumba de San Pedro, alojada en un sótano y donde un Papa de mármol arrodillado espera la absolución de sus culpas, se halla el altar mayor, como en todas las Basílicas. Este altar se aloja en una especie de glorieta, cuya cubierta descansa sobre grandes columnas. Por sí mismo no es feo, pero su enorme magnitud, disminuye el efecto de la admirable cúpula.

Octavo: á par de los monumentos, tumbas, capillas, pinturas y mosáicos de verdadero mérito, se ve obras mediocres y hasta desagradables, como lo es el esqueleto que figura levantando un paño en una capilla de la izquierda.

Algunas imágenes de santos más representan estatuas de dioses ó héroes mitológicos.

La alegoría del fondo de la Basílica con la silla de San Pedro, es chocante.

Los medallones de los Papas como decoración no dicen con lo grandioso del templo.

En cambio las tumbas de Pablo III, de Resónico y la Piedad de Miguel Angel, son sublimes. En la primera hay una estátua cuya desnuda belleza obligó á un Papa á ponerle una camisa de bronce para enfriar á los concurrentes. Igual medida se tomó

con las incitantes formas de otras obras maestras.

La cúpula es asombrosamente bella; todo es pequeño y miserable á su lado.

Se la visita por dentro y fuera, subiendo una cómoda y ancha escalera en cuyos muros se ha colocado mármoles con los nombres de los reyes, emperadores y magnates que han visitado el templo, marcando el día de la visita.

Yo subí hasta lo último de lo accesible y desde allí pude darme cuenta de la abismadora magnitud del edificio cuyo techo forma verdaderamente una plaza adornada con las cúpulas de las capillas y las estatuas del frontispicio.

De esta eminencia se ve la ciudad completamente, el Tíber como una cinta ondeada y la campiña verde en partes, desierta en otras, matizada de casas y de parques y junto al gran monumento, el Vaticano, una nueva ciudad encerrada entre muros, con sus innumerables viviendas y deliciosos jardines.

Ahora, una última consideración de otro orden.

La Basílica de San Pedro no suscita ideas religiosas.

El más devoto, visitándola, no se imagina estar en una iglesia; piensa más bien que asiste á una exposición artística en un suntuoso edificio. Hay en ella cosas bellas, lindas y bonitas, y de tal conjunto no nacen sentimientos místicos.

Yo me he sentido más católico, apostólico romano en la catedral de Colonia.

La severidad de la arquitectura gótica, la poca luz de las naves, las aberturas festoneadas, la rijidez de las formas y hasta la manera de juntarse de las curvas para formar ángulos y el color uniforme y apagado de los muros, columnas y bóvedas, infunden cierto respeto pavoroso, humillante, que apoca el espíritu y lo predispone á esa admiración temerosa, propia del sentimiento de inferioridad y de entrega del cual emanan las emociones religiosas.

Religión y miedo, sensación de lo desconocido é imposibilidad de calcular lo futuro definitivo, son una misma cosa!

Por eso, los salvajes, las mujeres, los niños, los ignorantes, las viejas, los enfermos, en fin, todos los débiles por cualquier causa, son más religiosos que los fuertes.

Un salvaje tiene un temor supersticioso, religioso, del trueno y del relámpago, sentimiento improbable en un profesor de física.

Una iglesia pobre y oscura incita más á la oración que un palacio dorado é inmensamente rico y fastuoso como es San Pedro.

Bajo su cúpula infinita cabría una fábrica á vapor; en cada una de sus capillas podría instalarse un taller y en el recinto donde rezan los canónigos

entraría cómodamente una iglesia; pero de estas magnitudes no resulta ninguna sujestión piadosa.

Los mismos canónigos, mientras repiten sus latines, tienen los ojos fijos en los cuadros humanos de belleza carnal que decoran las paredes y hasta los cantores sin sexo, mientras entonan sus romanzas con voz de mujer, piensan más en la Magdalena que en el Padre Eterno.

---

## ROMA—EL VATICANO—LA CAPILLA SIXTINA—LAS LOGGIE DE RAFAEL

Mi carta anterior nos dejaba en San Pedro; la lógica me obligaría á pasar en seguida á ocuparme de otras iglesias, pero calculando el aburrimiento de mis lectores por el mío propio, dejo á un lado la asociación de las semejanzas para seguir la de las proximidades y paso á visitar el Vaticano en su parte accesible para todo el mundo.

El Vaticano, morada actual de los Papas, ha sido hecho también á retazos; se comenzó antes de Carlo Magno, quien vivió y fué coronado allí; después todos los Papas le han añadido algo; los más progresistas formaron los museos biblioteca y colecciones artísticas.

Arquitectos célebres como Bramante, Rafael, Fontana, Bernini y otros han trabajado en él.

Bernini es un caballero cuyo nombre se encuentra en todas partes en Roma, donde ha hecho muchas otras buenas, mediocres y malas. De algunas de sus estatuas hablaremos á su tiempo.

El Vaticano es una ciudad; sus parques y jardines son preciosos, sus salones inmensos y sus habitaciones innumerables. Su población actual, aunque numerosa, se encuentra allí como perdida.

Una galería lo ponía antes en comunicación con el terrible castillo de Santo Angelo; por esa galería iban los Papas á gozar con el martirio de sus prisioneros en la célebre fortaleza.

Aprovecharé esta ocasión para aconsejar á mis lectores que, si vienen á esta ciudad, no pierdan su tiempo en visitar el Castillo; su único mérito está en su historia; como monumento no ofrece nada de curioso ni particular.

Recomiendo en el Vaticano: la galería de 150 metros de largo donde figura la estátua de Constantino; la escalera real magnífica, monumental y lo que en seguida apunto bajo acápites separados:

*La Capilla Sixtina.* En uno de los muros se vé siete cuadros representando escenas de la vida de Cristo. En otro, siete cuadros de la vida de Moisés. La humedad, el tiempo y el humo de las velas han deteriorado esas pinturas hasta hacerlas desagradables. Lo mismo sucede con las pinturas de la bóveda donde Miguel Angel pintó nueve cuadros del Viejo Testamento, la genealogía de Cristo, siete Profetas y cinco Sibilas. La pieza maestra es el Juicio final del mismo autor, á pesar de sus de-

fectos, disculpables en una obra tan extensa. Algunos personajes de esta composición ostentaban un desnudo muy realista y un maestro de ceremonias, el caballero Messer Biagio de Cesena, las criticó; Miguel Angel, en venganza, retrató al crítico poniéndole orejas de burro y colocándolo en el Infierno; M. B. de Cesena no quedó contento y solicitó del Papa que hiciera borrar el retrato.

El Papa Pablo IV, hombre listo, le contestó: Como Papa podría sacaros del Purgatorio, pero mi poder no alcanza hasta el Infierno. Subsiste pues el retrato, pero las figuras desnudas que al principio hubieron de ser borradas, han sido vestidas por un tal Daniel de Volterra, quien con su obra, consiguió dos cosas: dar satisfacción á los timoratos y ganarse el sobrenombre de *braguetoni* (sastre de pantalones). Delante de este grande y célebre fresco, han puesto un altar de nacar y carei.

Para mostrar la bóveda, el cuidador entrega á cada visitante un espejo; gracias á esta precaución uno se evita un tortícolis y no vé absolutamente nada, razon por la cual inventa y cuenta maravillas sobre la Capital Sixtina.

*La galería Moderna.* Consta de varias salas de cuyas ventanas se vé los jardines del Vaticano. Llamaron mi atención: un cuadro representando á San Pablo en la Cruz; otro, el Martirio de Fracasini;

uno cuyo principal personaje es Juan Sobieski, rey de Polonia; la Proclamación de la Inmaculada; varios retratos; un busto de Pio IX y un armario lleno de preciosos objetos de arte regalados al Papa con ocasión del nuevo dogma: El armario ha costado 920.000 francos, capital muerto. Mejor habría sido no proclamar la Inmaculada Concepción, no hacer el armario y regalar 920,000 francos á los pobres.

*Las Estancias de Rafael.* No sé si la palabra «estancias» es bien aplicada; es la más aproximada al nombre que dan á estas salas en todos los idiomas.

La primera sala contiene: El incendio de Borgo, que ante algunos críticos es la obra gefe de Rafael en esta sección; naturalmente ellí está la Fornarina; es tanto el fuego del amôr de Rafael, que no vacila en meterla en un incendio. La coronación de Carlo Magno. Godofredo de Bouillon, el héroe de las Cruzadas. Derrota de los Sarracenos. Fernando el Católico. Leon III justificándose ante Carlo Magno.

La segunda sala, llamada de la Signatura presenta La disputa: figuran en el cuadro discutiendo teología ó el misterio de la transustanciación, Dios, los Angeles, Jesucristo, la Vírgen, San Juan Bautista, Pablo, Abraham, Jaime, Moisés, Pedro, Adan, Juan, David, Estéfano, Padres, Teólogos, el Dante, Savonarola y Fray Angélico. También se ha dicho de

este cuadro que era el mejor, sin rival en la historia de la pintura. A mí no me ha producido la menor impresión, eso es un hecho; me faltará sin duda el órgano de la admiración.

La Justicia, la Fortaleza, la Moderación, Gregorio IX y Justiniano.

La escuela de Atenas con sus cincuenta y dos figuras: están representados todos los hombres célebres de la Grecia en ademán de conversar, formando distintos grupos. Como todos no vivieron en la misma época, el cuadro es de pura imaginación y el argumento solo se disculpa como pretesto para reunir en un sitio á cuantos personajes figuran en la historia, aunque algunos hayan sido retratados con la cabeza de otros; Arquímedes, por ejemplo, lleva la de Bramante. No obstante, el cuadro es animadísimo, y el espectador, cuanto más lo mira, más se deja invadir por la ilusión y espera por momentos oir la voz de los actores puestos en escena. Para hacer de una concepción disparatada y anacrónica, una obra tan atractiva, se necesita tener el talento de Rafael.

La Filosofía y el estudio del globo; otra vez la Filosofía, Májicos, la Toma de Siracusa y la Muerte de Arquímedes.

El Parnaso, Apolo, las Musas, Homero, Virgilio, el Dante, Safo, Corina, Petrarca, Píndaro, Horacio,

la Poesía, Marsias, Alejandro el Grande depositando los poemas de Homero en la tumba de Aquiles, Augusto impidiendo quemar la Eneida.

La tercera sala conocida por la de Eliodoro, contiene:

La huida de Atila ante la presencia del Papa; arriba aparece Jeová. El milagro de Bolsena ó sea un sacerdote que dudaba, convertido por haber visto gotear la sangre de Cristo durante la misa. El castigo de Heliodoro en el momento de cometer un sacrilegio. El Sacrificio de Abraham. Moisés. Julio II. La Liberación de San Pedro, que no se ve por que la luz dá en la cara del espectador y no en el cuadro. Todos estos frescos ocupan largas horas al visitante deleitándolo medianamente.

La sala de Constantino fué pintada después de la muerte de Rafael; este murió en 1520 por culpa de los médicos y de la Fornarina según los biógrafos. Yo no quiero defender á mis colegas, pero afirmo que la Fornarina entró por un 75 por ciento en aquel desastre. Esta moza era de una constitución robusta y el pobre Rafael tenía mucho talento y pocas fuerzas.

La sala mencionada ostenta los frescos siguientes de diversos pintores:

Bautismo de Constantino y otras escenas de su vida. Derrota de Majencio por Constantino. Procla-

ma de éste á sus tropas. Donación de Roma á Silvestre y Destrucción del paganismo. La Fornarina anda por aquí también muy favorecida en el retrato.

Stendhal hablando del cuadro de la derrota de Majencio dice que Rafael no había visto probablemente ninguna batalla, ó sea traduciendo: el cuadro es malo; esta es también mi opinión.

Hay entre las obras de Rafael algunos ensayos de claro oscuro, sin éxito; no era este su fuerte sino el colorido, pues aun en el dibujo dejaba mucho que desear.

Antes de pasar á las Loggie, Corredores ó Galerías de Rafael, debo mencionar:

*La Capilla de San Estéban* ó capilla privada, cuyas pinturas representaban varias escenas de la vida y el martirio de San Estéban; nada hay en ellas de muy notable.

*Las loggie ó galerías de Rafael.* Las pinturas de estas galerías, han estado expuestas á la intemperie. La localidad no era muy á propósito, para servir de lienzo, á pinturas destinadas á durar siglos; solo se habría podido cuidarlas del aire y de la humedad, quitando luz al recinto y para poner cuadros en la oscuridad, más vale no pintarlos. Así, cuanto proyecto de reforma se há hecho con el fin de conservar las pinturas, ha sido abandonado.

De las galerías se ve una sección del Vaticano, hermosísima; estoy por encontrar este espectáculo mejor que el de las pinturas; ningún visitante las ha visto bien; están en las bóvedas y muy altas; después de media hora de inspección queda uno desnucado, y en media hora no se ve cincuenta y dos frescos. Mejor es contentarse con esta noticia: los cincuenta y dos frescos están divididos en trece secciones, doce de las cuales son sobre temas del Viejo Testamento y una sobre los del nuevo y muchas de ellas bastante complicadas.

Yo he paseado seis ó siete veces por las loggie haciendo esfuerzos por admirarlas y no he obtenido la menor sensación agradable; en cambio he sentido un dolor atroz en los músculos posteriores del cuello.

Por más que digan, aun cuando la pintura sea sublime y uno esté saturado de elogios del autor, presentada en tal cantidad, el cansancio hace lugar al entusiasmo.

¿Quién puede encontrar en su cabeza fruicciones deliciosas para dos mil figuras?

Por eso me gusta á mí tanto el cuadro de las once mil vírgenes; en él aparecen dos solamente, una rubia y otra morena, las dos muy lindas: respecto á las diez mil novecientas noventa y ocho restantes, el autor, sabiamente avisa en un rincón del

lienzo que las irá pintando poco á poco y por grupos.

Los frescos de las loggie de Rafael, contienen los retratos de todos los personages masculinos, femeninos y neutros de la Biblia.

¿Se hallan ustedes dispuestos á estasiarse ante la fisonomía de cada uno de estos numerosísimos sugetos? Yo, no.

## ROMA—LA PINACOTECA DEL VATICANO—ESCULTURAS —LAS DEMAS REPARTICIONES

La Pinacoteca del Vaticano tiene la inmensa ventaja de poser pocos cuadros. En el primer saloncito se encuentra uno de los mejros: la Santa Catalina de Alejandría. La composición es sencilla, el colorido admirable.

La Vírgen y Santa Catalina son dos amigas conversando; las dos bellísimas y tienen esa seducción abrigada diré, por no decir ardiente, de las mujeres meridionales; su expresión es humana y revela la aptitud de amar como mujeres y querer como madres; ahí está el niño en prueba.

Murillo debe haber tomado sus tipos en bellezas españolas de la clase media. La cara de Santa Catalina es la de una españolita sencilla, tierna y muy linda.

Las vírgenes de Rafael me parecen orgullosas y poco dadas. A la Santa Catalina de Murillo le diría yo con gusto una galantería, en castellano, seguro de no enojarla; mientras que á la Vírgen de

la Silla de Rafael, solo me atrevería á preguntarle por la salud de su niño ó de su señor esposo.

—

Tres cuadros son mostrados en un salón especial como las joyas del Vaticano. La Transfiguración, la Comunión de San Gerónimo y la Madonna de Foligno.

El primero, de Rafael, no fué pintado por él en su totalidad, se dice; los personajes principales lo fueron sin embargo, como toda la parte superior. No se oye de esta composición sino elojios, ya vaciados en molde. Yo voy á decir no obstante, algo en contra, cuya verdad ningún conocedor de buena fé podrá negar.

El Cristo de la Transfiguración, es un Cristo holandés, con ojos azules, cara llena y colorada; nada hay de divino en su fisonomía. Si no estuviera volando y si se hallara en tierra, parado delante de un almacén, lo tomaríamos por el dueño.

Abajo está un muchacho, el endemoniado ó poseido; él ha visto primero el milagro y su fisonomía expresa la extrañeza y el espanto. Lástima que á la actitud y forma de las facciones no corresponda el dibujo del cuerpo; este pobre muchacho tiene el brazo izquierdo caido, desmesuradamente largo y rematado por una mano que es sin duda la de su padre, á juzgar por el tamaño. Su musculatura es la de un gladiador de larga fecha.

Por supuesto, Rafael y la Fornarina están en la composición, ocupados, no del milagro, sino de sí mismos. Rafael mira de hito en hito, á la fea muchacha y esta se conduce como todas las consentidas de un amor incondicional. Felizmente los personajes de este cuadro tienen cejas, por un acto de generosidad extraño en Rafael, habitualmente tan poco pródigo en ese natural adorno.

Por último choca en esta composición tan celebrada, la agrupación de temas incompatibles, como que el cuadro fué hecho por encargo.

La Comunión de San Gerónimo de Dominichino es sorprendente por su desnuda verdad. El cuerpo del viejo santo, es un famoso ejemplar de enfermo en un hospital de crónicos. Como yo estuve en su cuarto en Bthleem, precisamente en el que comulgó y espiró, San Gerónimo es para mí un antiguo conocido. En mi opinión este lienzo es el mejor del Vaticano y revela una novedad en la pintura, dada la época en que fué hecho.

Nos queda del grupo, la Madonna de Foligno, una de las 57 madonnas atribuidas á Rafael. Hay cierta unidad de acción en los personajes de este cuadro, calidad no común en las obras con muchas figuras de Rafael. Pero su vírgen en este caso no tiene la celestial belleza de las otras; es una vírgen aristocrática, elegante y dotada de una ternura humana

de elevada alcurnia. No muestra mucha gana de irse al cielo, pero eso no es un defecto porque al fin y al cabo, bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno, como cantó un poeta amigo de Espronceda.

En los otros salones tomé nota de:

Una *Pietá;* llámase Piedad á la representación de una santa con el cuerpo de Jesús en los brazos. La Pietá en cuestión ofrece un cuerpo de Jesús contrahecho y cuyos piés son horriblemente defectuosos. La obra es de M. A. Caravaragio.

Una *Madonna* de Sassoferrato; el niño con cara de adulto, es un municipal de campaña.

La *Crucifixión de San Pedro;* desagradable.

—

Requiere muchos días una inspección detenida del museo de escultura, de la biblioteca, de los museos etrusco y egipcio, de los mosáicos y de las tapicerías hechas sobre los cartones de Rafael.

Seré parco en mis referencias, con gran satisfacción de mis lectores.

Ningún museo en el mundo tiene igual número de esculturas ni de obras notables, ya sea por su belleza, por su antigüedad ó por su valor histórico. No digo con esto que separadamente, no haya en los otros, alguna pieza de superior belleza, mérito ó historia; hablo solo del conjunto.

La actual entrada no permite visitar la galería

de inscripciones que contiene epitafios y leyendas paganas y cristianas.

Para ver en orden las diversas partes, es mejor atravesar el museo é ir directamente al *Braccio nuovo* donde se encuentra *Bajos relieves* de las columnas de *Trajano y Antonino*, la estatua de *Aquíles y Heetor*, la de *Augusto*, una *Pudicicia* preciosa, *Aposíomenos*, hermoso gladiador limpiándose el sudor con una espátula de madera, después del combate; la *Venus Anadiomene*, la colosal alegoría del *Nilo* con sus diez y seis hijos, marcando los grados de elevación del río, necesarios para la fertilización de la tierra, en el bajo Egipto; *Juno*, la *Minerva* médica, copia se dice, de la diosa del Partenón; un *Fauno* de Praxiteles y otras.

Después del Braccio nuovo, debe visitarse en el orden de la enumeración, las localidades siguientes; *Museo Chiaramonti, Sala del Torso, Sala del Vaso ó Pila, Sala de Meleagro, Gabinete de Fujilistas, Gabinete de Mercurio, Gabinete de Laocón, Gabinete de Apolo, Sala de los Animales, Galería de Estatuas, Sala de Bustos, Gabinete de las Máscaras, Rotunda, Sala de las Musas, Sala de la Cruz Griega, Sala de la Bíga y Gabinete reservado.*

Debo advertir á los visitantes de museos que con frecuencia la colocación y número de algunos obje-

tos sufren alteración, buscando un orden más adecuado; por esto, cuando no se trata de hacer un catálogo, es mejor nombrar los objetos más importantes sin designar la sala ó gabinete de su instalación, como voy á hacerlo ahora salvo, excepciones.

El museo Chiaramonti aloja muchas estatuas, de poco interés la mayor parte, siendo digna de mención la cabeza de *Augusto* representado á la edad de 17 á 18 años.

En la sala de la Pila, el mejor empleo del tiempo es gastarlo en gozar del agradable punto de vista que ha dado orígen al nombre de Belvedere puesto á esa parte del Vaticano.

En las otras reparticiones vemos:

*El Torso ó Dorso de Hércules*, estatua mutilada preciosa. Dicen que Miguel Angel, ya ciego, se complacía en ir á pasar la mano por la superficie de este mármol, declarándose indigno discípulo del autor.

*El Mercurio*, dios de tantas cosas buenas y malas fué tomado por Antinoo; algunos críticos lo consideran superior al Apolo, sin duda lo es bajo algunos aspectos; es más varonil y más ágil.

*Los dos gladiadores* de Canova, feroces y según algunos con actitudes fuera de las reglas de la lucha; eso no les impide figurar entre las mejores obras de ese maestro.

*El Perseo* de Canova, hecho con la mala intención de superar al Apolo, al Adonis y al Antinoo, quienes al lado del Perseo parecen afeminados. No me atrevo sin embargo á sostener que Canova haya realizado su propósito.

*El Laocón*, tan justamente celebrado. A quienes no conozcan ni la estatua original, ni alguna de las numerosas copias sacadas de ella, les contaré que Laocón era un viejo padre de familia, muy patriota; por haberse opuesto á la introducción del caballo de madera á Troya, Minerva, diosa muy parcial, á pesar de su sabiduría, en favor de los griegos, mandó unas serpientes para destrozarlo junto con sus hijos. La estatua representa al viejo, los dos muchachos y las dos serpientes; es hecha de una sola pieza; la mejor descripción no dá ni lejanamente una idea del grupo. Ante ciertos artistas pasa por ser la mejor pieza de escultura existente en el mundo. Todo en ella es perfecto y hasta los detalles anatómicos y fisiológicos han sido cuidados. Daré como prueba, este dato: el dedo mayor de uno de los piés se halla contraido mostrando la intensidad del dolor por esta acción refleja en el órgano más lejano de los centros nerviosos. El autor ha de haber sabido medicina ó al menos algo de anatomía y fisiología.

*El Apolo del Belvedere,* tan nombrado por los poe-

tas que no lo han visto jamás y lo conocen solo de nombre. Si lo hubieran examinado habrían dicho como uno de sus críticos: «Demasiado lindo para el culto, demasiado divino para el amor.» Es bastante joven, es indudablemente muy buen mozo, apesar de tener en los flancos dos rollos de carne en estremo feos.

Salvo este detalle puede afirmarse, con sus partidarios, no que es la mejor estatua del mundo, pero si una de las mejores. Todos estos bellos cuyo nombre comienza por A, en virtud de una casualidad bien extraña (Adonis, Antinoo, Apolo) tienen un aire afeminado, aun cuando se los represente en actitud varonil.

*La coleccion de animales* muy visitada, sobre todo por los muchachos, contiene esculturas notables.

Un *Apolo* de la galería de estátuas y el *Cupido* de Praxiteles, robado á la Grecia por un emperador romano.

*Júpiter* de la galería de bustos y la célebre *Ariadna* dormida, tomada alguna vez por Cleopatra, á pesar de ser esta una señora incapaz de dormirse sola.

*La Venus de Cnido*, la copia más notable del original de Praxiteles, que no se dónde está, ni quien la ha visto; no niego, sin embargo ni su existencia ni el hecho de haberla visto alguien. Yo no recuerdo

su presencia en ningun museo. Seduce esta *copia* por la sencillez de su fisonomía inocente. Y ya que de Venus tratamos, haré un salto al Gabinete reservado y les hablaré de:

*La Venus agachada* (acroupie) del Vaticano. La estátua apoya la mitad inferior y posterior del cuerpo en un talón y la otra mitad en un cántaro cuya agua se derrama, lo que suscita ideas chocantes. Es una figurita mezquina, restaurada, muy defectuosa en los piés, muy chica para ser diosa y también para ser mujer. Si la estátua viviera y su madre, dado el caso de tener madre viva, me consultara sobre si debía ó no casarla, le aconsejaría no hacerlo, para evitar á la humanidad una generación de enanos, y á la joven muñeca los dolores y los trabajos propios de la maternidad é incompatibles con su exiguo tamaño. El mármol es viejo, carcomido, negruzco, sucio. Nada hay comparable al desencanto del espectador ante la Venus *apocada* del Vaticano.

*Un mosaico* de Tivoli de 1780.

Otro *Júpiter* copia de Fidias, en la Rotonda.

*Juno*, copia de Praxiteles; todas las Juno me agradan; serían buenas para colonizar.

*Napoleón I* con el nombre de Augusto ó viceversa.

*La Biga* con sus caballos restaurados y su caja que sirvió de trono á los obispos.

En la *Galería de Candelabros*, en el *Museo etrusco*, en el *Museo egipcio* y aun en *Galería de los Arazzi*, uno se aburre miserablemente si ha visto los demás museos de Europa.

La *Biblioteca* sería la más interesante y rica del mundo si el fanatismo, el descuido, las raterías, las maldades y las guerras no le hubieran causado irremediables daños. Así mismo encierra tesoros cuya enumeración no tiene buen acomodo en una carta del género de esta.

## ROMA—ENTREVISTA CON EL CARDENAL RAMPOLLA —LIJEROS DATOS SOBRE ALGUNAS IGLESIAS

Con esta ciudad no se acaba nunca, como decía un paraguayo que encontramos en Jerusalem viajando como por tarea.

Saliendo un día del Museo del Vaticano, el cochero nos quiso mostrar el panorama de la ciudad desde un punto de vista no muy frecuentado. Subimos por un camino en formación al monte Janículo, en cuya cima se organiza un paseo; vimos la masa de edificios y ruinas de la Roma antigua y moderna, su campiña admirable, las villas sembradas en diversas direcciones y el Tíber, cuyas aguas continúan corriendo imperturbables desde la época más lejana, inmutable mientras todo ha cambiado en sus riberas.

En el camino encontramos una infinidad de sacerdotes con breviario en mano y una buena porción de estudiantes para ministros de Dios.

Una fuente mantenida por un inmenso caudal de agua, llena el aire con sus rumores y perturba la tranquilidad de una iglesia vecina triste, vacía y ha-

bitada solo por las imágenes mudas de los santos.

Bajando del Monte Janículo atravesamos la ciudad y vimos alternando con las iglesias, los ministerios y otros edificios públicos, las plazas adornadas con preciosas fuentes, numerosas en esta capital, gracias al caudal de agua de que dispone, y fuimos por fin á descansar en nuestro hotel, un hotel clerical, cosa sorprendente, llamado el hotel «Minerva» nombre mitológico. Los caprichos de la suerte!

Todos los viajeros alojados en este hotel son sindicados de clericales y nosotros recibimos la calificación á pesar de nuestros antecedentes.

Sin duda debí á esta circunstancia mi relación con el Señor Rampolla, secretario del Papa, á quien me presentó el dueño del hotel, persona distinguida, cónsul de algunas repúblicas y muy bien quisto con los señores de la Curia.

El Señor Rampolla es un hombre muy intelijente y muy instruido. Ha sido Nuncio en España y habla bien el castellano.

Conversando de la situación relijiosa de la República Argentina, me dijo: «Vea usted, allá la Iglesia ha sufrido muchos ataques; hubo un ministro en el Congreso....» «Ese soy yo, le dije, interrumpiéndolo, pero desearía que V. S. no juzgara las cosas por informes, sino leyendo las publicaciones oficia les.»

Mi franqueza le agradó, y nuestra conversación siguió muy cordialmente.

Me ofreció mandarme copia del último Concordato y tengo la satisfacción de anunciar que cumplió su promesa enviándome un Concordato en latin, cuya traducción encomendaré infaliblemente á Ruiz de los Llanos.

He conocido también al ministro de Gracia y Justicia, Señor Sanardelli, un hombre muy amable. Me hizo mil preguntas sobre la República Argentina y la situación de los italianos en ella, interesándose vivamente en cada detalle.

—

Hemos dado un buen paseo por la villa Pamfilia, hermoso y extenso parque situado á poca distancia del centro de Roma. Nada hay más pintoresco ni más agradable. Numerosos animales recorren sus praderas y árboles seculares y no seculares adornan sus largas avenidas, sin contar con los numerosos edificios y el regio palacio rodeado de jardines.

Visitamos también el Paseo de la Villa Borghese y el Pincio, otros dos parajes hermosos. En el Pincio, propiedad antes de una comunidad religiosa, encontramos al Rey, quien nos saludó como á todo el mundo, pensando con su augusta cabeza que todo el mundo desea su saludo; la suposición no se aplica al Papa y sus adeptos.

El Pincio está situado en una eminencia fácilmente accesible; el camino de subida es delicioso.

Allí también numerosos sacerdotes se pasean en contacto íntimo con la población.

Cada paseo tiene su día de moda.

Las romanas son las mujeres de aire más distinguido que he visto en Europa. Algunas añaden á esa calidad una belleza sobre humana y un aspecto de reinas. Se visten admirablemente y según el testimonio de algunos felices mortales, saben amar con una pasión sin igual en la tierra.

—

La visita á la *Iglesia de San Pablo* requiere una excursión aparte.

Está fuera de la ciudad. Al ir á verla hemos pasado por el pié de la pirámide conocida con el nombre de «Tumba de Caius Cestius.»

No sé porqué este Caius tiene pirámide; probablemente porque á su familia le costó su dinero, pero me parece un tanto pretencioso el hecho de mandarse hacer una pequeña tumba de Cheops, no teniendo los motivos de este antecesor.

La iglesia de San Pablo supera en riqueza á cuantas hay en Roma si se exceptúa San Pedro y aun con ésta, en opinión de algunos, corre parejas. Tiene los aires de un inmenso salón de palacio, dándole este aspecto el techo plano, los dorados, los mate-

riales raros y el bosque de columnas de granito y de mármoles muy raros y muy caros. El frontis no está concluido. No se sabe cuántos millones se ha invertido en esta suntuosa basílica, cuyo aspecto interior grandioso, impresiona por su extensión, su elegancia y su lujo. La actual iglesia ha sido construida sobre las ruinas de una destruida por el fuego casi totalmente. Cuando se concluya será una maravilla.

Hay en Roma al rededor de trescientas iglesias. A más de las ya apuntadas, mencionaré tan solo algunas, visitadas por mí en diferentes días.

*San Pedro in Vincoli*, vista por fuera uno la toma por una pobre casa de dos pisos. Adentro como edificio, es sin importancia, pero hospeda el *Moisés* de Miguel Angel muy celebrado. La estátua representa un viejo barbudo, con aire chavacano é inculto; tiene cuernos y se halla sentado con las piernas abiertas como un gaucho, jugando con su barba. No sé cómo se dá á esta grotesca figura el nombre de obra maestra, calificándola de creación maravillosa. El *Moisés* para mí y para muchos es sencillamente desagradable.

Se ve también dos mujeres en sus nichos, mejores que Moisés, y arriba cuatro santos sosteniendo á un obispo acostado; encima del obispo, hay otro hombre. Además cuenta algunos buenos cuadros.

Un padrecito muy sucio y muy feo, mediante una lira, muestra á los visitantes las cadenas de San Pedro.

Yo sostengo que con esas cadenas no se puede atar nada, porque cada eslabón tiene más de diez centímetros de largo; pero como San Pedro no tenía la menor idea de escaparse, aspirando por el contrario al martirio, como buen santo, se daría no más por atado y se quedaría quieto!

*San Juan Lateran* es una tremenda basílica. Su pórtico es grandioso, elevado, solemne; la plaza ó desierto de enfrente contribuye al buen efecto de la merecidamente renombrada iglesia. Sus cinco naves son espaciosas y capaces de alojar cinco mil personas. Conté diez ó doce estatuas en sus nichos y admiré algunos altos relieves.

Cerca de esta basílica se halla el *Bautisterio*, donde según la tradición, fué bautizado Constantino, este hipócrita que jamás fué cristiano de veras y afectó serlo solo por conveniencia. Es una rotonda rodeada de ocho columnas, sosteniendo otras ocho más chicas. Algunos frescos descascarados y húmedos muestran su pretensión de ser bellos. Hacia un punto del círculo se vé la entrada del oratorio de *San Venancio;* este tiene preciosos mosáicos bizantinos, antiguos y bien conservados. El único conato de monumento al famoso Papa Alejandro VI,

yace en este sitio. El pobre Alejandro ha sido realmente desheredado. Fué un bandido (Dios lo tenga en su santa gracia) pero también otros lo fueron y tienen monumentos preciosos.

Lo notable del bautisterio son las puertas de la capilla de San Juan sacadas de las Termas de Caracalla. Les llaman «musicales». Al cerrarse y abrirse dan una nota contínua; una de las hojas dá el *La* clásico, la otra el *Do*. Las dos notas tienen un timbre agradabilísimo por el cual los oyentes quedan muy gratos á la Casualidad, autora de esas puertas filarmónicas. Dante en el canto noveno de la Divina Comedia, habla de ellas.

Me olvidaba de mencionar en el bautisterio unas columnas llevadas del palacio de Plautio Laterano.

El *Museo Lateran*, vecino á estas iglesias solo sirve para aumentar la lista de las curiosidades enumeradas en las guías. Allí está, toda estropeada, la familia de los Césares junto con otras piedras mutiladas. Lo único medio íntegro, digno de notarse, es un *Sófocles;* espera sin duda su turno contemplando los destrozos del Museo. El piso superior contiene cuadros. Mejor es no verlos!

*Nuestra Señora de los Angeles*, edificada en el sitio de las Termas de Diocleciano, siendo el director de la obra Miguel Angel, ostenta frescos muy notables de Dominichino y otros pintores; el humo,

el tiempo y la humedad los han hecho invisibles. Pintar en las iglesias es lo mismo que escribir en la arena. Las velas, necesarias para el culto, son las mortales enemigas de los frescos.

Pláceme copiar una frase infalible en los labios de todo romano decente, á propósito de Nuestra Señora de los Angeles.

«Aquí se mostró arquitecto, Miguel Angel, como se mostró pintor en la Capilla Sixtina y escultor en San Pedro ad Víncula.»

La iglesia en verdad es muy linda. Las bóvedas sobre todo son admirables.

La línea del meridiano con los grados marcados, está señalada en el piso, para recibir un rayo de sol que entra por un agujero practicado arriba y enseñar á los devotos la velocidad del tiempo! La tumba de Salvator Rosa está en el vestíbulo.

*Nuestra Señora de las Victorias* es una iglesita pequeña bien encuadernadita, poseedora de varios cuadros muy apreciados y sobre todo de un grupo de Bernini, representando á *Santa Teresa y á un Angel.*

Al mostrárnoslo en su altar, el sacristán, un escrupuloso de las mejores aguas, exclamó: *¡Ah, é un gran pecato!* En efecto, la santa á juzgarla por su actitud comienza á cometer uno de marca mayor. Santa Teresa como se sabe era una histérica consumada.

Se halla en éxtasis, pero ¡qué cara para éxtasis! Más representa un éxtasis humano, carnal, que una emoción engendrada por la Divinidad.

El ángel, un bello joven, en todo el vigor de la edad más florida, armado de una flecha se propone á no dudarlo, hundirla en el cuerpo de la Santa, bosquejándose en su cara una expresión de buen humor semi-sarcástico al contemplar la deleitada conformidad de su víctima, ante una agresión tan impropia de un espíritu puro.

El escultor ha hecho una obra maestra de amor erótico.

¡Quién le habrá permitido al socarrón de Bernini colocar su alegoría entre las cosas del culto!

*La Iglesia del Jesús,* en cuyas vecindades anda el Diablo, según la expresión de un burlón, á propósito del fuerte viento que en sus puertas se siente, está ricamente dotada de frescos, estatuas, pilares de alabastro y mármol amarillo, gruesas perillas esféricas de lapiz-lázuli en un altar, esculturas en bronce y madera, rejas labradas y mil otros objetos de indiscutible mérito. Recuerdo entre las estatuas un grupo en el cual figura la Religión arrojando á Satanás. Probablemente por descuido el escultor ha representado á Satanás con la cara de un jesuita!

*San Agustín* tiene una imagen más rica que los

actuales nobles de Roma. Ella no se ha arruinado en especulaciones de fincas; sus joyas son de las mejores fábricas y no le han costado nada. Las pilas son sostenidas por ángeles de mármol bastante bien parecidos. La idolatría más descarada ofrece aquí patentes muestras, pues debajo de los altares se ve figuras de cera representando santos muertos y otros muñecos.

*Santa María Mayor*, llamada así por ser la más grande de las iglesias consagradas á la Vírgen, ha sido edificada en el sitio donde ocurrió un milagro.

A principios de Agosto, casi en pleno verano y cuando los árboles estaban rebosantes de verdor, cayó, solamente en un espacio reducido, una lluvia de nieve; el suelo quedó blanco ¡milagro!

¿Qué quería decir esto?

Nada más sencillo de interpretar; la Vírgen necesitaba una iglesia, allí sobre la marcha, y la iglesia fué construida.

Tiene el sarcófago del Evangelista Mateo. Hay en su frente una columna de la basílica de Constantino; ahora sirve de soporte á una imágen de la vírgen. Se ve además en la plaza un obelisco.

No sé si hay más iglesias aquí que columnas, más columnas que obeliscos, más obeliscos que fuentes, más fuentes que palacios, más palacios que plazas ó más plazas que ruinas. Todo es interesante y digno

de estudio. Una gran parte de la población vive de la curiosidad de los extranjeros. Cuando esta se satisfaga, si alguna vez se satisface, Roma comenzará una nueva edición de su decadencia, pues no tiene ni industria, ni comercio capaces de alimentar la población de una gran ciudad.

Sería una falta de equidad no hablar de:

*La Iglesia de Santa María sobre Minerva*, teniéndola al lado de mi clerical hotel. Ahí está con su cortina ribeteada de cuero, sucia por acción de las manos devotas, como casi todas las cortinas de las iglesias.

La Sopra Minerva, llamada así por haber sido erijida sobre el terreno ocupado antes por un templo dedicado á la Diosa de la sabiduría y de otras yerbas, arranca su celebridad de sus conexiones con Galileo y de un Cristo de Miguel Angel. Contiene además algunos sepulcros.

Enfrente de la entrada hay un elefante debajo de un obelisco. La intención del escultor de este monumento fué hacer un elefante llevando en su lomo un obelisco, pero ha hecho un obelisco por debajo del cual pasa un elefante!

Y tendremos bastante de iglesias si mencionamos por fin:

*La Iglesia de los Capuchinos*, donde se vé, debajo de un altar el cadáver de un candidato á Santo, esperando la canonización.

Este cadáver se conserva por milagro, como los cien mil cadáveres íntegros encontrados en ciertos terrenos. Debidamente examinado el futuro santo me sugirió una pregunta al lego que me lo mostraba.

—Pero la cara es de cera, le dije.

—Ma si, me respondió, ma solamente la frente, la nariz e la buca!

—Bueno pues, le repliqué, *ma* la frente, la nariz y la boca con algo más se llama cara!

El fraile se encogió de hombros con aquella expresión familiar de los italianos cuando dicen «qué quiere»—«yo no tengo la culpa »

Los capuchinos eran enterrados en tierra traida de Jerusalem, mas como el número de cadáveres aumentaba, los de larga fecha fueron exhumados y sus huesos figuran en un corredor, arreglados en dibujos fantásticos y grotestos contra los muros. Algunos esqueletos llevan los hábitos de la orden.

La exposición de estos huesos es repugnante, aun para los sacristanes cuidadores.

ROMA—MUSEO DEL CAPITOLIO—ROCA TARPEYA—FORO ROMANO—RESTOS DE RUINAS—CRÍTICA DE LA ARQUITECTURA FÓSIL—EL COLISEO Y LAS TERMAS DE CARACALLA.

Para variar, siguiendo mi tarea, hablaré ahora de mi visita al *Museo del Capitolio* instalado en el Monte Capitolino, archi célebre. Una gran escalinata conduce á la plaza. A uno y otro lado de la entrada están las estátuas de *Castor* y *Polux*, amansando sus caballos; son muy conocidas y de un mérito real; han sido copiadas para Berlín y San Petersburgo y probablemente para otras partes. Aquí mismo, en la Plaza del Quirinal, hay otros Castor y Polux, tomados de los baños de Constantino. Se admira en los domadores y en los caballos un lujo de vida y de elegancia lleno de atractivo.

Más allá están los trofeos de Mario á los costados y más lejos aún, las estatuas de Constantino y Constans, de los baños del primero, á derecha é izquierda.

La estatua de *Marco Aurelio* á caballo ocupa el centro de la plaza. Es bellísima, la mejor estatua ecuestre conocida, en opinión de muchos; hay algo

de noble, de dulce y de viril en el modelo; algo de fuerza suave y segura que impresiona, no sabiéndose cómo ha podido encarnarse en el bronce tan variadas expresiones. Fué instalada primero en frente del Arco de Septimio Severo.

Ocupa el fondo de la Plaza el Palacio del Senado; uno de los lados, el Conservatorio, y el otro, el Museo de Escultura.

La estatua de Julio César, la única auténtica está en el Pórtico del *Conservatorio* y en el patio se ve una cabeza, piés y manos colosales de la estatua de Domiciano, á más de otros fragmentos y esculturas completas.

Bajos relieves y otros mármoles adornan los muros á la entrada de la galería. La Apoteósis de Faustina hállase más adelante. Podemos contemplar en las salas los bustos de magistrados y hombres célebres modernos de Italia; cuños, sarcófagos, copias de animales, utensilios domésticos, varias esculturas de orígen histórico, terras cotas, mosaicos, urnas y bronces. Como pinturas en otras salas, obras de Guido, de Guerchino, Albano, Gafarelo, Rubens, Poussin y Veronese. Los sujetos son: la Magdalena, San Juan Bautista, Cleopatra, Espíritu Redimido, Rómulo y Remo. Los retratos de Miguel Angel, Guido, Velasquez, Van Dick y el Ticiano, ofrecen particular interés. En un gran salón hay notabilísimos frescos de Arpino.

La Municipalidad dispone de parte de este edificio. La oficina del matrimonio civil funciona en una repartición.

—

Tiene dos pisos el *Museo de Escultura.* Abajo llenan los gabinetes y salones, sarcófagos, urnas, vasos ejipcios, inscripciones y mil otras obras. Arriba, se hacen notar entre el surtido bagaje: El Gladiador muriendo, famoso cuyas reproducciones se vende por cientos en Buenos Aires; un Faino Praxiteles de una belleza dulce y salvaje al mismo tiempo; un Sarcófago con la batalla de las Amazonas en bajo relieve; un Júpiter en negro antiguo; un Fauno en rosado antiguo; en la Sala de los Filósofos: Claudio y Marcelo, Homero, Cicerón, Demóstenes, Sócrates, Diógenes, Alejandro el Grande y Scipión el Africano; en la de los Emperadores, que contiene la más completa colección, ochenta y tantos bustos de celebridades antiguas, la estatua de Agripina en el medio y otros objetos y por fin en el Gabinete reservado: Cupido y Psichee, Leda y el Cisne y la famosa y nunca bien ponderada Venus Capitolina la más linda de las Venus antiguas, superior aún, para mí, á la Venus de Milo.

La Capitolina estuvo encerrada entre muros en una casa de Roma, circunstancia á que debe el no hallarse mutilada, pues en los tiempos de su secues-

tro, los escrúpulos por la belleza natural y desnuda, constituian un peligro para toda obra de arte de su especie, lo cual sin duda determinó su encierro. Es ideal, preciosa, á pesar de su actitud de mono; no solo el cuerpo es bellisímo, su cara es de una hermosura graciosa, inocente y atractiva. Sus formas reproducen el ejemplar más completo de la mujer modelada con aquel caudal de detalles que solo la imaginación encuentra juntos en un solo ejemplar. Sin embargo, creo, la estatuaria moderna ha producido obras más acabadas y de una verdad más resaltante.

—

Saliendo del Museo fuimos á ver la Roca Tarpeya atravesando una larga avenida en uno de cuyos flancos, en cocheras extensas yacen depositados algunos carruajes históricos y feos. La Roca tiene ahora un jardín en los lomos, limitado por un cerco de pared baja tras del cual se ve hacia el Tiber, el precipicio constituido por el corte á pique de la peña. El rio pasaba dicen, por el pié de este precipicio; ahora corre á buena distancia y si nuevas víctimas fueran en la actualidad arrojadas de la roca, irían á dar sobre un centenar de camisas, sábanas, pañuelos y otras ropas colgadas por la economía doméstica en cuerdas tendidas en los patios de las casas contiguas.

Al pié del Capitolio está el *Foro Romano*, entre el Monte Palatino, ubicación del Palacio de los Césares, más las casas de antiguos patricios y el Monte Capitolino. El espacio, una especie de valle, servía de punto de reunión neutral á los sabinos y á los romanos. Después se convirtió en tratoría ó Bolsa donde se verificaban todas las transacciones. Luego fué el lugar elegido para la erección de templos y otros monumentos que, destruidos posteriormente en parte al menos, fueron cubiertos con tierra y fragmentos de piedra y ladrillo hasta no dejar rastro visible de su existencia. Cuando renació el interés por el arte y se quiso conocer las antigüedades romanas, las excavaciones fueron comenzadas y han seguido por siglos con bastante irregularidad.

Débese á algunos Papas y á los franceses en el tiempo de la dominación, la mayor parte de los descubrimientos. Un extranjero muy rico y muy artista, cuyo nombre no recuerdo, quiso emprender nuevas investigaciones, pero el celoso interés de los Papas opuso al proyecto obstáculos insuperables. Ahora, poco á poco, el gobierno italiano continúa el trabajo y es de esperarse un completo resultado.

Lo visible en la actualidad en el Foro es lo siguiente:

El *Arco de Septimio Severo*, elegante liviano, sólido é imponente. Fué erijido por el Senado en ho-

nor del Emperador y sus dos hijos. Caracalla después de matar á su hermano, hizo borrar de la inscripción la parte que le correspondía. La mala enmienda es visible.

*Ocho calumnas jónicas* de granito, restos del *Templo de Saturno.*

*El pavimento* de la *Vía Sacra.*

*Tres columnas corintias* de mármol del Templo de Vespasiano con su entabladura. Se vé en el friso la representación de varios instrumentos usados en los sacrificios.

*Diez cilindros* modernos representando las columnas de los doce Dioses.

*El muro y uno de los arcos* pertenecientes al *Tabularium.*

*Los restos del templo de la Concordia* levantado en conmemoración de la terminación de la lucha entre patricios y plebeyos. Aqui editó Cicerón su famoso discurso contra el simpático Catilina.

*La Rostra* y el *Miliarium Aureum* construcciones la una circular, la otra cónica. Todo ello de gran celebridad.

*La Prisión Mamertina,* dos celdas excavadas en la roca sin puertas y comunicándose antes por un agujero en la parte superior.

*La gran columna de Focas*, cuya base no se desenterró en mucho tiempo, enredándose los anticua-

rios en discusiones, cuando con tomar una pala y un pico estaban todas concluidas.

*La noticia de la Basilica Julia*, simbolizada por unos cuantos escalones; pero en el sitio en que estuvo se ha hecho ciertas construcciones como recuerdo.

*Tres columnas corintias*, único resto del *Templo de Castor y Polux*.

*El sitio de la estatua de Domiciano* representada por un pedestal.

*La Basílica de Constantino* de la cual solo quedan unos arcos modelo de muchos modernos. Ya vimos una de sus columnas sirviendo de pedestal á la imágen de la vírgen, cerca de la iglesia de Santa María Mayor. En múchas iglesias cristianas se ha imitado la forma de esta Basílica.

*Una pared circular de ladrilllo* y una construcción extraña que tengo dibujada en mi cuaderno, donde estuvo el *Templo de Rómulo*.

*Los cimientos del Templo de Roma y Venus*.

*Los restos de columnas y muros del Templo de Antonino y Faustina*.

Del Templo de Julio César divinizado, del Templo de Vesta y del Arco de Fabio, solo se tiene referencias. Se señala un recinto con el nombre de *Atrio de las vestales*.

—

Al extremo del Foro se vé el *Arco de Constantino* en frente del Coliseo, y el de *Tito* entre el Foro y el Coliseo. El arco de Constantino es feo y pesado; sus bajos relieves, execrables; fué hecho en parte con materiales robados al arco de Trajano.

*El arco de Tito* es por el contrario una preciosa antigüedad, un bajo relieve en el interior del arco representa á Tito coronado por la Victoria. Los trofeos de Jerusalem están claramente esculpidos. Los judíos tienen á este arco una particular ojeriza, y no pasan por debajo de él sino por un lado y mirándolo de reojo.

—

Vámonos ahora al Coliseo, si ustedes no están cansados y sazonémoslo con un poco de las Termas de Caracalla.

Llamósele Coloso entre los circos de Roma; cabían en él de 90 á 100 mil espectadores. En las Termas de Caracalla podían bañarse á la vez cerca de dos mil personas sin incomodarse.

Las ruinas de los dos monumentos son asombrosas!

Estuve mirando un gran rato el centro de una bóveda caido recientemente en medio de un salón de las Termas; era un trozo casi esférico de más de dos metros de diámetro.

¿A qué respondía semejante espesor en una bóveda?

A nada, era un efecto de la mala construcción, un desperdicio inútil de materiales, una ignorancia de las reglas de arquitectura. Esas enormes masas en las bóvedas estaban en relación con el grueso de las paredes y de los pilares de los arcos; pero esos mismos espesores no eran indispensables para una resistencia dada y solo se imponían porque el *volúmen* era la única garantía de seguridad, dada la irregularidad desatinada de los materiales y el desparpajo en su colocación.

Algunos pilares parecían montañas: en la inmensa masa se había echado pedazos de ladrillos, piedras, tierra, barro, cal, todo, á la buena de Dios que es grande. ¿Qué resistencia podía tener tal mezcla si la deficiencia en el amontonamiento no era compensada con el tamaño del muro ó pilar? Uno se pregunta cómo de tales ingredientes ha podido salir un edificio presentable.

El mismo trozo de bóveda mencionado, era una conglomeración de cascotes, piedras y argamasa, en el cual los materiales resistentes se hallaban incrustados, pareciendo el todo una masa *mechada* con fragmentos de ladrillos.

¡Al diablo se le ocurre construir bóvedas así! Con razón todo es asombrosamente grande, colosal!

Pero un arquitecto verdadero, vería en semejantes obras un dispendio de terreno, un empleo inútil de

material y un gasto desproporcionado de tiempo y de trabajo.

Figúrese el lector la enormidad de las masas por este dato. Muchos palacios de la actual Roma han sido edificados con piedras y otros elementos de ese conglomerado, extraidos del Coliseo y de las Termas, notablemente los palacios de los Barberini, unos sobrinos de un Papa, lo que dió motivo á los romanos, tan amigos de las burlas como los franceses, para decir: menos daño han hecho á Roma los bárbaros que los barbaritos, aludiendo á los Barberini.

«A quien Dios no le dá hijos el Diablo le da sobrinos,» es probable un refrán tomado de la misma fuente que el dicho italiano, pues los sobrinos de los Papas hicieron en todo tiempo de las suyas en Roma y los mismos Papas, salvo los respetos debidos, no contentos con tener sobrinos, se entretuvieron muchas veces en destruir ó enterrar los antiguos monumentos, so pretesto de ser obras profanas consagradas á Dioses mitológicos ó á Soberanos gentiles.

El arte de construir bóvedas livianas es de moderna data. En los pueblos antiguos no era conocido. En Egipto y en Grecia no había arcos. Piezas de piedra de diversas dimensiones formaban la parte superior de las puertas y demás aberturas. Se ignoraba según se nota, ciertas leyes de la resistencia.

Ningún signo de tales conocimientos se encuentra en esa arquitectura y si bien bajo algunos aspectos, se imponen á nuestra admiración varios monumentos, no deja por ello de ser evidente la superioridad de las obras actuales en las que el espacio, el material y el tiempo son economizados.

Nadie en lo antiguo parece haber sospechado, por ejemplo, que con una cantidad dada de material se puede construir una columna hueca más grande, más resistente y más liviana que otra sólida aun cuando Dios, en su infinita sabiduría había ya aplicado ingeniosamente esa regla desde la creación de los primeros animales, dejando un conducto en los huesos largos.

Sea que Dios se descuidara en comunicar á tiempo á los humanos, esa ley de construcción, ó que estos no se dieran por entendidos, á la verdad los romanos no ofrecen muestra en sus obras de haberla conocido.

Y en cuanto á arcos de imperceptible curvatura, el mismo arquitecto del Partenón se quedaría asombrado si lo llevaran á la Facultad de Derecho de Buenos Aires y le mostraran esa escalera construida sobre una lámina de mármol, semejante á una hoja de papel, orgullo y encanto de su Decano el Dr. José María Moreno.

—

Tres órdenes de columnas había en el Coliseo para sus cuatro pisos; las de abajo eran dóricas, las intermedias jónicas y las superiores, corintias. Todavía se vé acostados en el suelo restos de estas columnas.

Las ruinas existentes dejan recomponer con la imaginación el circo como era. Se adivina el sitio del Emperador, de los Senadores y de las Vestales; se vé la entrada de los gladiadores y los recintos reservados á las bestias feroces y al contemplar sus elevadas escalinatas y la ancha arena, le parece á uno asistir al salvaje martirio de las víctimas.

Un inglés hizo colocar una silla en un punto elegido, para sentarse á mirar horas enteras el fantástico conjunto de las ruinas, evocando el recuerdo de sus lecturas.

Muchos han seguido su ejemplo y asisten particularmente de noche cuando hay luna, para ver dibujarse en sombras, perfiles y fajas de claro-oscuro las formas del famoso edificio. Se trabaja asiduamente para descubrir todos los compartimentos y mantener en pié lo que amenaza desplomarse. No deja de ofrecer cierto peligro un paseo por los diferentes corredores; á lo mejor se disloca un ladrillo y uno vé el abismo á sus piés.

*Las Termas de Caracalla* son si se quiere, igualmente imponentes; lienzos de muralla elevadísimos,

pilares monstruosos, fragmentos gigantescos, aberturas inmensas, salas como plazas, mosáicos extensos, piletas como lagos, compartimentos numerosos, todo destruido ó destruyéndose, muestra sin embargo la asombrosa magnitud del monumento. Había allí jardines, gimnasios, salas para toda clase de baños, estufas para vapor, piletas de natación y aparatos hidroterápicos para cientos y cientos de individuos. Y todo se vé ó se comprende mirando las ruinas. Añádase á esto el lujo en los adornos, cuya representación es fácil si se recuerda que una infinidad de estátuas y otras obras de arte, conservadas ahora como joyas en los museos, han sido extraidas de estas Termas. El recinto es muy grande para no quedar rendido de cansancio, debería uno visitar las Ternas á caballo. Si yo vuelvo á Roma así lo haré.

Después del Coliseo y de las Termas queda uno medio muerto de asombro y de dolor en las piernas!

---

## ROMA—EL PALACIO DE LOS CESARES Y OTRAS CURIOSIDADES QUE VERA EL LECTOR

Ya saben ustedes, supongo, de memoria media Roma, pero sus conocimientos son incompletos. No han visto el Foro Trajano, el Templo de Minerva médica, la Tumba de Cecilia Metella, las Catacumbas, la Cloaca Máxima ni el Palacio de los Césares.

Nadie se figura cuánto trabajo cuesta verlo todo y describirlo cuando se tiene el escrúpulo de ser verídico. Cuantas veces he venido cansado después de una larga excursión y obligado á organizar mis apuntes en vez de dormir, he maldecido la hora en que me comprometí á escribir correspondencias. Otras veces me he consolado pensando que quizá parte de mi trabajo no será perdido; los amantes de la verdad habrán de encontrar en mi relato desapasionado un criterio independiente, malo ó bueno y sobre todo, una falta de temor y de rutina para no repetir, por figurar en la mayoría, elogios y ponderaciones ó más bien dicho descaradas mentiras.

Ese espíritu de equidad me obliga á no dejar truncas mis referencias, á señalar mil detalles y por tanto á ser soberanamente aburridor. Pero esos son gajes del oficio. Yo no puedo hablar de Roma, sin mencionar sus principales ruinas, como no hablaría de una cara, prescindiendo de sus facciones.

Así, pues, paciencia, amigo lector, y adelante. Cuando se canse, salte diez ó doce párrafos, ó deje de leer; pero si se le ocurre venir por estos mundos, ponga en un rincón de su maleta los recortes de esta correspondencia y cuando esté delante de los objetos descritos, hágame el favor de verificar la exactitud de mis juicios.

### Palacio de los Césares

Imposible es aprenderse las ruinas del Palacio de los Césares, ni hay objeto en saberlas como sabe el cráneo un examinando de anatomía.

Lo que el extranjero busca en estas ruinas es la impresión, y una disección de los restos amontonados, lejos de añadir algo á la emoción estética, la destruiría.

Sin embargo, una idea de este laberinto es necesaria, y yo me propongo darla con toda la sobriedad posible.

El Palacio de los Césares se le está á uno metiendo por los ojos desde por la mañana hasta la

noche. Situado en el Monte Palatino se halla en relación directa con el Foro, con el Coliseo, con el Capitolio y con los sitios más nombrados en la historia.

De ninguna parte se ve mejor el Foro que de una plataforma del Palacio; yo no me dí cuenta exacta de la disposición de las partes componentes de aquél hasta no examinarlas desde ese punto.

Durante cientos de años estuvieron sepultados los edificios del Palatino sin que se revelara su existencia en la superficie de la colina. Más, aun durante su ocupación por los emperadores, unos construyeron su morada destruyendo las de sus antecesores, ó rellenándolas para formar una base según los planos.

Así la crónica menciona mayor número de palacios ó casas que el de los existentes en cada época. Esto se explica; si en el sitio donde hubo un teatro, se hubiera edificado una iglesia, después destruyendo ésta, un banco, luego una fábrica y por fin una estación de trenes, la crónica contaría el teatro, la iglesia, el banco, la fábrica y la estación; total cinco edificios, pero el terreno solo tendría uno; la estación.

Quien vaya á mirar ruinas no espere por lo tanto hallar las de todo cuanto hubo en el sitio.

Ahora se ve un conjunto de muros, galerías, es-

caleras, pilares, pisos, agujeros, trozos de mármol, moles de conglomerado, pasadizos, salones, cuartos, patios, atrios, vestíbulos y cuanto puede suponerse en las ruinas de una infinidad de edificios.

Las excavaciones son muy lentas y la identificación de lo descubierto ya es muy difícil.

Preguntado el guardián porqué los trabajos marchaban tan despacio, contestó: «El valor de la carrada de tierra cavada, cargada y transportada, es de 50 á 60 liras (10 á 12 pesos) según el sitio y la clase de trabajo, y para descubrir una galería solamente, se necesita desalojar muchos miles de carradas. La autoridad contribuye con buenas sumas y cada día se recolecta por entrada de los visitantes de mil á mil quinientas liras (200 á 300 pesos), pero eso no basta para llevar con actividad la tarea.

Realmente se trata de remover montañas, calzar muros bamboleantes, integrar arcos y sostener pilares, todo lo cual requiere gastos cuantiosos y una labor paciente.

Comenzamos nuestro paseo por una planicie moderna, contigua á la parte más accesible de las ruinas, donde hay un espacioso jardín; abandonando este y bajando hacía el Foro por un camino accidentado vimos una preciosa fuente en una especie de gruta.

*Ruinas del Palacio de Calígula* bien descubiertas; muchas de sus reparticiones no han sido explicadas.

Restos del Puente de Calígula que unía el Palatino al Capitolio, subsisten aún.

*La vía de la Victoria al Templo;* por esta se dirijían los triunfadores en su día memorable.

*Palacio de Vespasiano y Domiciano*; las ruinas principales son del palacio de Vespasiano, sobre cuya base por medio de una extensión construyó Domiciano su morada; es el mejor identificado; se ve claramente sus diversas partes: *Un atrio* para las guardias, rodeado de columnas. *La Basílica de Jove* ó Sala de Justicia; subsiste en el pavimento un pedazo de la silla imperial. La gran *Sala del Trono* ó sala de las audiencias. El *Templo de los Dioses Lares* con los restos de un altar. *El Peristilo* dando á un gran patio lleno de estatuas, columnas, fuentes y vasos de flores. *El Comedor*, triclinium, comunicando con la Casa de Livia. *El Vomitorio*, impura oficina. *El cuarto de baño* con los restos del pavimento de alabastro.

*El Palacio de Augusto;* no accesible para el público. *La bibliotecca* ó *Librería Palatina* y la *Academia;* se supone.

*El Palacio de Septimio Severo;* ruinas extensas, pero cuya explicación está llena de oscuridades é incertidumbres.

*El Templo de Jove Vencedor*, con su altar sobre la escalera recompuesta.

*La Casa de Livia;* muy bien descubierta; se ve la salita de labor, un escritorio, un comedor y una cocina; muy chico todo. El estuco imitando pórfido, de una de las piezas, está conservado, asi como varias pinturas de mitología y adornos de flores y frutas. Los caños de plomo para el agua se muestran aún asegurados á la pared. La cocina es de bóveda y muy pequeña. Todas las puertas son bajas y angostas. Hay algunas ánforas y otros objetos. También tenía Livia su cuarto de baño; Livia ó Germánico, pues la casa que yo visité bajo el primer nombre es tambien designada con el segundo. ¡Vaya uno á averiguar quién fué el dueño!

*El Palacio de Tiberio;* lo primero que ví en él, fué un brocal de aljibe, como único resto de su antigua grandeza, si se exceptúa algunas otras piedras.

*El Templo de Júpiter Stator;* es decir, el sitio del templo.

*La Eminencia en que se reunían los augures* y muchos otros locales y fragmentos de muros y construcciones conocidas con nombres antojadizos, presentándose en intrincada confusión.

Esta exposición no es metódica; en mi paseo no seguí la ruta exijida por nuestro acompañante, sino los impulsos de mi curiosidad que me apartaban de la línea reglamentaria, pero como el Palacio de los Cé-

sares nada gana con ser visto de otro modo por quienes no llevan el objeto de hacer estudios especiales, poco se pierde con la falta de método.

—

Del Palacio de los Césares fuimos á ver el arco *Janus Cuadrifrontis*, cuyo uso no se conoce; supónese que era un mercado; antes tenía dos pisos; en cada una de sus caras hay un arco. Se le ve por ser antiguo no por otro mérito. . Cerca está el callejón por el cual se llega á una abertura de la Cloaca Máxima.

Otras andanzas nos condujeron al *Timplo de Minerva Médica*, una pintorezca ruina; su recinto es un decágono; parte de su cúpula se ha caido. Cosa análoga y peor le ha sucedido al *Templo de Minerva Palas*, del cual solo quedan dos columnas, el friso y una estatua de la diosa.

Casi todos los dias he pasado por la Plaza Colonna que toma su nombre de una antigua columna colocada en ella. Los bajos relieves de este monumento están destinados á no ser vistos por alma viviente por falta de paciencia, como los de la Columna Trajana, á pesar de su belleza, á estar á la opinión de los arqueólogos. Yo sostengo que ningún viajero ha examinado los tales bajos relieves. La columna de la Plaza Colonna se llama simplemente la Colonna por estar en la plaza de ese nombre según

los Guías y la plaza toma el suyo de la columna instalada en ella. La historia del huevo y de la gallina.

Esta confusión sobre la plaza y la columna que menciono de broma, se repite sériamente para el extranjero respecto á otros puntos. Pregunten á cada uno cuántas colinas hay en Roma, y contestará, siete, como que Roma se llama la ciudad de las siete colinas. Ahora bien, aquí van trece nombres conocidos y repetidos por todos, ya refiriéndose á montes, ya á colinas.

El monte Aventino, Capitolio, Palatino, Celio, Janícolo, Esquilino, Quirinal, Pincio, Viminal, Vaticano, Mario, Sacro, Testacio.

Necesariamente:

O una misma colina tiene dos nombres.

O no son siete las colinas sino más.

O solamente algunas de ellas dieron su calificativo á la ciudad.

Yo no tengo tiempo de resolver el punto: pero ustedes tienen allí libros para salir del enredo.

—

No me acuerdo si en mis cartas anteriores he hablado del *Teatro Marcelo;* si no lo he hecho, lo hago ahora, pues Marcelo no me perdonaría el olvido. Es un antiguo teatro, semi-destruido una vez, quemado otra, convertido un tiempo en fortaleza,

adquirido por fin por la familia Orsini. La tierra ha sepultado cuatro metros de su altura. Sus habitaciones al nivel del suelo actual están ocupadas ahora por tiendas ó casas pequeñas de negocio.

—

Nos mereció una visita especial el *Foro Trajano*, enterrado aún en parte. La pieza interesante aquí es la *Columna Trajana*, cuyos bajos relieves contienen como tres mil figuras. Considéranla una obra maestra. Tuvo primero en su cumbre la estatua dorada de Trajano; un Papa quitó al emperador y puso á San Pedro en viaje para el cielo, sobre un pedestal poco evangélico.

—

La *galería barberini* es una de las más visitadas en esta ciudad, ocupa uno de los innumerables palacios; hay tantos en Roma que la lista sola llenaría media columna de LA PRENSA.

Contiene entre sus cuadros los siguientes, anotados en mi memorandum:

Una *Pietá* de Miguel A. Caravagio; el Cristo de esta Pietá tiene una cabeza microscópica, es la vijésima parte del cuerpo debiendo ser la séptima ó la octava á lo más, si mal no recuerdo. La cabeza de la vírgen ó santa que lo tiene en sus faldas, es el doble de la de este Cristo microcéfalo.

Un retrato de la *hija* de Rafael Meggs; usted, señor Director, lo verá, pues adquirí una copia.

*Safonieta* de Guercino.

*Magdalena* de Pomarancio.

*Sacra familia* de Andrea del Sarto.

*Adan y Eva* de Dominichino; parecen dos tontos, y lo fueron.

*La Beatriz* de .Guido Reni, preciosa, encantadora.

*La Fornarina*, retratada de frente por R. S. Urbino; fea, la nariz muy larga.

Una estatua de *Mujer desnuda*, muy bien formada, muy mujer. El cuidador la ponderaba mucho.

—

Vimos también otra exposición de cuadros á imitación del Salón de París. Había muy buenas obras modernas y antiguas. Aquí hay tantas galerías como iglesias. Cada romano tiene una y la servidumbre de las otras.

Y no vimos desgraciadamente ni la galería Borghese, ni el Palacio Ludovisi, donde está la *Aurora* de Guercino, ni el Rospigliosi, donde está la *Aurora* de Guido, la que según muchos críticos, tomando todo en cuenta, es el mejor cuadro de los pintados en los dos últimos siglos. Lord Byron hablando de él dice: «Worth á journey to Rome to see.»

En cambio sin ventaja vimos el *Palacio de Quirinal*, adornado á la moderna lujosamente, lleno de cuadros de varias épocas y con algunas esculturas

de mármol del gusto actual, muy dignas de la regia morada. Una galería convertida en invernáculo me agradó mucho por su vista y quizá también por la lluvia fria que caía afuera mientras adentro hacía un calor agradable.

—

### Tumba de Celia Metella

Tal vez la tumba de Cecilia Metella debe su celebridad á lo sonoro y dulce de su nombre. Constitúyela un muro circular, alto, medio destruido, cuyo recinto está relleno de pedazos de ladrillo, piedras y tierra. Todos los viajeros la visitan, pero no vale el viaje la vista de esta construcción sin gracia y sin belleza, semejante ahora á un molino viejo.

A lo largo de la vía Apia se empeñan los Guías en hacerle ver á uno sepulcros célebres con nombres históricos. Yo no he visto sino montones desarreglados de ladrillos y piedras, lienzos de pared y losas esparcidas. Todo ello serviría muy bien para rellenar un hueco y los curiosos podrían con menos trabajo admirar todo en conjunto si se pusiera una lápida con este letrero: «Hueco rellenado con tumbas de hombres y mujeres célebres.»

—

## Catacumbas

Otra visita aún más desagradable es la de las Catacumbas. Nosotros vimos la de San Calixto; todas son parecidas. Esta se compone de un laberinto de pasadizos subterráneos flanqueados por nichos excavados en los lados, unos encima de otros, cubiertos en su parte inferior por el polvo ácido de los huesos. Yo toqué y probé este polvo; quizá la acidez es debida al fosfato ácido de cal. Algunos nichos contienen esqueletos enteros nuevos, pertenecientes á personas que jamás habitaron las Catatumbas. Hay en ciertos ensanchamientos de los corredores, pequeños santuarios con altares, dibujos y pinturas relijiosas muy grotescas y muy feas, La tradición dice que en las Catacumbas vivían encerrados los cristianos huyendo de la persecución. Yo no creo esto, tan fácil era descubrirlos y matarlos á todos cerrando las aberturas, acto de crueldad al cual no se habría negado la inconsciente ferocidad de los romanos de aquel tiempo!

—

## Encuentro de Jesucristo con San Pedro

Al volver de visitar por segunda vez la fastidiosa y enlodada Vía Apia y después de ratificar nuestra idea de que la tumba de Cecilia Metella es un

molino abandonado, nos detuvimos en un santuario en frente del sitio donde Jesucristo y San Pedro se encontraron. El santuario es un cuarto grande, bastante sucio y arruinado. Hay en medio del piso una piedra con dos impresiones de cualquier cosa, de dos piés deformados, por ejemplo. La tradición y una vieja cuidadora del cuarto acusan á esa piedra de haber estado en la Vía Apia y á Nuestro Señor Jesucristo y San Pedro de haber dejado estampados sus piés en ella cuando se encontraron yendo cada uno en dirección contraria; esa dirección está señalada con carbón en las paredes ex-blanqueadas del cuarto.

Hay en este asunto dos milagros: 1° El milagro en virtud del cual dos piés de carne blanda dejan su estampa en una piedra dura. 2° El de que dos personas se encuentren en un sitio en donde no estuvo jamás una de ellas.

A estar al dictámen de cristianos de gran peso, jamás Jesucristo puso los piés en Roma y no pudo por lo tanto dejar estampado uno de ellos en ninguna piedra de la Vía Apia, sin la intervención de un capricho divino.

Pero si no fuera esto así, ¿con qué pretesto cobraría la vieja cuidadora el estipendio de costumbre?

—

## El panteón

He hablado ya algo de este monumento, el mejor conservado de los antiguos.

Debe su conservación el Panteón al hecho de haber sido convertido en iglesia, previo despojo de mármoles y bronces y adición posterior de dos torres llamadas por el espíritu sarcástico de los romanos, las orejas del burro.

En esta burla los espirituales críticos han ido más allá de su intención, porque si bien lo de las orejas es una idea luminosa, el monumento queda con el apodo de burro.

Constituyen el edificio un pórtico, un muro circular y una media naranja abierta en su polo, para dar luz y aire, supongo, al interior. Pero por donde entran la luz y el aire penetra también la lluvia, contra la intención probable del arquitecto.

Diez y seis columnas corintias de granito y un techo triangular forman el *Pórtico;* de las columnas solo tres son modernas. Al piso de este Pórtico se llegaba antes por cinco escalones; estos yacen ahora bajo tierra.

Las puertas son de bronce, antiguas y pesadas.

El *Muro circular* deja una area interna cuyo diámetro mide 60 pasos de los mios, como 50 metros. De muro á muro en el extremo de cada diámetro

hay más distancia, pero como el interior contiene columnas ó pilares, ésta se disminuye. La altura desde el centro del pavimento hasta el de la curva de la bóveda mide más de 52 metros. El espacio abierto en la parte circular tiene de diámetro como nueve metros. Una cincha de metal sostiene la construcción.

*La Bóveda*, ó media naranja se deja admirar por los menos entendidos, parece sólidamente equilibrada á pesar de su gran tamaño y su curva es agradable á la vista.

Actualmente el Templo encierra los restos del Rey Víctor Manuel, de Rafael y otros artistas. La tumba de Víctor Manuel, es sencilla y majestuosa; una guardia la cuida constantemente. Los visitantes escriben su nombre en un libro especial. La de Rafael fué abierta hace algunos años para identificar su contenido. Además de estos monumentos hay varios altares y capillas al rededor del muro.

Con los bronces de este Templo se ha construido el baldequin de San Pedro y se ha fundido cañones para el Castillo de Santo Angelo.

Los críticos admiran mucho el Panteón; es bello, pero no merece tantas ponderaciones. Cualquier arquitecto de buenos conocimientos construiría ahora un templo de forma análoga, más grandioso y más imponente con los mismos materiales.

—

## El Tíber

La parte baja de Roma está sujeta á inundaciones por las crecientes del Tíber.

Esta razón y otras varias, determinaron al Gobierno italiano á ordenar la regularización de los bordes del río y la construcción de un muro elevado hasta el nivel de las más altas crecientes.

De esta obra difícil y costosa se encargó el Marqués de Médici, un ingeniero, primo de don Juan B. Médici, constructor actual de las obras de salubridad de Buenos Aires: de lo cual deduzco yo, que la afición á este género de trabajos, es una manía de familia entre los Médici.

He visitado estas obras minuciosamente; he inspeccionado los desvíos de los conductores de desagüe y cloacas, he bajado á las fundaciones debajo del agua y puedo asegurar que la reforma del Tíber haría la reputación de cualquier ingeniero.

La construcción en el fondo del rio, se hace desalojando el agua por medio del aire comprimido. Como se me mostrara este procedimiento creyendo presentarme una novedad, dije á uno de los ingenieros, que ya lo conocía.—¿Dónde lo ha visto?—me preguntó.—En Buenos Aires, le respondí, en las obras del puerto de La Plata, dirijidas por el señor Médici, pariente de su jefe. El ingeniero se tocó

el sombrero en honor de los adelantos de nuestra tierra.

Pero este señor Médici, el de aquí, no se contenta con enfrenar al Tíber, con reducir á la impotencia á las crecientes del río, con ordenar una conducta más regular á las corrientes de la Cloaca Maxima y otros desagües de menor ó mayor cuantía, antiguos y modernos. No reduce á Roma sus arriesgadas empresas, ni á un solo género sus trabajos.

Construye actualmente dos ferro-carriles atravesando montañas con túneles interminables, salvando valles y costeando torrentes.

Provee de agua á la ciudad de Ferrara, siendo de notarse que con el apoyo del gobierno y basado en su autoridad y en la de la ley, pues no podía ser de otro modo á causa de las expropiaciones, es *dueño* de la fuente ó fuentes surtidoras, del conducto desde ellas hasta Ferrara (una buena cantidad de kilómetros), del terreno por donde va el conducto y por fin del agua que distribuye, teniendo la facultad según la ley de vender la necesaria para el riego de sembrados.

Así pues, ser propietario ó empresario de un servicio de aguas corrientes si es un crímen, una monstruosidad y un abuso, según dicen por ahí, es crímen, monstruosidad y abuso que cometen sin grandes escrúpulos, pueblos tan civilizados como Italia é Inglaterra por ejemplo.

El señor Médici es muy estimado y muy respetado entre sus compatriotas á pesar de sus aguas de Ferrara y de sus reformas al Tíber.

Más aún, este mismo Médici está al frente de una empresa semejante en Asti siendo solicitado por otras poblaciones para hacer en su beneficio lo que ha hecho en Ferrara.

Fin del tomo I.

# ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

Página




LUX
LIBERTAS

